



UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Departamento Psicología Evolutiva y de la Educación

ANALISIS LONGITUDINAL DE LAS
RELACIONES CON LOS IGUALES
DURANTE LA ADOLESCENCIA.

**Antecedentes familiares e influencia
sobre el ajuste**

TESIS DOCTORAL

M^a Inmaculada Sánchez Queija

Marzo 2007

ANÁLISIS LONGITUDINAL DE LAS RELACIONES CON LOS IGUALES DURANTE LA ADOLESCENCIA.

Antecedentes familiares e influencia sobre el ajuste

Trabajo de investigación presentado para optar al título de Doctor

El Director:

La Doctoranda:

Dr. D. Alfredo Oliva Delgado

Profesor Titular

M^a Inmaculada Sánchez Queija



UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Departamento Psicología Evolutiva y de la Educación

Agradecimientos

Son muchas, sin duda, las personas a las que tengo que agradecer su ayuda, emocional o instrumental, a lo largo de estos años. Espero que estas líneas no dejen atrás a ninguna de ellas.

A Alfredo, por su infinita paciencia con mis cabezonadas, por saber escuchar, por respetar siempre las ideas de quien tiene enfrente, por saber crear el clima necesario para propiciar esas ideas, por todos y cada uno de sus consejos, sobre todo, por hacerme disfrutar con esto y ser el mejor maestro.

A Águeda... ¿y que te voy a decir, figura de apego?

A mis compañeros y compañeras de los Dptos de Psicología Evolutiva y de la Educación de la US y la UNED, en especial a mis niñas: Blanca, Espe, Bea, Prados, Maite, Paqui, Irene, Tinoco, Nogui, Pilar y también a los niños, Jose, Javi, Contreras... y los metodólogos: Kiko, Pablo, Patricia, Raquel...

A mi E.I., Virginia, tú y yo nos entendemos.

A Bego, Isa y Maribel, ¿qué hubiera sido de mí sin vosotras en Madrid?.

Por supuesto, a los primos Mauri y Miriam.

A mis compis de piso, los que tuvieron que aprender “español evolucionao”.

A mis amigos de la adolescencia, los que propiciaron mi interés en el tema: subgrupo A, subgrupo B y descendencias. Y por supuesto, a los que han vivido más de cerca todo el proceso: Glo, M. Mar, Miguelín, Eli, Emilio, Olga, Sara...

A mis padres y hermanos, que veían los artículos por la casa, el ordenador siempre a punto, a mí yendo y viniendo, las entrevistas, los cuestionarios, las estadísticas... ¡por fin!, la tesis está lista.

A Jose, que apareció el último, pero fue igual de importante.

Finalmente, a los chicos y las chicas que cumplimentaron los cuestionarios sin recibir nada a cambio, y a los padres y madres que aceptaron abrirnos las puertas de sus hogares para que este trabajo pueda hoy presentarse.

A todos vosotros y todas vosotras: GRACIAS.

Índice

I. Introducción Teórica	1
Presentación.....	3
<i>Introducción. La adolescencia española en los albores del siglo XXI.</i>	
<i>Algunos datos descriptivos.....</i>	7
Capítulo 1. EL MUNDO RELACIONAL DEL ADOLESCENTE	13
1.1 El papel de la familia como antecedente de las relaciones de amistad.....	19
1.2 La teoría del apego: un ejemplo específico de continuidad.....	27
1.2.1. ¿Se puede hablar de apego en las relaciones entre iguales?.....	27
1.2.2. Estabilidad del apego, transmisión intergeneracional y concordancias entre diferentes figuras: mecanismos y controversias.....	32
a. Estabilidad.....	32
a.1 Estabilidad en el apego madres/padres-hijos/as.....	34
a.2 Continuidad en el apego entre diferentes relaciones.....	35
b. Transmisión Intergeneracional.....	38
c. Concordancia entre diferentes figuras.....	40
1.2.3. Clasificaciones de apego adulto.....	42
1.3. Las relaciones con el mejor amigo: la amistad cercana o íntima	45
1.3.1. Diferencias de género y en función de la edad en la amistad íntima.....	50
1.4 Las relaciones con el grupo de iguales: la conformidad ante la presión del grupo.....	55
1.4.1. Desmontando algunos tópicos sobre la conformidad ante la presión grupal durante la adolescencia.....	56
1.4.2. El concepto de conformidad y de presión de los iguales.....	60

1.4.3. <i>Indicadores relacionados con la influencia de los iguales: sexo, edad y otros</i>	64
a. <i>Edad y sexo</i>	64
b. <i>Otras variables que se relacionan con la conformidad</i>	67
1.4.4. <i>Mecanismos por los que se produce la influencia.</i>	69

Capítulo 2. EL AJUSTE ADOLESCENTE 77

2.1 Los problemas de ajuste externo o comportamental	79
2.1.1 <i>Algunos datos epidemiológicos sobre el ajuste externo o comportamental</i>	79
2.1.2 <i>Las relaciones cercanas y el ajuste externo o comportamental</i>	82
2.2 Los problemas de ajuste interno o emocional	87
2.2.1 <i>Algunos datos epidemiológicos sobre el ajuste interno o emocional</i>	87
2.2.2 <i>Las relaciones cercanas y el ajuste interno o emocional</i>	88
2.3 La influencia diferencial de los iguales y la familia en el ajuste adolescente	93
2.4 Algunos apuntes para finalizar	

II. Objetivos 99

III. Método 105

A. ESTUDIO CUANTITATIVO	
1. <i>Participantes</i>	109
2. <i>Análisis de casos perdidos</i>	112
3. <i>Instrumentos</i>	114
4. <i>Procedimiento</i>	126
B. ESTUDIO CUALITATIVO: LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN	129

IV. Resultados	133
Capítulo 3. RELACIONES AFECTIVAS CON LOS IGUALES Y CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO	137
3.1. La intimidad con el mejor amigo o la mejor amiga a lo largo de la adolescencia.....	141
3.2. El Apego hacia el grupo de iguales a lo largo de la adolescencia.	148
3.2.1. La intimidad con el mejor amigo y el apego al grupo de iguales: dos experiencias diferentes con puntos en común.....	152
3.3 Las relaciones afectivas con los iguales desde el punto de vista de los protagonistas, los chicos y chicas adolescentes.....	154
3.4 La conformidad ante la presión del grupo.....	159
3.4.1 Conformidad Neutra.....	164
3.4.2 Conformidad Positiva.....	166
3.4.3 Conformidad Negativa.....	169
3.4.4 Comparación entre los tres tipos de Conformidad.....	172
3.5 La presión grupal desde el punto de vista de los protagonistas..	175
Capítulo 4. EL VÍNCULO DE APEGO CON LOS PROGENITORES	181
4.1 El recuerdo del vínculo de apego en la infancia.....	181
4.2 El vínculo de apego actual con la madre o el padre.....	187
4.3 Las relaciones familiares Vs a las relaciones con los iguales descritas por los propios adolescentes.....	194

Capítulo 5. EL AJUSTE EMOCIONAL Y COMPORTAMENTAL DE LOS CHICOS Y LAS CHICAS ADOLESCENTES	201
5.1 Ajuste emocional de los adolescentes y las adolescentes.....	202
5.1.1 La Autoestima.....	202
5.1.2 La Satisfacción Vital.....	204
5.1.3 El Ajuste interno.....	205
5.2 Ajuste comportamental de los adolescentes.....	206
5.2.1 El consumo de sustancias.....	206
a. Consumo de tabaco.....	207
b. Consumo de alcohol.....	208
c. Consumo de cannabis.....	212
d. Relación entre los distintos tipos de consumo.....	213
e. El consumo desde el punto de vista de los adolescentes.....	216
5.2.2 El Ajuste externo.....	218
5.2.3 El grupo de amigos como escenario de conductas antisociales.....	218
Capítulo 6. ESTABLECIENDO RELACIONES	223
6.1 El vínculo de apego en la familia como antecedente de las relaciones de amistad durante la adolescencia.....	229
6.2 Transmisión intergeneracional del apego.....	249
6.2.1. El vínculo de apego de las madres con los abuelos de los adolescentes.....	249
6.2.2. El vínculo de apego de las madres hacia la pareja.....	251
6.2.3. La transmisión intergeneracional del vínculo de apego.....	253
6.3 Antecedentes de la conformidad ante la presión del grupo.....	263
6.3.1. Conformidad Neutra.....	263
6.3.2. Conformidad Positiva.....	271
6.3.3. Conformidad Negativa.....	277
6.4 La influencia de las relaciones con los iguales en el ajuste interno y externo del chico o la chica adolescente.....	285
6.4.1. El ajuste emocional de los adolescentes: la autoestima, la satisfacción vital y el ajuste interno	285
a. La Autoestima	285

<i>b. La Satisfacción Vital.....</i>	292
<i>c. El Ajuste Interno.....</i>	298
6.4.2 <i>El ajuste comportamental de los adolescentes: el consumo de sustancias y el ajuste externo.....</i>	304
<i>a. El Consumo.....</i>	304
<i>b. El Ajuste Externo.....</i>	308
6.4.3. <i>Influencias mutuas ente el ajuste emocional y el ajuste comportamental de los chicos y chicas.....</i>	314
V. Discusión	317
Capítulo 7. LA INTIMIDAD CON EL MEJOR AMIGO O AMIGA	319
7.1. <i>El apego a padres y madres, y la intimidad con el mejor amigo.</i>	325
7.2. <i>La intimidad con el mejor amigo o amiga y el ajuste adolescente.....</i>	330
Capítulo 8. EL APEGO AL GRUPO DE IGUALES	331
8.1. <i>El apego a padres, madres y al grupo de iguales.....</i>	333
8.2. <i>El apego al grupo de iguales y el ajuste adolescente.....</i>	335
Capítulo 9. LA CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO	339
9.1. <i>Antecedentes de la conformidad ante la presión del grupo.....</i>	343
9.2. <i>La conformidad ante la presión del grupo y el ajuste adolescente.....</i>	348
Capítulo 10. RELACIONES DE APEGO CON LA FAMILIA	351
10.1 <i>La relación de apego del adolescente con sus padres.....</i>	352
10.2 <i>Las relaciones de apego de la madre del adolescente.....</i>	354
10.3 <i>La transmisión intergeneracional del apego.....</i>	356

Capítulo 11. EL AJUSTE ADOLESCENTE	361
11.1. Ajuste emocional o interno durante la adolescencia.....	362
11.2. Ajuste comportamental o externo durante la adolescencia.....	365
11.3. Factores relacionado con el ajuste emocional o interno durante la adolescencia.....	368
11.4. Factores relacionados con el ajuste conductual o externo durante la adolescencia.....	373
Capítulo 12. RESUMEN Y COMENTARIOS FINALES	379
12.1. Resumen de los datos, originalidades y rarezas encontradas...	379
12.2. Fortalezas y limitaciones metodológicas.....	382
12.2.1. Análisis de casos perdidos.....	384
12.3. Implicaciones prácticas y futuras líneas de actuación.....	387
VI. Referencias	395

ANEXOS (CD-Rom)

1. Cuestionarios
2. Centros educativos que participaron en el estudio
3. Dendogramas
4. Codificación de los grupos de discusión

Introducción teórica

Presentación

La adolescencia es un momento del ciclo vital que –al menos en este momento histórico- preocupa especialmente a padres y educadores en un sentido amplio. Este hecho queda reflejado en el importante número de publicaciones para el público en general que encontramos en cualquier librería.. La actualidad del tema hizo que en 1998, un grupo de investigadores de la Universidad de Sevilla, con el Dr. D. Alfredo Oliva a la cabeza, iniciáramos este estudio con más ilusión que recursos. De aquel primer esquema de investigación, y tras realizar un estudio piloto que aportó algunos resultados interesantes (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 1998) y nos permitió ajustar instrumentos y tiempos para la recogida de datos, pasamos a la investigación en sí misma.

El objetivo más amplio de aquella investigación, que es esta misma, es dar una visión general de la adolescencia. Pero este ambicioso objetivo, se concretó en otros algo más específicos. En concreto, yo me centré en el mundo social del adolescente, en las relaciones con los amigos y amigas. Sin duda alguna, mi propia experiencia con mis amigas y amigos en la adolescencia influyó en aquella decisión, pero también el interés en profundizar en uno de los temas que parece que más ronda en la cabeza de quienes trabajan y viven con adolescentes.

Los primeros datos del estudio transversal (ver método), fueron uno de mis inicios en la investigación y quedaron reflejados además de en

comunicaciones a congresos y artículos (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2002; Parra, Sánchez-Queija y Oliva, 2001; Sánchez-Queija, Parra y Oliva 2000; Sánchez-Queija y Oliva, 2003, entre otros) en el trabajo de investigación para la obtención de la suficiencia investigadora (Sánchez-Queija, 2001). Ahora es el momento de intentar dar forma a los datos obtenidos a lo largo de los últimos 6 años (ver método).

El trabajo que tienen a continuación se centra en el mundo social del adolescente. En concreto analizaremos en profundidad y con un costoso –en tiempo y en esfuerzo- estudio longitudinal cómo evolucionan las relaciones afectivas con los amigos y amigas durante la adolescencia, diferenciando entre el mejor amigo o amiga y el grupo de amigos y/o amigas. La literatura sobre los iguales no se define por modelos causales (no los hay) sino por la definición de las características de las relaciones con el mejor amigo o el grupo de amigos (Kerr, Stattin, Biesecker, y Ferrer-Wreder, 2003; Steinberg y Morris, 2001). Este hecho hace que proliferen estudios y publicaciones en los que se describe la evolución de la relación con los amigos, la vinculación a nivel de mesosistema entre el contexto familiar y el de los iguales, y otros temas afines, en la mayor parte de las ocasiones sin un modelo teórico que los sustente, lo que sin duda, dificulta la elaboración de un marco teórico consistente y coherente o, al menos, no contradictorio. Sin embargo, sí que tenemos en psicología evolutiva una teoría clásica sobre los vínculos afectivos: la teoría del apego. Además de intentar aportar una fotografía general sobre la amistad en la adolescencia analizando la literatura descriptiva empírica hasta el momento, en este trabajo seguiremos el modelo teórico de la teoría del apego. Este hecho se verá reflejado no sólo en la introducción teórica del estudio, sino también en la elección de instrumentos, siendo -entre otros- dos de los cuestionarios centrales en el trabajo, el de *Intimidad hacia el mejor amigo o amiga* y el cuestionario de *Apego hacia el grupo de iguales* desarrollados con el soporte teórico de la teoría del apego. Por último, en los resultados, además de exponer cómo evolucionan durante la adolescencia de los chicos y chicas sus relaciones afectivas con los amigos y las amigas, analizaremos el vínculo de apego con los progenitores y la transmisión intergeneracional de tal vínculo.

“El cambio más importante en las relaciones con los iguales en la transición a la adolescencia es la emergencia de la *intimidad* en las relaciones de amistad, caracterizada por la apertura hacia el otro, el revelar al amigo espontáneamente información personal (...). Además, los cambios en las amistades van acompañados por cambios en la *influencia de los amigos*” (Berndt, 1996, Pp 57)

La cita que acabamos de exponer corresponde a T.J. Berndt, uno de los autores imprescindibles si estudiamos el mundo de los iguales durante la adolescencia. En el sentido que él describe en la cita, introdujimos otra variable central en el estudio, la conformidad ante la presión del grupo de amigos o compañeros, por ser un tema que preocupa tanto a políticos como padres y maestros que trabajan con los adolescentes. Ya en la introducción teórica, desdramatizaremos la visión de que la mayoría de los adolescentes son personas conformistas en extremo ante un líder o ante un grupo de amigos, para confirmar con nuestros datos que esa imagen debe matizarse. Pero la influencia de los iguales no se refleja sólo en la conformidad ante la presión grupal, sino que esa influencia de los amigos se puede interpretar en el sentido más amplio del concepto. Siguiendo esta idea, en este trabajo relacionamos tanto la vinculación afectiva como la conformidad ante la presión del grupo con *outcomes* del desarrollo, es decir analizamos la importancia de nuestras variables centrales, y las tomadas en relación al apego con los padres y madres, en el ajuste tanto interno como externo del adolescente.

En el último apartado de la tesis doctoral, conclusiones y discusión, intentaremos resumir los resultados más relevantes del estudio, así como relacionarlos con la teoría previa y analizar las implicaciones y propuestas de futuro de este trabajo. Esperamos que la lectura de estas líneas resulte interesante, esclarecedora y lo más amena posible al lector.

Introducción

La adolescencia española en los albores del siglo XXI. Algunos datos descriptivos

Vamos a comenzar este trabajo realizando una breve descripción de cómo es el mundo relacional de los y las adolescentes en nuestro contexto más cercano: España, en este momento histórico de finales del S. XX y principios del S.XXI. Este apartado permitirá contextualizar el resto del trabajo, ya que aportaremos algunos datos epidemiológicos sobre cómo es el mundo del adolescente tipo en España antes de profundizar en los temas centrales del estudio. Consideramos especialmente relevante introducir estos datos porque la mayor parte de la literatura empleada para describir los resultados de estudios previos sobre temas similares a los que nosotros trabajamos es anglosajona. Somos conscientes, y queremos dejar constancia de ello desde el primer momento en la redacción de este trabajo, de que nuestra muestra es de un grupo de adolescentes sevillanos. No es nuestro objetivo generalizar los datos aportados al conjunto de la población, ni tan siquiera a la población española,

sino ahondar en el conocimiento del mundo de relaciones del adolescente y, en concreto, en la vinculación con su grupo de amigos y amigas en esta etapa de transición del ciclo vital con una metodología longitudinal.

La llegada a la adolescencia supone un cambio importante en cómo la sociedad ve a los individuos. De la imagen de la niñez en la que las personas se ven vulnerables, víctimas y necesitadas de protección, a formar parte del colectivo adolescente, que se ve como transgresor, conflictivo e invulnerable (Oliva, 2003). Sin duda alguna, este hecho va a afectar a cómo el chico o la chica adolescente vive su propia adolescencia, ya que afecta a qué se espera de ellos y a qué es lo que se considera como normativo o no normativo. De hecho, los chicos y las chicas tienen expectativas precoces, o al menos más precoces que las de sus padres y madres sobre a qué edad comenzar a realizar ciertas actividades propias de la adolescencia como el salir en pareja o el beber alcohol (Casco, 2003). Esta diferencia de expectativas puede ser debida a la serie de incongruencias que se describen en el Informe de la Juventud en España (2001) entre la ontogénesis y la sociogénesis, entre la maduración biológica y la relacional, y los ritmos de paso hacia la sociedad adulta. Estas incongruencias vienen dadas por un adelanto de la maduración biológica y relacional, en una situación de dependencia emocional y material de los padres y las madres. De esta forma, en los últimos años se ha adelantado la disponibilidad de dinero de bolsillo; la autonomía para decidir en qué gastar el dinero que tienen; la autonomía para decidir dónde, cómo y con quiénes ocupar el tiempo libre, y la ocupación del tiempo libre fuera de los domicilios entre otros, mientras que se ha atrasado la autonomía económica completa con respecto de la familia; la capacidad económica plena; la sustitución del ocio y del consumo adolescente por los ocios y los consumos adultos, y algo que queremos destacar en este trabajo que presentamos: la liberación de la dependencia emocional con respecto al grupo de iguales (Martín y Velarde, 2001). Todo ello hace que la adolescencia en nuestro país sea un periodo largo en el Ciclo Vital, puesto que se adelanta el ingreso en la adolescencia y se atrasa la entrada en la vida adulta. Desde la perspectiva del adelanto, encontramos que los cambios físicos comienzan a aparecer a edades tan tempranas como los 8 años, con el consiguiente adelanto de su correlato comportamental: inicio de relaciones de pareja, salidas nocturnas o consumo de alcohol a una edad en la que el individuo no es suficientemente maduro a nivel psicológico (Oliva, 2003). Desde el punto de vista la tardanza en la entrada en la adultez, este atraso está dando

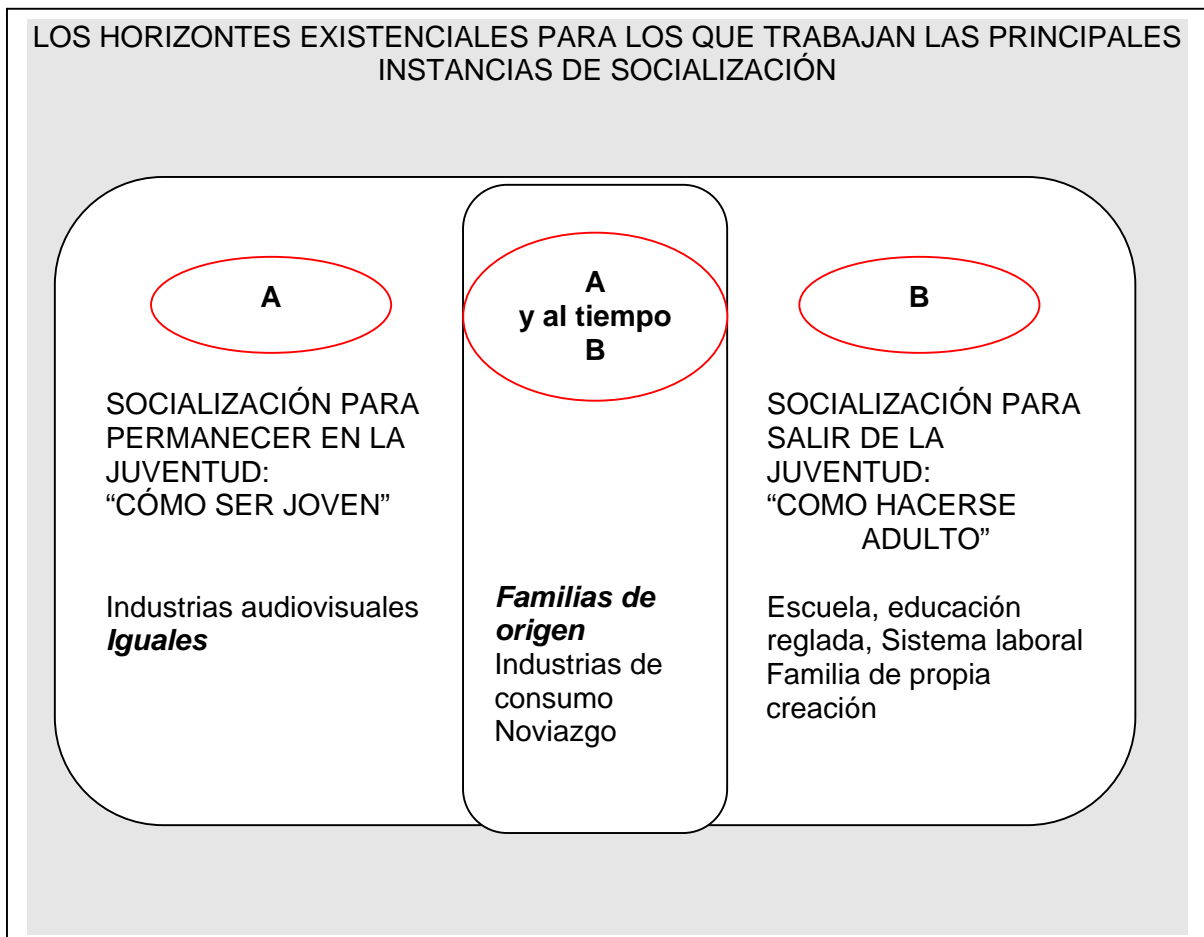
lugar a un nuevo concepto, el de *adultez emergente*, caracterizado, entre otras cuestiones, porque aún no se desarrollan roles adultos pero la edad biológica indica que es demasiado tarde para seguir considerándose adolescentes (Arnett, 2000). El estudio de la adultez emergente será, probablemente, el siguiente paso en el trabajo longitudinal matriz del que surge este trabajo, pero se escapa de momento a los objetivos del presente informe, por lo que tras apuntar su existencia continuamos nuestra exposición con la caracterización de la adolescencia en España.

El adolescente español de principios de Siglo XXI se enfrenta a un mundo social diferente al que vivieron la generación de quienes transitan en estos mismos momentos por la tercera década de su vida. Mientras estos últimos vivieron el boom demográfico del final del franquismo y la transición, con aulas masificadas, dificultades de elección de carrera universitaria, paro y retraso en el acceso al mundo laboral, así como a la vivienda y la independencia (Oliva, 2003), los adolescentes actuales, un 6,03% de la población total (entre 15 y 19 años según el Informe de la Juventud 2004), viven en un mundo donde es más fácil acceder a la autonomía económica, que aunque viven con sus padres querrían vivir independientes (el 27% de los jóvenes entre 15 y 29 años estaban conformes con la idea de vivir en el hogar familiar en el año 1996, porcentaje que se ha reducido al 18% en el año 2004), y donde ha aumentado claramente el empleo juvenil (López, Cachón, Comas, Andreu, Aguinaga, y Navarrete, 2005). Sin embargo, en nuestra opinión, las perspectivas no son tan halagüeñas como esta breve descripción parece aportar, puesto que los adolescentes actuales se enfrentan a un mundo cambiante e imprevisible mientras contemplan la tardanza en encontrar vivienda de la generación previa, en lograr empleos estables o acordes a la formación recibida y, en el caso de las chicas, permanecen las diferencias salariales y de empleo entre unos y otras. Quizás este hecho sea parte de la causa de que según el Injuve 2004, sean cada vez menos los chicos y las chicas que continúan los estudios tras finalizar la escolaridad obligatoria (López *et al.*, 2005)

Retomando el Informe de la Juventud 2001, la figura 1 conceptualiza gráficamente cómo los iguales se convierten en una instancia socializadora fundamental en el cómo ser joven, manteniéndose la familia de origen como instancia socializadora que ayuda en la transición entre la juventud y la vida adulta, igual que lo fuera en la transición entre la niñez y la adolescencia (Martín

y Velarde, 2001). La importancia del grupo de compañeros o iguales se torna especialmente importante si tenemos en cuenta que, como venimos describiendo, las actuales generaciones adolescentes y juveniles (o de adultez emergente) duran más tiempo, y se especula sobre que este hecho haga que la influencia del grupo de iguales sea más trascendente (Martín y Velarde, 2001).

Figura 1. Reproducción del Informe de la Juventud en España 2001, página 19.



La importancia del grupo de iguales viene dada por motivos como el que la adolescencia es un momento de autoexploración y, por ello, es importante que chicos y chicas tengan con quien hablar de las cosas que realmente les preocupan. Cuando se pregunta a los y las adolescentes españoles cómo de fácil les resulta hablar con diferentes personas sobre las cosas que realmente les preocupan, un 60,1% responden que les es muy fácil con su mejor amigo o amiga, a un 40,7% le resulta muy fácil hablar con la madre, este porcentaje baja a un 20,1% si es con el padre con quién tienen que hablar o un 14,8% y 17% si se trata del hermano o hermana mayor respectivamente. Estos porcentajes nos

dan una idea de la importancia de algunas figuras, especialmente el mejor amigo o amiga y la madre a la hora de transmitir y compartir sus problemas (Moreno, Muñoz, Pérez y Sánchez-Queija, 2005a). El hecho de que surja el mejor amigo como principal fuente de apoyo en la comunicación, no debe llevarnos a pensar en la adolescencia como una época de distanciamiento familiar. Muy al contrario, en el mismo informe encontramos datos como que el 79,7 % de los adolescentes consideran que casi siempre sus madres les ayudan tanto como lo necesitan y más de la mitad (el 58,4%) que casi siempre comprende sus problemas y preocupaciones (Moreno, *et al.*, 2005a). Más adelante tendremos ocasión de analizar con mayor detalle qué dice la literatura científica sobre cómo interrelacionan estos dos importantes contextos de desarrollo: iguales y familia, que a la postre, son los dos aspectos de la vida de los chicos y las chicas, además de la salud, más valorados por ellos mismos:

“(…) una buena relación familiar, unos buenos amigos (no simplemente compañeros), sin olvidar la salud conforman la triada básica, el sustrato desde donde edificar el universo simbólico *de los adolescentes*¹ (...) apelan a la amistad, la gratuidad, la relación íntima y en profundidad con otra persona como grandes querencias de su vida, como sus primeros y principales objetivos vitales” (González, Elzo, González-Anleo, Lòez y Valls, 2006, pg 2)

Siguiendo con las relaciones del adolescente en el mundo de los iguales, encontramos que los chicos y chicas mayores dicen tener menos amigos y amigas íntimos que los adolescentes más pequeños. Este dato bien puede estar hablando de las mayores exigencias de los mayores para considerar qué es un amigo íntimo. Sin embargo, aumenta el número de amigos y amigas en la pandilla, aspecto quizás relacionado con la mayor facilidad de acceso a diferentes contextos y formas de comunicación con los contemporáneos, como puedan ser la diversificación de lugares de ocio o el acceso a chats, teléfonos móviles y resto de nuevas tecnologías (Moreno, Muñoz, Pérez y Sánchez-Queija, 2005b).

Sobre la amistad íntima, aspecto importante del trabajo que nos ocupa, el 100% de los chicos y el 99,5% de las chicas de entre 15 y 17 años afirman tener algún amigo íntimo, que sea un “amigo de verdad”, siendo ellas las que cultivan

¹ Las cursivas son un añadido nuestro.

más la amistad íntima y ellos los círculos amplios de amigos. Además, la mayor parte de los jóvenes, valoran el que estas amistades sean estables. López y cols. interpretan este dato de la siguiente forma:

“Si tenemos en cuenta las condiciones de vida modernas (ayudas institucionales inexistentes, perspectivas de futuro inciertas, la casi desaparición de vínculos institucionales, el diluvio de informaciones y una comunicación, que con frecuencia es más bien superficial), gana en significado, en importancia, la estabilidad de las relaciones de amistad”
(López *et al.*, 2005, pg 97)

Con estos datos damos por finalizada esta primera introducción en la que hemos pretendido aportar una visión general de cómo es en la actualidad el mundo relacional del adolescente tipo en España. Volveremos a utilizar parte de la bibliografía empleada a lo largo de estas páginas para aportar datos sobre los niveles actuales de consumo de los adolescentes españoles, pero eso será en el apartado dedicado al ajuste externo e interno.

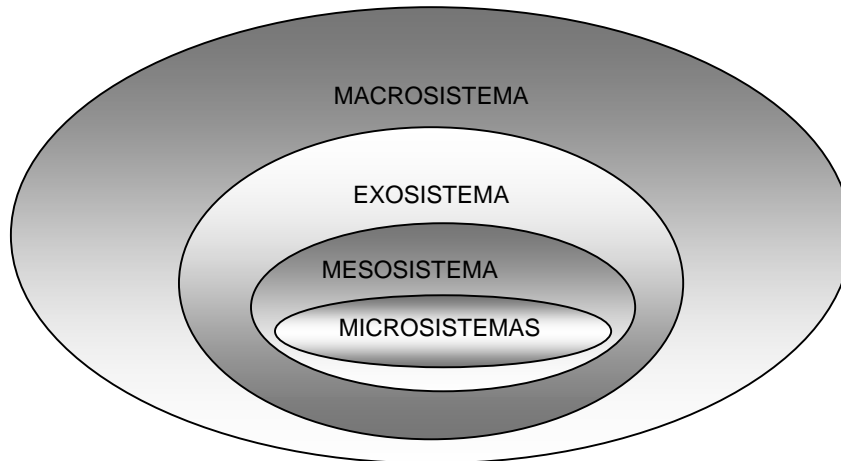
Capítulo **1**

El Mundo Relacional Del Adolescente

En 1979, Bronfenbrenner expuso en *The Ecology of Human Development* su idea del desarrollo del individuo en diferentes contextos. No fue el único autor que explicitó la idea de que la persona no crece aislada, sino en contexto, ni tan siquiera fue el primero, pero traemos su obra a colación debido a la importante influencia que ha tenido en la psicología evolutiva contemporánea. Su idea es que la persona en desarrollo lo hace en diferentes *microsistemas* o entornos cercanos. Típicamente y en nuestra sociedad, los microsistemas más relevantes para el adolescente serían la familia, el instituto, o el grupo de amigos y amigas. Sin embargo, Bronfenbrenner fue más allá de esta idea simple de los contextos cercanos para el crecimiento de la persona, y estableció otros tres niveles más de análisis para comprender el desarrollo del individuo en contexto. Estos niveles serían el *mesosistema* o interrelación entre diferentes microsistemas. En el caso del trabajo que nos ocupa, analizaremos en el nivel de mesosistema la relación entre el contexto familiar y el de los amigos durante la adolescencia. El siguiente nivel de análisis sería el *exosistema*, un contexto que no influye directamente en

el individuo sino de forma indirecta a través de los microsistemas y de los organizadores de esos microsistemas. Finalmente, el *macrosistema* son aquellas costumbres, culturas de un momento y lugar determinado que influyen en la vida del individuo diana. Bronfenbrenner nos dibuja gráficamente los distintos sistemas en forma de esferas concéntricas (Figura 2).

Figura 2. Niveles de análisis de los contextos (Bronfenbrenner, 1979)



Por tanto, parece claro que el individuo y, por extensión, la época de la vida denominada adolescencia no deberían estudiarse sólo como una etapa del desarrollo intraindividual (como hicieron Hall, Freud, Piaget o Erikson), sino que deben considerarse los contextos de desarrollo en que la adolescencia del individuo se produce. Desde los primeros estudios, el microsistema o contexto familiar se ha tenido en cuenta como una fuente importante de influencia para el desarrollo de los chicos y chicas, sin embargo tendremos que esperar hasta finales del S.XX para observar cómo aparecen estudios que analizan la importancia de las relaciones extrafamiliares en el desarrollo de las personas, concluyendo que aunque el adolescente mantiene un importante vínculo con su familia, otras relaciones pueden proveer al niño y al adolescente de las necesidades que anteriormente se consideraba que sólo podía aportar el contexto familiar (Collins y Steinberg, en prensa; Feeney y Noller, 2001).

"A lo largo de la pasada década la disciplina de las relaciones cercanas (también llamadas relaciones personales y relaciones de intimidad) fue emergiendo, desarrollándose y floreciendo (Feeney y Noller, 2001), pg 11"

En la cita anterior, Feeney y Noller sitúan también en la última década del Siglo XX el florecimiento del estudio del mundo relacional, en este caso referido a las relaciones íntimas o cercanas. En el trabajo que nos ocupa, hablaremos de las relaciones cercanas del adolescente con el amigo íntimo, del contexto de los iguales en un sentido más amplio, pasaremos por algunos aspectos del contexto familiar y estableceremos relaciones entre unos y otros, siempre teniendo en cuenta el macrocontexto más amplio de la España de finales del Siglo XX y principios del XXI en el que se enmarca este trabajo, para lo que ya hemos aportado algunos datos en el epígrafe anterior.

El trabajo de Harris (1999) es el punto opuesto a los estudios pioneros que tenían en cuenta sólo la influencia del contexto familiar. Esta autora consideró que la influencia que la familia ejerce en el desarrollo infantil es prácticamente nula o debida a factores genéticos. Creemos que merece la pena detenernos un poco a describir sus postulados.

Harris parte de tres observaciones cotidianas: Los hijos de inmigrantes aprenden el idioma y el acento del país receptor aunque sus padres nunca lo hagan. Los hijos que no se educan con sus padres, como en el caso de las familias británicas de alto estatus económico, se parecen a sus padres, aunque estén educados en los centros educativos. Finalmente, la autora se pregunta por qué pensamos que los hijos imitan a los padres si estos últimos no les dejan hacer las cosas que ellos mismos hacen. A lo largo de las páginas de su libro, continuará aportando ejemplos, datos y reflexiones que apoyan sus tesis, que podemos resumir en la idea de que no son los padres los que educan a los hijos, sino que estos nacen con una carga genética que hará tanto que se parezcan en algunas cosas a sus progenitores como que los padres se comporten con ellos de una u otra forma, siendo el contexto de los iguales el que aporta la parte de varianza del comportamiento que se debe a cuestiones de socialización en lugar de genética. Y lo explica en términos de adaptación al entorno, ya que es mucho más útil aprender de los miembros jóvenes de la sociedad, que aportan innovaciones, que de los miembros que ya están desfasados. La lectura del libro de Harris es un interesante ejercicio de reflexión: sobre la metodología que empleamos en las ciencias sociales (como, por ejemplo, las críticas fuertes a correlaciones bajas pero significativas que se interpretan como realidades absolutas), sobre las interpretaciones incluso opuestas de un mismo resultado en función del marco teórico de referencia, y por supuesto, sobre la influencia de

los iguales y la familia en el desarrollo del individuo. Sin embargo, a lo largo de estas páginas, tanto las teóricas como las empíricas, dejaremos constancia de que sus tesis nos resultan exacerbadas, aunque sí coincidimos con la autora en dar un papel importante al mundo relacional de los iguales durante la adolescencia.

En este sentido, la pandilla o grupo de amigos y los mejores amigos son aspectos importantes por sí mismos en la vida del adolescente, llegando a considerarse como variable de buen ajuste la capacidad de la persona para formar vínculos afiliativos de calidad con los iguales (Kerr, *et al.*, 2003). Asimismo, las relaciones con los iguales se consideran como promotoras de bienestar emocional e incluso ajuste social y comportamental tanto en la adolescencia como en la adultez (Maggs y Hurrelman, 1998). Es un hecho constatado que, al llegar a la adolescencia, los chicos y las chicas comienzan a pasar cada vez más tiempo con sus iguales y menos con la familia, cobrando el contexto de los iguales o pares mayor importancia en esta época de la vida que en anteriores, punto que sirve de introducción a no pocos artículos y revisiones científicas (Berndt, 1996; Brown, 2004; Buchholz y Catton, 1999; Larson y Richards, 1991; Levitt, Guacci-Franco, y Levitt, 1993), y siendo el momento en el que se considera que la influencia del grupo de iguales alcanza su máxima intensidad (Romero, Otero López, y Luengo, 1995).

Quizás uno de los principales escollos que nos encontramos a la hora de revisar la literatura sobre el mundo relacional del adolescente sea la cantidad de estudios que se llevan a cabo sobre los contextos en los que los individuos se desarrollan sin que haya una base teórica clara detrás (Collins y Steinberg, *en prensa*; Steinberg y Morris, 2001). A lo largo de las próximas páginas intentaremos dar coherencia y exponer nuestro punto de vista sobre el cuerpo de conocimientos con el que trabajamos en este informe. Para ello, nos detendremos en el contexto familiar, pero no de una forma extensa y profunda (para una revisión ver Parra, 2005), sino desglosando la literatura científica que relaciona el contexto familiar con el contexto de los iguales durante la adolescencia, deteniéndonos un poco más en la literatura referente a la teoría del apego. Para ello, analizaremos los trabajos que describen la estabilidad, la continuidad y la transmisión intergeneracional del apego. Posteriormente pasaremos a centrarnos en los estudios que hacen referencia a las relaciones con los amigos íntimos o cercanos (*close relationships*) y el grupo de amigos o

iguales, centrándonos en aquello que tiene que ver con la conformidad ante la presión de dicho grupo. Finalmente, analizaremos la influencia de las relaciones con los iguales en el ajuste y bienestar adolescente.

1.1 EL PAPEL DE LA FAMILIA COMO ANTECEDENTE DE LAS RELACIONES DE AMISTAD

Como hemos apuntado en la introducción al apartado, la familia y los iguales son dos contextos importantes en el desarrollo del chico y la chica adolescente. La literatura científica ha abordado en más de una ocasión la forma que tienen ambos contextos de relacionarse. Las conclusiones de estos estudios, empíricos o teóricos, podrían agruparse en tres grandes categorías:

1. Quienes hablan de *independencia* consideran que el contexto familiar y el de los iguales son dos contextos diferentes y, por tanto, no existe relación alguna entre uno y otro. En el caso de estudios empíricos correlacionales, esta categoría vendría representada por correlaciones no significativas o ausencia de correlación.
2. Aquellos estudios que hablan de *compensación* entre ambos contextos de desarrollo. A nivel teórico, esta idea viene representada por una fotografía en la que los chicos y chicas comienzan a tener problemas con sus padres al llegar a la adolescencia, problemas conceptualizados con frecuencia como vacío o abismo intergeneracional, girando en este momento a los amigos y compañeros para encontrar el apoyo, la comprensión y la ayuda que no encuentran en sus hogares. A nivel empírico, continuando con nuestro ejemplo del estudio correlacional, estos trabajos obtendrían correlaciones significativas y negativas.
3. Finalmente, encontraríamos aquellos trabajos y autores que defienden la *continuidad* entre ambos contextos de desarrollo. A nivel conceptual están representadas en este grupo las teorías del aprendizaje social y del apego, que serán tratadas con más detalle un poco más adelante. Empíricamente, situaríamos en esta perspectiva los trabajos que

encuentran correlaciones positivas y significativas entre las variables del contexto familiar y las variables del contexto de los iguales.

Como vemos, se trata de posturas difícilmente reconciliables a primera vista, pero a las que trataremos de dar coherencia a lo largo de las próximas páginas. Para los autores que trabajan con la idea de la *independencia* entre el contexto familiar y el de los iguales, (Brittain, 1963; Claes y Poirier, 1993; Furman y Wehner, 1994; Harris, 1999; Savin-Williams y Berndt, 1990; Van Beest y Baerveldt, 1999), los conflictos familiares que se producen durante la adolescencia no estarían reflejando fisuras tan grandes como pudiera parecer en un primer momento. La idea es que los adolescentes tienen que escoger entre los iguales o los padres para buscar información o consejo antes de tomar una decisión (Brittain, 1963). Escogen a unos u otros en función de a quién consideran más competente en el tema en cuestión. Así, preferirán la información que proviene de los padres en las cuestiones a largo plazo basadas en valores y decisiones éticas, cuestiones relativas a las perspectivas de futuro o a los estudios. A los iguales los escogerán para los aspectos que tienen que ver con el día a día, de corto alcance, como decisiones sociales, cuestiones relacionadas con las parejas, el dinero, consumo de bebidas o los aspectos más cotidianos de los estilos de vida (Claes y Poirier, 1993; Noller y Patton, 1990). Por tanto, el contexto familiar y el contexto de los iguales influirán en el adolescente cada uno en sus áreas de competencia, no siendo dos contextos antagonistas sino complementarios. Harris (1999), nuestra autora transgresora, también se situaría en esta postura. Como hemos comentado anteriormente, ella considera al contexto de los iguales como la principal fuente de influencia a lo largo de la infancia y la adolescencia. La idea de la compensación es por tanto inconcebible desde su posicionamiento teórico, y menos aún la de la generalización de los aspectos aprendidos en un contexto a otro. Considera que aunque la literatura científica se ha empeñado durante años en hacernos creer que se aprenden estilos comportamentales en la familia que se trasladan al contexto de los iguales, esto no es cierto, puesto que todos: niños, adolescentes y también adultos, nos comportamos de diferente forma en distintos contextos. Si hubiese algún viso de continuidad entre la forma de actuar en unos contextos y otros (postura 3), esta se debería más a la genética que a generalización de comportamientos aprendidos de unos ambientes a otros.

La segunda postura, la de la *compensación*, probablemente, nos resulte la más familiar a nivel popular, y es también o quizás debido a ello, en la que se sitúan autores clásicos como Sullivan o Erikson. Estos autores coinciden en la idea de que los adolescentes deben orientarse a los iguales para desvincularse de los padres en la búsqueda y logro de la identidad personal (Erikson, 1959, Sullivan, 1953). Para ellos la separación de la familia es un hito evolutivo necesario en el logro de la Identidad, y por tanto, no observan esta separación como algo negativo, sino todo lo contrario, como un avance en el hacerse persona del adolescente. Más recientemente, encontramos otros trabajos que también defienden un modelo compensatorio (Furman y Buhrmester, 1992; Gauze, Bukowsky, Aquan-Assee, y Sippola, 1996; Grotevant y Cooper, 1986; Hetherington, 1999; Jenkins y Zunguze, 1998; Martínez y Fuertes, 1999; Steinberg y Silverberg, 1986). Quizás lo más llamativo a resaltar en estos trabajos es que incluyen la idea de compensación no sólo en el sentido tradicional, según el cual los iguales compensan la falta de comunicación o de intimidad que se daría durante la adolescencia en la familia, o son un factor de protección para el ajuste adolescente en el caso de problemas familiares, sino que también apuntan el sentido contrario: la familia puede compensar y ejercer las funciones de los iguales cuando las cosas no funcionan bien en este otro contexto de relaciones horizontales.

Por último encontramos a quienes defienden la idea de *continuidad* a nivel de mesosistema entre la familia y los iguales. En este grupo se considera que quienes disfrutan de mejores relaciones familiares también tienen mejores relaciones con los amigos y amigas, o dicho con otras palabras, los chicos y chicas con relaciones familiares más conflictivas tendrán peores relaciones con sus coetáneos (Dekovic y Meeus, 1997; Madden-Derdich, Estrada, Sales, Leonards, y Updegraff, 2002; Mayseles, Sharabany y Sagi, 1997; Mounts y Steinberg, 1995; Updegraff, Madden-Derdich, Estrada, Sales, y Leonards, 2002). Así, en lo referente a la continuidad entre el contexto familiar y las relaciones afectivas con los iguales, se encuentra que quienes describen a sus progenitores como cariñosos y que les aceptan tal y como son, indican tener más intimidad en las relaciones con su mejor amigo (Updegraff, *et al.*, 2002). También se encuentra más intimidad en las relaciones con los iguales de hijos cuyos padres promueven la autonomía, les tratan como confidentes o establecen alianzas con los hijos (Madden-Derdich, *et al.*, 2002). En el trabajo de Dekovic y Meeus (1997) se halla que diferentes aspectos de la relación familiar se relacionan con otros

tantos de los iguales. De esta forma, la calidad de las relaciones padres-hijos (aceptación parental, apego e implicación) se relaciona con la calidad de las relaciones de estos con sus iguales (apego a los amigos y aceptación social percibida). Al igual que ocurriera con los trabajos que hablan de compensación, la continuidad también parece que se ve influida por la dirección contraria. Así, los adolescentes que tienen grupos de iguales considerados “fáciles”, que se adaptan a las normas de los adultos facilitan el que los padres ejerzan prácticas educativas democráticas, o lo que es lo mismo que explicitan el afecto, promueven la autonomía del chico para tomar decisiones y tienen expectativas altas en sus hijos (Brown y Huang, 1995). Por su parte, y relativo a la influencia de la familia en la facilidad o dificultad del adolescente para ceder ante la presión grupal, Mounts y Steinberg (1995) encuentran que los hijos de padres democráticos tienden a ceder menos a la presión del grupo en cuanto a consumo y ajuste escolar. En general, según esta postura, como ya adelantamos la relación entre el contexto familiar y el de los iguales son positivas, es decir, aquellos chicos con mejores relaciones con sus padres también las tienen mejores con sus amigos, y como veremos en el último apartado de este informe, un mejor ajuste personal (Oliva, Parra, y Sánchez-Queija, 2002; Silbereisen, 1995).

A la hora de dar explicación a este trasvase, de padres a pares encontramos –al menos– tres explicaciones teóricas diferentes y complementarias que provienen de los estudios que trabajan con los estilos parentales, aquellos que se sitúan en la perspectiva del aprendizaje social y, finalmente, los que provienen de la teoría del apego.

Por una parte, se defiende la idea de que las *prácticas parentales* democráticas hacen que desde niños, los hijos interioricen las normas sociales y las hagan propias, por lo que cuando niños o adolescentes interactúan con los iguales, lo hacen siguiendo unas normas sociales aceptadas y adaptativas que facilitan esta interacción.

No demasiado lejos de este posicionamiento, desde la perspectiva del *aprendizaje social*, se considera que aquellos chicos y chicas que en sus familias de origen han aprendido las habilidades sociales necesarias para vivir en sociedad, traspasarán esas habilidades a otros contextos relacionales, como en el caso de nuestra exposición, el contexto de los iguales.

Por último, la *teoría del apego* considera que en la relación con los padres se aprende un modelo de uno mismo en relación con los demás que se aplicará a otras relaciones o contextos, en este caso el de los iguales. En el siguiente epígrafe, nos extenderemos en la teoría del apego al ser un marco de referencia en el que se sitúa este trabajo.

Como vemos, podemos citar estudios de autores de conocido prestigio en los tres sentidos: independencia, compensación y continuidad. Creemos que buena parte de la incoherencia que podemos detectar proviene de la simplificación de los resultados, del intento de parsimonia para tratar de entender el funcionamiento humano. Sin embargo, según avanzan las técnicas estadísticas y el conocimiento sobre estos temas, empiezan a analizarse variables mediadoras y moderadoras que permiten integrar las tres perspectivas de forma coherente. Revisemos como ejemplo el estudio de Madden-Derdich *et al.* (2002), en el que tanto el sexo del adolescente como el origen étnico moderan la relación entre ambos contextos, y en nuestro contexto, el trabajo de Moreno, Muñoz Tinoco, Pérez, y Sánchez-Queija (2004). Madden-Derdich *et al.* (2002), encuentran moderación de las variable sexo y lugar de procedencia en la relación entre el contexto familiar y el de los iguales durante la adolescencia. Los autores hallan continuidad entre ambos contextos, pero sólo entre los adolescentes varones, que aunque dicen tener más comunicación, cariño y aceptación de sus madres que de sus padres son estas mismas variables referidas a su relación con el padre las que se relacionan con que los chicos informen de mayor intimidad con el mejor amigo. Igualmente el lugar de procedencia de los chicos y las chicas modera la relación entre el contexto familiar y el de los iguales. Así, la relación positiva entre las variables referidas al contexto familiar y las referidas al contexto de los iguales se da sólo en el caso de que los adolescentes sean americanos de origen europeo (en este caso hablamos de continuidad entre ambos contextos), no dándose si los adolescentes son americanos de origen latino (caso en el que encontraríamos independencia entre los dos contextos).

Por su parte, los resultados del trabajo de Moreno *et al.* (2004), indican que hay diferentes clusters a la hora de establecer relaciones entre los dos contextos de desarrollo de los que venimos hablando. Así, un porcentaje importante de adolescentes tienen mucha facilidad para hablar con la familia y con los iguales o, al contrario, mucha dificultad para hablar con ambos,

representando estos dos patrones la idea de continuidad entre ambos contextos; pero también aparecen clusters representados por menos adolescentes que indican que puede existir compensación, y son los que tienen dificultad para hablar con los padres y facilidad para hablar con los amigos, o al contrario, facilidad para hablar con los padres y dificultad para hacerlo con los iguales.

A raíz del análisis de literatura podríamos establecer la siguiente conclusión: la relación entre el contexto familiar y el de los iguales no es simple y unívoca. Más bien, es compleja y llena de matices. En general, los autores de este trabajo nos posicionamos en la perspectiva de la continuidad. Creemos que a priori, y en el contexto español, unas buenas relaciones familiares facilitan el que los chicos mantengan un buen ajuste o una buena relación con los amigos. Sin embargo, estamos convencidos de que la mayor parte de los chicos y las chicas adolescentes, tienen más en cuenta la opinión de sus padres y madres que la de los amigos a la hora de tomar decisiones vitales como qué itinerario escoger en el instituto, o que tomarán más en consideración la opinión de un amigo si se trata de escoger la ropa que se lucirá el próximo sábado, amigos que, sin duda, influirán más que los padres en el desarrollo de competencias sociales (Markiewicz, Doyle, y Brendgen, 2001), sin que estos hechos sean incompatibles con la idea de que quienes mejores relaciones tienen con sus familias en general también las tendrán con los iguales. Manteniendo la idea de que en general las relaciones entre ambos contextos son positivas, también creemos que habrá momentos puntuales, o grupos concretos de adolescentes, en los que los amigos puedan ser un factor protector ante los problemas familiares, y en este caso, se mantengan relaciones positivas con los amigos y negativas con la familia o viceversa, que la familia ejerza un rol protector frente a dificultades en el contexto de los iguales. Por tanto, consideramos el disfrutar de buenas relaciones familiares como una ventaja, más que como un único prerrequisito para desarrollar buenas relaciones con los amigos.

Para terminar este apartado, no queremos dejar de mencionar los trabajos que analizan la importancia de los dos contextos de desarrollo de los que venimos hablando, familia e iguales, y de su continuidad en términos temporales o evolutivos. En este sentido, la vinculación afectiva estrecha con los amigos es considerada un paso intermedio entre la conexión primera con la familia que se da en la infancia, y el nexo de unión que se formará con la pareja en algún momento del final de la adolescencia, la juventud o la adultez

emergente. Furman y Buhrmester (1992), analizando la red social de los adolescentes, encuentran que chicos y chicas consideran que sus madres y padres son su principal fuente de apoyo a los 9/10 años, a los 12/13 comparten esta tarea con los amigos que suben en el *ranking* hasta ser quienes aportan más apoyo a los 15/16 años. Finalmente, a los 19 años de edad, será a la pareja a quienes los chicos y las chicas acudan a buscar apoyo (Furman y Buhrmester, 1992). Resultados similares describen Furman y Wehner (1994); Hazan y Zeifman (1999) o, en nuestro país Lafuente (1994) y López (1999). En este caso, estudian el traspaso de los componentes del apego de la familia a los iguales. Describimos más detalladamente el estudio de Lafuente por haberse realizado en nuestro contexto. De los diferentes componentes del apego, encuentra que la *ansiedad ante la separación* y la *base segura*, son dos componentes que se dan en la familia durante la niñez y adolescencia para pasar a vincularse a la pareja en la adultez temprana. Sin embargo, los otros dos componentes del apego: *búsqueda de proximidad* y *búsqueda de refugio emocional*, se traspasan siguiendo el patrón familia – iguales – pareja. Así, durante la preadolescencia, los chicos y las chicas buscan la proximidad tanto de la familia como de los amigos, para ser más importante tener cerca a los amigos que a la familia en la adolescencia. Aproximadamente a los 14 años, se busca a los amigos como refugio emocional más que a los progenitores. Ambos componentes, pasarán a la pareja durante la adultez emergente.

1.2 LA TEORÍA DEL APEGO: UN EJEMPLO ESPECÍFICO DE CONTINUIDAD.

Tal y como avanzamos en la introducción al trabajo, la teoría del apego es quizás el marco teórico que mejor explica la continuidad de las relaciones afectivas de unos contextos a otros. En este apartado encontraremos una justificación de por qué es un ámbito de estudio que permite comprender, no sólo las relaciones afectivas con la familia en la primera infancia, sino también las relaciones afectivas con los pares. Continuaremos avanzando las hipótesis existentes sobre cómo se mantiene estable, hablando del componente cognitivo del apego. Contrastaremos esta hipótesis con la teoría del aprendizaje social, y finalizaremos analizando la transmisión intergeneracional del apego y aclarando la diferente nomenclatura que encontramos sobre apego adulto, significantes diferentes que nos llevan a matices también distintos dentro de una misma teoría.

1.2.1. ¿Se puede hablar de apego en las relaciones entre iguales?

A pesar de que la teoría del apego se desarrolló en un inicio para analizar las relaciones madres–hijos en la primera infancia, en las últimas décadas ha cobrado un auge importante, extendiéndose a otros tipos de relaciones cercanas, principalmente a las relaciones de pareja, aunque también a las relaciones con los amigos. La teoría del apego propone un marco de trabajo para la explicación del desarrollo, mantenimiento y disolución de las relaciones cercanas, que ofrece simultáneamente una perspectiva del desarrollo de la personalidad, la regulación emocional y la psicopatología, y aúna información de diferentes campos de estudio, tales como la etología, la psicología fisiológica, el psicoanálisis o la psicología evolutiva (Fraley y Shaver, 2000). Sin duda, la

amplitud de temas que se pueden estudiar desde este marco teórico, unido a las diversas disciplinas que aúna, ha hecho de la teoría del apego –en nuestra opinión– una de las principales aportaciones a la psicología del Siglo XX. La descripción de la teoría del apego de Bowlby, la clasificación de los tipos de apego de Ainsworth, las fases en la formación del apego y otras cuestiones relacionadas con el apego en la primera infancia forman parte del bagaje de conocimientos general de cualquier psicólogo, y se encuentran descritas en todos los manuales de psicología evolutiva o del desarrollo. Por este motivo no va a ser expuesta aquí más que de una forma somera y en relación con el desarrollo posterior realizado por Hazan y Shaver. Estos autores establecieron un paralelismo entre las relaciones entre el cuidador principal, generalmente la madre, y el hijo en la primera infancia, y las relaciones de pareja en la adultez que significó, quizás, uno de los hitos más importantes en el desarrollo de esta teoría en las últimas décadas. Aunque en nuestro trabajo estamos tratando las relaciones con iguales que no son la pareja, el desarrollo de estos autores nos será útil a la hora de explicar la relación afectiva cercana con los amigos o amigas. Este paralelismo no es arbitrario, y no somos los primeros que tratamos a la amistad cercana como un tipo de relación de apego. Aunque algunos escritores consideran la amistad más como relaciones afiliativas que como apegos, otros consideran que los niños desde pequeños invierten a sus amistades emocionalmente y que sus relaciones son relativamente duraderas (Hartup, 2002), por lo que no es desvariado tratarlos como figuras de apego. Sin duda alguna, los trabajos de Ainsworth (1989), Armsden y Greenberg (1987), Buhrmester (1992), Freeman y Brown, (2001), Hartup (1992), Hazan y Zeifman, (1999), Lafuente (1994) y Seiffge-Krenke (1993), entre otros, no dudan en que las amistades cumplen las funciones de figuras de apego, definiéndose por las mismas características que las relaciones de apego con los progenitores: protesta ante la separación, búsqueda de proximidad y refugio emocional, y base segura (Buhrmester, 1992), y siendo una importante fuente de intimidad, retroalimentación sobre el comportamiento social, influencia social e información (Allen y Land, 1999).

A continuación, y retomando el hilo argumental, vamos a extraer del artículo de Fraley y Shaver (2000) los paralelismos principales descritos por Hazan y Shaver (1987) entre el apego al cuidador principal y el apego a la pareja. Esto nos permitirá desgranar, argumentar y defender la relación afectiva con los amigos durante la adolescencia como relación de apego, al tiempo que

revisamos someramente las características de la relación de apego descrita por Bowlby. (1969,1973)

1. *las dinámicas emocionales y conductuales de las relaciones cuidador-niño y las relaciones románticas en la adultez son gobernadas por sistemas similares.*

En el caso del apego en la díada madre-hijo, la dinámica interna del vínculo es similar a un sistema de control homeostático en el que una serie de *objetivos o finalidades* son mantenidos por el control constante y por señales endógenas y exógenas de los participantes, además de por continuos comportamientos de ajuste. La *finalidad principal* del sistema de apego es la *proximidad física o psicológica* al cuidador. Si un niño percibe a la figura de apego como cercana y responsiva, el niño se siente a salvo, seguro ante los otros y ante sí mismo y se comporta jugando, explorando el entorno y de forma sociable. Si el niño percibe una amenaza ante la relación o ante sí mismo (enfermedad, miedo, separación), se sentirá ansioso, asustado y buscará la atención y el apoyo del cuidador principal. Dependiendo de la severidad de la amenaza, esta conducta de apego será un simple contacto visual o una respuesta emocional intensa y una actividad vigorosa (por ejemplo, llorar y agarrarse fuerte a la madre). Típicamente, los comportamientos de apego terminan cuando las condiciones que indican seguridad y confort se restablecen, por ejemplo, vuelve la figura de cuidados principal. Las relaciones románticas (y en nuestro caso con los amigos)² se asemejan a estas mismas: tradicionalmente, los adultos y *adolescentes* se sienten más seguros si la figura de apego está cerca, es accesible y es responsiva. En estas circunstancias, la pareja o el *amigo* se puede utilizar como base segura para explorar el entorno (p. ej. embarcarse en proyectos creativos). Si el individuo se siente estresado, enfermo o amenazado, la pareja o *los amigos* se usan como una fuente de seguridad, confort y protección. En el caso de la pareja, se encuentran incluso otros paralelismos, como el implicarse en periodos de contacto "vientre junto a vientre", el *baby talk*, arrullos, ... Por tanto, emociones y comportamientos son similares en las relaciones de pareja, en la *amistad* y en las relaciones padres-hijos.

² A partir de ahora, aparecerán en cursiva los añadidos que no aparecen en la formulación original de Hazan y Shaver.

2. *Se observan el mismo tipo de diferencias individuales en las relaciones niño-cuidador y en las relaciones de pareja.*

Hazan y Shaver realizan un cuestionario con tres ítems que evalúan los tres tipos de apego que describiera Ainsworth: apegos seguros, ansiosos-ambivalentes y evitativos, con la idea clara de que la clasificación de apego en la primera infancia es válida en la adultez. Numerosos estudios en diferentes contextos han utilizado su cuestionario, con la idea subyacente de que los tres tipos de apego son válidos en la adultez igual que en la niñez (P. ej. Mayseless, Sharabany y Sagi, 1997; y Fraley y Shaver, 2000)

3. *Las diferencias individuales en el comportamiento de apego adulto son un reflejo de las expectativas y creencias que la gente forma sobre ellos mismos y sus relaciones cercanas sobre la base de su historia de apego; este modelo interno de trabajo o modelo representacional es relativamente estable y, además, puede estar reflejando las experiencias tempranas con los cuidadores.*

De acuerdo con la teoría del apego, el grado de seguridad que experimenta el niño durante los primeros meses de vida depende en gran medida de señales externas, tales como la proximidad, disponibilidad y *responsividad/sensibilidad*³ del cuidador principal. A través de interacciones repetidas, el niño desarrolla una serie de estructuras de conocimiento o modelos internos de trabajo (denominados también y con frecuencia en español Modelos Representacionales), que representan las interacciones que está manteniendo y contribuyen a la regulación interna del sistema de conducta del apego. Si las personas significativas para el niño o la niña son generalmente cariñosas, *responsivas* y disponibles de forma consistente, el niño aprenderá que puede contar con los otros cuando los necesite. En consecuencia, el niño o la niña puede explorar el mundo de forma segura, iniciar interacciones con los otros cariñosas y sociales, y encontrar consuelo en el convencimiento de que el cuidador principal estará potencialmente disponible (Ainsworth, Blehar, Waters, y Wall, 1978). En resumen, el niño desarrolla un modelo seguro de apego. Si las personas significativas son frías, rechazan al niño o la niña, son impredecibles, amenazantes o insensibles, el niño o la niña aprenderá que no puede contar con

³ Responsividad: este término no se recoge como tal en el diccionario de la Real Academia de la Lengua, es una traducción del vocablo anglosajón *responsivity* que hace referencia a la sensibilidad para detectar y responder a las demandas del otro.

los otros para conseguir confort y apoyo y, este conocimiento o aprendizaje, se traducirá en un modelo de apego inseguro o ansioso (el niño inseguro probablemente intentará regular su comportamiento de forma acorde al trato recibido: o bien demandando una atención y cuidados excesivos o bien logrando un grado alto de autosuficiencia).

Según Hazan y Shaver (1987), los Modelos Internos de Trabajo en el apego continúan guiando y dando forma a las conductas en las relaciones cercanas a lo largo de la vida. Según las personas van construyendo nuevas relaciones, estas son inseparables de las expectativas previas sobre cómo los otros se comportarán y se sentirán hacia ellos, y usan estos modelos para interpretar las intenciones u objetivos del otro. Los Modelos Internos de Trabajo o Modelos Representacionales (en adelante MIT o MR) se presuponen altamente resistentes al cambio porque es fácil asimilar la información relacional nueva, incluso aunque haya que distorsionarla para acomodar la nueva información, a las antiguas expectativas. Según el propio Bowlby porque estos modelos se vuelven menos flexibles, conscientemente accesibles y, por tanto, menos susceptibles al cambio (Bowlby, 1969). Así se explica la continuidad en cómo la gente se relaciona con otros en diferentes tipos de vínculos interpersonales. Por tanto, la teoría sugiere que las experiencias tempranas con los cuidadores, al menos en parte, explican cómo se comportarán las personas en las relaciones románticas adultas y, nosotros añadimos, *en las relaciones con los amigos y las amigas*. Como se comprueba, esta teoría incluye la idea psicoanalítica de la influencia de las primeras relaciones en las posteriores, pero deja a un margen las explicaciones y mecanismos psicoanalíticos.

4. El amor romántico, supone la interacción de tres aspectos: el sistema de apego, los cuidados y la sexualidad.

Tres sistemas que, aunque diferentes, están claramente interconectados. Y en los que los roles de cuidador y cuidado se intercambian, a diferencia de en el apego en la primera infancia donde el adulto cuidaba y el niño era cuidado. Aunque en las relaciones con los amigos el sistema sexual queda claramente al margen, sí que podemos rescatar de la exposición de Hazan y Shaver la idea de la bidireccionalidad de los cuidados en el apego adulto: en la amistad, los roles de cuidador y cuidado son intercambiables.

Furman y Wehner (1994) retoman y amplían el desarrollo de Hazan y Shaver sobre el tópico de las relaciones románticas considerando los vínculos con los iguales como un paso independiente y necesario entre las relaciones familiares y las de pareja. Aunque no profundicemos en su desarrollo, al no ser este un trabajo sobre relaciones de pareja, sí queremos mencionar que estos autores desarrollan la idea de un cuarto sistema que se añade a los de Apego, Cuidados y Sexual: el sistema afiliativo que implica compañía e intimidad mutua, colaboración, co-construcción, reciprocidad e intercambios simétricos. Este sistema se desarrollaría en las relaciones con los amigos y se traspasaría a las relaciones de pareja o románticas. La siguiente cita aclara esta idea (ver también apartado 1.1):

“Creemos que las relaciones padres-hijos sientan las bases fundacionales de la habilidad para sentirse o ser cercano e íntimo con los otros, pero consideramos que las relaciones con los iguales, en especial la amistad, también ejerce una contribución crítica. Concretamente, es en las relaciones de amistad en las que el niño desarrolla la habilidad de ser íntimo en una forma mutua y recíproca” (Furman y Wehner, 1994; pg 4 versión electrónica)

1.2.2. Estabilidad del apego, transmisión intergeneracional y concordancia entre diferentes figuras: mecanismos y controversias

a. Estabilidad

La argumentación de Hazan y Shaver y los desarrollos posteriores de otros autores, nos llevan a entender que la relación de apego va mucho más allá de la relación entre el cuidador principal (generalmente la madre) y el niño o la niña, extendiéndose a otras relaciones tales como las que se establecen con la pareja, los propios hijos e hijas o con los amigos y/o amigas. Desde las primeras aportaciones de Bowlby, como ya avanzamos en el epígrafe anterior, el tipo de apego se considera que es relativamente estable y, por tanto, se espera que aquellos chicos y chicas que formaron en la primera infancia un vínculo seguro en sus familias mantengan este mismo tipo de apego en otras relaciones, y quienes crecieron formando vínculos inseguros tiendan a mantener este tipo de vínculo a lo largo de su vida y de sus relaciones. En este sentido, encontramos

los trabajos de Allen *et al.*, (2003); Furman, Simon, Shaffer y Bouchey (2002); Goldberg (2000); Hamilton (2000); Mayseless, Sharabany y Sagi (1997); Mayseless, Wiseman y Hai (1998) y Zimmerman (2004). A esta tendencia se la ha denominado *estabilidad* del apego.

Los autores que abogan por la estabilidad, no consideran que el tipo de apego formado en la primera infancia determine invariablemente el apego que se desarrolla después. En todo momento, al hablar de estabilidad, estamos haciendo referencia a una *tendencia* a la estabilidad, admitiendo que, en algunos sujetos puede haber cambios en el tipo de apego sin que este hecho sea incompatible con la tendencia general a la estabilidad en el modelo de apego formado en la primera infancia (Waters, Hamilton y Weinfield, 2000). En una reciente revisión sobre el tema, Félix López tras revisar las *posturas prototípicas*, según las cuales “el sistema de apego se forma en la infancia (...) es único y permanece a través de las situaciones y a lo largo de toda la vida” y las *posturas revisionistas*, que consideran que “el sistema de apego puede mantenerse o cambiar. Las representaciones, sentimientos y conductas están en continua actividad por lo que son revisadas una y otra vez, hasta el punto de que no tienen por qué mantenerse” (López, 2006, pp 15), acaba concluyendo que “parece claro que hay una cierta estabilidad del sistema de apego, pero, a la vez, son relativamente frecuentes los cambios en los estilos de apego. Estos cambios se dan de forma especialmente clara en los casos en que los menores sufren sucesos que les resultan traumáticos” (López, 2006, pp 17)

A la hora de escribir sobre la estabilidad en el apego, podemos diferenciar los trabajos que analizan tal estabilidad en los patrones de apego padres-hijos a lo largo de la infancia, adolescencia e incluso adultez; y los trabajos que analizan la generalización o continuidad de los citados patrones en diferentes tipos de relaciones, que en el caso de este trabajo se concretaría en patrones similares en las relaciones padres-hijos e hijos-amigos. Diferenciaremos ambos tipos de trabajos en la exposición que venimos realizando, denominando estabilidad del apego a los primeros y continuidad en la relación a los segundos.

a.1. Estabilidad en el apego padres-hijos

Para resumir el ingente número de datos que aparecen a este respecto, nos basaremos en el debate originado en el número 71(3) de *Child Development*, que se puede considerar un buen ejemplo empírico de las palabras de Félix López que acabamos de exponer.

La revista *Child Development*, presenta tres trabajos longitudinales en los que se evalúa mediante la situación del extraño a bebés de un año aproximado de edad, y posteriormente con la *Adult Attachment Inventory* (en adelante AAI, ver apartado 1.2.3) en la adultez temprana. A pesar del diseño similar, las muestras difieren significativamente: la *primera* son chicos y chicas de clase media, la *segunda* está compuesta por familias con diferentes estilos de vida (familias monoparentales, familias biparentales tradicionales, grupos comunales relacionados con la religión...), la *tercera* es una muestra de riesgo psicosocial alto (Waters *et al.*, 2000). Los resultados coinciden con las hipótesis de partida de Bowlby de que el apego tiende a ser estable, pero se puede revisar en función de las experiencias de vida que tenga cada persona. De esta forma, en la muestra de clase media hubo una importante coincidencia entre la clasificación en la primera infancia y la clasificación en la adultez temprana o emergente (70%). En el caso de que hubiera un cambio entre la clasificación de la situación del extraño y la posterior en la AAI, la probabilidad de que las madres de los chicos informaran de algún suceso vital estresante es el doble a la probabilidad de que las madres no advirtieran de tales tipos de acontecimientos (44% frente 22%) (Waters, *et al.*, 2000). Estos datos vienen a confirmarse con la muestra de riesgo psicosocial, en la que no se encontró estabilidad, o lo que es lo mismo, la inestabilidad fue elevada. Sin embargo esta aparente contradicción con el estudio previo no lo es tal, ya que se comprueba que el grupo que permaneció estable tuvo menos sucesos vitales estresantes, mientras que el grupo inestable había sufrido malos tratos, depresión materna o pautas relacionales disfuncionales en la adolescencia temprana (Weinfield, Sroufe, y Egeland, 2000). Quizás el más interesante –a nuestro juicio– de los trabajos lo aporta Hamilton (2000). También en su muestra, igual que en las precedentes, los cambios en estilo de apego están relacionados con sucesos vitales estresantes. Hamilton discute sus datos con la idea de que no siempre un apego seguro es el más adaptativo, sino que en determinadas situaciones un apego

inseguro puede ser un factor protector o de *resiliencia*⁴ frente a los sucesos vitales estresantes. Quizás por ese motivo es en las familias con mayor estrés en las que aparece una mayor proporción de inseguridad en el apego, especialmente del tipo desorganizado (Danis, Lakatos, Ney, Toth, y Gerval, 2004).

a.2 Continuidad en el apego entre diferentes relaciones

En el apartado 1.1 describimos algunos trabajos que se han realizado con la idea de que existe continuidad relacional entre el contexto familiar y el contexto de los iguales. En aquel momento, evitamos describir estudios llevados a cabo bajo el marco teórico del apego. Pasamos en este momento a retomar aquella idea y a profundizar un poco más en ella, pero recordando al lector que la situación en este apartado del texto y no en aquel tiene que ver con motivos expositivos y no sólo conceptuales, y que por tanto, se puede leer como una continuación de aquel apartado además de como un subapartado dentro del bloque dedicado a la teoría del apego.

Los estudios que han tenido como objetivo evaluar la continuidad del apego entre el contexto familiar y el de los iguales han tenido principalmente como destinatarios a bebés y preescolares, encontrando pocos trabajos con muestras de la infancia media o de la adolescencia (Ladd y Pettit, 2002, Schneider, Atkinson y Tardif, 2001). En estos trabajos se encuentra que los chicos clasificados como seguros en la situación del extraño también desarrollan mejores competencias sociales con los iguales en los años preescolares (Waters, Wippman y Sroufe, 1979) y en los escolares (Freitag, Belsky, Grossmann, Grossmann y Scheuerer-Englisch, 1996). Entre los estudios realizados con adolescentes encontramos que la concordancia entre el estilo de apego desarrollado con los padres y el que se forma con los iguales llega al 55% de coincidencias durante la adolescencia (Furman *et al.*, 2002), que los chicos y chicas con apego inseguro muestran hostilidad y falta de habilidades sociales en las relaciones con los pares (Kobak y Sceery, 1988), o que aquellos con apego seguro tienen amistades de mejor calidad (Zimmermann, Scheuerer-Englisch y Grossmann, 1996, cit en Allen y Land, 1999). Citaremos un último estudio que

⁴ Resiliencia: este término no se recoge como tal en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, es una traducción del inglés *resilience* que hace referencia a la capacidad de algunas personas de mantener niveles de ajuste elevado incluso en las situaciones más adversas.

documenta esta relación empíricamente. Escogemos este trabajo por considerar que el diseño metodológico es especialmente potente al tener medidas de diferentes informantes. Allen y colaboradores recogieron datos relativos al apego con los progenitores de adolescentes de riesgo. Entrevistaron a los adolescentes utilizando la AAI (Adult Attachment Interview). Además, les pidieron a cada adolescente el nombre de sus mejores amigos y entrevistaron a dos de los amigos de cada adolescente, extrayendo a partir de esas entrevistas con los iguales medidas de competencia social del adolescente. Los resultados indicaron que aquellos chicos y chicas con apego seguro hacia sus padres fueron quienes puntuaron más alto en competencia social informada por los amigos (Allen, Moore, Kuperminc, y Bell, 1998).

Aunque los datos haya que tomarlos con precaución, precisamente por el escaso número de estudios que analizan el tema de la continuidad entre estos dos tipos de relaciones durante la adolescencia, se encuentra que el tamaño del efecto de la relación entre el apego formado con los padres y el apego formado con los iguales es mayor en el caso de que las muestras de los estudios sean de escolares o adolescentes que si son de preescolares o bebés (Schneider *et al.* 2001). El metaanálisis llevado a cabo por Schneider *et al.* (2001) también llega a la conclusión de que la relación entre apego a los padres y a los iguales es mayor cuando se hace referencia al mejor amigo que cuando se pregunta por los amigos en general, lo que hace que plantee dos formas diferentes de entender la influencia de los patrones de apego, la perspectiva de banda ancha y la perspectiva de banda estrecha. Los teóricos que él situaría en la primera perspectiva, la de *banda ancha*, estudiarán como correlatos del apego a los padres el ajuste en su sentido más amplio: éxito escolar, consumos de drogas, problemas internos y externos (retomaremos esta idea en el apartado de ajuste). Desde la perspectiva de *banda estrecha*, que es la que en estos momentos nos ocupa, el patrón de apego formado con el cuidador principal, una relación afectiva estrecha o cercana, sólo puede predecir otras relaciones afectivas estrechas (Schneider, 2001). Por este motivo, la relación entre el apego padres-hijos y las relaciones con los iguales son mayores en la adolescencia que durante la infancia, y mayores cuando se pregunta por amigos y no por iguales en general, porque es en la adolescencia cuando la relación de amistad se define por la intimidad y el compromiso, mientras que en la niñez se hace en términos de compañía y diversión mutua (Shneider, 2006).

La explicación a la continuidad o estabilidad que venimos exponiendo puede venir dada, siguiendo la teoría del apego, por el funcionamiento mismo de los MIT o MR (explicado en el apartado anterior, en el desarrollo de la teoría de Hazan y Shaver) o, centrándonos específicamente en los años adolescentes por el hecho de que aunque la percepción de los adolescentes es que en el tránsito de la niñez a la adolescencia comienzan a necesitar menos a los padres, siguen percibiendo que están disponibles si les hacen falta y, probablemente, esto les sirva de base segura para explorar emocionalmente en las relaciones con los iguales (Allen y Ladd, 2002; Markiewicz, Doyle, y Brendgen, 2001).

En el trabajo que presentamos, evaluaremos si existe o no estabilidad en el vínculo de apego que los adolescentes recuerdan que tenían de sus padres y madres, y el que dicen tener a lo largo de la adolescencia, así como si existe relación entre los vínculos formados con los padres y madres y el formado con los iguales. Típicamente, las tasas de estabilidad a corto término durante la adolescencia e inicio de la edad adulta son del 70% aproximadamente, y aunque los cambios en el estilo de apego en los jóvenes adultos se relacionan de forma menos evidente con cambios en las circunstancias de su entorno que en el caso de los niños, existe al menos un estudio: Waters *et al.*, (1995 cit en Doyle y Moretti, 2000) en el que se muestra que también en el caso de los adolescentes, aquellos que han atravesado por cambios importantes durante la adolescencia muestran menos estabilidad que quienes no han pasado por dichos cambios.

Para finalizar este apartado, daremos voz a aquellos autores que, coincidiendo con la idea de que el estilo de apego es relativamente estable, no están de acuerdo con la idea de la existencia de Modelos Internos de Trabajo o Modelos Representacionales. Para estos autores, no es el MR y, por tanto una característica personal lo que permanece estable, sino las circunstancias que rodean el crecimiento, de tal forma que los cambios o evoluciones en el entorno producen cambios en el tipo de apego (Lewis, Feiring, y Rosenthal, 2000). La estabilidad viene dada por el hecho de que se permanece durante la infancia y adolescencia en la misma familia, donde se aprenden destrezas de reciprocidad, de sintonía fina con el otro. En definitiva, se aprende la intimidad relacional (Schneider, 2001). Si en la familia hay cambios (por ejemplo, un divorcio) el estilo de apego tiende a variar y a no encontrarse tal estabilidad (Lewis, *et al.*, 2000).

b. Transmisión intergeneracional

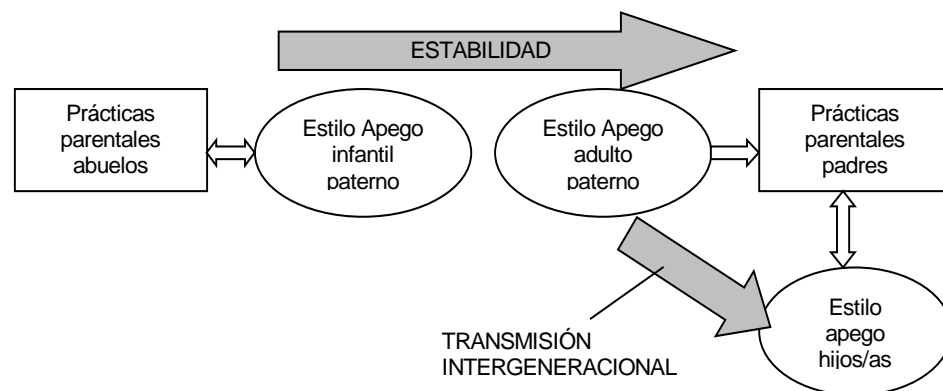
Para hablar de *transmisión intergeneracional* del apego o estabilidad intergeneracional debemos dar un paso más allá. No hablamos de estabilidad, en el sentido de que el estilo de apego que se aprende en la primera relación interpersonal permanezca relativamente estable a lo largo del ciclo vital y exista continuidad en diferentes relaciones, sino que hacemos referencia al hecho de que el estilo de apego de una generación familiar se pueda traspasar a la siguiente. Así, unos padres con apego inseguro, tendrían más probabilidad de tener hijos que desarrollen apegos inseguros y, viceversa, padres con apego seguro tenderían a establecer relaciones con sus hijos también responsivas y cálidas de forma que se potencie un estilo seguro en los hijos. Si en el apartado a) hemos descrito un Modelo Interno de Trabajo que el hijo forma en su relación con los progenitores y que traspasa a otras relaciones, siendo siempre el MIT un esquema representacional del hijo, ahora estamos hablando de un MIT de los padres que se traspasa a los hijos. Ambos aspectos, sin duda alguna están íntimamente relacionados.

Aunque la transmisión intergeneracional es algo que ya apuntara Bowlby (1969), son pocos los trabajos empíricos que encontramos que intenten demostrar su existencia. Entre ellos encontramos dos estudios longitudinales en los que se muestra la existencia de transmisión a través de dos generaciones: madre-hijo/hija (Fonagy, Steele, y Steele, 1991); o de tres generaciones: abuela-madre-hijo/hija (Benoit y Parker, 1994), encontrando que el 75 % de las diadas en el primer estudio y el 65% de las triadas en el segundo mantienen el mismo tipo de apego y, siendo más estable a través de las generaciones el patrón de apego seguro que los patrones inseguros. Tal y como ya adelantamos al hablar de estabilidad en el apego, la ocurrencia de acontecimientos estresantes (en este caso separación o conflictos de pareja) parecen *empañar* la transmisión intergeneracional del patrón de apego. La teoría de Bowlby es que el MIT se transmite de padres/madres a hijos a través de los comportamientos parentales, especialmente a través de la forma que los progenitores tienen de comportarse con sus hijos en los momentos de estrés en los que se activa el sistema de apego. Así se muestra que las madres y los padres seguros son más cariñosos, *responsivos* y dispuestos a delimitar límites apropiados para sus hijos, que a su vez, serán más cariñosos hacia ellos y menos ansiosos que los hijos de

personas con apego inseguro (Cohn, Cowan, Cowan y Pearson, 1992), o que las madres seguras son más cariñosas y apoyan a sus hijos ante los retos, aportando ayudas más claras y útiles, animándoles al aprendizaje y supervisando a sus hijos, mientras que las madres inseguras se muestran más sobreprotectoras (Van Ijzendoorn, 1995).

Como estamos comprobando, estabilidad y transmisión intergeneracional son dos aspectos íntimamente relacionados. La figura 3 pretende aclarar la relación entre ambos conceptos:

Figura 3. Relación entre estabilidad en el estilo de apego y transmisión intergeneracional.



En esta figura se muestra que si tomamos tres generaciones: abuelos, padres e hijos, las prácticas parentales que los abuelos despliegan con sus hijos, influirán en el estilo de apego que estos desarrollen. Una vez que se ha formado el patrón de apego de la segunda generación, este patrón tenderá a permanecer estable, por lo que quienes en su día fueron hijos, tienden a establecer relaciones cercanas con la pareja, con los amigos o con sus propios hijos (los nietos de la primera generación) que se caracterizan por la continuidad en su estilo o patrón de apego. Por tanto, la segunda generación, quienes ahora son padres, desarrollan prácticas parentales o pautas de crianza en función del estilo de apego que les caracteriza, lo que a su vez influirá en el estilo de apego que desarrollen sus hijos (transmisión intergeneracional). La representación mental que los padres (segunda generación) tienen sobre cómo ejercer la crianza de sus hijos (tercera generación) depende de la asimilación de sus propias experiencias como hijos (George y Solomon, 1999). Estas vivencias

propias pueden ser una fuente de la que bebe la segunda generación respecto a la sensibilidad hacia las necesidades de sus hijos, especialmente en tiempos de estrés; o bien pueden obstaculizar las capacidades de los padres (segunda generación) debido a los *fantasmas* de la relación con sus propios padres o primera generación (Olson, Martin y Halverson, 1999).

También la calidad de las relaciones de pareja de los padres influye en la calidad de la relación progenitores/hijos, de tal forma que aquellas parejas que antes del nacimiento de su primer hijo muestran una relación más cercana y de confianza mutua, muestran actitudes más positivas hacia el rol de padres y establecen relaciones con los hijos más cálidas y sensibles, aspecto este que se ha mostrado determinante en la formación de un apego seguro. Esta relación entre prácticas parentales y relación de pareja se da incluso cuando se controla el ajuste psicológico previo de los progenitores (Cox, Tresch Owen, Lewis, y Henderson, 1989). Ya con adolescentes, el que los chicos y las chicas perciban que la relación de pareja de sus padres es de calidad, se muestra relacionado tanto con el apego que los propios adolescentes desarrollan hacia sus padres y sus madres como el que muestran hacia sus amigos (Markiewicz, Doyle y Brendgen, 2001)

C. Concordancia entre diferentes figuras

Los apartados anteriores conllevan un implícito que procedemos a explicitar. Si el estilo de apego se traspasa de padres a hijos es porque existe un estilo de apego general, que se aplica a las diferentes relaciones. Sin embargo, no todos los teóricos están de acuerdo con esta afirmación. Algunos opinan que no hay un estilo de apego único, sino que se forma un patrón de apego o diferentes formas de relacionarse para distintas relaciones. Por tanto, ¿qué ocurre si dos personas diferentes mantienen también formas distintas de relacionarse con el niño o la niña y, por tanto se forman dos tipos de apego diferente?. Algunos autores se han hecho esta pregunta y la respuesta ha pasado por averiguar qué grado de concordancia se da entre las principales figuras de apego, principalmente y en la infancia, entre el padre y la madre. La respuesta más aceptada considera que en general, los patrones de apego de padres y madres tienden a coincidir, y que cuando no es así, basta que uno de los dos progenitores establezca un tipo de apego seguro para que los hijos e hijas aprendan este tipo de relación.

En preescolares, Smeekens y Riksen-Walraven, (2004) demuestran que hay una importante concordancia entre el apego que se establece con los dos progenitores, y que ambos desarrollan un papel importante en cuanto a las relaciones sociales de sus hijos con los iguales, en concreto en la competencia social, haciendo el padre de factor protector en el caso de que se desarrolle un apego inseguro con la madre. En cualquier caso, los mejores ajustados socialmente son quienes desarrollan apego seguro con ambos progenitores y los peores quienes desarrollan apego inseguro tanto con el padre como con la madre. Ya con adolescentes Genuis y Violato, (2000), utilizando el Parental Bonding Instrument demuestran en un estudio longitudinal retrospectivo que existe una tendencia significativa a que se tenga el mismo tipo de apego (seguro o inseguro) hacia el padre que hacia la madre. Lo mismo encontraron Fox, Kimmerly, y Schafer, (1991) en su metaanálisis. De hecho, mientras Genuis y Violato (2000) utilizaron un cuestionario unidimensional para medir el apego y basaron sus resultados en correlaciones, en el estudio de Fox *et al.* (1991), encuentran concordancia en los subestilos de apego, no sólo seguros Vs inseguros, sino ambivalentes, evitativos y los subtipos de seguro.

En cualquier caso, los protagonistas del trabajo que aquí presentamos son adolescentes. Algunos autores consideran que un cambio fundamental entre la infancia y la adultez es la emergencia de una única organización del apego, frente a las múltiples patrones que podían coexistir en la infancia ante distintos cuidadores. Esta organización única predice mejor futuros comportamientos con la propia descendencia y con los compañeros sentimentales (la función intermedia de las relaciones de amistad entre la relación con los progenitores y con la pareja ya la hemos descrito en el apartado 1.1). Con esta afirmación no estamos negando la capacidad del adolescente de diferenciar diferentes relaciones y la calidad de esos distintos vínculos, de hecho, los adolescentes pueden diferenciar la calidad de diferentes relaciones mejor que los niños, sino que hablamos de la emergencia de una estrategia integrada de enfrentarse a las diferentes relaciones de apego que es más predictiva de los comportamientos que se desatarán en las futuras relaciones de apego que se establezcan (Allen y Land, 1999).

1.2.3. Clasificaciones de apego adulto

Finalmente, queremos hacer un breve resumen por las diferentes clasificaciones de apego adulto y por la nomenclatura más utilizada para denominar los diferentes tipos de apegos adultos, además de describir brevemente qué diferencias podemos encontrar a nivel conceptual entre unos y otros. Este breve repaso permitirá al lector entender algunas de las diferencias encontradas en los estudios citados anteriormente, al tiempo que permitirá utilizar la diferente nomenclatura (con sus implicaciones teóricas) en la discusión de los resultados.

No creemos incurrir en simplismo excesivo si consideramos que la mayor parte de los estudios sobre apego adulto se hacen sobre la base de la Entrevista de Apego Adulto o *Adult Attachment Interview* (Main, Kaplan y Cassidi, 1985), el cuestionario de apego a la pareja de Hazan y Shaver (1987), el Cuestionario de Relaciones de Bartholomew y Horowitz (1991) y el de Experiencias en las Relaciones Cercanas de Brennan, Clark y Shaver (1998).

La Adult Attachment Interview (AAI), es una entrevista en la que se pregunta por las experiencias vividas durante la infancia. En función de la descripción de la figura (si se recuerda como cariñosa, implicada, negligente, presionadora, etc) y del discurso utilizado (coherencia general, angustia percibida, idealización, etc) se clasifica a los adultos como seguros o autónomos, preocupados, y resistentes o rechazados. Sin embargo, no nos detenemos en esta clasificación puesto que se trata de evaluar Modelos Representacionales de la relación madre/padre con el hijo/hija. Sólo la hemos mencionado por hacer justicia histórica a los primeros autores en intentar evaluar modelos adultos de apego. Sí queremos detenernos en las otras tres clasificaciones, que evalúan el estilo de apego en relaciones simétricas y no en las asimétricas como lo son la del progenitor con su vástago.

La siguiente clasificación del apego adulto vendrá de la mano de Hazan y Shaver. El paso más importante en este caso es que realizan su cuestionario para evaluar modelos representacionales en las relaciones de pareja o románticas, no en las relaciones padres-hijos. Se basan en la justificación teórica mencionada en el apartado 1.2.1 y evalúan apego con un cuestionario de medida forzada en el que piden a los adultos que señalen con cuál de las tres

descripciones se sienten más identificados (Hazan y Shaver, 1987). La figura 4 ilustra las tres descripciones.

Figura 4. Medida de respuesta forzada de Hazán y Shaver (tomada de Feeney y Noller, 2001)

¿Cuál de los siguientes enunciados describe mejor sus sentimientos?	
Seguros	Me resulta relativamente fácil intimar con los demás y estoy cómodo cuando dependo de ellos y ellos dependen de mí. No suelo preocuparme porque vayan a abandonarme o porque haya intimado demasiado con alguien
Evitativos	Estoy algo incómodo cuando intimo con otras personas; me resulta difícil confiar plenamente en los demás, así como prestarme a depender de ellos por completo. Me pongo nervioso cuando intimo demasiado con alguien, y mis parejas amorosas suelen querer que nuestra relación sea más íntima de lo que yo quiero
Ansiosos-ambivalentes	Creo que los demás se resisten a intimar tanto como a mí me gustaría. A menudo me preocupo por si mi pareja no me quiere o por si no quiere estar conmigo. Mi deseo es fundirme por completo con la otra persona, y ese deseo a veces asusta a los demás.

Bartholomew (Bartholomew, 1990; Bartholomew y Horowitz, 1991) añade a la tipología de Hazan y Shaver una cuarta forma de apego, también de evitación, similar a la evaluada por Main *et al.* (1985): evitativos resistentes. Estos cuatro tipos surgen del cruce de dos dimensiones: El modelo de sí mismo y el modelo de los demás. Esta nomenclatura está realizada sobre la base de que un modelo negativo de sí mismo está asociado de forma cercana a la ansiedad por ser abandonado, y que un modelo negativo de los otros estará asociado con la conducta de evitación. Por tanto, el modelo de sí mismo se puede equiparar a la dimensión ansiedad, mientras el modelo de los otros, se puede equiparar a la dimensión evitación. En la figura 5 se dibuja la clasificación.

Finalmente, debemos hacer mención a la categorización de Brennan, Clark y Shaver (1998). Esta clasificación y el cuestionario para evaluarla serán utilizados en la parte empírica de este documento, por lo que se puede consultar el cuestionario en el anexo 1 e ir a la descripción de la escala del apartado dedicado a la metodología. A partir de los cuestionarios que habían desarrollado los autores anteriores (los descritos en este apartado y otros que proliferaron tras el trabajo pionero de Hazan y Shaver, incluido el Parental Bonding Instrument

que utilizaremos en la parte empírica del trabajo) y con la técnica del análisis factorial realizaron un cuestionario que evalúa evitación y ansiedad, dimensiones que al cruzarlas podría dar lugar a la tradicional distribución de 4 tipos de apego. Sin embargo, los autores recomiendan el uso de las dimensiones puesto que consideran que aportan más información que la tipología. Igualmente Shaver recomienda la utilización de dimensiones, puesto que no considera que exista una verdadera evidencia de la existencia de tal tipología (Shaver, 2006).

Figura 5. Clasificación de Bartholomew y Horowitz (tomada de Feeney y Noller, 2001)

		Modelo de uno mismo (Ansiedad)	
		Positivo (Baja)	Negativo (Alta)
Modelo del otro (Evitación)	Positivo (Baja)	<p>SEGURO Cómodo con la intimidad y la autonomía</p>	<p>PREOCUPADO Preocupado (Main <i>et al.</i>, 1985) Ambivalente (Hazan y Shaver, 1987) <i>Demasiado dependiente</i></p>
	Negativo (Alta)	<p>RESISTENTE Resistente (Main <i>et al.</i>, 1985) <i>Negación del apego</i> <i>Anti-dependiente</i></p>	<p>TEMEROSO Evitativo (Hazan y Shaver, 1987) <i>Miedo al apego</i> <i>Socialmente evitativo</i></p>

1.3 LAS RELACIONES CON EL MEJOR AMIGO: LA AMISTAD CERCANA O ÍNTIMA

Sobre la amistad como relación cercana, íntima y especial entre dos personas que no están unidas por lazos familiares se han escrito multitud de líneas. Nos gustaría comenzar este apartado exponiendo brevemente la idea que Aristóteles (384-322 a.c.) tenía de la amistad, comprobando en los párrafos que seguirán a continuación que, aunque el mundo haya cambiado sobremanera a lo largo de los siglos, algunas cosas parece que permanecen de forma similar.

El gran filósofo griego distinguía tres tipos de amistades: 1. *Amistades útiles*, centradas en los beneficios que alguien puede obtener por tener algún amigo. Las personas que utilizan la amistad así, buscarán amigos para tener oportunidad de obtener beneficios. 2. *Amistades para la diversión*, en este caso, hay satisfacción en interactuar con el otro, de forma que las personas se implican en este tipo de relación de amistad porque son divertidas. Estos dos tipos de amistad están centradas en uno mismo. La tercera forma de amistad requiere una mayor apreciación y entendimiento del otro, en reconocer la bondad de la otra persona. Estas relaciones de amistad están caracterizadas por la virtud (entendida como encanto, benevolencia y justicia). Las *amistades bondadosas o virtuosas* no aportan ni diversión ni beneficios, pero estas características se pueden encontrar también dentro de la bondad. Aristóteles consideraba este tercer tipo de amistad como la forma más elevada de la relación. Las amistades basadas en la bondad serán profundas y duraderas, puesto que no dependen de aspectos transitorios como las útiles y las de diversión.

“(…) Pero la amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud; porque estos quieren el bien del otro en cuanto son sí mismos... Por ello éstos son los mejores amigos, puesto que es por su propia índole por lo que tienen sentimientos mutuos de amistad, y no por accidente; de modo que, pase lo que pase, la amistad permanece... Ahora bien, dado que los humanos nos movemos grandemente por interés, por utilidad o por placer, este último tipo de amistad es muy rara, ya que los hombres que se comportan así son muy pocos” .Aristóteles.
Ética a Nicómaco. Libro VIII - Capítulo III

Aunque según Aristóteles la amistad bondadosa es difícil de conseguir por los jóvenes, este párrafo se parece bastante a las ideas que tendremos ocasión de leer en el apartado de resultados, y que exponen los propios adolescentes, sobre qué es y qué significa para ellos tener amigos. Tanto en las palabras de los adolescentes que entrevistamos como a lo largo de estas líneas, vamos a tener la ocasión de diferenciar entre amigos y simples conocidos, iguales o coetáneos. No parece descabellado considerar las amistades que Aristóteles denominó útiles o de diversión como relaciones entre iguales y las bondadosas como lo que en este trabajo denominamos amistad íntima, que incluye a la diversión y la ayuda, pero que va más allá, siendo un vínculo cercano y/o estrecho, una relación de apego.

Continuando con los trabajos recientes sobre la amistad, parece un acuerdo que el establecer amistades cercanas e íntimas cobra una importancia especial durante la preadolescencia (Sullivan, 1953) y la adolescencia (Buhrmester, 1990). Pero esta afirmación queda vacía de significado si no añadimos qué es lo que se considera amistad durante este periodo de la vida. Haremos un breve repaso por algunas de las concepciones de los autores más citados para finalmente intentar encontrar los nexos o puntos en común entre unas concepciones y otras.

En primer lugar habría que definir qué diferencia a un coetáneo o conocido de un amigo. De entre los autores que más han trabajado con las relaciones entre iguales, podemos destacar a W.W. Hartup, quien considera que ya desde pequeños los niños en edad escolar, aunque no utilicen palabras como la empatía o la intimidad para describir a sus amigos, en sus pensamientos, estos constructos diferencian a quienes son sus amigos del resto de los niños (Hartup, 2002). Pero aunque desde pequeños se diferencian a amigos de

conocidos, es durante la adolescencia temprana cuando se comienza a valorar de forma consciente aspectos como la lealtad y la intimidad en la amistad, aumentando la confianza y la autorrevelación con el amigo durante este periodo evolutivo (Steinberg, 2001). Encontramos documentada la importancia creciente del establecimiento de amistades cercanas e íntimas durante la adolescencia, en el trabajo de Buhrmester (1990), que comparando adolescentes con preadolescentes encontró que el desarrollar amistades íntimas y recíprocas se relacionaba con el ajuste socioemocional y la competencia relacional de los adolescentes pero no de los preadolescentes. Esa amistad se transforma y pasa de ser fluida y basada en la actividad durante la infancia a basarse en lazos afectivos y más estables durante la adolescencia (Brown, Dolcini, y Leventhal, 1997), lo que sin duda estará influyendo en la importancia creciente para el ajuste socioemocional. Aparcamos este tema, puesto que más adelante encontraremos todo un apartado dedicado al ajuste emocional y comportamental de los adolescentes y qué variables afectivas del grupo de los iguales y de la familia están relacionadas con tal ajuste.

Volviendo al tema que nos ocupa, alguna concepción de la amistad redirige nuestra atención directamente a la teoría del apego, como ya avanzáramos en el apartado 1.2, dedicado a esta teoría. Así, por ejemplo, Bukowsky, Hoza y Boivin (1994), definen qué es un amigo basándose en cuatro dimensiones: compañía (Mi amigo y yo pasamos todo nuestro tiempo libre juntos), ayuda o apoyo (Mi amigo me ayuda si necesito algo), seguridad (si tengo algún problema en la escuela o en casa, puedo hablar con mi amigo sobre ello) y cercanía (Si mi amigo tiene que irse lejos, lo echaré de menos), dimensiones que sin duda nos recuerdan a las del apego: búsqueda de la proximidad, base segura, búsqueda del refugio emocional y ansiedad ante la separación. La amistad, entendida como relación de apego, es considerada importante durante la adolescencia porque tener amigos supone una fuente de seguridad y apoyo emocional, siendo el contexto ideal para el desarrollo de la competencia social, además de un prototipo para relaciones posteriores (Seiffge-Krenke, 1993).

A lo largo de las últimas líneas, asociado al concepto de amistad, hemos encontrado otros como empatía (Hartup, 2002), lealtad (Steinberg, 2001), reciprocidad (Buhrmester, 1990), compañía, apoyo, seguridad, cercanía (Bukowsky, 1994) y estabilidad afectiva (Brown, 1997), a los que se puede añadir además otros como la confianza y la comunicación (Claes y Poirier,

1993). Además de los que acabamos de citar, en todas estas caracterizaciones de la amistad aparece el constructo de la intimidad (Buhrmester, 1990; Claes, 1993; Hartup, 2002; Steinberg, 2001). Por tanto, parece sensata la denominación popular de este tipo de relación, en la que al nombre propio amistad, se le añade el apellido íntima para definir a la amistad que se caracteriza por todos los adjetivos que encontramos al inicio de este párrafo.

No creemos correr un riesgo excesivo si consideramos que el concepto estrella a la hora de definir qué es un amigo íntimo es la autorrevelación, o poder hablar con esa persona de las cosas que realmente preocupan al adolescente, aquellas que no puede contar a la mayoría de la gente, de sus sentimientos y pensamientos más profundos (Berndt y Keefe, 1995; Shulman y Knafo, 1997). La autorrevelación aparece en buena parte de las definiciones de amistad íntima o de intimidad. Reis y Shaver (1988), definen la intimidad como el proceso que se inicia cuando una persona (el emisor) comunica personalmente información relevante a otra persona (el receptor). El emisor transmite información fáctica, pensamientos o sentimientos verbalmente, y puede al mismo tiempo comunicar emociones de forma no verbal. Por poner otro ejemplo, y siguiendo la conceptualización de la intimidad de Selman (1990), es decir, intimidad como habilidad para balancear la cercanía y la individualidad característica de las formas maduras de relaciones de amistad, Shulman, Laursen, Kalman, y Karpovsky (1997) proponen una definición de cercanía en las relaciones de amistad como empatía mutua, amor y sentimiento de seguridad. Esta cercanía promueve, a su vez, la autorrevelación, el hablar sobre cuestiones personales como la sexualidad, la familia (problemas) o el dinero. La cercanía se considera un proceso a través del cual se muestran importantes sentimientos e información.

En general, es importante tener en cuenta que esta autorrevelación no se produce de forma unidireccional y aislada, es decir, no es un miembro de la pareja de amigos quien expone al otro información personal sin más, sino que para que se dé esa autorrevelación, el receptor debe responder positivamente a las revelaciones del amigo. Las interacciones sociales cotidianas promueven sentimientos de intimidad cuando las personas expresan sus emociones y preocupaciones a otros mientras sienten que estos otros les entienden, comprenden y apoyan (Laurenceau, Barret, y Poietromonaco, 2004). Es esta reciprocidad en la relación la que hace que Hartup (1989) denomine a las

relaciones entre iguales como *horizontales*, en el sentido de que ambos miembros de la pareja de amigos están al mismo nivel, tienen la misma responsabilidad en la relación, frente a las relaciones *verticales*, como puedan serlo las relaciones padres-hijos, en las que claramente el adulto tiene un papel dominante o de mayor responsabilidad en la interacción.

Finalmente, queremos exponer la definición de intimidad de Sharabany. Esta definición fue realizada tras analizar las definiciones que diccionarios, chicos y chicas adolescentes daban de la amistad y a partir de ella se desarrolló la escala de intimidad que utilizaremos en la parte empírica de este trabajo, y que aúna algunos de los temas tratados en esta introducción teórica, ya que es una definición de intimidad que hace referencia a la amistad íntima y se desarrolla bajo el marco teórico de la teoría del apego. A raíz de este trabajo, Sharabany considera que la amistad íntima implica: *Franqueza* entendiendo como tal la autorrevelación descrita unos párrafos atrás en este mismo texto; *Sensibilidad* para conocer los sentimientos y deseos del otro incluso sin que éste lo exprese de forma explícita; *Apego* o cercanía emocional con el amigo; *Exclusividad* en la relación, sentirse especial para el amigo; *Dar y recibir*, o compartir momentos y objetos con el amigo íntimo; *Accesibilidad* o grado de apertura, accesibilidad o disposición para ayudar al amigo; *Actividades comunes* que realizan los amigos y *Lealtad* entre ellos (Sharabany, 1994).

De todos los trabajos que hemos citado, queremos resaltar dos aspectos que creemos podrían haber quedado ocultos al lector: en primer lugar, existen dos formas de abordar el estudio de la amistad íntima (Theriault, 1998). Desde la perspectiva de la psicología del desarrollo, la intimidad se analiza como una capacidad de los individuos que se va desarrollando en la preadolescencia (Sullivan, 1953). Desde la perspectiva social y del aprendizaje, la intimidad es una característica de la relación. La mayoría de los textos que hemos citado, al hablar de la amistad focalizan en la relación interpersonal. Ante la cuestión de por qué unas personas establecen relaciones de amistad duraderas mientras otras pasan por la vida de alguien sin más, o permanecen como simples compañeros o conocidos, se busca una respuesta en las características *de la relación* que establecen, *no* en las características *de las personas* en cuestión. Y, como ya hemos aclarado, de todas esas características, las que más se han estudiado han sido la autorrevelación en un principio, o lo que es lo mismo, compartir información privada sobre uno mismo con la otra persona y, en las

últimas dos décadas otros aspectos tales como la empatía, el amor, la confianza, la ayuda mutua o la comunicación (Reis y Rusbult, 2004). En segundo lugar, queremos hacer una breve reflexión sobre un problema general de la psicología y que impregna también, y como no, este tema: la importante indefinición conceptual o, lo que es lo mismo, el uso de diferentes constructos que se solapan en contenidos. En este caso, intimidad, autorrevelación y amistad son significantes que, a veces están haciendo referencia al mismo significado, y otras alguno de ellos son un subconjunto de otros. Así, y aunque empezamos por un texto que no es del área, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define intimidad como amistad íntima, íntimo como amistad muy estrecha o intimar como estrechar la amistad con uno, por lo que parece equiparar amistad e intimidad. La definición de intimidad de Claes y Poirier (1993) hace referencia a la posibilidad de contar al amigo íntimo los aspectos privados de sí mismos como las ambiciones y los deseos más secretos, así como confiarle las cosas de las que se tiene vergüenza, sin duda una definición muy similar a la que hemos hecho de autorrevelación, y que por tanto, equipara ambos conceptos. Por último, aunque podríamos aportar muchos más ejemplos, la definición de Sharabany (1994) que nosotros utilizaremos es una definición de amistad íntima que incluye la autorrevelación como formando parte de la intimidad. En la parte empírica y discusión del trabajo que nosotros presentamos, utilizaremos el constructo intimidad de Sharabany como amistad íntima, y en ese sentido será interpretado, aunque hablemos generalmente de intimidad que es el nombre que la autora utilizó al desarrollar el instrumento de evaluación.

1.3.1 Diferencias de género y en función de la edad en la amistad íntima

Parece existir un acuerdo general al considerar que existen claras diferencias de género entre chicos y chicas a la hora de enfrentar las relaciones personales. Estas diferencias aparecen ya desde muy temprana edad. Durante los primeros años de primaria niños y niñas juegan segregados (Coleman y Hendry, 1999). En el caso de que aparezcan conflictos en el juego, las niñas detienen el juego para buscar la armonía en la relación. Los niños lo resuelven para continuar jugando. Mientras que los niños no se embarcan en conversaciones de larga duración, muy al contrario, cuando hablan lo hacen para resolver los problemas del juego, las niñas tienen una mejor amiga con la que hablan y comparten secretos (lo que hemos venido denominando

autorrevelación). Los niños, por contra, juegan en grupos y no suelen tener un mejor amigo, llevando a cabo juegos fundamentalmente competitivos y con reglas claras. Por tanto, mientras los chicos aprenden a negociar, cooperar y competir con el grupo, las niñas aprenden a comunicarse, a escuchar y a buscar la continuidad de la relación (Coleman y Hendry, 1999).

Estas diferencias continúan durante la adolescencia, encontrando numerosos estudios que entre ellas se da más intimidad en la relación de amistad que entre ellos (Black, 2000; Carpintero, Martínez, Soriano, Hernández y Fuertes, 1998; Field y Lang, 1995; Fuertes, Martínez, y Hernández, 2001; Furman y Buhrmester, 1992; Koon, 1997; Martínez y Fuertes, 1999; Rice y Mulkeen, 1995; Sharabany, Gershoni, y Hofman, 1981; Shulman, Laursen, Kalman, y Karpovsky, 1997). Esta diferencia en la intimidad, no parece que sea sólo una percepción de las chicas, ni que esté respondiendo a la deseabilidad social, según la cual en los autoinformes las chicas puntuarían más alto en las cuestiones tradicionalmente femeninas, ya que estudios observacionales también llegan a la conclusión de que las díadas de amigas se encuentran más cómodas y a gusto en la relación que las díadas de amigos (Lundy, Field, McBride, Field, y Largie, 1998).

Este dato se interpreta de diferentes formas. Steinberg y Morris (2001) consideran que la relación de amistad es sencillamente diferente entre chicos y chicas. Mientras ellos basan la relación en actividades compartidas, ellas la basan más en la conversación y, por eso puntúan más en intimidad. Siguiendo el concepto de intimidad en las relaciones de amistad descrito por Sullivan, es decir, que la intimidad se desarrolla para conseguir que un igual valide aquellos aspectos personales del adolescente que este tiene en mayor consideración o estima, Buhrmester y Furman (1987) interpretan las diferencias de género en el sentido de que ellas consiguen esa validación personal mediante la revelación de pensamientos y sentimientos, mientras que ellos lo consiguen mediante acciones e instrumentalidad. Mientras que las chicas tienen necesidades fundamentalmente sociales: afecto, amor, apoyo o compañerismo, los chicos tienen necesidades de representación: logro, poder, autoridad o aprobación (Buhrmester, 1996). En cualquier caso, observamos que no aparecen disonancias a la hora de aportar el dato: las chicas tienen relaciones más íntimas, en las que prevalece más la autorrevelación que los chicos; sino a la hora de interpretarlo y darle sentido. En este sentido, nos resulta muy interesante

el trabajo de Jones y Dembo (1989), en el que encuentran que chicas y chicos andróginos forman parte de un mismo grupo de adolescentes con niveles altos de intimidad en las relaciones de amistad. Este dato hace fácil y plausible interpretar que no es tanto el sexo en sí del adolescente, sino los roles sexuales estereotipados, los que hacen que las chicas mantengan entre ellas relaciones más íntimas que las que se dan entre los chicos.

Parece fácil estar de acuerdo en que los chicos son tan capaces como las chicas de establecer relaciones íntimas, y que es la socialización la que hace que en sus relaciones los chicos se muestren más activos y menos tendentes a hablar de sus cosas que las chicas. La presión socializadora *anti-intimidad* en las relaciones cercanas que sufren los chicos, aparece de nuevo cuando se tienen amistades mixtas. En este caso, ellos aprovechan estas amistades para conseguir la intimidad que no logran en las relaciones entre varones. De esta forma, los adolescentes varones dicen que las amistades que tienen con las chicas son más reconfortantes que las que tienen con los chicos, mientras que las adolescentes no informan de relaciones más satisfactorias con chicos que con chicas (Thomas y Daubman, 2001). Es curioso, además, que ellos suelen informar de tener más amigos íntimos que ellas (Carpintero *et al.* 1998), lo que puede estar indicando que ellas se implican más en las relaciones de amistad que ellos y, por este motivo, sus criterios para considerar a alguien como amigo o amiga íntimo son más restrictivos y los cumplen menos personas.

Como hemos tenido oportunidad de comentar con anterioridad, existen dos posturas diferentes a la hora de entender la intimidad. Desde posturas más evolutivas se considera que existen momentos del ciclo vital en los que se da mayor intimidad en algún tipo de relación, mientras que desde otras perspectivas se trata la intimidad como algo que surge en la interacción que se desarrolla entre algunas personas. Esta segunda perspectiva ha aportado quizás más investigación, estudiándose cuáles son las características que definen a la relación íntima. Sin embargo, nosotros creemos que –como suele ocurrir en nuestra disciplina– ambas perspectivas no son contradictorias, sino que se complementan. Efectivamente, no tenemos más que hacer un pequeño ejercicio de memoria o reflexión para encontrar en nuestra propia historia amistades íntimas y simples conocidos. Los unos y los otros se diferencian por todas las características que ya hemos definido, con el eje central de que al amigo íntimo le confiamos dudas, temores, alegrías e incluso las miserias de nuestra propia

vida, lo que hemos denominado autorrevelación. Pero tampoco es menos cierto que este tipo de amistad no puede surgir sin el desarrollo cognitivo, lingüístico, social y afectivo que se produce con la llegada de la pubertad, siendo muchos los teóricos que localizan en estos años púberes y a lo largo de la adolescencia el surgimiento de la verdadera amistad íntima, aquella que es algo más que compañerismo y actividades comunes (Berndt y Perry, 1990; Buhrmester, 1996; Savin-Williams y Berndt, 1990; Sullivan, 1953). Buhrmester (1996), por centrarnos en alguno de estos autores, plantea cuatro características de las relaciones de amistad que emergen en la adolescencia:

1. La amistad pasa de estar centrada en el juego a estar centrada en *la conversación*.
2. Los amigos y amigas salen de los confines del recreo (o patio de juego) y de la clase. Ahora surgen iniciativas de conversar sobre las inquietudes, aumentan las llamadas de teléfono y se hacen muchos *planes* para pasar tiempo *juntos*.
3. Los amigos y amigas se convierten en un importante foro de *autoexploración* y de apoyo emocional. Se requiere aprender a pensar sobre ellos mismos, a *autorrevelarse*, a ser capaces de *empatizar* para dar apoyo emocional al otro.
4. Al necesitar más de los amigos y amigas para satisfacer ciertas necesidades, es frecuente que tengan que “trabajar” con los conflictos y desacuerdos. Ahora se requiere del adolescente que sea capaz de *resolver los conflictos* con el amigo o amiga, de forma que se reduzca la tensión sin perder la intimidad de la relación.

Pero una vez que ya hemos entrado en la adolescencia, y teniendo en cuenta que habrá relaciones más íntimas y cercanas que otras, ¿encontramos algún patrón común de incremento, decremento o estabilidad en la intimidad relacional? No hay una respuesta única a esta pregunta, encontrando defensores e investigaciones que apoyan una u otra postura. En los trabajos de Fuertes, Martínez, y Hernández (2001) y Shulman, Laursen, Kalman, y Karpovsky (1997) defienden la estabilidad en la intimidad una vez llegados a la adolescencia. La intimidad relacional sería tan importante para los adolescentes que siempre puntuarían alto en ella. Sin embargo, otros autores encuentran un aumento de intimidad entre los 12 y los 16 años (adolescencia inicial y media), intimidad que decrecería en la adolescencia tardía (Furman y Buhrmester, 1992). Algo similar encuentran Rice y Mulkeen (1995), trabajo en el que nos gustaría detenernos algo más puesto que en este sentido es muy similar al que

aquí presentamos. Estas autoras encuentran en su estudio longitudinal que, aunque las chicas siempre muestran más intimidad que los chicos, ellos incrementan la intimidad en la relación de amistad entre los 13 y los 17 años de forma clara hasta llegar a niveles similares a los de ellas. En la siguiente recogida de datos, a los 21 años, encuentran una nivelación e incluso leve descenso que hace que coincidan los niveles de intimidad entre unos y otras.

Tomados en conjunto los datos expuestos en este y anteriores apartados, nuestra hipótesis es que con la llegada de la adolescencia y los cambios a ella asociados, fundamentalmente los cambios cognitivos que permiten una mejor toma de perspectiva de los demás y de uno mismo, surgirá o aumentará la verdadera amistad íntima (Savin-Williams y Berndt, 1990). La intimidad relacional aparecerá primero y de forma más fuerte en las chicas que en los chicos, ya que vienen siendo entrenadas para ello desde la infancia. Sin embargo, los chicos, de acuerdo con el trabajo de Rice y Mulkeen (1990) irán acercándose a estos niveles de intimidad, entre otros motivos gracias a sus relaciones con las chicas. Al final de la adolescencia unos y otras tendrán niveles altos de intimidad con sus mejores amigos. Aunque en nuestro trabajo no tenemos medidas de la adultez emergente, muy probablemente la intimidad con el mejor amigo descienda en esta etapa, puesto que las destrezas y competencias sobre la intimidad aprendidas en la relación de amistad se van traspasando a un nuevo tipo de relación íntima, la pareja, que cobrará importancia en esta nueva etapa de la vida.

1.4. LAS RELACIONES CON EL GRUPO DE IGUALES: LA CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO

En el apartado anterior hemos descrito qué es un amigo íntimo, y hemos avanzado la importancia que este tipo de relación tiene durante la adolescencia, entre otras cuestiones el que gracias a este vínculo cercano, los adolescentes pueden compartir sentimientos, deseos, miedos y alegrías con un otro que está pasando por cambios biológicos y sociales al mismo tiempo que él, lo que permite generar sentimientos de confianza y bienestar. Sin embargo, las relaciones con iguales durante la adolescencia no terminan en la formación de una amistad más íntima, empática o cercana a la relación de apego. Durante esta etapa de la vida, parece que el grupo de iguales en un sentido más amplio ejerce una importante función que, a la postre, es diferente a la que desempeña la amiga o el amigo íntimo.

Según Fuentes (1999), Heaven (2001) y Martínez (2003), el grupo de amigos cumple durante la adolescencia las funciones de ser un contexto en el que desplegar comportamientos sociales, un entorno en el que se exploran las relaciones personales y que ayuda a iniciar las relaciones con el otro sexo. El grupo de iguales permite lograr un sentimiento de pertenencia y de estatus, siendo al mismo tiempo un entorno de aprendizaje donde se representa un determinado papel, y de integración del yo que permite dar sentido a la individualidad. El grupo es fuente de autoestima, ayuda a ganar una buena reputación, facilita el logro de la identidad, permite mantener a flote la autoestima en caso de poco éxito con el otro sexo. El grupo se convierte en un recurso donde encontrar compañía, evitando la soledad y generando actividades sociales. El grupo de amigos es, en suma, un contexto importante en el que el adolescente aprende habilidades sociales y estrategias para el desempeño en la

sociedad, sirviendo con frecuencia de anclaje emocional, soporte y comprensión. Los amigos, además, parece que son cada vez más importantes. Así, mientras el 53% de los adolescentes los consideraban como *muy importantes* en el año 1994, los amigos han pasado a ser considerados como *muy importantes* por el 63% de los adolescentes españoles, habiendo por tanto un incremento de 10 puntos en la consideración que los adolescentes tienen de sus amigos en los últimos 11 años (Elzo, 2006).

Debido a la importancia que se concede al grupo de amigos durante este periodo de la vida, no es sorprendente que se haya mirado a la adolescencia como un periodo en el que los chicos y las chicas tiendan a ser más conformistas ante las presiones del grupo de amigos (Constanzo y Shaw, 1966), al considerarse que los adolescentes no sólo buscan en sus coetáneos normas sobre la forma de vestir o peinarse, sino también aceptación (Heaven, 2001). Los apartados que siguen a continuación pretenden dar una visión amplia y general de la literatura científica actual sobre el concepto de conformidad ante la presión grupal durante la adolescencia.

1.4.1 Desmontando algunos tópicos sobre la conformidad ante la presión grupal durante la adolescencia

En el mes de agosto de 2004, en la página del Ministerio de Sanidad y Consumo (Consumo, 2004) podíamos encontrar este juego para la prevención de drogodependencias del Plan Nacional sobre Drogas (figura 6). En este juego, dirigido a alumnos y alumnas de Educación Secundaria Obligatoria (en adelante ESO), los chicos y chicas deben planear un fin de semana pasando por diferentes escenarios. En dichos escenarios se les plantean “situaciones en las que deben tomar decisiones, generalmente haciendo frente a la presión del grupo de amigos; también se les plantean preguntas sobre el alcohol, el tabaco y los juegos de habilidad recibiendo informaciones y datos para reflexionar sobre el tabaco y el alcohol”.

Figura 6. Juego para la prevención de las drogodependencias del Ministerio de Sanidad y Consumo



Campañas antidrogas como esta llevan implícitas dos cuestiones (Brown, Dolcini, y Leventhal, 1997):

1. los adolescentes entran en el mundo de sustancias perniciosas a través de la presión que el grupo de iguales ejerce hacia el consumo de drogas.
2. los iguales realizan una presión negativa hacia las conductas saludables de sus amigos.

Esta idea del adolescente conformista, alienado, que cede a la presión del grupo y siempre hacia conductas negativas, parece estar muy incrustada en nuestra sociedad, a tenor del ejemplo que acabamos de relatar, y sin duda, alimentada por algunos teóricos, que describen al adolescente como un ser alienado que cede ante las presiones de los iguales para implicarse en conductas desviadas y delincuentes (Bronfrenbrenner, 1970; Coleman, 1961; Matza, 1964). Aunque la influencia de los amigos es algo que preocupa desde hace décadas, esta mala imagen del grupo de amigos que ya describiera Brown (1990) se está intentando desmontar con la investigación en los últimos años (Berndt, 2002), ya que aunque se hacía y se hace referencia a los iguales como causantes de las conductas desviadas, no parece que exista evidencia empírica que apoye estas suposiciones (Claes y Poirier, 1993). Analicemos los resultados de la literatura científica sobre el tema.

Hace ya algunos años que los artículos de Cohen (1977) y Kandel, (1978) articularon la forma de relacionarse los conceptos de *homofilia*, *selección* y *socialización*⁵. Lazarsfeld y Merton, (1954 cit en Kandel 1978), propusieron el término *homofilia conductual* para referirse a la tendencia a la similitud en distintos atributos entre personas relacionadas afiliativamente entre sí. Tradicionalmente se ha considerado que el hecho de que los chicos y chicas que forman parte de los mismos grupos tengan hábitos/atributos semejantes (homofilia conductual) eran la prueba de que la adolescencia es un periodo de conformismo. Aún hoy existen estudios que hablan de conformidad cuando se observan semejanzas en la apariencia o en la conducta de un grupo de adolescentes. Sin embargo, y con un estudio longitudinal (Kandel, 1978), mostró dos procesos diferenciados que hacen que se produzcan las semejanzas que venimos describiendo.

Por un lado, la *selección activa*. Esto es, a la hora de escoger amigos, la persona se acerca a aquellos que más se parecen a ella. En general, de entre todos los atributos seleccionan amigos que tienen características sociales congruentes con su propia identidad (Epstein, 1989), aquellos con los que mejor encajan (Brown y Huang, 1995).

Por otro lado, la *socialización recíproca*. Una vez que la relación de amistad está formada por aquellas personas que desde el inicio tienen características en común, con la relación se van socializando mutuamente o influyendo de forma recíproca, de manera que con el paso del tiempo, cada vez se parecen más. Tal y como expone Kandel, las explicaciones de la influencia del grupo resultan por norma general circulares y, añadimos los autores de este texto, por tanto, irrefutables. Es decir, la similitud entre personas explicadas desde el punto de vista de la influencia es el resultado de que una o varias personas (“los otros”) influyen en otra (“el ego”). Siempre hay una persona diana (“el ego”) que está siendo influida por algún/os amigo/s (“los otros”). Pero sin embargo, ese “ego” también es susceptible de pasar a formar parte de “los otros” y viceversa, y por tanto ser el que influye/presiona en lugar del presionado. A partir de los artículos de Cohen y Kandel, los dos procesos: selección activa, según la cual los individuos escogen como amigos a aquellos que son más

⁵ En adelante, utilizaremos los términos homofilia conductual, selección activa y socialización recíproca para referirnos a la homofilia, selección y socialización especificadas por Kandel (1978) al considerarlos términos más precisos y que también son utilizados en la literatura para hacer referencia a estos mismos conceptos (Moreno, 1999)

similares a ellos en atributos considerados importantes, y la socialización recíproca, según la cual los individuos influyen el uno al otro independientemente de los parecidos iniciales, se han venido documentando en la literatura científica (Berndt, 2002; Savin-Williams y Berndt, 1990; Urberg, Degirmencioglu y Pilgrim, 1997). Por poner un ejemplo, Mitchel y West (1996, cit en Ungar, 2000), en un trabajo sobre la conducta tabáquica y la influencia de los iguales sobre ella, los chicos entre 12 y 14 años que no querían fumar elegían amigos que no fumaban, contextos sociales en los que no se fumaba e incluso dejaban a los amigos que comenzaban a fumar. Tanto Cohen (1977) como Kandel especificaron un tercer proceso: *la desección*, o inclinación a abandonar a los amigos cuyas actitudes o actividades abandonan el camino de la similitud o bien la similitud se debilita.

Otro proceso que se matiza en la literatura es el hecho de la *sobreestimación* de las semejanzas. Es decir, los adolescentes tienden a pensar que las conductas de sus amigos se parecen a las de ellos mismos más de lo que realmente se parecen (Bauman y Ennet, 1996; Berndt y Keefe, 1995; Berndt, 1996; Mounts y Steinberg, 1995). Por este motivo, los estudios que preguntan al adolescente por las conductas de sus amigos encuentran mayor homofilia conductual que aquellos que toman medidas directas de los comportamientos de los chicos, y de sus amigos y amigas. A pesar de todo, se sigue utilizando la percepción del adolescente sobre el consumo de los iguales como una buena medida para saber el consumo de los iguales, y concluyendo a partir de ahí que los iguales presionan al adolescente a dicho consumo (ver, por ejemplo, el estudio de Dorius, Bahr, Hoffmann y Lovelady, 2004).

Hablábamos al principio de este apartado de dos implícitos: uno que los adolescentes se dejan influir por los iguales; y el segundo que esa influencia es hacia conductas negativas. Hemos dado una serie de datos que matizan el primer implícito, pero también la literatura científica se ha encargado de cuestionar el segundo. Para ello acudimos al estudio de Berndt (1979). En su trabajo, se analizan las respuestas de los adolescentes tanto a casos en que los iguales presionan hacia conductas negativas, como a conductas positivas o a comportamientos neutros. Lo que el autor encuentra es que los chicos y chicas de su muestra están más dispuestos a seguir a sus compañeros en los casos de conformidad positiva o neutra que en los de conductas negativas. Más actualmente, en otro estudio empírico sobre el consumo de sustancias

perniciosas (Maxwell, 2001) se demuestra que la influencia de los iguales se da tanto para que comiencen a mascar tabaco o beber alcohol, como para mantener dichas conductas o, también, para cesar en los comportamientos mencionados.

Queremos abordar un último apunte sobre la conformidad ante conductas negativas antes de continuar con este apartado: en el estudio clásico de Berndt (1979), este autor señala la posibilidad de que los chicos y chicas adolescentes se impliquen en conductas negativas no por presión de los otros, sino porque simplemente, no perciben que dichas conductas estén mal. En consecuencia, tal y como especifican Sim y Koh, (2003), habría que tener en cuenta tanto el grado en que los adolescentes perciben que la conducta negativa lo es (cuando hablamos de conformidad ante conductas antisociales) como hacia qué conductas están presionando los amigos al adolescente diana, puesto que es posible que sea una conducta motivante por sí misma, y que el adolescente la realice simplemente porque le apetece (cuando estamos analizando conductas neutras o prosociales o cuando la conducta negativa no es percibida como tal por los adolescentes). De hecho, en su trabajo sobre la presión de los iguales en la adolescencia, Sim y Koh (2003) encuentran que las variables que mayor varianza explican de las variables implicación familiar del adolescente, implicación escolar, implicación con los iguales e implicación en conductas antisociales son, respectivamente, el deseo de estar implicado familiarmente, en la escuela o con los iguales, además de la consideración de que las conductas antisociales en las que se implican, en realidad no son tan antisociales, relegando así la presión de los iguales a un segundo término.

1.4.2 El concepto de Conformidad y de Presión de los Iguales

Antes de continuar escribiendo sobre la conformidad, vamos a asegurar que lectores y quien escribe compartimos una misma definición del concepto. Para ello, vamos a hacer una pequeña revisión sobre qué entienden por presión de los iguales o conformidad los autores que más estamos citando en esta revisión.

Brown, Clasen y Eicher (1986) realizan un estudio en el que diferencian entre disposición a la conformidad ante la presión de los iguales, percepción de

presión de los iguales y conducta. Para los citados autores, la presión de los iguales es “cuando la gente de tu misma edad te insta a hacer algo o te empuja a ocultar algo sin importarle si tú personalmente quieres o no hacerlo”⁶ (Brown *et al.*, 1986, pag 523) y la conformidad la miden con el instrumento desarrollado por Berndt (1979) preguntando si el individuo se une o no con sus iguales -en este caso mejor amigo- para realizar algo que éstos le incitan a hacer. El adolescente debe responder si rehúsa reunirse con sus amigos o si está dispuesto a hacer lo mismo que sus amigos (una pareja de sus mejores amigos). Las actividades por las que preguntan son conductas antisociales como robos menores, o neutras como escoger algún deporte. Ambas cuestiones: conformidad y presión de los iguales estuvieron relacionadas con la conducta que finalmente despliega el adolescente, y mostraron efectos independientes en el estudio de los autores. Por tanto, consideraron presión de los iguales y conformidad como dos conceptos independientes, el primero relacionado con la actitud activa para influir en la conducta de otro igual y el segundo, conformidad, como una disposición comportamental para actuar siguiendo lo que otro igual pide que se realice.

Más recientemente, y en la línea de estos mismos autores, Santor, Messervey y Kusumakar (2000) diferencian entre presión de los iguales: experiencia subjetiva de sentirse presionado, urgido a hacer o pensar algo como desafío de los otros; y conformidad: valoración de si el individuo adopta o no un determinado curso o acción dictado por el grupo de iguales. Al igual que en el estudio pionero de Brown *et al.* (1986), la medida de ambos conceptos estuvo relacionada con la conducta del individuo.

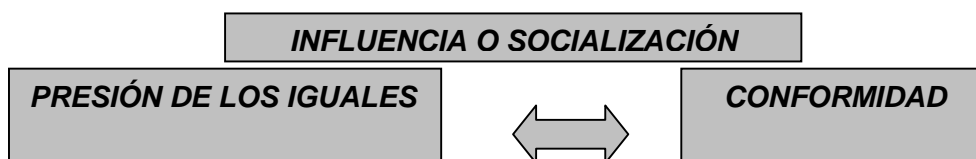
Este tipo de medidas son las que se siguen utilizando (Steinberg y Silverberg, 1986; Ungar, 2000; Voydanoff y Donnelly, 1999). En el caso de Ungar (2000) se considera conformidad y presión de los iguales sinónimos, y utiliza la definición de Brown *et al.* (1986) de presión para definirlos. Steinberg (1986) por su parte, siguió la definición de conformidad de Brown *et al.* (1986) y Berndt (1979), preguntando a los chicos y las chicas adolescentes sobre qué creen que haría su mejor amigo ante una situación hipotética, y qué creen que es lo correcto hacer. Luego le pregunta hasta qué punto (de 1 a 6) haría lo que quiere el mejor amigo o lo que el propio adolescente cree que hay que hacer.

⁶ En inglés “when people your own age encourage or urge you to *do* something or to *keep* from doing something else, no matter if you personally want or not”. Pg 523

Los autores de este trabajo consideramos ambos conceptos como las dos caras de una misma moneda. La presión que ejerce un individuo o grupo sobre otros estará seguida o complementada por la mayor o menor conformidad del sujeto diana de la presión. Tal y como ocurre en las dos investigaciones arriba mencionadas, más que la presión que ejercen los iguales, estamos hablando de la presión que el individuo *siente* o *percibe* que ejercen los iguales, refiriéndonos por tanto con el concepto de presión a percepción y con el de conformidad a disposición comportamental. Ambas cosas, presión y conformidad hablan de influencia del grupo de iguales (ver figura 7).

A lo largo de las últimas páginas, hemos utilizado diferentes términos: influencia, socialización, conformidad que esperamos hayan quedado claramente delimitados. Estos diferentes términos que se utilizan en la literatura científica se utilizarán como equivalentes en este trabajo de ahora en adelante.

Figura 7. Relación entre los conceptos de socialización, presión y conformidad



Hagamos un breve *resumen*. Mientras que en la sociedad en general, alimentada por algunos trabajos de mediados del Siglo XX, planea la idea de que al llegar a la adolescencia los chicos y las chicas se vuelven más conformistas a la presión de un grupo de amigos que les incitan a realizar conductas desviadas, la literatura científica indica que ni son tan conformistas -la hemofilia conductual que observamos se produce tanto por selección activa como por socialización recíproca-, ni la presión que puedan ejercer los amigos se produce siempre hacia conductas desviadas. ¿Qué sentido tiene entonces el seguir hablando de conformismo, de presión del grupo, de alienación? Quizás poco, y deberíamos cambiar estos nombres por el de socialización recíproca, siendo la socialización lo que tendríamos que explicar. Pero lo cierto es que al cabo del tiempo, chicos y chicas se parecen más entre sí de lo que se asemejaban a la entrada en el grupo (Berndt y Keefe, 1995; Kandel, 1978), e incluso los autores que tienen en cuenta todos estos matices especificados,

consideran que existe influencia (Brown y Klute, 2003; Savin-Williams y Berndt, 1990). En un actual estudio longitudinal, Maxwell (2001) analiza la influencia de los amigos en las conductas de fumar tabaco, mascar tabaco, consumo de marihuana, consumo de alcohol e inicio de la actividad sexual. En su investigación, Maxwell controla tanto el efecto de la selección de los iguales (usando una metodología longitudinal, y escogiendo exclusivamente a aquellos adolescentes con patrones conductuales diferentes en la primera recogida de datos) como el efecto de la sobreestimación, preguntando no sólo al adolescente diana sino también a alguno de sus amigos. De esta forma, lo que la autora analiza es la influencia de los amigos ante las citadas conductas de consumo. Maxwell encuentra que el principal predictor de todas las conductas de riesgo que estudió es la propia conducta del adolescente en la primera recogida de datos, pero también hubo influencia del amigo, de forma que la probabilidad de estar implicado en alguna de las conductas descritas en la segunda recogida de datos se multiplicaba –como media- por 1,9 si el amigo o amiga estaba implicado en dicha conducta en la primera recogida de datos. Recordemos que también Kandel (1978) encuentra socialización recíproca tras controlar la selección activa explicitando además en su artículo que los efectos de la socialización recíproca son mayores en lo referente al consumo de marihuana que a las otras variables que estudió (aspiraciones educativas, orientación política y participación en actividades delincuentes menores). Igualmente, Sim y Koh (2003) hallan susceptibilidad ante la presión del grupo después de controlar variables como la edad, el sexo, la susceptibilidad a la presión en dominios diferentes, y el deseo de hacer la actividad a la que está presionando el grupo (en el caso de alguna conducta socialmente considerada neutra) o la consideración de que la conducta no es negativa (en el caso de las actividades que la sociedad considera antisociales). Cohen (1983) avanza una hipótesis de por qué puede ocurrir tal influencia: Los chicos y chicas que se escogen como amigos se parecen entre sí, pero no en todo e influyen en aquellas cosas en las que no se parecen, porque no hay dos personas iguales. Parece por tanto que, aunque con matices y viéndolo más como socialización recíproca que como influencia de “los otros” en “el ego”, el cambio de comportamiento relacionado con la interacción con otros existe.

Una vez que hemos aclarado el hecho de que la conformidad es mucho menor de lo que se pueda pensar en un principio pero que, en cualquier caso, existe influencia o socialización entre los amigos es el momento de avanzar

contestando a otras preguntas: ¿Quiénes, en qué momento y en qué circunstancias son más influenciados? Berndt (1996) lo resume de la siguiente forma: se dejan influir por unos pocos que consideran sus mejores amigos, con un pico álgido en la adolescencia media, y estas influencias pueden ser positivas o negativas, pero en la mayor parte de los adolescentes son positivas. En cualquier caso, intentaremos especificar un poco más estos datos.

1.4.3 Indicadores relacionados con la influencia de los iguales: sexo, edad y otros

a. Edad y sexo

Edad y sexo son, quizás, dos de las variables que más se estudian en psicología. Por este motivo, les dedicamos un apartado específico dentro del capítulo sobre la conformidad. Comencemos con la variable edad, clave dentro de nuestra área de psicología del desarrollo. En su revisión de 1996, Berndt asegura que es a mitad de la adolescencia cuando se da una mayor susceptibilidad a la presión de los iguales. Para ello cita su propia investigación de 1979, además de otras de Brown *et al.* (1986) y de Steinberg y Silverberg (1986). Curiosamente, Fuligni, Eccles, Barber, y Clements (2001) en su revisión citan a estos mismos autores para apoyar la idea de que el pico de susceptibilidad a la presión de los iguales se da al inicio de la adolescencia. Probablemente esta contradicción, esté debida a la indefinición conceptual sobre qué es la adolescencia y cuáles son sus límites. Antes de resolver esta duda, queremos resaltar que en lo que sí coinciden ambos autores es en la explicación a que haya un pico de conformidad en algún momento de la adolescencia: el chico o la chica adolescente, busca la autonomía con respecto a su familia girándose hacia el grupo de iguales para conseguir el apoyo emocional que antes encontraba en sus padres. Cuando esa autonomía ha madurado y se han renegociado los papeles en la vida familiar, la conformidad decrece. Los matices a esta argumentación ya han sido expuestos en el apartado dedicado a la relación entre el contexto familiar y el de los iguales, y se discutirá ampliamente en el apartado de discusión a la luz de nuestros datos.

Continuando con nuestra discusión, vayamos a las fuentes originales y resolvamos las dudas sobre cuándo se da mayor influencia de los iguales. En la investigación de Berndt (1979) en 9º curso escolar (aproximadamente los 15

años); en la de Brown *et al.* (1986), dependiendo de si estamos hablando de conducta neutra o antisocial, entre 7º y 10º curso (13 – 16 años) y en la de Steinberg y Silberberg (1986) comienza a aumentar en 9º curso (15 años), siendo la relación curvilínea mayor en el caso de la conducta antisocial que en la neutra. Otros autores como Steinberg y Morris (2001) consideran que el pico está en la adolescencia media y no especifican edades. Parece ser por tanto que los autores coinciden en que la conformidad se desarrolla a lo largo de la adolescencia en forma de U invertida, con un pico en la adolescencia media (entendiendo como tal los 15 años aproximadamente). Los que aquí escribimos pensamos, siguiendo la teoría Focal de Coleman, que probablemente el pico de conformidad varíe dependiendo del tipo de conducta y de la importancia que tenga esa conducta en cada momento. Así, cuando estén especialmente preocupados por los cambios producidos en su cuerpo, serán más conformistas en lo referente al aspecto corporal, y cuando estén especialmente preocupados por las relaciones de pareja, se dejarán influenciar más en este otro sentido. De hecho, en la investigación de Sim y Koh (2003), en la que analizan diferentes dominios en los que los y las adolescentes se pueden sentir presionados, encuentran que la conformidad evoluciona con la edad de diferentes formas en función del contenido al que habría que conformarse.

Si continuamos la misma lógica que acabamos de exponer, y que se refrenda en las investigaciones que citaremos en el siguiente apartado, hay que decir que los chicos y las chicas se conforman ante sus grupos de referencia, ante sus amigos, ante aquellos a los que admiran y ante conductas relacionadas con su raza o cultura, y no ante cualquiera o cualquier tema, es decir, ante aquellas personas y aspectos que para ellos son importantes.

Otra variable de crucial importancia es el sexo y las diferencias entre qué valoran ellas y qué valoran ellos. Así, si las chicas valoran más la intimidad y las relaciones cercanas que los chicos, se espera que ellas se dejen influenciar más que ellos por los iguales (Hartup, 1983). Sin embargo, y como ya venimos estando acostumbrados desde que comenzamos el trabajo, existen muchos matices a esta afirmación que hacen que la dejemos en entredicho. Tal y como Urberg *et al.* (1997) especifican, encontramos citas tanto de que no existen diferencias de género, como que los chicos se dejan influir más que las chicas o que ellas se dejan influir más que ellos. De esta forma, en la investigación de Fuligni y Eccles (1993) encuentran que mientras las chicas están más orientadas

a los iguales que a los adultos (padres y madres) en aquellas cuestiones referidas a problemas personales y planes futuros, dejándose influenciar más por la opinión de los pares que por la de los adultos; ellos tienen más tendencia a caer en la presión ante conductas antisociales y a ignorar las reglas parentales o el trabajo escolar. Esta tendencia a mayor conformidad antisocial de los chicos o mayor resistencia a la presión antisocial en las chicas se encuentra también en Berndt (1979); Brown *et al.* (1986); Sim y Koh (2003); Steinberg y Silverberg (1986). Sin embargo, Santor *et al.* (2000) y Urberg, *et al.* (1997) no encuentran apenas diferencias de género ni en conducta antisocial, ni en conductas neutras, a pesar de que en el trabajo de Urberg *et al.* (1997) hipotetizaban en la dirección de que existirían las diferencias clásicas, en el sentido de que ellas serían más conformistas puesto que tienen más intimidad con las amigas. Lo que sí parecen encontrar es que ellos puntúan más alto que ellas en situaciones antisociales como consumo de sustancias, robos o conducir ebrios, independientemente de la presión percibida o las puntuaciones en conformidad.

Sin embargo, también encontramos algún ejemplo de investigación empírica en la que las chicas están más dispuestas a seguir a sus compañeros ante conductas disruptivas que los chicos (Berndt y Keefe, 1995). Siguiendo la lógica anterior, si este tipo de cuestiones son más “normativas” o, al menos, más esperables en chicos que en chicas, no es de extrañar que la mayor parte de las investigaciones encuentren que ellos se dejan influenciar más que ellas en esos aspectos. Incluso en la investigación de Berndt y Keefe (1995), fueron las chicas que sus profesores nominaban como disruptivas a principio de curso y que consideraban a su mejor amiga como disruptiva, las que se dejaron influenciar más por sus amigas que los chicos para incrementar su disruptión, es decir no todas las chicas fueron susceptibles a la presión antisocial, sino las que ya eran disruptivas previamente. En este sentido queremos volver a mencionar el estudio de Berndt (1979) en el que el autor argumentaba que los chicos y chicas que se implican en conductas desviadas pueden hacerlo porque sencillamente no interpretan que estén mal. Así, es más *normativo* y, por tanto, lo juzgarán como menos grave, que los chicos sean *gamberros* a que lo sean las chicas siendo ellos los que se implican en esas conductas con más frecuencia. En otros términos, al fin y al cabo estamos hablando de la influencia del macrosistema en el individuo. También se argumenta que la mayoría de los estudios que preguntan por un solo amigo encuentran diferencias entre chicos y chicas. Cuando preguntan por los amigos en general, esas diferencias no se

encuentran. La explicación que se da es que ellas son más influenciadas por la mejor amiga (Berndt y Keefe, 1995). Sin embargo, esta explicación no parece del todo acertada, a la luz del resultado del estudio de Urberg, *et al.* (1997) donde, como acabamos de decir, no hallan diferencias de género ni ante la presión del grupo ni ante la presión del mejor amigo o amiga.

b. Otras variables que se relacionan con la conformidad

Venimos describiendo qué entendemos por conformidad, presión de los iguales o influencia del grupo, y cómo el sexo y la edad están relacionados con la influencia de los iguales. A lo largo de los años, la literatura científica ha ido acumulando otro tipo de evidencias sobre quiénes son más influenciados o qué variables están relacionadas con el hecho de que algunos adolescentes cedan más o menos ante la presión grupal. Pasemos a ver cuáles son dichas variables.

Uno de los aspectos que se ha estudiado es el estatus sociométrico. En este sentido, Berndt (1996) afirmó que aunque algunos se dejan influir por el estatus (se quieren parecer a los más populares) eso no es lo más habitual, sino que se dejan influir principalmente por sus amigos cercanos, sin llegar a querer ser exactamente igual que ellos. Sin embargo, en un estudio posterior, encontró que participando tanto la selección activa como la socialización recíproca, se parecen más entre sí en el consumo de alcohol los adolescentes con menor estatus sociométrico y se dejan influir más los que menor estatus tienen por los de mayor estatus sociométrico (Berndt, 2002). Parece, por tanto, que ambos aspectos son importantes, tanto que la presión sea ejercida por alguien con alto estatus sociométrico como que la ejerza alguien importante emocionalmente para el adolescente como es su mejor amigo o amiga.

Otro aspecto estudiado es el tipo de relación que se mantiene con los iguales. Así, Berndt y Keefe concluyen que los estudiantes que describieron a su mejor amigo como disruptivos aumentaron su disrupción informada, pero solo si sus amigos tenían también características positivas en el sentido de amistad íntima, autorreveladora, prosocial, con apoyo a la autoestima, sin conflictos ni rivalidad (Berndt y Keefe, 1995). Es decir, parece ser que, según los estudios de Berndt, los amigos sólo pueden ser una “mala influencia” si además también reportan algún aspecto positivo. En otro ejemplo, los chicos que pasan mucho

tiempo con adolescentes delincuentes tienen más probabilidad de cometer actos delictivos ellos mismos. Cuanta más calidad tengan estas relaciones, más influyen en los actos delictivos, puesto que la influencia es mayor cuanto más calidad tengan las relaciones. El problema es que se encuentran tantos estudios empíricos que apoyan esta idea como los que la rechazan o que no aportan resultados claros. (Berndt, 2002).

Abrahams, Wetherell, Cochrane, Hogg, y Turner, (1990, cit en Cotterell, 1996), con experimentos similares a los tradicionales de Asch, encuentran que los adolescentes se conforman sólo ante sujetos que consideran similares a ellos, y cuando son conscientes de que su identidad social está dentro de un grupo (mayor conformidad en los casos en que hay público y estás dentro de "tu" grupo). De aquí se deduce que la presión de padres, maestros y otros grupos diferentes al del adolescente es ignorada. La presión que se tiene en cuenta es la del grupo de referencia (Cotterell, 1996). Al igual que Cotterell, otros autores intentan dar una explicación al hecho de que parezca que los adolescentes se rigen más por las normas del grupo de iguales que por las normas familiares. En el apartado sobre familia, ya hemos matizado esta idea, pero especificamos aquí una hipótesis explicativa directamente relacionada con el fenómeno de la conformidad: algunas de las conductas que realizan los adolescentes son desaprobadas por los adultos en función de que las consideran inapropiadas a la edad, pero sí serían apropiadas en el mundo adulto. La adopción temprana de esas conductas se interpreta como un acto no convencional y de rebelión, pero puede reflejar un esfuerzo por la independencia antes que una destructiva conformidad (Jessor y Jessor, 1977). En este sentido, Berndt encuentra que la presión de los iguales para fumar, beber o actividad sexual es más alta a los 18 años que a los 12. Esas conductas han sido consideradas normativas en los adultos, y parece que la presión es mayor cuanto más adulto sea el adolescente, por tanto no es descabellado pensar que los chicos y las chicas no están realizando actos que consideren negativos, sino actividades o comportamientos que les llevan a considerarse más adultos (Berndt, 1996).

Otro aspecto a destacar es ante qué se produce el conformismo o la presión del grupo. Por ejemplo, se ha mostrado que la influencia del mejor amigo y del grupo es diferente si hablamos de consumo de tabaco o de alcohol (Urberg, Degirmencioglu, y Pilgrim, 1997). Aunque como venimos comentando en otros trabajos, también en este la magnitud de la influencia de los iguales fue baja,

encontraron también diferencias entre la influencia ejercida por el mejor amigo y la ejercida por el grupo. Ambos (mejor amigo y grupo de amigos) influyen en que el adolescente pruebe los cigarrillos y el alcohol, pero sólo el grupo influye en que se conviertan en consumidores habituales de tabaco. Sin embargo, es el mejor amigo quien influye el consumo habitual de alcohol. Tanto el grupo como el mejor amigo aportaron variabilidad al hecho de que el adolescente llegara a la intoxicación etílica (Urberg, *et al.*, 1997).

Como resumen, a la pregunta de que por qué unos adolescentes son más influenciados por el grupo que otros, (Berndt, 1996) responde que es debido a:

1. *El estatus en el grupo de iguales.* Quienes más alto estatus tienen, menos se dejan influir y viceversa. Los líderes lo son porque anticipan los deseos de la mayoría del grupo y los dirige teniendo en cuenta esos deseos. Cuando el líder se siente fuerte frente al grupo en una decisión, son más capaces que ninguno de arrastrar al grupo
2. *Las relaciones con los otros.* Se dejan influir más si sus relaciones con los otros no son satisfactorias. Principalmente con los padres. Los adolescentes menos influenciados son aquellos que tienen relaciones cálidas y cercanas con sus padres, mientras que los más influenciados son aquellos que tienen progenitores indiferentes o rechazantes (ver apartado sobre familia)
3. *El tener un hobby o actividad extra.* Cuando esta actividad es el centro de sus vidas (ejem: deportistas de élite), su principal deseo es ser el mejor, no tener buenos amigos y, por tanto, son menos conformistas.

1.4.4 Mecanismos por los que se produce la influencia o conformidad

Pasamos en este momento a hacer un recorrido por las explicaciones que diferentes autores han dado al fenómeno del conformismo o de la influencia de los iguales. En primer lugar, habría que recordar la idea que explicitábamos en la introducción, donde más que un conformismo en sí, se da una socialización recíproca, donde la presión se ve como una influencia bidireccional, de forma que quien comienza la relación bajo en un aspecto, la sube y quien comienza alto, la baja, de tal manera que ambos amigos se influyen y llegan al mismo nivel (Berndt, 1996; Savin-Williams y Berndt, 1990).

En su revisión, los profesores Kerr *et al.* (2003) diferencian entre dos modelos generales que analizan de una u otra forma la influencia de los iguales. Por una parte el *modelo del desarrollo sociocognitivo*, que está representado por autores como Piaget, Vigotsky, Sullivan, Mead o Erikson. Para estos autores y esta perspectiva, los iguales son una fuente de ayuda para el *desarrollo* sociocognitivo, ya que obligan al individuo a adoptar los diferentes puntos de vista y a desarrollar la empatía. Por otra parte, destaca el *modelo del aprendizaje social* representado por Bandura, Dishion, Coleman o Bronfenbrenner. Estos autores consideran que los iguales influyen la conducta del adolescente a través de la imitación, de animar a hacer determinadas conductas, o del modelado. Según la autora, este último modelo, el del aprendizaje social, es el que se suele utilizar cuando se habla de la influencia de los iguales, y que como hemos mostrado previamente, suele interpretarse en sentido negativo (Kerr, Stattin, Biesecker, y Ferrer-Wreder, 2003). Sin embargo, y siguiendo la línea de la exposición, los autores de este trabajo no queremos dejar escapar la oportunidad de recalcar que también el primer modelo es influencia e incluso cambio de conducta: cuando después de un conflicto cognitivo el chico o la chica cambia de opinión sobre algo o de forma de actuar ante una determinada situación. Este cambio no tiene por qué ser en sentido negativo, sino que puede ser –y pensamos que en multitud de ocasiones, de hecho, lo es– una oportunidad para el aprendizaje y el crecimiento personal. De hecho, la propia Margaret Kerr interpreta como desarrollo estos cambios de opiniones o comportamientos tras la influencia de los compañeros. Si nos centramos en el segundo modelo, tampoco el modelado o la imitación tienen por qué ser necesariamente de conductas negativas, como suele interpretarse.

En la clasificación de Kerr podríamos incluir a buena parte de las clasificaciones sobre la influencia de los iguales, y estas clasificaciones implican de una forma más o menos explícita los diversos mecanismos por los que se produce conformidad. Tomemos otro ejemplo. Para Deutsh y Gerard, 1955, existen dos tipos de influencia. De un lado, la *Influencia Informativa*, con la que se hace referencia a cuando se usa la información de otros considerados de fiar para guiar la propia conducta. De otro lado, la *Influencia Normativa*, denominada en otros trabajos *Influencia Social* (Maxwell, 2001), cuando se usa la información para comportarse en el sentido que otros consideran deseable y para encontrar la aprobación de otros. De nuevo, no parece que estos tipos de influencia tengan

que ser negativos a la fuerza, ya que tanto la una como la otra pueden ser interpretadas como formas saludables de adaptarse al entorno, bien intentando imitar o aprender los comportamientos de aquellas personas que consideramos fiables, bien realizando las conductas que parecen normativas en un contexto determinado. Como diría el refrán popular: *a donde fueres, haz lo que vieres*.

En la clasificación y explicación del cómo se produce la influencia de los iguales French y Raven (1959), describen cuatro categorías en las que enmarcar la forma que los pares tienen de ejercer poder: 1. *Coercitiva*, cuando un igual castiga abiertamente a otro por no ser cómplice; 2. *Recompensa*, cuando un individuo se conforma a la presión de los otros para obtener las recompensas sociales que conlleva el pertenecer a un grupo o mantener al amigo, tales como compartir los problemas, apoyo cuando se necesita ayuda, recibir cumplidos que aumentan la autoestima... Quien o quienes presionan, mantienen la conformidad del presionado retirando o manteniendo las recompensas. 3. *Referente*. El otro es un referente y por eso el individuo hace lo mismo que él. En este caso no existe presión, es el propio individuo quien cambia su conducta para parecerse al referente, exista o no interacción con éste. 4. *Legítimo* o *experto*. Establecido formalmente por jerarquías sociales. Si seguimos la terminología de Hartup de las relaciones horizontales, no tendría mucho sentido hablar de esta última forma de ejercer poder en la adolescencia, puesto que este tipo de relación se caracteriza precisamente por la igualdad. Sin embargo, sí puede ocurrir que uno de los miembros del grupo de iguales sea más experto que otro en matemáticas, otro en deporte, otro en capacidad de atracción del sexo opuesto, en cuyo caso se convertiría en experto y su conducta sería seguida sin necesidad de que ejerza presión sobre el resto. (French y Raven, 1959, cit en Berndt, 1996)

Por su parte, Brown y Theobald (1999), hablan de tres formas de ejercer la presión que denominan Regulación Normativa, Modelado y Estructuración de oportunidades. En el caso de la *Regulación Normativa*, se considera que los adolescentes reconocen a través de determinadas conductas o actitudes qué se espera de los miembros del grupo. Por ejemplo, cuando ante conductas desviadas los miembros del grupo sonrían o prestan atención, se demuestra la aceptación de tales conductas. El *Modelado*, y no sólo de los amigos cercanos o admirados sería otra de las vías para que el adolescente se viera influenciado por sus iguales. Finalmente, los iguales influyen en el adolescente *estructurando oportunidades*. Por ejemplo, las relaciones de pareja se facilitan simplemente

exponiendo a los miembros del grupo a personas del otro sexo. También Ungar habla de estos dos últimos tipos de influencia, cuando considera que más que incitar unos a otros, el tener amigos que –por ejemplo– fuman da un modelo y acceso directo al tabaco (modelado y estructuración de oportunidades) (Ungar, 2000). Estas ideas se complementan con las conclusiones obtenidas por Urberg y cols. que, controlando la influencia del grupo y del mejor amigo en un estudio longitudinal, demostró que aunque el grupo facilita el acceso a tabaco y alcohol (estructuración de oportunidades), es el mejor amigo quien influye en el inicio de consumo de ambas sustancias (Urberg, Degirmencioglu, y Pilgrim, 1997).

No queremos dar por finalizado el apartado sin mencionar algunos trabajos que siguen líneas de investigación algo diferentes, y que por tanto, aportan resultados también distintos: los trabajos de Lashbrook (2000), Harris (1999) y Ungar (2000). La originalidad del primer autor radica en que explica el proceso por el que se produce conformidad en términos de emociones. A través de entrevistas y observaciones a un número reducido de jóvenes, Lashbrook encontró que los chicos y chicas se dejaban influir por los compañeros para no sentir vergüenza (sentimiento de ridículo, de inadecuación o soledad).

Por su parte, transcribimos un párrafo del libro de Judith Harris que expresa el contenido de su trabajo que queremos destacar en este apartado:

“tendemos a pensar en la adolescencia cuando oímos la expresión *presión de los compañeros*, pero la presión niveladora es mucho más intensa en la infancia. Hacia los 10 años rara vez es necesario castigar al inconformista. Los adolescentes no se sienten presionados para nivelarse, ellos se sienten empujados, por deseo propio, a formar parte del grupo” pp 175

En cuanto a Ungar, él considera que los adolescentes usan conscientemente, por tanto de forma totalmente voluntaria, la adopción de conductas y apariencias ante sus iguales para realzar el poder social y personal, considerando que la presión de los iguales no deja de ser un mito. Sin embargo, debemos aclarar que su muestra no es precisamente normativa, sino que era un reducido grupo de alto riesgo.

Para finalizar el apartado, expondremos la reflexión de Miller, Alberts, Hecht, Trost, y Krizek (2001). Aunque no hablan de mecanismos por los que se produce la conformidad, creemos oportuno exponerlo en este apartado puesto que explica el porqué de algunos resultados contradictorios en cuando a la influencia de los iguales en el consumo de drogas (quizás el tema estrella cuando se estudia influencia de los iguales). Estos autores encontraron que en la investigación sobre la influencia de los iguales existe un problema con la definición de quiénes son los iguales, denominándose *peer group* al menos a 4 tipos de agrupaciones bien diferenciadas. En su análisis consideraron que buena parte de la inconsistencia de resultados en la investigación sobre la influencia de los iguales en el consumo de drogas puede ser debida a que se denomine de igual forma niveles de análisis o tipos de agrupaciones de iguales tan diferentes. También Brown y Klute (2003) llaman la atención sobre estas dificultades metodológicas, recordándonos que ni tan siquiera en el estudio de Kandel, probablemente el más citado cuando se habla de presión de los iguales, tenemos claro con qué tipo de iguales se trabaja, ya que aunque deja claro que son díadas, no sabemos si son de mejores amigos, de amigos cualquiera o de simples conocidos o compañeros. Seguiremos a Miller *et al.* (2001) y su trabajo sobre la influencia de la familia y el grupo en el consumo de drogas para exponer y aportar ejemplos de las diferentes definiciones de grupo con las que se trabaja:

1. *la cohorte*. Definida por grupos que aproximadamente tienen la misma edad. Este gran grupo puede afectar a la idea de qué es apropiado en la edad de referencia (fíjese el lector que esta clasificación nos vuelve a llevar a lo que previamente hemos denominado influencias normativas, o al macrosistema de Bronfenbrenner). Los estudios indican que la percepción de qué es adecuado en la cohorte correlaciona con el consumo de drogas del adolescente, mucho más que la aceptación del consumo por parte de padres o hermanos. Además y desgraciadamente, también demuestran que los adolescentes tienden sistemáticamente a sobreestimar el grado de consumo de drogas y de aceptación de tal consumo de sus cohortes de referencia, dato que ya avanzamos en el apartado anterior.
2. *grupo de referencia, crowd o tribu*. Es un grupo basado en la reputación, con ciertos estereotipos con los que los individuos se identifican. Por ejemplo los *payasos*, los *sucios*, los *cerebritos* o los *deportistas*. Las investigaciones previas muestran que los estudiantes que se identifican con grupos delincuentes tienden a mostrar mayores niveles de consumo de alcohol y otras drogas. Los grupos que se denominan *drogatas*, *perdidos* o *rechazados* se involucran en mayor

consumo de alcohol, otras drogas y tienen de forma significativa mayores niveles de conducta delincuente. También hemos hecho referencia a algún estudio relacionado con este tema previamente.

3. *pequeña pandilla* o *clique*. Son grupos pequeños (5 a 10 miembros) y cohesionados de chicos y/o chicas que comparten actitudes, pensamientos y, a veces, consumo de drogas. Los miembros de estos grupos suelen tener la misma edad y ser del mismo nivel socioeconómico. Dentro de estos grupos, el consumo de drogas puede jugar un papel importante en la identificación del grupo. En este grupo se suele desarrollar un consenso sobre dónde, cuándo y qué tipo de drogas se puede consumir. Dentro de este grupo, se ejerce presión para conformarse a las normas del grupo ofreciendo recompensas deseables como la posición de estatus dentro del grupo y sanciones no deseables como la exclusión.

4. *Mejor amigo* o *díada de mejores amigos*. Parece que el mejor amigo/a (tanto del mismo sexo como del opuesto) es la mayor fuente de influencia, incluso si se controla el consumo de otros amigos e iguales. El consumo de alcohol del mejor amigo es el mejor predictor del consumo de alcohol tanto de chicos como de chicas. Sin embargo, este último punto nos gustaría dejarlo muy entre comillas, ya que como hemos podido comprobar no todos los autores están conformes con este aspecto. Por ejemplo, Eckert (1989) encontró que los miembros de un grupo de referencia o crowd observaban con mucho cuidado la forma de vestir y de acicalarse, las actividades preferidas y los patrones de comportamiento del otro gran grupo de referencia o crowd. Después adoptaban de una forma escrupulosa las características y normas opuestas para su propio grupo o crowd. Por tanto, aunque los autores de este trabajo no nos definamos a priori sobre qué tipo de relación con los iguales es la que más influye durante la adolescencia, sí que estamos convencidos de que los planos de análisis son diferentes y, por tanto, deberían ser tenidos en cuenta.

En resumen, hemos intentado sistematizar diferentes clasificaciones de presión de los iguales o conformidad que, a su vez, llevan implícitas o explícitas argumentos sobre cómo se produce tal presión, o más bien, cómo se produce el cambio de conducta para que sea acorde a la del grupo. Así hemos hablado de que los grupos ofrecen oportunidades o escenarios donde realizar una conducta, ofrece un modelo normativo sobre qué es correcto, ofrece oportunidades para el conflicto sociocognitivo... etc, pero también hemos intentado dejar claro que la investigación tiene lagunas importantes, tales como la indefinición sobre qué es

un grupo o más bien a qué tipo de grupo hacemos referencia cuando hablamos de presión del grupo al individuo. Una última reflexión nos lleva a recordar los resultados según los cuales es más fácil que los chicos y chicas se dejen presionar para realizar conductas que se ven como positivas en la sociedad que hacia las negativas. Sin embargo, y como hemos visto a lo largo de estas páginas, cuando se estudia la presión de los iguales suele ser en el contexto de los consumos de drogas, entendiendo que el adolescente diana se deja influir por el grupo. Recordemos la reflexión realizada unas páginas antes: esta idea no deja de ser tautológica, el adolescente A se deja influir por B, C y D; el B se deja influir por A, C y D; y así sucesivamente, de forma que finalmente más que un grupo que influencia a un individuo son personas similares que se seleccionan entre sí para formar grupos más o menos homogéneos, y que van socializándose mutuamente en una cultura y normas de grupo (clique) que van formando todos juntos en función de sus grupos de referencia más amplios (crowd y cohorte).

Capítulo **2**

El Ajuste Adolescente

Siguiendo a Graber (2004), este segundo y último capítulo de la revisión de literatura del trabajo que presentamos vamos a dividirlo en dos grandes bloques:

El primero de ellos irá dirigido a analizar los problemas de ajuste externo o, lo que es lo mismo, problemas a nivel comportamental como las conductas antisociales. En concreto, agruparemos bajo esta categoría tanto el comportamiento delictivo/agresivo como el consumo de sustancias perniciosas para la salud, centrándonos en el tabaco, el alcohol y el cannabis. Teniendo en cuenta que uno de los instrumentos más utilizados para evaluar el comportamiento delictivo/agresivo (el YSR⁷) los agrupa bajo la denominación ajuste externo o problemas externalizantes, y que nosotros mismos hemos utilizado este instrumento, utilizaremos la expresión *ajuste externo o comportamental* cada vez que nos refiramos a la categoría más amplia que aún

⁷ YSR es el acrónimo de Youth Self Report. La descripción de este instrumento aparece en el apartado de método.

el ajuste externo (comportamiento delictivo/agresivo) y el consumo de sustancias, en un intento de no confundir ambas expresiones.

En el segundo desgranaremos algunos trabajos sobre el ajuste interno, en otras palabras, los problemas emocionales y del estado de ánimo. Incluiremos en este caso resultados sobre las quejas somáticas, el aislamiento y la ansiedad/depresión junto a la autoestima y la satisfacción vital. Tal y como ocurre con el ajuste externo, las quejas somáticas, el aislamiento y la ansiedad/depresión forman parte del instrumento YSR bajo la denominación ajuste interno o problemas internalizantes, por lo que la categoría más amplia que incluye a todas las variables que vamos a analizar, la nombraremos como *ajuste interno o emocional*.

Tanto en un caso como en el otro, en este capítulo prestaremos atención a aquellos trabajos que han estudiado esta problemática relacionándola con el mundo social del adolescente y, más específicamente, con las relaciones con los iguales. No es el objetivo de este trabajo desgranar o analizar en profundidad los estudios que se centran en el ajuste adolescente, sino tener una panorámica general de hasta qué punto estos problemas son normativos o no, y cómo influyen en ellos las variables del mundo relacional del adolescente que estamos trabajando en este trabajo.

2.1. **L**OS PROBLEMAS DE AJUSTE EXTERNO O COMPORTAMENTAL

Antes de exponer qué variables del mundo social del chico o la chica se relacionan con su ajuste externo, vamos a hacer un breve repaso por algunos datos epidemiológicos españoles relacionados con los problemas más observables de los adolescentes.

2.1.1. **Algunos datos epidemiológicos sobre el ajuste externo o comportamental.**

En relación con la **conducta agresiva**, el informe HBSC en España 2002, nos informa de que el 19,5 % de los adolescentes escolarizados de entre 11 y 18 años ha participado en dos o más peleas físicas en el último año. El mismo informe aporta el dato de que el 5,2% de los chicos y el 3,8% de las chicas han sido maltratados en el centro educativo al menos una vez por semana (Moreno *et al.* 2005b). Aunque observamos, por tanto, que la agresividad no es la tónica general de los y las adolescentes escolarizados españoles, los porcentajes de agresión física y maltrato no son despreciables, más teniendo en cuenta la importante problemática personal y social a la que da lugar este tipo de comportamientos.

En lo que respecta a la **conducta delictiva**, según datos del Ministerio del Interior (2006), el 5,77% de los detenidos en España en el año 2005 fueron menores de 18 años. En el caso de los menores de 13 años, el principal motivo de las detenciones fue el hurto (en el 62% de los casos). Entre los chicos y chicas de entre 13 y 15 años, la principal causa de detención fue el robo con violencia e intimidación o robo con fuerza (en el 35,1% de los casos), seguido por la sustracción de vehículos (en el 14,2% de los casos). Finalmente, entre los

chicos y chicas de entre 16 y 17 años vuelven a ser el robo con violencia, intimidación o fuerza (en este caso en el 29,91% de los casos) y la sustracción de vehículos (en el 20,77% de los casos) las principales causas de detención. No sabemos el porcentaje de adolescentes que cometen actos delictivos, pero sí que en una escala de 1 a 10, donde 1 es *no se justifica nunca* y 10 *se justifica siempre*, causar destrozos en la calle, rayar un coche, romper papeleras o farolas, es puntuado con una media de 1,6 por los propios adolescentes (Elzo, 2006), lo que da una idea de que, en general, consideran injustificado el cometer actos vandálicos, suponemos que aún más los delictivos. Al igual que ocurría con los comportamientos agresivos, creemos que el porcentaje de menores de edad que aparecen de entre el total de los detenidos no es, en absoluto, despreciable aunque, sin duda, está muy por debajo de lo que piensa la población general, ya que la imagen de la adolescencia está asociada de forma injustificada a la agresión y al delito (Casco y Oliva, 2005).

En lo referente a las diferencias de género, en general la mayor parte de los estudios coinciden en que los problemas de conducta y de agresividad son más frecuentes en los chicos que en las chicas. Sin embargo, algunos trabajos ponen en tela de juicio esta afirmación al considerar que más que una diferencia de cantidad, la diferencia en función del género lo es de calidad, de tal forma que los chicos utilizan una agresividad verbal o física directa (p. ej. empujones o insultos) y un tipo de problemas de conductas evidentes mientras que las chicas emplean una agresividad más encubierta o social (p. ej. difundir rumores) y problemas de conducta menos tradicionales (Bjorkvist, Lagerspetz y Kaukiainen, 1992; Olweus, 2003; Ortega y Del rey, 2005; Rigby, 1997; Zocodillo, 1993).

Sin duda, si hay un tema estrella que se estudie a nivel epidemiológico sobre los y las adolescentes, es el **consumo de sustancias** perniciosas para la salud. Encontramos los trabajos de la Fundación Santa María, los de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, del Plan Nacional contra las Drogas, además de los que se realizan por las Consejerías competentes de las diferentes Comunidades Autónomas, Diputaciones Provinciales e incluso Ayuntamientos. No haremos un repaso por todos estos trabajos, ya que excede de los objetivos de este texto, sólo citaremos algunos datos que nos permitan situarnos en la problemática.

El consumo de las diferentes sustancias se deja llevar por modas, y no en todas las épocas se consume igual. De hecho, se considera que en los últimos años ha habido un uso intensivo y extensivo de las drogas (Calafat *et al.* 2006). Así, Navarro (2002) resume, basándose en los trabajos del Plan Nacional contra las Drogas, que el consumo de tabaco en el mes anterior a la realización de la encuesta incrementó entre los años 1994 y 2000 de un 28,1% a un 30,5% entre los chicos y chicas de entre 14 y 18 años. También incrementó el consumo de cánnabis, en este caso, los porcentajes del último año hablan de haber pasado de un 18,1% a un 26,8 % en la misma población y los mismos años, un incremento que, teniendo en cuenta la cercanía temporal de las medidas, nos indica que el cánnabis es una droga *de moda* en estos momentos. Sin embargo, este informe refiere un decremento en el consumo de alcohol, habiendo bajado de un 82,4% en el año 1994 a un 75% en el 2000. A pesar del decremento, llama la atención el porcentaje tan elevado de adolescentes que dicen haber consumido alcohol. En los tres casos, los porcentajes hacen referencia a haber probado alguna vez las diferentes sustancias. Más recientemente, encontramos datos como que el 36,9% de los adolescentes españoles de entre 14 y 18 años han probado alguna vez el cannabis, el 22% de los cuales lo han tomado en el último mes, siendo la edad de inicio los 14,5 años si tomamos la misma muestra (Calafat, 2006). Pero aparecen algunas estadísticas que, a nuestro juicio, son más relevantes que el porcentaje de chicos y chicas que consumen un tipo u otro de sustancias, por ejemplo el hecho de que un 44,2% de la población (casi la mitad) **no** considere peligroso el consumo de una droga como es el alcohol (Calafat *et al.*, 2006), lo que da una idea de la permisividad que nuestra sociedad en general (el macrosistema en términos de Bronnfenbrenner) mantiene hacia esta sustancia. El informe HBSC 2002 en España, cuya muestra es representativa de los adolescentes escolarizados en el país, aporta el dato de que entre 1990 y 2002 el consumo de tabaco entre aquellos que cuentan entre 11 y 18 años ha aumentado en general, aunque el inicio en el consumo es algo más tardío. El 46% de los adolescentes escolarizados encuestados el año 2002 dicen haber probado el tabaco alguna vez, siendo ese porcentaje más elevado entre las chicas adolescentes que entre los chicos a partir de los 15 años de edad. Sobre el alcohol podemos decir que sólo el 33,7% de los chicos y el 34,1% de las chicas de entre 17 y 18 años dicen no haberse emborrachado nunca, aunque la tendencia en los últimos diez años ha sido descendente, a un menor consumo tanto de cerveza como de vino o licores. Como vemos, el descenso en el consumo de alcohol es un dato en el que coinciden las encuestas del Plan

Nacional contra las Drogas y HBSC, aunque también coinciden en señalar que, de entre todas las sustancias, el consumo de alcohol es el más frecuente y generalizado entre nuestros adolescentes. Finalmente, también ambas encuestas coinciden en el aumento del consumo de cannabis en los últimos diez años (Moreno *et al.*, 2005 a y b).

En cuanto a las diferencias de género en el consumo adolescente, encontramos que, frente a los estudios de décadas atrás en los que los chicos consumían más sustancias que ellas, ahora ellas fuman más tabaco, aunque ellos continúan bebiendo más alcohol y consumiendo más cánnabis (Observatorio Español sobre Drogas, 2002; Moreno *et al.*, 2003).

2.1.2 Las relaciones cercanas y el ajuste externo o comportamental durante la adolescencia

En este apartado queremos hacer un barrido somero por la literatura que analiza las relaciones con los amigos y el ajuste externo del adolescente. Y decimos somero porque buena parte de la literatura que habla sobre la influencia de los iguales en el ajuste externo del adolescente ha sido ya descrita en el apartado 1.4, y en este momento nos limitaremos a recordar algunos conceptos.

Sobre el **ajuste externo**, investigaciones recientes continúan considerando a los iguales como fuente de influencia hacia conductas consideradas negativas como consumir las mal denominadas “drogas blandas” (Dorius, Bahr, Hoffmann, y Lovelady, 2004; Kaplan, Nápoles-Springer, Stewart, y Pérez-Stable, 2001), consumir “drogas duras” (ver revisión en Brown, Dolcini, y Leventhal, 1997) o mostrar desórdenes alimenticios (Lieberman, Gauvin, Bukowsky, y White, 2001). Aunque los trabajos que buscan y encuentran que los iguales son una fuente de recursos y apoyo a las conductas desviadas son mayoría (Brown y Klute, 2003), también encontramos trabajos que apoyan la idea opuesta (Berndt, 2002), de forma que aquellos adolescentes que tienen más intimidad con los mejores amigos asumen menos conductas de riesgo (Field y Lang, 1995), tienen menos problemas externalizantes (Allen, *et al.*, 1998) o despliegan menos conductas desviadas (Chou, 2000). Y los niveles bajos de intimidad durante la adolescencia son un fuerte predictor del consumo de drogas (Kandel, 1978).

Sin embargo, los trabajos que toman a los iguales no como una variable más, sino que intentan descubrir el papel del grupo de iguales en el ajuste externo del adolescente aportan muchos matices a estas ideas. Ya hicimos referencia con amplitud en el apartado 1.4 a esos diferentes matices que hay que tener en cuenta a la hora de considerar la influencia de los iguales en la adolescencia, recordemos algunos de los más relevantes: la selección activa (según la cual los adolescentes se acercan para buscar amistades y compañía a aquellos con los que se sienten más cómodos, con los que comparten aficiones, gustos o ideas), la socialización recíproca (que hace que los adolescentes que comparten tiempo juntos cada vez se parezcan más entre ellos, se socialicen mutuamente) y la desección (o el hecho de que cuando no se está a gusto en un grupo se abandone dicho grupo). El proceso de la desección está menos estudiado a nivel empírico, pero tanto la selección activa como la socialización recíproca se documentan en estudios longitudinales a largo plazo como el Estudio Nacional de Jóvenes de EEUU o el Pittsburgh Youth Study con la delincuencia y los comportamientos antisociales respectivamente. Los chicos y chicas con problemas de delincuencia o comportamientos antisociales buscaron amigos que también los tenían y, al cabo del tiempo, quienes mantuvieron estas amistades aumentaron sus niveles de delincuencia y antisocialidad (Farrington, 2004). A estos procesos hay que sumar el hecho de que cuando se hable de iguales no siempre nos estemos refiriendo a lo mismo, a veces se concluye sobre la cohorte, otras sobre el grupo de referencia o tribu, otras sobre la pandilla (*clique*) y otras sobre el mejor amigo, siendo cada uno de estos niveles de análisis experiencias diferentes para el adolescente e influyendo de forma diferencial en él (Brown y Klute, 2003; Miller *et al.*, 2001)⁸.

Teniendo en cuenta estos datos y los procesos de selección activa no nos deben extrañar los resultados de investigación que hablan de continuidad y, por tanto, que el mejor predictor de la conducta problemática del adolescente es la propia conducta en algún tiempo anterior (Reitz, Dekovic, y Meijer, 2002; Reitz, Dekovic, Meijer, y Engels, 2004). De esta forma, los adolescentes desviados seleccionarán amigos desviados en los que encontrarán refuerzo y apoyo a su conducta, lo que debilitará la motivación al cambio (Bender y Loser, 1997) repercutiendo a su vez en un mantenimiento o incremento de la problemática. En el sentido de la continuidad, encontramos también alguna

⁸ Ir a apartado 1.4.3 para encontrar la relación entre los diferentes niveles de análisis y el consumo de sustancias perniciosas

investigación que concluye que los adolescentes que crecen en familias con problemas o cuyos padres utilizan prácticas parentales ineficaces, se insertan en grupos de iguales con conductas problemáticas, y consumen más drogas y muestran problemas de conducta, teniendo un pronóstico de peor ajuste quienes comienzan a mostrar problemas de conducta en la infancia (Capaldi y Shortt, 2003, Jenkins y Zunguze, 1998). Retomaremos esta idea en el siguiente apartado.

Por último, no queremos dejar de mencionar el trabajo de Maggs y Hurrelman (1998). Proponemos para ello un breve ejercicio de introspección al lector antes de continuar. Piense en sus años de estudiante de secundaria. Recuerde a sus compañeros e intente dar los nombres de los que eran más *interesantes* o *populares*. Probablemente, si en su clase había algún chico o chica que fuera muy aplicado, no consumiera ningún tipo de droga (ni tan siquiera tabaco o alguna cerveza) y nunca hizo una pequeña gamberrada, su nombre no esté en el listado, aunque en nuestros estudios de *psicólogos expertos*, ese chico o esa chica, sí que estaría entre los más ajustados. Como Maggs y Hurrelman comentan, a pesar de cifras terribles como que la principal causa de mortandad entre los jóvenes son los accidentes de tráfico (INJUVE, 2001), muchos producidos por conducción temeraria o en estado de embriaguez, casi todos los adolescentes prueban el tabaco y el cannabis, experimentan con el alcohol en alguna medida y se involucran en algún pequeño acto delictivo o vandálico (como robos en grandes almacenes), y también la mayor parte de ellos acaban siendo adultos responsables e integrados en la sociedad. En un estudio longitudinal con chicos y chicas de entre 12 y 15 años, con cuatro tiempos de medida, encontraron que aquellos que consumían algún tipo de sustancia perniciosa aumentaron la frecuencia e intensidad de las relaciones con los iguales, que en sí mismas son consideradas una buena medida de ajuste (Kerr *et al.* 2003). Este efecto no se encontró con la conducta delincuente. Pero lo que en estos momentos nos resulta más interesante es que los autores del trabajo se preguntan por la influencia positiva de los diferentes consumos en el ajuste adolescente (Maggs y Hurrelmann, 1998). En un trabajo previo, Maggs y Galambos (1993, cit en Maggs y Hurrelman, 1998) describen las conductas problemáticas como comportamientos que ponen en riesgo (desde el punto de vista de la familia y los estándares sociales) el bienestar del individuo y de la sociedad, pero al mismo tiempo, también implican un elemento de divertimento, aventura u otras recompensas positivas. Paradójicamente, algunas de las

denominadas conductas de riesgo juegan papeles importantes en el desarrollo de la identidad adolescente (Maggs y Hurrelmann, 1998, Oliva, 2004). En resumen, los trabajos de Maggs están hablando de la posible influencia positiva de algunas de las conductas que, en bruto y sin matices, son consideradas negativas.

2.2 **L**OS PROBLEMAS DE AJUSTE INTERNO O EMOCIONAL

2.2.1. **A**lgunos datos epidemiológicos sobre el ajuste interno o emocional.

Según el informe *Ganar Salud con la Juventud* realizado por el Ministerio de Sanidad no existen datos sobre el porcentaje de adolescentes que sufren ansiedad o depresión en nuestro país. Sin embargo en el mismo informe nos aportan el dato de que entre el 17% y el 22% de los adolescentes europeos sufren problemas de desarrollo, emocionales o de conducta, teniendo algún trastorno mental uno de cada ocho adolescentes (Merino, 2002). En otro país occidental como es EEUU, uno de cada cinco niños o adolescentes tienen problemas de salud mental, y uno de cada diez problemas socioemocionales serios, que le impiden o dificultan la vida social, académica y emocional. Quizás el dato más relevante es que los datos procedentes de EEUU nos indican que dos tercios de estos chicos y chicas no reciben ningún tipo de ayuda (Merino, 2002).

En relación a la autoestima, la satisfacción vital y las quejas somáticas, el estudio HBSC-2002 en España llega a la conclusión de que son pocos los adolescentes con autoestima baja, siendo más frecuente que las chicas tengan una autoestima media y los chicos alta. Datos similares encontramos con la satisfacción vital, que los adolescentes puntúan en una media de 7,5 sobre una escala de 10. Las chicas suelen tener menor satisfacción vital que los chicos y la tendencia es a estar menos satisfechos con su vida según avanza la adolescencia. También son las chicas quienes más quejas somáticas tienen. De esta forma, y tomando por ejemplo el dolor de cabeza, del 15,2% de los

adolescentes que dicen padecerlos más de una vez por semana, un 10,8% son chicos frente al 19,6% de las chicas (Moreno *et al.* 2005 a y b).

Para finalizar, queremos aportar el dato de cómo se perciben los adolescentes a sí mismos en relación a su salud mental, conceptualizada en este estudio como estar bajo de ánimo, sentirse irritable y nervioso, tener dificultades para dormir, y sentir cansancio y agotamiento. El estudio muestra como estos síntomas de malestar psicológico se dan más en las chicas que en los chicos a partir de los 13 años. En el caso de las chicas, padecen de forma gradual cada vez más quejas de malestar psicológico según avanza la adolescencia, mientras que ellos permanecen toda la adolescencia con valores similares. En general, encontramos valores como que el 13,8% de la muestra total (11 a 17 años) se siente bajo de ánimos más de una vez en semana, desglosándose este porcentaje de forma que el 17,4% de las chicas responden que se sienten bajas de ánimo al menos una vez en semana, y dando la misma respuesta sólo el 10,1% de sus compañeros varones (Moreno *et al.* 2005 a y b).

Un aspecto que se documenta en buena parte de los estudios sobre ajuste interno son las diferencias de género. Las chicas suelen presentar más problemas internalizantes que los chicos (Graber, 2004; Moreno *et al.* 2005 a y b; Reitz, Dekovic, y Meijer, 2002), emergiendo las diferencias de género aproximadamente a los 13-14 años (Crawford, Cohen, Midlarsky y Brook, 2001), en el periodo de la adolescencia.

2.2.2 *Las relaciones cercanas y el ajuste interno o emocional durante la adolescencia*

Curiosamente, y en contra de lo que ocurre con los problemas externos, cuando en la literatura se analiza la relación entre los problemas internos y las relaciones con los iguales, se considera que estas relaciones son beneficiosas para el ajuste interno. Vamos a encontrar numerosas citas que relacionan el establecer vínculos cercanos con los iguales y la salud emocional. Así, a nivel teórico Sullivan (1953) considera que las personas necesitamos *inputs* sociales o interacciones sociales para ser felices y sanos psicológicamente, y esta necesidad se cubre con el amigo cercano durante la preadolescencia. En la misma línea, para Buhrmester (1990) durante la adolescencia aumenta la

necesidad de intimidad y la amistad cercana ayuda a satisfacer esa necesidad, que si no es cubierta derivará en soledad, malestar psicosocial y alienación. A nivel empírico, los ya estudios clásicos de Cowen, Pederson, Babigan, Izzo y Trost (1973) y Parker y Asher (1987) encontraron que los individuos con alteraciones psicológicas tenían historias de relaciones pobres con los iguales, y que los chicos con relaciones positivas con los iguales presentan menos patologías y menor delincuencia juvenil. Trabajos más actuales resumen que el sentimiento de rechazo de los iguales produce baja autoestima, sentimientos de soledad, incompetencia y ansiedad (Berndt, 1996); los y las adolescentes con mejor apego a los iguales muestran un tono emocional positivo al tiempo que este apego alivia la preocupación y la sobreexcitabilidad (Koon, 1997); la intimidad con el mejor amigo se asocia positivamente con la autoestima y negativamente con la ansiedad y la depresión, tanto si las puntuaciones de intimidad se basan en los informes de los amigos como en autoinformes (Brown *et al.*, 1997). Este último autor llega pocos años después a la conclusión de que la respuesta a si los adolescentes con buenos amigos tienen un mejor ajuste emocional es un claro sí (Brown y Klute, 2003). Sin embargo, siempre encontramos controversias, y Field y Lang no encontraron relación alguna entre la intimidad con los iguales y las variables de ajuste interno, en este caso depresión y autoestima.

Igual que describimos con los problemas externalizantes, aparecen algunos estudios que aportan matices. Así, Berndt (2002) advierte que más que estudiar la amistad y sus correlatos en el ajuste o en el comportamiento, debemos comenzar a plantearnos diferentes dimensiones dentro de la amistad y diferentes tipos de grupos de iguales que se relacionarán de forma también distinta con el ajuste adolescente. Encontramos algún estudio que aporta datos en el sentido de que los amigos son positivos o negativos según el tipo de relación a la que estemos haciendo referencia. Aquellos que se ven inmersos en conductas negativas con sus iguales, puntúan bajo no sólo en ajuste externo (como ya describimos en el apartado anterior), sino también en bienestar emocional mientras que aquellos chicos y chicas que tienen amigos con una conducta más convencional, puntúan alto en bienestar emocional (Voydanoff y Donnelly, 1999). En la línea de algunas de las investigaciones descritas en los apartados 1.1 y 1.2 de este trabajo, Koon (1997) demuestra que el apego hacia los iguales es positivo precisamente en aquellas áreas en las que los iguales son importantes, como la imagen corporal o la actitud sexual, pero no en otros

aspectos como la vocación profesional o la educación, aspectos en los que el contexto familiar es más importante que el de los iguales.

También similar a lo que ya describimos en cuanto al ajuste externo, debemos hablar de continuidad en cuanto al ajuste interno. Actualmente sabemos que padecen más problemas internalizantes los chicos y las chicas adolescentes que ya los tenían en la infancia (Graber, 2004). Igualmente, la relación entre problemas internalizantes y los vínculos con los iguales parece tener continuidad desde la infancia, de tal forma que los adolescentes con más dificultades en el área de la amistad tienen más problemas internalizantes, siendo los que menos habilidades sociales desarrollaron en la infancia los que más problemas tienen en la adolescencia para establecer buenas amistades. Por tanto, parece que la adolescencia lo que hace es acentuar de una u otra forma los problemas, bien porque es un momento de muchos cambios en poco tiempo (lo que se denomina modelo acumulativo) o bien porque se acentúan las características previas de la persona (modelo de acentuación) (Graber, 2004).

Finalizaremos este apartado apuntando algunas ideas que aún no han sido exploradas en profundidad. En primer lugar, faltan estudios longitudinales que confirmen o refrenden los claros resultados de los estudios transversales que relacionan el ajuste adolescente y las relaciones con los iguales (Berndt y Keefe, 1995). Por otra parte, estos estudios longitudinales permitirían conocer hasta qué punto buenos vínculos con los iguales influyen en el ajuste positivo del adolescente o, esta relación es la inversa y, aquellos adolescentes ajustados, que no son ansiosos, ni depresivos, que tienen una buena autoestima y satisfacción vital son más capaces de establecer relaciones competentes con sus iguales. Probablemente ambos procesos se complementan. El buen funcionamiento de programas de apoyo entre iguales que derivan en un aumento de la autoestima, la autoeficacia y el locus de control (Turner, 1999) así como el hecho de que incluso los adolescentes con problemas con el grupo de iguales pueden encontrar algún amigo cercano que solvante los problemas internalizantes que pudieran surgir del aislamiento social (Graber, 2004) parece, en cualquier caso, que apoya la idea de que no sólo los más ajustados tienen más facilidad para encontrar amigos, sino que también los iguales influyen en algún sentido en el ajuste emocional del adolescente. En segundo lugar, deberíamos explorar también el efecto negativo de las relaciones con los iguales, no sólo en el sentido ya mencionado por Berndt (2002) según el cual las

relaciones de amistad de buena calidad pero en grupos desviados provocarían conductas desajustadas (haciendo referencia al ajuste externo), sino también el efecto negativo sobre el ajuste interno. Aquellas personas con amistades íntimas que dedican tiempo y esfuerzo a la autoexploración y la reflexión sobre ellos mismos y sus relaciones de amistad, sufren más por esas relaciones, sobre todo cuando se rompen o surgen dificultades. De hecho, las chicas sufren más por sus amistades que los chicos y, quedó patente en el apartado 1.3.1 que tienen relaciones de amistad más íntimas que los chicos. Estos dos hechos, mayor intimidad en la relación y mayor sufrimiento por esa relación parece que pueden estar conectados (Steinberg, 2005).

2.3 LA INFLUENCIA DIFERENCIAL DE LOS IGUALES Y LA FAMILIA EN EL AJUSTE DEL ADOLESCENTE

Hasta ahora, hemos descrito algunos trabajos que analizan la influencia de los iguales en el adolescente. Sin embargo, sabemos que aunque durante la adolescencia los chicos y las chicas pasan mucho tiempo con sus amigos, la familia continúa siendo un pilar fundamental en el desarrollo de los adolescentes. La interacción de estos dos grandes contextos de desarrollo durante la adolescencia ha dado lugar a muchos trabajos teóricos y empíricos, algunos de ellos ya descritos en el apartado 1.2. En estos momentos, analizaremos cómo influyen ambos contextos en el ajuste de los adolescentes y las adolescentes.

Si recordamos el apartado 1.2, allí describimos que el contexto de los iguales y el de la familia se relacionan de diferente forma, que denominamos *independencia* de ambos contextos, *continuidad* y *compensación*. En la actualidad, como ya avanzamos en aquel epígrafe, parece que la teoría de la continuidad es la que consigue más adeptos, de tal forma que aquellos adolescentes que crecieron en familias ajustadas, se relacionan con amigos también ajustados y desarrollan menos problemas internos y externos, pudiendo decir que ambos contextos, el familiar y el de los iguales tienen efectos aditivos sobre el ajuste adolescente (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2002). Pero también aparecen multitud de estudios que hablan de moderación de un contexto sobre el otro, de tal forma que un determinado tipo de prácticas parentales influirá de una u otra forma en el ajuste adolescente dependiendo del tipo de iguales con el que el chico o la chica se relacione. Pongamos algunos ejemplos para entender mejor esta idea. Se ha encontrado que se puede aumentar el efecto adaptativo de prácticas educativas positivas si la pandilla estimula hacia los resultados positivos de la educación de los padres (*efecto aditivo*), pero también una

pandilla positiva puede paliar los efectos negativos de prácticas educativas parentales inapropiadas (*moderación o compensación* entre ambos contextos). En el sentido inverso puede haber un efecto de exacerbación de los desajustes si el contexto de la pandilla hace que las prácticas educativas negativas de los padres se tornen especialmente débiles (efecto *aditivo*), y ese mismo contexto de grupo de iguales desviados, puede enfriar los beneficios de las posibles prácticas positivas de los padres (*moderación o compensación*) (Brown y Huang, 1995).

En otro trabajo, se muestra que aquellos adolescentes que tienen progenitores democráticos acuden a sus padres antes que a los iguales para tomar decisiones importantes con más frecuencia que los hijos de padres con otro tipo de estilos educativos (Bednar y Fisher, 2003), el problema de acudir a los iguales a buscar apoyo antes que a los adultos está en que probablemente los iguales empleen estrategias de afrontamiento menos adaptadas y saludables que las que promueven los adultos, y basadas en el escape o evasión, tales como el consumo de drogas (Brown, *et al.*, 1997; Jenkins y Zunguze, 1998). También se encuentra que aquellos adolescentes que prefieren un grupo de iguales *desviado* antes que a los progenitores en la adolescencia temprana, es decir, que se orientan más a este tipo de iguales para encontrar apoyo personal o instrumental, son quienes más problemas de conducta desarrollan 5 años después (Fuligni, *et al.*, 2001), y que la influencia del grupo de amigos en el ajuste emocional del adolescente es mayor cuando los chicos y chicas provienen de familias poco cohesionadas y adaptadas, y que cuando el contexto familiar se caracteriza por la cohesión y la adaptabilidad el grupo de iguales no ejerce tal influencia en el ajuste interno (Gauze, *et al.*, 1996)

El contexto de los iguales no sólo interacciona con el familiar, sino también con otros entornos. Citaremos por poner algún ejemplo el trabajo de Ciairano, Bo, Jackson, y Van Mameren, (2002) en el que encontraron que el consumo de sustancias de los chicos y chicas aumentaba si su tiempo de ocio lo compartían con un grupo con el que realizaban actividades no estructuradas, especialmente estar en discotecas y pubs, mientras que si estaban en actividades estructuradas, como por ejemplo de actividad física, el grupo de amigos hacía de factor protector frente al consumo. La diferencia entre un tipo de entorno y el otro, radica, entre otras cosas, en la presencia de adultos que

controlan las situaciones estructuradas, frente a la ausencia de este control externo en las no estructuradas.

No queremos finalizar esta exposición sin mencionar el interesante trabajo de Kerr *et al.*, (2003). En su análisis de cómo influye familia e iguales en el ajuste adolescente, emplea buena parte de los contenidos descritos en esta introducción teórica. Parten de dos ideas claves: en primer lugar, que en el contexto familiar se aprende no sólo un estilo de interacción, sino también unas emociones asociadas a él. En segundo lugar, que la adolescencia es el primer momento del ciclo vital en el que la persona puede *escoger*, tomar decisiones. Así, por ejemplo, una persona que crece en un entorno donde se le controla, no se le permite expresarse, no hay afecto, también tendrá asociadas una serie de emociones negativas a tal contexto, emociones que intentará evitar volver a encontrar en el contexto de los iguales. Estos chicos, que tienen asociadas emociones negativas con contextos estructurados como la familia, escogerán como grupo de amigos a aquellos que pasan tiempo en la calle, en actividades no estructuradas, con un ajuste más pobre. Una vez que el adolescente es un miembro más del grupo de iguales, los padres reaccionaran a estas amistades de forma que pueden influir en el mantenimiento, escalada o inhibición de las actividades que el adolescente realiza en el grupo.

2.1. Algunos apuntes para finalizar

Para finalizar este capítulo, queremos dar algunos apuntes que han quedado pendientes en el resto de apartados. El primero de ellos está relacionado con la influencia del grupo de los iguales en el ajuste adolescente. El segundo, es una reflexión general y final sobre la introducción teórica.

Surgen voces que apuntan a la idea de que quizás, la relación entre vínculos con los iguales y ajuste (tanto interno como externo) no es real, o al menos no es directa, sino que está mediada por el mundo relacional del adolescente en un sentido más amplio. Es decir, aquellos chicos y chicas adolescentes con amistades desarrollan habilidades de interacción que serán las que le permitan un buen ajuste en la sociedad en general (Hartup, 2002, Berndt, 2002). Desde la teoría del apego, el profesor Schneider, describe mejor la idea que estamos intentando exponer. Siguiendo a Thompson (1998) define como de

banda estrecha una forma de entender la relación de apego y el ajuste de la persona de tal forma que la relación afectiva del apego se relaciona con otras relaciones afectivas, o influye en otras relaciones afectivas. De esta forma, la relación de cercanía con el otro, de intimidad en la relación padres/madres-hijos/hijas, predice intimidad. Esta sería la causa de que las correlaciones entre apego progenitores-hijos e intimidad en las relaciones de amistad sean mayores en la adolescencia que en la primera infancia, porque en la adolescencia la amistad se define en términos de intimidad mientras que en la niñez se hace en términos de compañía y diversión mutua (Schneider, 2006). Frente a esta forma de interpretar la teoría del apego se sitúa la perspectiva de la *banda ancha*, según la cual el apego entre el hijo o la hija y los adultos predice buena parte de los *outcomes* del desarrollo. Schneider critica esta segunda postura sobre la base de que buena parte de los estudios que relacionan apego con aspectos tales como el rendimiento escolar, el ajuste interno o el externo lo hacen a partir de correlaciones significativas pero bajas y, que –siempre en su opinión– están sobreestimando el valor de la teoría del apego y o sistema de apego frente a otros sistemas (Schneider, 2001). Aunque en este caso, al hablar de apego Schneider está haciendo referencia a las relaciones padres hijos y no a las relaciones entre iguales, podríamos extender su idea, de tal forma que consideremos que una interpretación de banda estrecha de las relaciones con los iguales llevará a entender que el vínculo que se establece con los amigos y con los pares en general puede influir en la relación con los padres, con la pareja o los compañeros de estudios o trabajo; mientras que la interpretación de banda ancha lleva a interpretar que unas buenas relaciones con los iguales influyen en buena parte de los *outcomes* del desarrollo, en el ajuste interno o emocional y/o en el ajuste externo o comportamental del adolescente en nuestro caso.

Finalmente queremos hacer una reflexión coincidente con la visión de Brown y Klute (2003). Como hemos podido comprobar, en general y salvando excepciones, de todas las cuestiones que debaten con mayor énfasis los investigadores que estudian las relaciones entre iguales, hay que destacar dos:

1. El grado en que los amigos influyen la conducta de los otros amigos. Los trabajos que se sitúan en este gran bloque tienden a dar una imagen negativa de las relaciones con los iguales, ya que buscan la influencia de los iguales especialmente en lo referente a conductas negativas. Estos trabajos centran sus esfuerzos en mostrar que las malas compañías llevan al adolescente

a consumir sustancias perniciosas, a ser agresivos o a cometer actos vandálicos. Como vemos, es la relación entre relaciones con los iguales y problemas de comportamiento o problemas externos. Como hemos ido comprobando a lo largo de las páginas de este trabajo, en muchas ocasiones más que mostrar, se interpretan la relación iguales-mal ajuste externo, siendo una relación que se da sólo en casos contados.

2. El significado de tener buenos amigos, haciendo referencia a que sean amigos de buena calidad. De forma justo opuesta a la anterior, los trabajos que se sitúan en este bloque, en general más descriptivos, consideran a los iguales como una fuente de ajuste, en este caso interno. Así, las relaciones con los amigos se entienden como proveedoras de autoestima, satisfacción vital, y ajuste interno en general.

A lo largo de las páginas anteriores, no sólo en el apartado de ajuste sino de toda la introducción teórica, hemos intentado dejar patente que nuestra postura no coincide plenamente con ninguna de las anteriores, puesto que consideramos que, tal y como la investigación muestra, existen numerosos matices que hay que tener en cuenta. Ni los amigos son los “culpables” de todos los males observables de los adolescentes, ni los “salvadores” ante cualquier problemática emocional que les puedan surgir. Son una fuente de recursos, de influencia positiva y negativa, que comparte su importancia con otros contextos relacionales (familia, centro educativo, trabajo...) y que ejercerá un peso u otro dependiendo de multitud de factores. Por tanto, las páginas que siguen a esta introducción teórica, pretenden ahondar en el conocimiento del peso que los iguales tienen en la vida de los y las adolescentes, pero siendo conscientes en todo momento que nuestra aportación sólo será una breve contribución a algunas de las múltiples facetas que van a formar la vida y personalidad de la persona.

Objetivos

Tras finalizar la descripción de la literatura, pasamos a especificar los objetivos que perseguimos con la parte empírica de este trabajo. El objetivo central de la tesis es el estudio de las relaciones afectivas con los iguales y de la conformidad ante la presión del grupo durante la adolescencia. Analizamos la conformidad por su hipotética relación con los problemas comportamentales, fundamentalmente en la adolescencia, y las relaciones afectivas porque los amigos y los iguales son considerados figuras importantes para el ajuste adolescente, y porque ellas mismas son un índice de ajuste. Consideramos que las relaciones afectivas con el mejor amigo o amiga, y las relaciones afectivas con el grupo de amigos en general son dos aspectos diferenciados, por lo que hemos tomado dos medidas para evaluar las relaciones afectivas con los pares, una que estará relacionada con el apego al grupo de iguales y otra a la intimidad con el mejor amigo.

Como veremos en el apartado de resultados, este se organiza en torno a dos grandes divisiones conceptuales. En la primera describiremos, con una metodología longitudinal, las diferentes dimensiones que hemos estudiado, aportando al mismo tiempo pequeños relatos realizados por los propios adolescentes de cómo viven su mundo relacional. En la segunda, relacionaremos las variables descritas en la primera gran división. En este caso, gracias a la metodología longitudinal utilizada, podremos apuntar con nuestros datos relaciones de posible causalidad.

Los objetivos que pretendemos conseguir con tales análisis son:

- Describir la evolución de diferentes dimensiones relacionadas con los vínculos afectivos a lo largo de la adolescencia con los amigos y con la familia. En este sentido, analizaremos si existe o no estabilidad absoluta y estabilidad relativa durante la adolescencia, además de establecer diferentes grupos de personas en función de la evolución de cada una de las dimensiones que vamos a analizar. En concreto, analizaremos la relación afectiva con el mejor amigo o amiga, la relación afectiva con el grupo de iguales, y con los padres y madres de los chicos y las chicas adolescentes. Como describiremos en el método, todos los instrumentos de medida utilizados se desarrollaron bajo el marco teórico de la teoría del apego.
- Realizar una fotografía de cómo evoluciona la conformidad ante la presión del grupo durante la adolescencia: en vertiente positiva (conformidad ante aspectos considerados positivos en la sociedad), en la vertiente negativa (conformidad ante situaciones consideradas negativas), y en la vertiente neutra. El estudio longitudinal nos permitirá analizar la estabilidad absoluta y relativa de los datos, así como formar grupos o clusters en función de cómo evoluciona la conformidad ante la presión grupal.
- Describir el ajuste interno y el externo de los chicos y chicas de la muestra, así como su evolución a lo largo de la adolescencia. De nuevo analizaremos la estabilidad absoluta y relativa de los datos sobre ajuste.
- Testar la idea de que las relaciones afectivas con los padres están relacionadas o son antecedentes de las relaciones afectivas con los iguales, es decir, la estabilidad del apego, desde lo que Schneider (2001) denomina interpretación de la teoría del apego de banda estrecha, es decir, relacionando las relaciones afectivas con relaciones afectivas.
- Explorar la transmisión intergeneracional del apego, analizando la relación de los vínculos afectivos de las madres de los adolescentes con sus propias madres o padres (las abuelas o los abuelos de los chicos y de las chicas), el vínculo afectivo con la pareja y la relación de apego de los adolescentes con sus madres y padres.

- Buscar relaciones entre los vínculos con los padres y las madres de los adolescentes, las relaciones afectivas con los iguales y la mayor o menor conformidad que los chicos y las chicas despliegan ante sus coetáneos.

- Finalmente, analizar las relaciones entre las variables del contexto de los iguales y las del contexto familiar y los índices de ajuste interno y externo utilizados, buscando vínculos entre las unas y las otras que apunten a la causalidad.

Método

En este trabajo hemos empleado una metodología básicamente cuantitativa. Este tipo de método permite el acceso a una información amplia que nos facilita una fotografía general de cómo son las relaciones entre iguales en la adolescencia. Concretamente nos hemos centrado en aquellos aspectos que tienen vinculación con las relaciones afectivas y la conformidad, los antecedentes familiares de estos aspectos evaluados desde la teoría del apego, y cómo se relacionan los aspectos que hacen referencia a los iguales con variables de ajuste del adolescente y la adolescente. Como complemento a los datos cuantitativos, hemos llevado a cabo 6 grupos de discusión (también denominados grupos focales) con los que obtener información que pueda ejemplificar o aclarar algunos aspectos que queden menos claros con los datos numéricos. El interés de los grupos de discusión se centra en “la comprensión de los fenómenos que se estudian desde la propia perspectiva de los actores implicados. Por tanto, a través de esta técnica se hace referencia a información relativa a constructos internos de la vida de las personas que participan en ella, los cuales interesan al investigador/a” (Suárez Ortega, 2005), pag 33. Pasaremos, en primer lugar, a describir el estudio cuantitativo para, más adelante, describir la parte cualitativa.

A. ESTUDIO CUANTITATIVO

Realizamos en un primer momento un estudio piloto de los instrumentos que íbamos a utilizar, en el que participaron un total de 123 adolescentes, chicos y chicas de dos centros educativos de la provincia de Sevilla y uno de la provincia de Huelva, dos públicos y otro privado. Dicho estudio nos permitió depurar el instrumento de conformidad y el de satisfacción vital (ver apartado 3 del método), contruidos por los investigadores para la presente investigación, así como comprobar el buen funcionamiento del resto de los instrumentos, ya utilizados en estudios anteriores por otros autores.

Tras el estudio piloto, comenzamos en la primavera del año 1999 la primera recogida de datos, en la que participaron 513 adolescentes de Sevilla y provincia. Se trató de un estudio transversal con adolescentes de entre 12 y 18 años de edad. Dos años después volvimos a contactar con aquellos chicos y chicas que tenían 12, 13 ó 14 años en la primera recogida de datos. La descripción de la muestra y el análisis de casos perdidos se pueden consultar en el siguiente apartado. La tercera recogida de datos se finalizó en octubre de 2003, cuando los chicos y chicas de nuestra muestra contaban con unos 17 ó 18 años de edad.

1. Participantes

En este apartado vamos a describir las características sociodemográficas tanto de los chicos y chicas como de los padres y madres que participaron en la investigación.

Tabla 1. Frecuencias absolutas del número de alumnos en los distintos cursos escolares

Curso						
Plan de estudios LGE				Plan de Estudios LOGSE		
2 ESO	4 ESO	2 BACHILLERATO	2 FP	2 BUP	COU	4 FP
161	90	54	13	97	67	31
513						

Tabla 2. Frecuencias absolutas del número de alumnos en función del hábitat y tipo de centro en la primera recogida de datos

Hábitat		Tipo de centro	
Rural	Urbano	Público	Privado
184	329	284	229
513		513	

Cuando realizamos la primera recogida de datos, España estaba inmersa en un cambio de planes de estudio. Así, los adolescentes que aún transitaban por los planes de estudio antiguos, habían cursado Educación General Básica (en adelante EGB) según el sistema de ordenación de la enseñanza de la LGE (Ley General de Educación) de 1970, se encontraban en esos momentos cursando bien el Bachillerato Unificado Polivalente (en adelante BUP) o el Curso de Orientación Universitaria (en adelante COU), o bien alguna especialidad de Formación Profesional (en adelante FP) que les capacitase profesionalmente. Por su parte, los adolescentes que ya se habían incorporado al sistema de ordenación de la enseñanza secundaria obligatoria (en adelante ESO) establecido en la LOGSE (Ley Orgánica General del Sistema Educativo) cursaban la ESO o en nuevo Bachillerato.

En cuanto al tipo de centros que engloba nuestra muestra, hemos de destacar que hemos incluido tanto centros situados en hábitat rural como situados en núcleos urbanos, y de financiación pública o privada-concertada con la administración pública correspondiente. En cualquier caso, todos seguían una enseñanza mixta (coeducación de alumnos y alumnas).

La tabla 3 especifica las distribución sociodemográfica de la muestra del primer paso del estudio:

Tabla 3. Frecuencias absolutas de las variables sociodemográficas

Genero		Edad			Nivel de socioeducativo		
Chico	Chica	12 – 14 años	15 – 16 años	17 – 19 años	Bajo	Medio	Alto
221	292	165	176	172	260	110	113
513		513			483		

Realizamos la recogida de datos en tres momentos diferentes. Inicialmente, como se puede observar en la tabla 2, colaboraron con nosotros 221 chicos y 292 chicas adolescentes con edades comprendidas entre los 12 y los 19 años y de distintos niveles sociales. Como indicador del nivel socioeducativo escogimos el nivel de estudios y la profesión de los padres, información que era proporcionada por los propios adolescentes. Algunos de los chicos y chicas de nuestra muestra no contestaron estas preguntas, por lo que en la variable nivel socioeducativo tenemos algunas puntuaciones *missing*. En total, participaron en el estudio 513 adolescentes todos ellos de la provincia de Sevilla.

Dos cursos después, volvimos a contactar con los chicos y las chicas que estaban en el menor nivel de edad en el año 1999 (en adelante Tiempo 1 o T1). Del total de adolescentes que contaban entre 12 y 14 años (ver tabla 3) en la primera recogida de datos contactamos con 114 chicos y chicas dos años después (en adelante Tiempo 2 o T2). En esta segunda recogida de datos conseguimos la colaboración de los progenitores de estos chicos y chicas: 79 casos, 14 padres y 65 madres, un total de 68 familias. De nuevo, tras el paso de otros dos años y, durante el final del curso 2002/03 y –en algunos casos- el principio del curso 2003/2004, volvimos a contactar con los adolescentes y con sus familias (en adelante Tiempo 3 o T3). La muestra total es la que describimos

en la tabla 4, y está formada por los adolescentes y las adolescentes que participaron en los tres tiempos (n = 101), así como las familias que participaron en T2 y T3. Hay que reseñar que dos institutos dejaron de colaborar con nosotros a lo largo de la recogida de datos (ver anexo I). Es de destacar que algunos de los chicos y chicas de la muestra final ya no estaban escolarizados, pero conseguimos contactar con ellos a través de sus antiguos compañeros de clase y participaron de nuevo con nosotros en nuestro estudio.

Tabla 4. Muestra de adolescentes que en T1 tenían entre 12 y 14 años

Sexo		Hábitat		Nivel socioeducativo ¹		
Chicos	Chicas	Rural	Urbano	Alto	Medio	Bajo
72	93	53	112	39	28	89
165		165		156		

Tabla 5. Muestra total de adolescentes que participaron en las tres recogidas de datos.

Sexo		Hábitat		Nivel socioeducativo ²		
Chicos	Chicas	Rural	Urbano	Alto	Medio	Bajo
38	63	26	75	45	23	29
101		101		97		

Tabla 6. Muestra total de familias, madres y padres que participaron en las dos recogidas de datos

T2			T3		
Familias	Padres	Madres	Familias	Padres	Madres
68	14	65	47	7	46

Por tanto, la muestra total está formada por 101 adolescentes, de los 165 que comenzaron el estudio, lo que hace que la mortandad experimental haya sido de un 38,42% durante los casi 6 años que ha durado la recogida de datos. En cuanto a la colaboración de los progenitores, participaron en total 46 madres y un padre, por lo que en general hablaremos de madres de los adolescentes en

¹ Nivel de estudios del padre

² Nivel de estudios del padre

las dos recogidas de datos de familias. A continuación vamos a realizar el análisis de casos perdidos.

2. Análisis de casos perdidos

Para realizar el análisis de casos perdidos hemos partido de la muestra de 136 sujetos. Estos son aquellos chicos y chicas que en T1 tenían entre 12 y 14 años, y que no estaban escolarizados en ninguno de los dos institutos cuyos directores no quisieron colaborar con nosotros dos años después.

Tabla 7. Participantes perdidos y participantes que continúan en el estudio, en función del nivel de estudios del padre

		Nivel educativo/profesional padre			
		Bajo	Medio	Alto	
Sujetos perdidos	Continúa en T3	Recuento	45	23	29
		Residuos corregidos	-2,5	1,8	1,2
	Perdido en T3	Recuento	23	3	6
		Residuos corregidos	2,5	-1,8	-1,2

Según los datos que observamos en la tabla 7, vemos que perdemos una mayoría de participantes que son hijos e hijas de padres de nivel educativo bajo, frente a una mayor continuidad de aquellos cuyos padres tienen un nivel educativo medio o alto ($\chi^2(2) = 6,5; p < 0,05$).

Tabla 8. Participantes perdidos y participantes que continúan en el estudio en función del sexo

		Sexo		
		chico	chica	
Sujetos perdidos	Continúa en T3	Recuento	38	63
		Residuos corregidos	-2,0	2,0
	Perdido en T3	Recuento	20	15
		Residuos corregidos	2,0	-2,0

Observamos que de nuevo existe asociación entre quienes continúan y quienes dejan de participar en el estudio. En este caso, es más probable que dejen de participar chicos y que continúen las chicas ($\chi^2(1) = 4,05, p < 0,05$).

Tabla 9. Participantes perdidos y participantes que continúan en el estudio en función del hábitat de residencia

		Hábitat		
		Urbano	Rural	
Sujetos perdidos	Continúa en T3	Recuento	75	26
		Residuos corregidos	0,7	-0,7
	Perdido en T3	Recuento	24	11
		Residuos corregidos	-0,7	0,7

En este caso, los resultados muestran que no hay diferencias significativas en el tamaño de la muestra de chicos y chicas rurales que permanecen en el estudio y el de la procedente de centros urbanos ($\chi^2(1) = 0,4$, $p = n.s.$).

Tabla 10. Participantes perdidos o que continúan en el estudio en función de la titularidad del centro

		Titularidad		
		Público	Privado	
Sujetos Perdidos	Continúa en T3	Recuento	29	72
		Residuos corregidos	-0,6	0,6
	Perdido	Recuento	12	23
		Residuos corregidos	0,6	-0,6

De nuevo, el análisis de casos perdidos muestra que no existen diferencias en la continuidad de la muestra que pertenece a centros públicos o a privados/concertados ($\chi^2(1) = 0,4$ $p = n.s.$).

Continuamos con el análisis de casos perdidos, pero esta vez referido a las **variables centrales** en nuestro estudio: la intimidad con el mejor amigo, el apego hacia el grupo de iguales y la conformidad ante la presión del grupo. En este caso, encontramos una diferencia significativa en la variable apego hacia el grupo de iguales ($t_{(131)} = 2,06$, $p = 0,01$), en el sentido que han dejado de participar en nuestro estudio aquellos más chicos y chicas que tienen menos apego hacia el grupo de iguales. La media en la variable apego a iguales de aquellos que continúan en el estudio es de 47,6 frente a la media de 40,1 de aquellos que no continúan en el estudio. En cuanto a la variable intimidad hacia

el mejor amigo o amiga, no encontramos diferencias significativas entre quienes continúan en el estudio y quienes lo abandonan ($t_{(44,2)} = 1,07$, $p = n.s$). Por último, tampoco hay diferencias significativas en cuanto a la conformidad ante la presión del grupo ($t_{(134)} = - 0,21$, $p = n.s$). Estos datos se retomarán en la discusión de los resultados.

En resumen, y teniendo en cuenta las variables sociodemográficas, observamos que la distribución de chicos y chicas que dejan de participar en nuestra investigación no es aleatoria en todos los casos. De esta forma, es más fácil que continúen las chicas que los chicos, así como aquellos adolescentes cuyos padres varones tienen un nivel de estudios alto o medio que quienes provienen de familias de nivel de estudios bajo. Sin embargo, no encontramos diferencias si los chicos y chicas provienen de un entorno rural o urbano ni de centros educativos públicos o privados/concertados.

En cuanto a las variables centrales de nuestro trabajo, comprobamos que dejaron el estudio más chicos y chicas con poco apego al grupo, no habiéndose hallado diferencias significativas entre quienes continúan o dejan el estudio en lo referente a la Intimidad o la Conformidad.

3. Instrumentos³

Cabe recordar que la selección de los instrumentos utilizados en nuestro estudio ha estado supeditada, al igual que la de la muestra, a ciertas decisiones conceptuales que tienen que ver directamente con el objetivo central de nuestra investigación. Como ya se dijo, nuestro propósito se centra en el estudio de las relaciones afectivas con los iguales y la conformidad durante la adolescencia. Sobre el primer aspecto, tal y como explicamos en el apartado de objetivos, hemos introducido dos cuestionarios diferentes, uno que versa sobre la relación afectiva con el grupo de amigos/as (Armsden y Greenberg, 1987) y otro sobre la relación afectiva con el mejor amigo (Sharabany, 1994) para evitar los problemas conceptuales y metodológicos derivados de no distinguir entre amigos en general y mejor amigo que hemos explicitado en la introducción teórica.

³ Todos los instrumentos pueden consultarse en el anexo 1.

- La escala de **intimidad** con el mejor amigo de Sharabany (Sharabany, 1994) incluye –tal y como dijimos en la introducción- ocho dimensiones que evalúan la relación con el mejor amigo.
 1. *Franqueza o espontaneidad*, es una forma de autorrevelación. Definida por la comunicación, el hablar de las cosas tanto positivas como negativas con el mejor amigo o amiga. Ej.. “Si hace algo que no me gusta, siempre puedo decírselo”
 2. *Sensibilidad*, hace referencia a la empatía, entendiéndose por tal el hecho de que el amigo íntimo sabe qué piensa y cuáles son las necesidades de su compañero, incluso sin que éste se lo diga. Ej.. “Puedo saber cuándo está preocupado”
 3. *Apego o conexión con el otro*. Ej.. “Siento que estamos muy unidos”
 4. *Exclusividad*, o sentimiento de ser especial, exclusivo para el otro. Ej. “Permanezco con él o ella cuando quiere hacer algo que otros no quieren hacer”
 5. *Dar y recibir*. Capacidad de ayudar al amigo y compartir cosas que gustan al adolescente con el amigo. Ej.. “Si quiere alguna cosa se la dejo, aunque yo también la quiera”
 6. *Imposición o accesibilidad*. Contar con la otra persona emocional o materialmente. El grado de apertura y disposición para ayudar al amigo. Ej.. “Puedo planear cómo emplearemos el tiempo sin tener que consultarle antes”
 7. *Actividades comunes* que realizan los amigos íntimos. Tiempo que pasan haciendo algo juntos. Ej. “Trabajo con él o ella en algunos de sus proyectos o tareas escolares”
 8. *Lealtad*. Al amigo íntimo se le puede contar los secretos y ayudarlo. Ej. “Sé que cualquier cosa que le diga será un secreto entre nosotros”

En cuanto a los índices de fiabilidad alfa de cronbach, los especificamos en la tabla 11.

Tabla 11. Índice de fiabilidad interna del cuestionario de intimidad con el mejor amigo

	T1 N = 513	T2 N = 114	T3 N = 101
Franqueza	0,67	0,63	0,55
Sensibilidad	0,72	0,74	0,68
Apego	0,74	0,74	0,65
Exclusividad	0,43	0,51	0,52
Dar y recibir	0,66	0,74	0,61
Imposición	0,58	0,52	0,53
Actividades comunes	0,51	0,38	0,49
Lealtad	0,68	0,61	0,75
Escala	0,91	0,91	0,89

□ La escala de **Apego hacia los Iguales** es una adaptación de 21 ítems de la original de Armsden y Greenberg que consta de 24 ítems. Eliminamos tres ítems que según el análisis efectuado a raíz del estudio piloto disminuían la fiabilidad de la escala. Evalúa los siguientes aspectos:

1. *Confianza*, referido a la comprensión y el respeto en las relaciones con los amigos, con ítems como “mis amigos me aceptan como soy”
2. *Comunicación*, referido al grado y calidad de la comunicación verbal. P. ej. “Cuando hablamos, mis amigos tienen en cuenta mi punto de vista”
3. *Alienación*, referido al grado en que existe aislamiento, resentimiento o alienación. Se evalúa a través de aseveraciones del tipo “contarles mis problemas a mis amigos me hace sentir vergüenza”

En la tabla 12 mostramos los índices α de Cronbach de estas tres subescalas y de la escala de apego a los iguales en general son los siguientes:

Tabla 12. Índice de fiabilidad interna del cuestionario de apego a los iguales

	T1 N = 513	T2 N = 114	T3 N = 101
Confianza	0,83	0,86	0,81
Comunicación	0,81	0,82	0,78
Alienación	0,72	0,64	0,76
Escala	0,86	0,90	0,90

- La escala de **conformidad** fue elaborada *ad hoc* para este estudio.

En cada ítem de la escala de conformidad se propone una situación en la que el adolescente quiere hacer una cosa y los amigos opinan en otra dirección. El chico o la chica debe contestar en una escala likert de 1 a 5 sobre su disposición a cambiar su comportamiento para ajustarlo a los deseos de sus compañeros. Medidas similares usan Berndt (1979), Brown *et al.* (1986), (Reitz, Dekovic, y Meijer, 2002), Santor, (2000), (Sim, 2000), si bien en cada caso las situaciones se cambian para adaptarlas a los contextos de referencia. Desde la medida original de Berndt, las situaciones tienen que tener tres componentes: en primer lugar, qué quieren hacer los amigos; en segundo lugar, la disconformidad del chico o la chica que contesta; y, en tercer lugar, la respuesta del adolescente *diana* a si haría lo que quiere hacer o bien lo que los amigos y amigas quieren que haga.

El cuestionario de conformidad comenzó en T1 siendo unidimensional, un instrumento en el que exclusivamente se preguntaba por conductas neutras. Sin embargo, a partir de la segunda oleada del estudio, decidimos incluir ítems que midieran conformidad ante la presión de los iguales para realizar conductas negativas y conductas positivas, de forma que pudiéramos comprobar las diferencias de respuesta a estas subescalas de las que informaban otros estudios. El resultado es el siguiente:

1. *Conformidad neutra*. Consta de 7 ítems que hacen relación a conductas neutras. Ej.: “Vas de compras con tus amigos y amigas y ves unos zapatos que te gustan mucho, pero tus amigos te dicen que son muy *horteras* y no *molan nada*” (1. Seguro que no me los compraría. 5. Seguro que a pesar de lo que digan mis amigos los compraría).
2. *Conformidad positiva*. Consta de 5 ítems en los que el adolescente *diana* realiza o está de acuerdo con realizar una conducta negativa. El grupo disiente y pide al adolescente que cambie su postura. Nosotros le preguntamos a éste si se conformará y actuará de una forma positiva, tal y como piden sus amigos, o insistirá en la postura negativa. Ej.: “Es sábado noche, como siempre vais a hacer una botellona. Estás tomando

antibióticos porque esta mañana te encontrabas mal. Tus amigos te dicen que si estás tomando medicamentos mejor no bebas esta noche, pero a ti te apetece coger el puntillo” (1. Estás muy seguro de que a pesar de todo vas a beber; 5. Estás muy seguro de que no beberías). En general, la presión del grupo es a que el chico o la chica adolescente realice una conducta que le beneficia bien a sí mismo, bien a otros.

3. *Conformidad negativa*. En este caso, la opción es la inversa. El adolescente diana quiere hacer algo positivo, pero el grupo insiste en hacer algo negativo. La pregunta es qué hará finalmente. Ej.: “Todos tienen hoy medio de transporte para ir al lugar de botellonas, menos tú, pero alguien ha dejado la bici/moto sin cadena cerca vuestra. Tus colegas te dicen que la cojas, sólo por esta noche, mañana cuando te levantes la devuelves a su sitio. (1. Estás muy seguro de que a pesar de que insistan, tú dejarás la bici/moto en su sitio; 5. Estás muy seguro/a de que te llevarás la moto/bici). En este caso, el grupo suele presionar para realizar conductas delictivas o agresivas.

Los índices α de cronbach de las escalas de conformidad se especifican en la tabla 13.

Tabla 13. Índice de fiabilidad interna del cuestionario de conformidad ante la presión del grupo

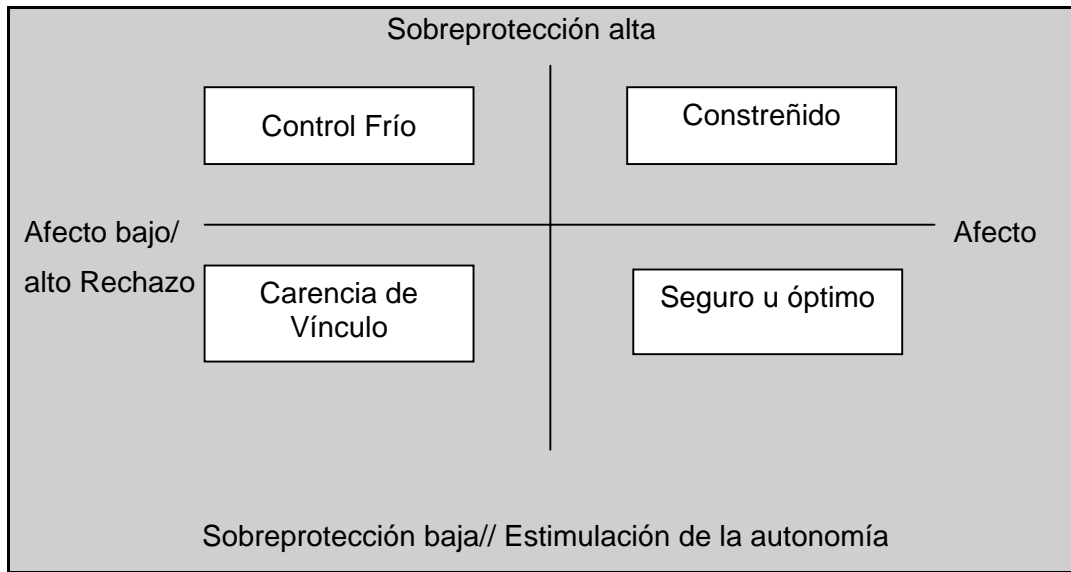
	T1 <i>N = 511</i>	T2 <i>N = 113</i>	T3 <i>N = 100</i>
Conformidad neutra	0,57	0,53	0,52
Conformidad positiva		0,70	0,57
Conformidad negativa		0,79	0,79

Tal y como hemos adelantado anteriormente, hemos recogido datos relacionados con las relaciones de apego con la familia, como antecedentes de las relaciones con los iguales. En este sentido, ha habido variación entre los instrumentos utilizados en T1 y los utilizados en las dos siguientes recogidas de datos. Así, si en la primera oleada de datos recogimos información del recuerdo

del vínculo de apego, en T2 y T3 recogimos información de la relación de apego actual con los progenitores. Asimismo, a partir de la segunda recogida de datos, incluimos información aportada por los progenitores de los chicos y las chicas (ver apartado participantes para descripción de esta muestra). Los datos que expondremos aquí hacen referencia al recuerdo que los padres de chicos y chicas adolescentes tienen del vínculo de apego con sus propios padres, es decir con los abuelos de los adolescentes. También obtuvimos información de la relación de apego de los progenitores de los chicos y chicas con su propia pareja (generalmente el padre de los adolescentes que participaron en el estudio). Pasemos a describir con mayor profundidad cada uno de estos instrumentos.

- *Parental Bonding Instrument* de Parker, Tupling y Brown (1979). En este instrumento se pregunta a los adolescentes por su **recuerdo** del **vínculo de apego**, es decir, por cómo recuerdan las relaciones con sus progenitores en la infancia. Los chicos y chicas de la muestra cumplieron este cuestionario sólo en T1. Este mismo instrumento fue utilizado posteriormente para preguntar a los progenitores (en general las madres) por el recuerdo del vínculo de apego con el abuelo o la abuela de los adolescentes. Consta de 25 ítems para evaluar el recuerdo del vínculo de apego con el padre y 25 para evaluarlo con la madre, todos respondidos con una escala líkert de 3 a 0, donde 3 significa *siempre o casi siempre* y 0 quiere decir *nunca o casi nunca*. De él surgen dos dimensiones: afecto Vs rechazo y sobreprotección Vs estimulación de la autonomía. La dimensión afecto-rechazo se evalúa con ítems del tipo: *(Mi madre/padre) me hablaba con voz cálida (cariñosa) y amigable*. La dimensión sobreprotección-estimulación de la autonomía se mide con preguntas como *(Mi madre/padre) le gustaba que tomase mis propias decisiones*. Combinando estas dos dimensiones se construye la siguiente tipología (ver figura 8): vínculo seguro u óptimo (baja sobreprotección y alto cariño), carencia de vínculo (baja sobreprotección y poco afecto), vínculo constreñido (alta sobreprotección y alto cariño) y control frío (alta sobreprotección sin cariño).

Figura 8. Las dos dimensiones del Parental Bonding Instrument muestran las posibilidades de vínculo. Adaptado de Parker, Tupling y Brown (1979)



Pasamos ahora a exponer los índices de fiabilidad α de Cronbach de las dos subescalas que componen la prueba. Aunque el instrumento está desarrollado para evaluar el recuerdo del vínculo de apego con el padre y con la madre por separado, a la hora de preguntar a las madres de los adolescentes pedimos que cumplimentaran el cuestionario sólo una vez y pensando en el progenitor que ellas mismas escogieran (ver tabla 14).

Tabla 14. Índice de fiabilidad interna del Parental Bonding Instrument

	T1 N = 513 (datos de los adolescentes)		T2 N = 79 (datos de las madres)
	sobre el padre	sobre la madre	
Afecto Vs Rechazo	0,82	0,76	0,89
Sobreprotección Vs Estimulación de la autonomía	0,72	0,70	0,83

Tabla 15. Frecuencia y porcentaje relativos a qué progenitor escogen las madres de los adolescentes para cumplimentar el Parental Bonding Instrument.

	T2 N = 79	
	Frecuencia	Porcentaje
Piensan en el abuelo	29	36,6%
Piensan en la abuela	48	60,8%

Consideramos que no tenía mucho sentido teórico mantener una medida de recuerdo del vínculo de apego de los adolescentes hacia sus padres en las siguientes recogidas de datos, por lo que decidimos incluir a partir de T2 una medida de apego actual con los progenitores. Para ello utilizamos el cuestionario de West, Rose, Spreng, Sheldon-Keller, y Adam, (1998).

- *Apego a padres* de West *et al.*, (1998). Esta escala se desarrolla con el objetivo de poder medir de forma fácil tipos de apego con una clasificación similar a la del AAI o *Adult Attachment Interview* (George, Kaplan y Main, 1985), quizás el instrumento más utilizado para medir apego adulto y que los clasifica como seguros (marcado por la facilidad y objetividad al comentar episodios de apego, y por la valoración positiva de estas experiencias), preocupados (caracterizados por explicaciones confusas e incoherentes de las relaciones de apego) y resistentes (para ellos es difícil recordar experiencias específicas de apego y valoran estas experiencias de forma negativa). El cuestionario de West *et al.* (1998) consta de 9 ítems que evalúan las dimensiones enfado/preocupación, disponibilidad y consideración⁴. Se responde en una escala líkert de 1 a 5, donde 1 es totalmente en desacuerdo y 5 totalmente de acuerdo. La instrucción que se da a quien responde es que piense en el progenitor con el que tenga una relación más estrecha, no en los dos. La comparación con el AAI sería la siguiente: los que puntúan alto en la dimensión disponibilidad serían los seguros, quienes puntúan alto en enfado/preocupación serían los preocupados y, por último, los que puntúan alto en consideración corresponderían a quienes la entrevista del AAI clasificaría como desconectados.

1. *Enfado/preocupación*. Esta subescala hace referencia a la respuesta afectiva negativa que se produce cuando el adolescente percibe que la figura de apego no está disponible. Ejm. A menudo estoy resentido y enfadado con mi padre/madre sin saber por qué.
2. *Disponibilidad*. Esta subescala se desarrolla para evaluar el grado en el que la figura de apego está disponible y es percibida como responsiva. Ejm. Estoy seguro de que mi madre/padre intenta comprender cómo me siento.

⁴ Traducción de Angry/distress, Availability y Goal-corrected Partnership

3. *Consideración*. La última subescala del cuestionario evalúa el grado en el que el adolescente es considerado y empático con las necesidades y sentimientos de la figura de apego, hasta qué punto enfoca adecuadamente la relación. Ejm. Me preocupo cuando mi madre/padre está molesta/o

Llegados a este punto, quisiéramos llamar la atención sobre otro aspecto de este cuestionario que consideramos relevante. Bartholomew y Horowitz (1991) realizan una categorización del apego basada en la idea ya expresada por Bowlby de que los patrones de apego reflejan por una parte un modelo de uno mismo y, por otra, un modelo de los demás. La imagen que uno tiene de *sí mismo* según esta teoría se puede dicotomizar en dos opciones: la positiva, en la que se considera que uno merece atención y es digno de ser querido, y la negativa, en la que se cree que no lo es. Igualmente, la imagen *de los otros* también puede dividirse en positiva, si se piensa que el otro estará disponible cuando se le necesite y se preocupará por uno, y la negativa, en la que no lo estará. Los modelos de sí mismos reflejan la dependencia de los otros (tendrán una dependencia alta quienes tengan un modelo de sí mismos negativo), mientras que los modelos de los otros nos hablan de la evitación (habrá más evitación cuanto peor sea el modelo de los otros). Aunque no es en estos autores en los que se basan West y cols., si analizamos con detenimiento el cuestionario, podremos observar que las dimensiones Enfado/preocupación y disponibilidad, tal y como están redactadas, reflejan el modelo que el adolescente tiene de los demás, en este caso de su padre o madre, mientras que la dimensión consideración hace referencia al modelo que tienen de sí mismo, de cómo son ellos con su padre o madre.

Los índices α de cronbach se especifican en la tabla 16.

Tabla 16. Índice de fiabilidad interna del cuestionario de apego a madre/padre

	T2 <i>N = 114</i>	T3 <i>N = 101</i>
Enfado/preocupación	0,63	0,64
Disponibilidad	0,61	0,79
Consideración	0,77	0,85
Escala	0,78	0,83

Para completar la visión general de las interrelaciones entre las distintas figuras de apego, pedimos a los progenitores (como se recordará, en su mayoría madres) que cumplimentaran un cuestionario sobre la relación de apego con la pareja. En este caso escogimos el ECR (Experience of Close Relationship Scale) de (Brenan, Clark, y Shaver, 1998).

- *Apego a la pareja*, de Brenan Clark y Shaver (1998). Este cuestionario está formado por 36 ítems. Los impares evalúan **evitación** con afirmaciones del tipo “prefiero no mostrar a mi pareja mis sentimientos” o “me pongo nervioso cuando mi pareja desea estar demasiado cercana, unida a mí”. Los ítems pares evalúan **ansiedad**, con sentencias como “ mis deseos de estar muy cercano, unido a los demás, a veces, aleja a la gente de mí” o “Me molesto o enfado cuando mi pareja no muestra interés en mí”. Se responde con una escala tipo líkert de 1 a 7 donde 1 es totalmente en desacuerdo y 7 totalmente de acuerdo. A partir de estas dos escalas surge una tipología que hemos decidido no usar, ya que no existe baremación española. Los datos que aquí presentamos se realizan con un N demasiado pequeño como para establecer los puntos de corte y los autores recomiendan el uso de las dimensiones mejor que el de las tipologías. El análisis de fiabilidad aporta los siguientes datos:

Tabla 17. Fiabilidad interna del cuestionario de apego a la pareja ECR

	T2 N = 77	T3 N = 53
Evitación	0,92	0,90
Ansiedad	0,86	0,87

Por último, y sólo entre los adolescentes, tomamos medidas de desarrollo socio-emocional y de estilo de vida, medidas que describimos a continuación:

Desarrollo Socio-Emocional

- *Escala de autoestima* de Rosenberg (1963). Está compuesta por 10 ítems y realiza una evaluación global de la autoestima con ítems del tipo: “creo que tengo muchos motivos para sentirme orgulloso”.

Tabla 18. Índice de fiabilidad interna de la escala de autoestima de Rosenberg

	T1 N = 513	T2 N = 114	T3 N = 101
Autoestima	0,80	0,82	0,86

- *Escala de satisfacción vital.* Elaborada por los autores de este trabajo y que fue pilotada y depurada en el estudio piloto. Está integrada por cinco ítems del tipo: “estoy satisfecho con la vida que llevo”

Tabla 19. Índice de fiabilidad interna de la escala de satisfacción vital

	T1 N = 513	T2 N = 114	T3 N = 101
Satisfacción Vital	0,80	0,82	0,77

Estilo de Vida y ajuste

- *Estilo de vida.* Este cuestionario fue diseñado por los autores de este trabajo y consta de 13 ítems en los que se pregunta por diferentes aspectos del estilo de vida adolescente, como cuánto tiempo ven a sus amigos fuera del horario escolar o si se han emborrachado últimamente. Para este trabajo, sólo hemos utilizado aquellas variables referidas al consumo de tabaco, alcohol y hachís. Se responde con una escala ordinal con valores que dependen de la cuestión en concreto (ver anexo X). Ej. ¿Con qué frecuencia fumas?, a responder en una escala desde 1. *No lo he probado nunca* a 5. *fumo todos los días 3 o más cigarrillos*
- Youth Self Report (Achenbach, 1991). Este cuestionario es un autoinforme de *screening* psicopatológico elaborado específicamente para adolescentes y desarrollado para ser respondido por personas de entre 12 y 18 años. Está compuesto por 6 preguntas referidas a cuestiones como funcionamiento escolar y actividades deportivas en las que el adolescente tiene que compararse con otros de su edad, más 112 ítems a responder en una escala líkert de 0 a 2, donde 0 significa “no es verdad la afirmación” y 2 “muy verdadero”. De entre las diferentes opciones de información que ofrece este instrumento, nosotros vamos a utilizar la agrupación de síndromes que se denomina **internalización** y la agrupación denominada **externalización**. La primera agrupa síndromes con contenido que implica la vivencia de tensión psicológica por parte del sujeto. Estos contenidos hacen

referencia a quejas somáticas (p. ej. Siento vértigo), ansiedad/depresión (p. ej. Pienso que no valgo para nada o que soy inferior) y aislamiento (p. ej. Me gusta estar solo). La segunda agrupa conductas que causan malestar en el entorno del sujeto agrupadas en los síndromes conducta delictiva (p. ej. Robo cosas en mi casa) y conducta agresiva (p. ej. Ataco físicamente a la gente) (Abad, Forns, Amador, y Martorell, 2000).

Tabla 20. Índices de fiabilidad interna de las escalas de interno y externo en YSR

	T2 N=114	T3 N=101
Interno	0,89	0,86
Externo	0,76	0,77

- *Conducta antisocial del grupo de amigos.* Esta escala, compuesta *ad hoc* por los autores del trabajo, está compuesta por 10 ítems y todos ellos describen conductas antisociales como robar, conducir sin carnet, llevar encima navajas o emborracharse. El adolescente tiene que responder en una escala líkert de cuatro puntos cuántos de sus amigos realizan las actividades descritas. La escala se responde desde 1, que significa ninguno de ellos, hasta 4, que serían todos ellos. Se introdujo en la segunda oleada de datos.

Tabla 21. Índice de fiabilidad interna de la escala de conducta antisocial del grupo de amigos

	T2 N=114	T3 N= 101
Conducta Antisocial del grupo	0,78	0,80

A continuación, incluimos una tabla resumen de todos los instrumentos utilizados. El lector interesado podrá consultar la versión de cada instrumento en el Anexo 1.

Tabla 22. Cuadro resumen de los instrumentos utilizados en el estudio

T1	T2	T3
ADOLESCENTES		
Intimidación con el mejor amigo o amiga (Sharabany, 1994)		
Apego al grupo de iguales (Armsden y Greenberg, 1987)		
Conformidad neutra	Conformidad neutra, positiva y negativa	
Historia de apego (Parker, Tupling, y Brown, 1979)	Apego a padre o madre (West, Rose, Spreng, Sheldon-Keller, y Adam, 1998)	
Estilos de vida		
Satisfacción Vital		
Autoestima (Rosenberg, 1965)		
	Youth Self Report (Achembach, 1991)	
	Conducta antisocial del grupo	
MADRES		
	Historia de apego (Parker, Tupling, y Brown, 1979)	
	Apego a la pareja (ECR) (Brenan, Clark, y Shaver, 1998)	

4. Procedimiento

Para la primera recogida de datos seleccionamos 10 centros de Sevilla y provincia (anexo 2). Tuvimos en cuenta que estuvieran representados todos los niveles educativos que en esos momentos se cursaban en España. Una vez concretados los centros a los que íbamos a acudir, contactamos con los directores o jefes de estudios que, a su vez, seleccionaron -al menos- un aula de los niveles educativos que en su centro había y nosotros necesitábamos. Las instrucciones que dimos al responsable del centro con el que concertamos la cita fue la de seleccionar un aula media, ni aquella en la que los chicos sobresalían ni aquella en la que los chicos eran especialmente problemáticos.

Dos investigadores como mínimo acudían al aula en la que se iban a recoger los datos. Tras explicar a los y las adolescentes quiénes éramos y

asegurarles el anonimato de los resultados de las pruebas, los chicos y chicas comenzaban a completar el cuestionario. Aunque les aclaramos que sus datos no se iban a tratar de forma individual sino estadísticamente, pedimos a los más pequeños que, si no les importaba colaborar con nosotros en otra ocasión, escribieran su nombre en el cuestionario. Dependiendo del centro y del nivel educativo de los adolescentes, tardaron entre una hora y dos horas y media en cumplimentar los cuadernillos, con lo que a algunas de las aulas hubo que acudir en más de una sesión. En este caso, los y las adolescentes señalaban su cuestionario con una marca, los investigadores responsables del aula los recogían y repartían en la siguiente sesión. Los investigadores respondían a todas las dudas que surgían, mantenían un clima relajado en la clase y evitaban que copiaran las respuestas unos de otros. Aquellos que no quisieron colaborar, no rellenaron los cuestionarios.

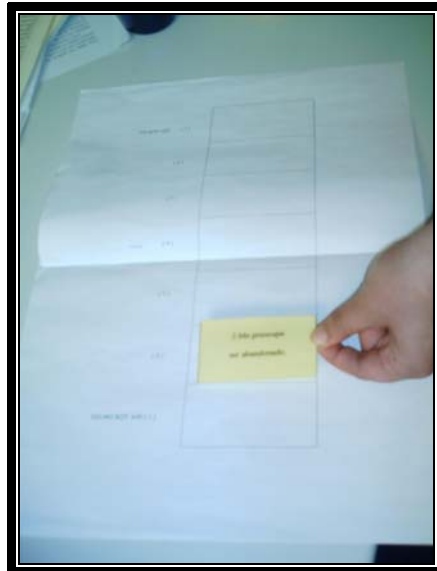
Dos y cuatro años más tarde volvimos a contactar con los responsables de los centros educativos. Les dimos un listado de los alumnos y alumnas que habían participado con nosotros en la primera oleada del estudio y solicitamos un aula o un espacio en el que pudieran cumplimentar los cuestionarios. En algunas ocasiones los cuestionarios fueron contestados en el centro educativo. Otras veces, reuníamos a un grupo de chicos y chicas y lo cumplimentaban en el seminario del departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla. Conseguimos contactar también con algunos chicos y chicas que habían abandonado la escuela o cambiado de colegio (sobre todo en T3) a través de sus compañeros. En estos casos, bien acudían al centro educativo el día que íbamos a visitarlos, o bien venían a la facultad. En alguna ocasión, fuimos a sus casas a llevarles los cuestionarios. En todos los casos asegurábamos la confidencialidad y el que, al menos, un investigador estuviera presente por si surgían dudas.

Tanto en T2 como en T3 entrevistamos a las familias. Los contactos se hacían de forma telefónica explicándoles en la primera llamada el motivo de esta, los objetivos de la investigación y la valía de la opinión de los padres y madres sobre el desarrollo de sus hijos e hijas. Posteriormente se establecía un día en el que algún investigador o investigadora acudiría a la casa familiar a hacer la entrevista. En el caso de que quisieran colaborar padre y madre acudían dos investigadores para realizar las entrevistas en paralelo. Todos los

cuestionarios fueron cumplimentados en forma de entrevista, siendo el investigador o la investigadora quien escribía sobre el cuestionario.

Encontramos que algunas madres tenían dificultad a la hora de afinar la respuesta en las escalas tipo Likert. Establecimos un formato interactivo para facilitar la respuesta a los cuestionarios de apego que cumplimentaron las madres. Este formato consistía en escribir los ítems en unas tarjetas que las madres tenían que colocar en una escalera (figura 9). En algunas ocasiones, era necesario ayudar a las madres a entender los ítems, especialmente cuando estaban redactados en negativo.

Figura 9. Formato de respuesta para responder los cuestionarios de apego



Dos años después, volvimos a utilizar el mismo procedimiento para contactar con las madres. Tras la experiencia de la segunda oleada de datos, en la que sólo conseguimos contar con la opinión de 17 padres, sólo pedíamos la colaboración de las madres. Los padres que participaron en T3 lo pidieron expresamente y en un solo caso era el cuidador principal de la hija que participó en nuestro estudio.

B. ESTUDIO CUALITATIVO: GRUPOS DE DISCUSIÓN

Durante la recogida de datos de T1, en el curso 1999/2000, realizamos también 6 grupos de discusión. Esta es una técnica novedosa en nuestro ámbito de estudio, comenzándose a aplicar sólo a partir de las últimas décadas del siglo pasado. Sin embargo, posee una amplia tradición de uso en el área de la mercadotecnia o *márketing*. Teniendo en cuenta que es una técnica poco conocida, vamos a resumir algunas ideas sobre qué son y cómo se analizan los grupos de discusión.

A pesar de lo novedoso de la metodología o precisamente por esta novedad, surgen diferentes opiniones sobre cómo debe utilizarse. De esta forma, para algunos el grupo de discusión tiene como objetivos llevar a la confrontación de opiniones, de ideas o de sentimientos de los participantes, con vistas a llegar a unas conclusiones (Mucchielli, 1978), pero en nuestro caso, se ha utilizado para *producir una rica interacción que se caracteriza por la diversidad de hablas en torno al problema que se estudia. (...) la toma de decisiones y las conclusiones entran en el rol del moderador/a – investigador/a* (Suárez, 2005, pag 21). A la hora de analizar los datos es importante *tener como referente los objetivos del estudio (...), permitiendo al responsable de la investigación desarrollar su ingenio y creatividad para la organización y para el análisis de los resultados* (Alvarez-Gayou, 2003).

A diferencia del uso que damos a la metodología cuantitativa, en este caso el objetivo no es tanto ver diferencias con la edad o poder generalizar los datos cuanto describir o comprender cómo viven y entienden algunos de los procesos estudiados en este trabajo los propios protagonistas de la historia, es decir los chicos y las chicas adolescentes. En este caso, debemos dejar constancia que tanto los grupos rurales como los urbanos procedían de entornos socioculturales medios-bajos, un dato más para comprender que nuestro objetivo no es generalizar sus opiniones y comentarios al conjunto de la población.

En lo referente al procedimiento, escogimos grupos de entre 6 y 8 adolescentes de edades similares, teniendo en cuenta que lo recomendado es no menos de 4 participantes y no más de 10 (Alvarez-Gayou, 2003). En todo momento buscamos que se produjera un clima cómodo para ellos que les permitiera confrontar opiniones y sentimientos a partir de una serie de preguntas que íbamos realizando las moderadoras de los grupos. (Krueger, 1991). El esquema-guión que llevábamos las moderadoras puede consultarse en el anexo 4.

Quizás, el aspecto más novedoso o a destacar de los grupos de discusión tiene que ver con la forma de preguntar a los chicos y las chicas sobre la conformidad. Tras un estudio piloto, comprobamos que preguntar abiertamente sobre los procesos de conformidad no daba resultados, puesto que los y las adolescentes interpretaban que se les acusaba de “no tener personalidad”. Por este motivo, escogimos algunas viñetas de Mafalda en las que, con ironía y humor más cercano a los propios protagonistas, se trataba la influencia de los amigos en la propia conducta. Se pedía a los chicos y chicas que leyeran e interpretaran las viñetas y, posteriormente, que dijese si pensaban que eso les pasaba a mucha gente de su edad o, si conocían algún caso semejante.

La descripción de los grupos es la que sigue:

- GRUPO 1. 3 chicos y 4 chicas urbanos de entre 13 y 14 años. Es un grupo *Scout* del barrio sevillano de Torreblanca. La sesión se realizó en las dependencias que ocupan normalmente los *Scouts*.
- GRUPO 2. 4 chicos y 4 chicas rurales de entre 13 y 14 años. Son estudiantes del IES Madre de Dios (Misioneras de la Doctrina Cristiana) de Cazalla de la Sierra, provincia de Sevilla. El grupo de discusión se realizó en unas dependencias del Convento donde está situado el instituto.
- GRUPO 3. 4 chicos y 4 chicas urbanos de entre 15 y 16 años del mismo grupo *Scout* del barrio de Torreblanca.
- GRUPO 4. 4 chicos y 4 chicas rurales de entre 15 y 16 años. Son estudiantes de 4º de la ESO de Cazalla de la Sierra.
- GRUPO 5. 3 chicos y 3 chicas urbanos de entre 17 y 18 años del mismo grupo *Scout*.
- GRUPO 6. 4 chicos y 4 chicas rurales de entre 17 y 18 años.

La categorización de los grupos de discusión se realizó utilizando el programa Nvivo 5.0. Tras varias categorizaciones, finalmente se optó por un sistema de categorías simple, que respondiera a las preguntas centrales del estudio. Algunos de los extractos seleccionados serán los que se expongan en la sección de resultados. En cualquier caso, el lector interesado puede consultar todos los extractos que se categorizaron en el anexo 4. Las categorías finales fueron:

1. Amistad (íntima y grupo de amigos más cercanos)
2. Diferencias de género en cuanto a las relaciones cercanas con los iguales
3. Procesos de conformidad
4. Mesosistema: relación entre familia e iguales
5. Consumo
6. Curiosidades

Resultados

Con el fin de organizar los datos correspondientes a las medidas realizadas, en los próximos capítulos vamos a exponer, en primer lugar, un análisis descriptivo inicial de las puntuaciones obtenidas por los participantes en las variables centrales de nuestro trabajo y su cambio a lo largo de la adolescencia. Estas variables son: Intimidad con el mejor amigo o amiga, apego hacia el grupo de iguales y conformidad ante la presión del grupo. Para facilitar la lectura de los resultados, estas variables se denominarán con frecuencia Intimidad, Apego a Iguales y Conformidad respectivamente.

En segundo lugar, presentaremos los análisis descriptivos del resto de variables con las que hemos trabajado, aquellas que se utilizan tanto como antecedentes de los niveles de Intimidad, Apego a iguales y Conformidad, y que están referidas al contexto familiar, como las que se analizaron como resultado de las relaciones familiares y con los iguales, y que están referidas al ajuste de los chicos y las chicas adolescentes.

Por último, presentaremos más detalladamente los distintos análisis estadísticos que pondrán en relación todas las variables previamente descritas. Intentaremos, con ello, dar una visión general de cómo son las relaciones afectivas de los adolescentes con sus iguales, a qué se debe que estas relaciones sean de mejor o peor calidad, y cómo influyen tales vínculos en el ajuste emocional y comportamental de los chicos y las chicas adolescentes.

Todos los análisis se verán imbuidos de la lógica longitudinal con la que hemos realizado el estudio, analizando en todo momento la evolución o desarrollo de los diferentes constructos y relaciones.

Intercalados entre los datos numéricos iremos exponiendo qué dicen los chicos y chicas adolescentes de los grupos de discusión realizados sobre la temática que se va exponiendo a nivel matemático.

Capítulo 3

Relaciones Afectivas con los Iguales y Conformidad ante la Presión del Grupo

Bajo este epígrafe iremos exponiendo los resultados más destacables que nos permitirán describir las variables que son centrales en nuestro trabajo. Para ello, comenzamos presentando los resultados de los análisis efectuados a fin de estudiar el comportamiento de la variable en cuestión en cada uno de los sexos y, en concreto, nos interesamos por la *estabilidad* de las medidas a lo largo del período evolutivo objeto de estudio.

En primer lugar, analizamos la *estabilidad absoluta* de la variable para cada uno de los sexos, es decir, estudiamos la variación de la puntuación media tanto en los chicos como en las chicas según van transitando por la adolescencia. Para ello, efectuamos análisis de medidas repetidas, en consonancia con el diseño longitudinal de nuestra investigación. Se observarán dos tipos diferentes de estadísticos en los resultados. Cuando se expongan los

resultados de chicos y chicas juntos, si se cumple el supuesto de esfericidad de la matriz de varianzas/covarianzas, el estadístico que se reseñará será la *F univariada* por ser el de mayor potencia. Cuando tal supuesto no se cumpla, aparecerá especificada la *F de Pillai*, estadístico recomendado para el caso de incumplimiento del supuesto de esfericidad. También será el estadístico *F de Pillai* el que nos informe de si hay o no diferencias de medias cuando se expongan los resultados de chicos y chicas por separado (UCA, 2005)

En segundo lugar, analizamos la *estabilidad relativa* de la variable en cuestión para cada uno de los sexos, para lo cual realizamos correlaciones de Pearson. Con ello podemos conocer hasta qué punto los chicos y las chicas que obtienen puntuaciones más altas/bajas en la primera recogida de datos continúan siendo quienes puntúan más alto/bajo en las siguientes. Ahora bien, debemos tener en cuenta que la estabilidad relativa medida a través del coeficiente de correlación es un dato “bruto” que está atenuado por la fiabilidad no perfecta o total de los instrumentos utilizados. En otras palabras, si un mismo participante repite el cuestionario, lo más probable es que obtenga dos puntuaciones diferentes aunque el intervalo temporal transcurrido entre ambas mediciones sea corto y de ahí que digamos que, aunque el cuestionario es un buen instrumento para medir constructos, lo cierto es que siempre introduce un pequeño error. Por tanto, la estabilidad relativa medida de esta forma está infraestimada o atenuada con respecto a la real, que suele ser más alta de lo que informa el coeficiente de correlación. De hecho, cuanto más alto sea el índice “alfa” (α) de Cronbach de cada escala, más acertada será la medida de la estabilidad relativa.

Pongamos un ejemplo que aclare los conceptos de *estabilidad absoluta y relativa*. Supongamos que las *medias* de una variable “V” permanecen estables entre el primer, el segundo y el tercer tiempo, es decir, no hay cambios. Estaríamos hablando de *estabilidad absoluta*. Si no hacemos más análisis, podríamos concluir que todos los sujetos de nuestra muestra tienen la misma puntuación en los tres tiempos en la variable en cuestión. Supongamos de nuevo que, a pesar de que las medias en “V” son similares en los tres tiempos, y el índice α de Cronbach de la escala que mide “V” es alto, la correlación de *Pearson* es baja y no significativa. En este caso, estaríamos diciendo que la estabilidad relativa es baja y significa que aunque las medias de “V” no han cambiado de un tiempo a otro, los sujetos sí que han cambiado su posición en el

rango de puntuaciones de “V”, de tal forma que aquellos que puntuaban alto en “V” en un tiempo, pueden puntuar bajo en la misma variable en otro tiempo y, al contrario, aquellos que puntuaban bajo pueden puntuar en un nivel intermedio o alto en otra recogida de datos. Evidentemente, la interpretación de los datos es diferente si nos quedamos con la idea de no cambio en “V” que se deriva de la comparación de medias en nuestro supuesto o de sí cambio que se deriva del análisis de la estabilidad relativa (aunque no hayan variado las puntuaciones medias).

Llegados a este punto, tendremos descritas tanto la estabilidad absoluta como la estabilidad relativa de los conceptos a estudiar en nuestra muestra. Sin embargo, no habremos dado respuesta a una de las preguntas fundamentales que nos planteamos al iniciar el presente estudio longitudinal: *¿Cómo son las trayectorias individuales de los sujetos?* En este sentido, es preciso señalar que analizar y representar gráficamente la trayectoria individual de cada uno de los participantes sobrepasaría la extensión y la pretensión de nuestro trabajo y, además, nos llevaría a hablar de idiosincrasias. Por el contrario, no analizar las trayectorias individuales nos llevaría a perder buena parte de la rica y valiosa información que nos puede proporcionar un estudio longitudinal. En consecuencia, la opción que hemos considerado más adecuada ha consistido en agrupar a los participantes que siguen la misma trayectoria, es decir que tienen puntuaciones parecidas tanto en T1 como en T2 y en T3. Para ello, hemos realizado una clasificación en conglomerados de K medias con las variables con la que reducíamos los datos a 10 grupos de sujetos. Como el lector seguramente conoce, este procedimiento busca grupos homogéneos de casos y requiere que se especifique previamente el número de grupos que queremos encontrar. En nuestro caso seleccionamos 10 grupos que, aunque a priori pueda parecer excesivo teniendo en cuenta nuestra muestra ($n = 101$), facilitará el siguiente paso en el análisis. De entre las diferentes posibilidades, escogimos actualizar los centros de forma iterativa. Tras realizar esta reducción, y mediante un análisis de conglomerados jerárquicos, procedíamos a una segunda reducción. El método jerárquico permite una mayor flexibilidad que el método de K-medias, entre ella la posibilidad de escoger el número de grupos en base al resultado. La selección de grupos en este caso se hacía en función del gráfico de dendrograma, que nos muestra cómo las 10 agrupaciones se van uniendo entre sí hasta llegar a un solo grupo que reúne a todos los sujetos. Serán estas segundas reducciones las que aparecerán en el texto que a continuación

exponemos. Los dendrogramas no están en el texto para no dificultar la lectura, pero el lector interesado en los resultados podrá encontrarlos en el anexo 3.

3.1. INTIMIDAD CON EL MEJOR AMIGO O LA MEJOR AMIGA A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA

A medida que transcurre la adolescencia, va aumentando la intimidad que el chico adolescente desarrolla con su mejor amigo o amiga $F_{(2, 98)}$ *Traza de Pillai* = 9,04; $p < 0,001$. Este aumento viene dado por el cambio que se produce en la intimidad entre T2 y T3 ($DM^1 = 11,34$; $p < 0,01$) y, por supuesto, entre T1 y T3 en el caso de los chicos ($DM = 17,58$; $p < 0,01$) no siendo significativo el cambio que observamos entre T1 y T2 en la intimidad que los chicos muestran a su mejor amigo o amiga. Estos cambios no se observan en las chicas, ya que la variación observada en la gráfica en cuanto a la intimidad no llega a ser significativa $F_{(2, 98)} = 0,90$, $p = n.s.$ Queremos resaltar que el cambio en la intimidad que los chicos experimentan es tan elevado, que si analizamos los datos de chicos y chicas juntos, el estadístico más robusto, la F univariada, informa de cambios generales $F_{(2,98)} = 8,99$; $p < 0,001$. Aparece igualmente un efecto de interacción $F_{(2,98)} = 3,37$; $p < 0,05$ entre la intimidad y el sexo, por lo que podemos decir que la variable sexo modera² la relación entre la intimidad y la edad de los adolescentes.

En cualquier caso y en todos los tiempos, las chicas siempre muestran más intimidad con la mejor amiga que los chicos. Exponemos el dato del final de la adolescencia (T3), cuando el incremento en intimidad por parte de los chicos hace que las diferencias entre ellas y ellos se hayan acortado. Incluso en este tiempo las chicas siguen mostrando más intimidad en su relación con la mejor amiga que los chicos $t_{(99)} = 3,15$; $p < 0,01$.

¹ Diferencia de Medias. En adelante DM.

² La explicación de qué es moderación y mediación, así como la diferencia entre ambas aparece al inicio del capítulo 6

Figura 10. Cambios en la Intimidad desarrollada con el mejor amigo o amiga a través de la adolescencia

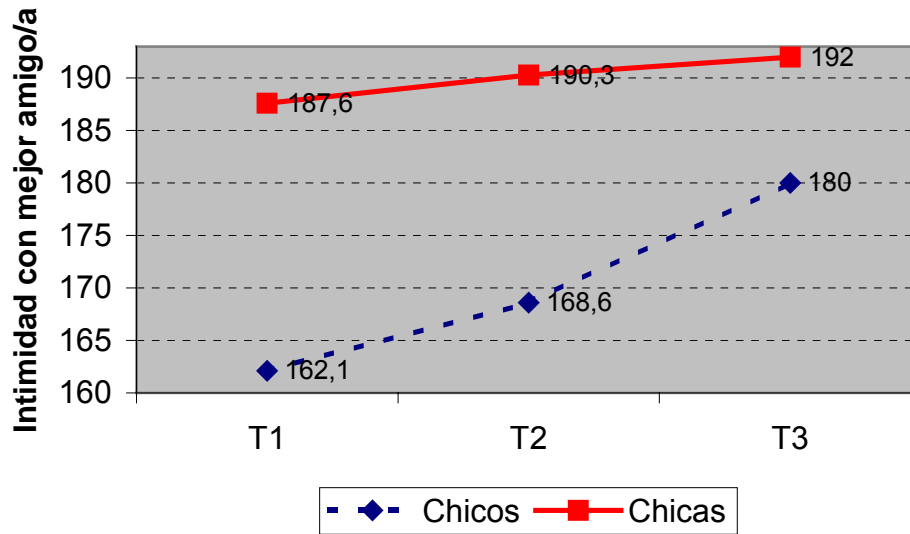


Tabla 23. Medias de las subescalas de intimidad con el mejor amigo (chicos)

CHICOS	T1	T2	T3	P < 0,05
Franqueza y espontaneidad	22	23,8	24,7	T1-T2; T2-T3; T1-T3
Sensibilidad y conocimiento	19,86	22,19	23,21	T1-T2; T1-T3
Apego	19,8	20,16	22,11	T1-T3; T2-T3
Exclusividad	17,7	16,83	17,94	--
Dar y compartir	20,19	21,9	23,6	T1-T3; T2-T3
Imposición	19,32	19,89	21,7	T1-T3; T2-T3
Actividades comunes	20,7	20,62	21,46	--
Confianza y lealtad	22,51	23,3	25	T1-T3; T2-T3

Podemos comprobar que aumentan todas las dimensiones de la escala, exceptuando las de exclusividad y actividades comunes.

Tabla 24. Media de las subescalas de intimidad con la mejor amiga (chicas)

CHICAS	T1	T2	T3	P < 0,05
Franqueza y espontaneidad	25,38	26,1	26,3	--
Sensibilidad y conocimiento	24,93	25,51	25,56	--
Apego	23,36	24,04	24,17	--
Exclusividad	18,7	19,7	19,28	--
Dar y compartir	24,97	24,86	25,3	--
Imposición	21,7	22,1	22,6	--
Actividades comunes	23,46	22,89	22,69	--
Confianza y lealtad	24,7	25	25,9	--

En el caso de las chicas, ninguna de las subescalas muestra cambios a lo largo del tiempo, por lo que podemos hablar de elevada estabilidad absoluta en todas las dimensiones de la escala de intimidad y, por tanto, en la intimidad desarrollada con la mejor amiga.

Si hacemos referencia a la estabilidad relativa, es decir, a hasta qué punto aquellos chicos o chicas que puntuaban más alto en la primera recogida de datos siguen siendo quienes más alto puntúan en las otras dos recogidas de datos y viceversa o, por el contrario, los índices de intimidad de cada persona oscilan de una recogida a otra en el ranking que se establece entre los participantes del estudio, encontramos los siguientes resultados:

Tabla 25. Estabilidad relativa en intimidad diferenciando el sexo

	T1	T2	T3
T1		0,45**	0,18
T2	0,37**		0,28 ^o
T3	0,43**	,45**	

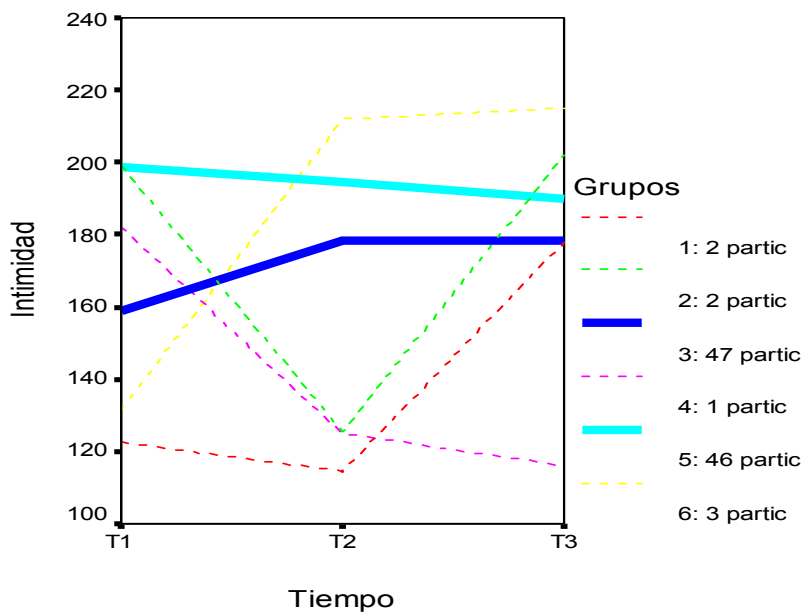
*p<0,05; **p<0,01; ^o 0, 1> p > 0,05 en gris los chicos y en blanco las chicas.

Para realizar este análisis lo primero que hemos realizado ha sido eliminar del análisis a aquellos sujetos que según el gráfico de cajas son valores atípicos. En este caso se han eliminado de los análisis datos que corresponden a 4 chicas y 1 chico. La fotografía de la estabilidad relativa cambia si nos fijamos en los chicos y en las chicas. Entre ellos, parece haber estabilidad relativa media entre T1 y T2 y baja entre T2 y T3, como muestra la correlación con significación

marginal. Es decir, algunos de los chicos que más alto puntuaban en intimidad siguen siendo quienes más alto puntúan en la siguiente oleada de datos. Sin embargo, no existe tal estabilidad entre T1 y T3, mostrando los datos una correlación no significativa. En resumen, podemos considerar que la fluctuación en la posición de los sujetos dentro del rango de valores de las puntuaciones de intimidad entre unas recogidas de datos y otras es importante. Entre las chicas encontramos estabilidad relativa media entre los tres tiempos. Quizás el dato que más llama la atención es la correlación de 0,43 entre T1 y T3. Estos datos son especialmente fiables debidos al elevado índice α de Cronbach que consigue esta escala.

Para terminar de describir la variable Intimidad, vamos a exponer el resultado final de haber realizado las dos clasificaciones explicadas con anterioridad. De aquí en adelante denominaremos *Trayectorias Evolutivas* a los gráficos resultantes de estas dos reducciones.

Figura 11. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en Intimidad a lo largo de la adolescencia



Antes de comenzar a comentar este gráfico, queremos llamar la atención sobre los valores del eje de ordenadas. Esta figura muestra puntuaciones entre los 100 y los 240 puntos en intimidad, frente a la que representaba la estabilidad absoluta y que sólo mostraba valores entre 160 y 190 puntos en intimidad. Hemos optado por dejar estas diferencias en las escalas en pro de una mayor

visibilidad de las trayectorias, pero dejando constancia de las diferencias mencionadas.

Observamos que buena parte de nuestros participantes están en los grupos 3 y 5. Vamos a describir brevemente quiénes son estos grupos y qué características tienen. Nos detendremos específicamente en los grupos 3 y 5 por ser los más numerosos con diferencia.

Tabla 26: Tabla de contingencia de los grupos de intimidad creados mediante cluster y el género

Grupo		SEXO		Total
		chico	chica	
Intimidad	1	2	0	2
	2	1	1	2
	3	27	20	47
	4	1	0	1
	5	6	40	46
	6	1	2	3
Total		38	63	101

$$\chi^2 = 24,8: p < 0,001$$

Tabla 27: Medias y desviaciones tipo en intimidad de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 1		Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	122,50	33,23	114,50	12,02	178,00	12,73	2
2	199,0	2,83	125,50	13,43	202,00	0	2
3	161,36	17,41	173,02	18,59	178,45	14,88	47
4	182,0	.	125,00	.	116,00	.	1
5	199,26	10,78	196,00	11,44	196,11	15,80	46
6	131,33	16,26	212,00	10,44	215,00	10,15	3
Total	177,91	26,12	182,07	23,79	187,42	19,24	101

La tabla 26 nos muestra las diferencias de género en los diferentes grupos creados. Aunque exponemos los datos tal y como han quedado en el análisis, sólo nos detendremos en los dos grupos más numerosos, el 3 y el 5. Valga como apunte que de los 8 adolescentes que están en los grupos menos numerosos y, por tanto siguen tendencias muy particulares, cuatro de ellos son los que hemos eliminado del análisis de estabilidad relativa por haber sido identificados como sujetos atípicos. En el caso del grupo 3, hay más chicos que chicas. Si tenemos en cuenta que, además, nuestra muestra está compuesta por

más chicas que chicos, vemos que –de una forma significativa– hay más chicos de los esperados por azar que chicas en este grupo que se caracteriza por un importante aumento en la intimidad entre tiempo 1 y tiempo 2, y una mayor estabilidad entre tiempo 2 y tiempo 3. Estas diferencias que se observan en el gráfico no llegan a ser significativas ($F = 6,64$; $p = n.s$). Sin embargo, nos gustaría resaltar que el aumento de intimidad en el grupo 3 (caracterizado por tener a más chicos) es importante (Las medias de intimidad son $x(T1) = 161,4$; $x(T2) = 173$; $x(T3) = 178$. Las chicas están situadas claramente en el otro grupo, el 5. En este caso se observa un leve descenso entre T1 y T2 que tampoco llega a ser significativo ($F = 0,45$; $p = n.s$). No hay diferencias significativas dentro de estos dos grupos en cuanto a si hay más adolescentes rurales o urbanos; nivel educativo de los progenitores ni tipo de centro educativo. Por tanto, la principal diferencia entre estos dos grupos es que el cluster de quienes puntúan más alto en intimidad está formado por más chicas. Todo esto es coherente con lo que observamos en la gráfica 10 en la que se analizaba la estabilidad absoluta. El grupo que aumenta: el compuesto por más chicos. El grupo estable: el compuesto por más chicas. Ellas desarrollan más intimidad que ellos con la mejor amiga.

Por otra parte, observamos en la tabla 27 que en el grupo 5, el compuesto por los chicos y chicas que más intimidad muestran a sus amigos, la dispersión es menor que en el grupo 3 en el que los adolescentes tienen menor intimidad con sus amigos. Esto es así tanto en T1 como en T2, para igualar la dispersión en un punto medio en T3.

En resumen, encontramos que en general, la intimidad hacia el mejor amigo o amiga aumenta a lo largo de la adolescencia en el grupo de los chicos, permaneciendo elevada y constante en el grupo de las chicas. Referente a las diferencias de género, ellas siempre muestran más intimidad con la mejor amiga que ellos. Al mismo tiempo, observamos que entre las chicas existe una estabilidad relativa media, con correlaciones en torno a 0,4, en donde llama la atención que esta estabilidad sigue existiendo entre T1 y T3. Entre los chicos la estabilidad relativa es media entre T1 y T2 y no existe estabilidad relativa en las otras comparaciones. Parece que quienes más alto/bajo puntúan en intimidad en T1 tienden a tener puntuaciones similares en T2, pero en T3 la posición en el ranking de intimidad de los sujetos ha cambiado respecto a la primera recogida de datos. Podemos ver diferentes trayectorias individuales que explican estos

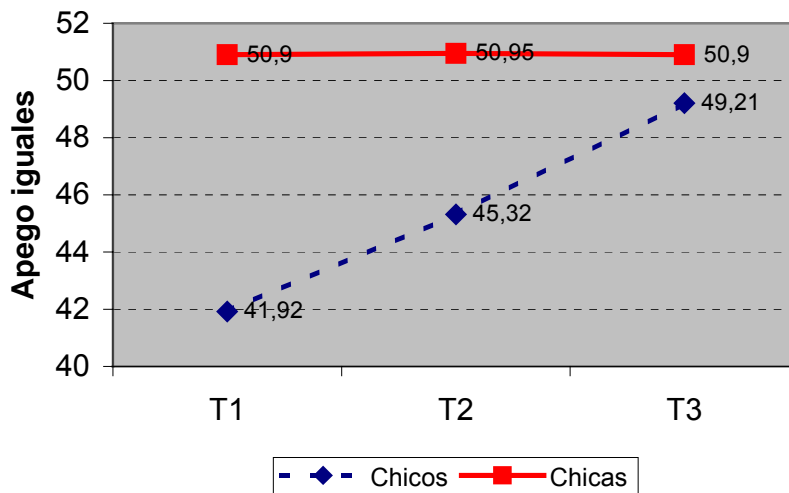
cambios en la estabilidad relativa así como los observados en la gráfica de estabilidad absoluta. El grupo con puntuación más elevada y estable está compuesto por más chicas que chicos, mientras que el grupo que aumenta la intimidad a lo largo de la adolescencia está compuesto por más chicos que chicas. Además, se observan otros grupos de menor entidad (compuestos por pocos sujetos) que muestran trayectorias originales.

3.2. APEGO HACIA EL GRUPO DE IGUALES A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA

En relación al grupo de iguales y consistente con el incremento de intimidad con el mejor amigo o amiga íntimo durante el transcurso de la adolescencia, volvemos a encontrar un aumento de la cercanía emocional entre los varones $F_{(2,98)}$ *Traza de Pillai* = 7,54; $p < 0,001$, en este caso la significación aparece entre T1 y T3 (DM = 7,29; $p < 0,01$), no siéndolo en los pasos intermedios. En el caso de las chicas, no se encuentran cambios en las medias de apego hacia el grupo de iguales con la edad $F_{(2,98)}$ de *Traza de Pillai* = 0,001; $p = n.s.$).

Podemos observar claramente las diferencias de género. El apego hacia el grupo de iguales es mayor en las chicas que en los chicos tanto en T1 como en T2 ($F_{(1,99)} = 14,44$, $p < 0,001$; $F_{(1,99)} = 6,18$; $p < 0,05$), desapareciendo tales diferencias cuando chicos y chicas se hacen mayores ($F_{(1,99)} = 0,6$; $p = n.s.$). Al igual que ocurriera con la intimidad, los datos muestran que la variable sexo modera la relación entre el apego al grupo de iguales y la edad de los participantes ($F_{(2,98)}$ de *Traza de Pillai* = 4,7; $p < 0,05$).

Figura 12. Cambios en el apego hacia el grupo de iguales a través de la adolescencia



Tal y como hicimos en el caso de la intimidad, veamos cómo evolucionan las diferentes subescalas del cuestionario de apego hacia el grupo de iguales.

Tabla 28. Media de las subescalas de apego iguales en chicos

CHICOS	T1	T2	T3	P < 0,05
Confianza	31.74	32.13	33.66	T1-T3
Comunicación con los iguales	25.89	27.21	28.60	T1-T3
Alienación	15.71	14.03	13.05	T1-T3

Tabla 29. Media de las subescalas de apego iguales en chicas

CHICAS	T1	T2	T3	P < 0,05
Confianza	33.95	33.89	33.59	--
Comunicación con los iguales	29.63	29.75	29.57	--
Alienación	12.68	12.68	12.25	--

Como podemos observar en las tablas 28 y 29, las diferencias en la relación que los y las adolescentes mantienen con el grupo de iguales vienen dadas por los chicos, quienes aumentan la confianza en sus amigos y la comunicación con el grupo de iguales al tiempo que disminuyen la alienación ante estos, siendo todo ello significativo si comparamos a los adolescentes entre T1 y T3.

Tabla 30. Estabilidad relativa en apego hacia el grupo de iguales diferenciando el sexo

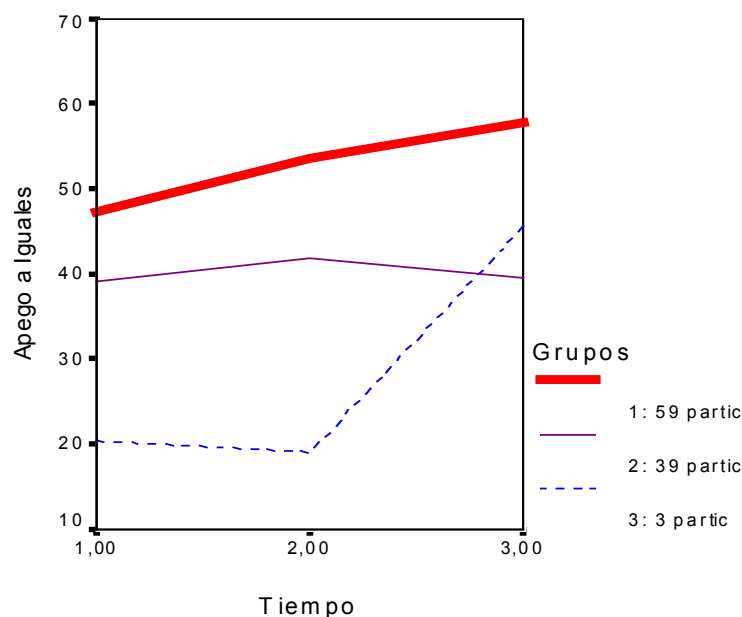
	T1	T2	T3
T1		0,48**	0,22
T2	0,48**		0,45**
T3	0,64**	0,45**	

*p<0,05; **p<0,01, en gris los chicos y en blanco las chicas.

De nuevo, para este análisis hemos eliminado los sujetos atípicos. En este caso 6 chicas y 1 chico. Podemos comprobar en la tabla 30 que la estabilidad relativa en cuando a la relación con el grupo de amigos es media-alta, siendo significativa tanto para chicas como para chicos en casi todas las transiciones. Aunque la estabilidad relativa en la relación afectiva que los chicos

y las chicas adolescentes mantienen con su grupo de amigos es algo más alta que la que desarrollan con su amigo o amiga íntima (más teniendo en cuenta que el índice α de Cronbach es más elevado en la escala de intimidad que en la de apego hacia el grupo de iguales), seguimos encontrando cambios en la posición general que cada adolescente ocupa dentro del grupo total que forman los participantes del estudio. Sin embargo, nos vuelve a llamar la atención en lo referente a las relaciones afectivas con el grupo de amigas que la estabilidad relativa entre la primera oleada y la tercera en las chicas llega a niveles medios-altos. Esto parece indicar mayor estabilidad relativa entre T1 y T3 en las chicas que en las transiciones intermedias. Este hecho puede estar indicando que algunos cambios importantes en la adolescencia media hacen que hayan fluctuado la posición que cada chica tenía dentro de su grupo en cuanto a la relación afectiva con el grupo de amigas y amigos, para volver a las posiciones iniciales en la adolescencia final. Estos datos afianzan la idea de que los análisis sobre estabilidad absoluta no son suficientes para explicar los cambios, puesto que con una estabilidad absoluta muy elevada (la misma puntuación media en las tres recogidas de datos) las correlaciones informan de cambios entre las propias chicas.

Figura 13. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos de apego hacia el grupo de iguales a lo largo de la adolescencia



En el caso del apego hacia el grupo de iguales, el dendrograma muestra dos grupos claros. Uno formado por 59 participantes y el otro 39. Un grupo

menor de chicos y chicas muestra una trayectoria algo más extraña. De nuevo repetimos algunos análisis para la variable objeto de estudio. Antes de continuar con el análisis, volvemos a hacer una llamada de atención al lector sobre las gráficas. Si se compara la gráfica 12 con la figura 13, se verá que el eje de las Y (ordenadas) tienen valores muy diferentes, el de la última gráfica tiene un rango de valores más amplio. De nuevo hemos optado por dejar los valores que tienen ahora en lugar de unificar porque cada gráfica vista por separado es más clara y completa con los valores actuales, pero advirtiéndole al lector de las importantes diferencias entre ambas ilustraciones que a simple vista parecen no ser evidentes.

Tabla 31: Tabla de contingencia de los grupos creados mediante cluster en apego al grupo de iguales y el género

Grupos		SEXO		Total
		chico	chica	
Apego iguales	1	16	43	59
	2	20	19	39
	3	2	1	3
Total		38	63	101

$$\chi^2 = 6,95; p < 0,05$$

Tabla 32: Medias y desviaciones tipo en apego al grupo de iguales de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 1		Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. tít.	Media	Desv. tít.	Media	Desv. tít.	
1	53,73	9,67	55,15	7,30	56,27	7,50	59
2	40,13	9,06	41,56	8,27	41,31	6,71	39
3	21,67	6,03	19,00	4,00	48,67	11,37	3
Total	47,52	12,26	48,83	11,32	50,27	10,25	101

La tabla 31 y la prueba de Chi-cuadrado nos muestran que en el grupo 1, caracterizado por un leve ascenso en el apego hacia el grupo de iguales hay menos chicos de los esperados al azar (y al contrario, más chicas de las que el azar incluiría en dicho grupo) mientras que en el grupo 2, en el que se aprecia un ligero descenso, ocurre justo lo contrario, hay menos chicas de las esperadas por azar y más chicos. Ni el descenso observado en el grupo 1 ni el ascenso que se aprecia en el grupo 2 son significativos ($F_{(2,57)} = 1,62; p = n.s.$; $F_{(2,37)} = 0,36; p = n.s.$). Al igual que ocurría con la intimidad hacia el mejor amigo, no hay diferencias entre los tres grupos ni en cuanto al nivel educativo de los padres, ni

a la titularidad del centro educativo ni al hábitat. Por tanto, la única diferencia entre el grupo 1 y el grupo 2 es que el nivel de apego hacia el grupo de iguales es más alto en el caso del primero, caracterizado a su vez por tener más chicas. Parece que son los chicos y chicas que mejor relación con los amigos tienen en T1 quienes la mantienen en T3 y viceversa, quienes peor relación tienen con el grupo en T3 son quienes peor la tuvieron en T1, datos que son coherentes con los resultados del análisis de correlaciones que nos informa de la estabilidad relativa. En general, podemos observar en la tabla 32 que la tendencia de los dos grupos principales es a aumentar el nivel de apego hacia el grupo de iguales y a disminuir la dispersión, puesto que aumentan las medias con el transcurso de los años y disminuye la desviación tipo.

3.2.1. La intimidad con el mejor amigo y el apego al grupo de iguales: dos experiencias diferentes con puntos en común

Como hemos introducido en el apartado teórico, tener un amigo íntimo y tener buenas relaciones con el grupo de iguales son dos experiencias diferentes. Mientras las relaciones con el mejor amigo parecen caracterizadas por la autorrevelación, por el sentirse especial para alguien, en definitiva por la intimidad; tener buenas relaciones con el grupo de amigos puede estar más relacionado con las habilidades sociales, con el sentimiento de pertenencia y estatus, entre otras cuestiones. Sin embargo, tal y como se muestra en la tabla 33, ambas experiencias tienen también puntos en común, y así se muestra en la tabla de correlaciones, con correlaciones significativas en todos los casos.

Tabla 33. Correlaciones entre Intimidad con el mejor amigo y Apego al grupo de iguales.

	Apego Iguales T1	Apego Iguales T2	Apego Iguales T3
Intimidad T1	0,48**	0,38**	0,3**
Intimidad T2	0,38**	0,43**	0,37**
Intimidad T3	0,3**	0,24**	0,43**

En resumen: al igual que ocurría con la intimidad hacia el mejor amigo, observamos un claro aumento de la vinculación afectiva con el grupo de iguales entre los chicos, manteniéndose estable el apego al grupo en las chicas. Este hecho, y a diferencia de lo que ocurría en el caso de la intimidad, hace que al final de la adolescencia no haya diferencias en cuanto al apego hacia el grupo entre los chicos y las chicas. Se encuentra una estabilidad relativa media y media alta entre las chicas y media entre los chicos así como una importante coherencia entre los datos expuestos sobre estabilidad absoluta y relativa, y las trayectorias individuales, encontrando dos grupos principales claramente diferenciados en función del sexo: el que puntúa más alto en apego iguales es en el que hay más chicas. También son coherentes los resultados que observamos con la estabilidad relativa media. Se observa que hay un grupo importante de chicos y chicas que aumenta aunque ya estaban altos en sus puntuaciones en apego hacia el grupo en la adolescencia inicial.

Nos resulta interesante resaltar la estabilidad relativa que encontramos en las chicas en esta variable de apego al grupo de iguales, a nuestro juicio alta entre T1 y T3. Si comparamos el dato de la estabilidad relativa en apego al grupo de iguales con la estabilidad relativa en Intimidad con el/la mejor amigo/a, encontramos mayor estabilidad relativa en la relación que el o la adolescente mantiene con el grupo de amigos que la que mantiene con la mejor /el mejor amiga/o. Este dato a nivel teórico –incluso a nivel intuitivo– no es extraño, ya que la intimidad del momento depende de cómo esté esa relación en el momento en que se pregunta en la recogida de datos. Sin embargo, es más fácil que el chico o la chica sea estable el tipo de relación que mantiene con el grupo de amigos, puesto que al ser varios integrantes, las relaciones uno a uno se pueden diluir en el grupo.

Parece que la posición que las chicas ocupan en T3 entre sus compañeras depende más de la puntuación que tenían en T1 que en T2, aunque ambas influyen en la puntuación de T3. Este hecho puede estar siendo un indicador de cambios o inestabilidad en T2 que influye en el apego que las chicas demuestran a su grupo de amigas y amigos.

3.3. LAS RELACIONES AFECTIVAS CON LOS IGUALES DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PROTAGONISTAS, LOS CHICOS Y LAS CHICAS ADOLESCENTES

Hasta ahora hemos descrito qué es y qué significa para los chicos y las chicas adolescentes el tener amigos y compañeros. Esta descripción ha sido realizada desde la perspectiva de los profesionales que estudian la adolescencia, tanto en la introducción teórica de este trabajo como en el método, donde hemos conceptualizado y medido con las escalas de Sharabany (1994), y de Armsden y Greenberg (1987) qué significa durante la adolescencia ser un amigo íntimo y tener apego al grupo de iguales respectivamente. En este trabajo hemos querido dar voz a los propios adolescentes, que hablando de sus amigos nos han dado respuestas como las que exponemos a continuación.

Rural, 13 años

Chico : ...si no tienes amigos es como si no sirvieras para nada, todo el día encerrado en la casa, porque si no tienes amigos no tienes nada. Y es la verdad.

Urbano, 13 años

Moderadora: ¿para que pensáis vosotros que sirve un amigo?

Chica1: para contarle cosas, hablar con él

Chica 2: para confiar en él

Chica 3: para divertirse

Moderadora: divertirse

Chica 3: para saber que tienes un apoyo ahí

Moderadora: ¿en qué se diferencia vuestra relación con vuestros mejores amigos de vuestra relación con los que son vuestros amigos también pero un poquito menos?

Chico1: el llevar más tiempo con él, estar más tiempo con él

Chica2: conocerlo de chico³

³ En este contexto, la expresión “chico” tiene la acepción de “ser de corta edad o pequeño”

Chica1: tienes más libertad con él, puedes... yo qué se, por ejemplo a un amigo puedes contarle un secreto, si es uno muy fuerte que a lo mejor... se lo cuentas a tus mejores amigos

Chico2: tus mejores amigos siempre están dispuestos a... ir contigo

Chica2: a ayudarte

Chico2: a ayudarte, y a lo mejor tus amigos un día si y otros días no

Rural, 15 años

Moderadora: y cuando nombráis a los amigos, ¿a qué os referís?

Chica: el que estén ahí, que te escuchen cuando tengas un problema, o que tú les escuches a ellos

Urbano, 15 años

Chica: es importante tener amigos y no estar sola

(...)

Moderadora: ¿tenéis distintos tipos de amigos o todos los amigos son iguales?

Todos: ¡nooooo!, distintos tipos.

Chico1: están los que confían más, los menos discretos.

Chica1: están los amigos, los conocidos, los compañeros de clase

Moderadora: entonces, ¿significa que son distintos los amigos, los conocidos y los compañeros de clase?

Chica: claro

Moderadora: ¿en qué se diferencian unos de otros?

Chica: los compañeros de clase son con los que compartes todos los días, con los que hablas y eso, con los conocidos también hablas, pero fuera de clase, los amigos son a los que le cuentas todas tus cosas. Puedes contar con ellos y es diferente...

Rural, 17 años

Chico1: ¡ah!, conocidos sí, conocidos hay muchos, pero amigos, no sé... vamos, yo tampoco a mí me gusta contarle las cosas así personales a nadie, no se por qué.

Chico2: a mí tampoco, vamos, y no me preocupo por eso (ríen)

Chico1: bueno, un amigo es el que te ayuda, no el que te compadece, sino el que te ayuda, ¿sabes?, que no...

Chico2: ahí está

Urbano, 17 años

Chica: ¿existen los amigos?. Digo yo, porque tengo muchos conocidos, ¿sabes?. Tengo muchos conocidos, pero amigos amigos tendré uno o dos, ¿sabes?, que son cuando están de verdad en los momentos buenos y malos; para los buenos estamos todos, para irnos a la rotonda y tomarnos lo que sea, todos estamos superbien, pero cuando estamos mal, ¿sabes? A ver quien está ahí y da el cayo.

(...)

Chico1: conocido es aquel al que cuando sales le dices -"hola, ¿qué pasa?, ¿cómo estamos?"- Amiguete, vamos con ellos de juerga. Y amigo, los que estás con ellos y dices: -"Quillo⁴ vamos a hacer algo, ¿no?-, vamos de un lado para otro, -quillo, ¿cómo estamos?- o para todo.

⁴ Quillo significa Chiquillo. Se utiliza para llamar a otras personas.

Chico2: es que yo considero a los mejores amigos unos cuantos, como si fueran ellos unos poquitos que siempre están ahí. Los amigos normales, yo qué sé, que no me van a fallar, puedo depositar confianza en ellos, puedo estar con ellos sin ningún problema. Y luego están los conocidos, que ya son amigos de esta (señala a una compañera), o los que están en la facultad o son, yo qué se, los amigos de (otro chico) o los del pueblo de (otro chico)

Como podemos extraer de las palabras de este grupo de chicos y chicas, la amistad para ellos no es algo muy diferente a lo que afirma la literatura científica. Para ellos es importante lo que hemos denominado *autorrevelación*, que consiste en poder contar al amigo las cosas que les resultan importantes. Igualmente el amigo íntimo es la persona con la que comparten buena parte de su tiempo, con quienes se divierten, que les ayudan y con quien pueden contar para lo que les haga falta. Distinguen entre qué es un amigo íntimo y qué es un amigo no íntimo (*amiguete* en su terminología), incluso llegan a establecer otras categorías como conocido y compañero de clases. Esta distinción nos resulta especialmente interesante, puesto que buena parte de la literatura sobre los coetáneos no diferencia entre amigos, *amiguetes*, conocidos y compañeros de clase, estableciéndose conclusiones generales cuando se están analizando datos de un tipo de relación concreta. La literatura actual ya advierte de estos errores metodológicos, que lo son claramente, en función de lo que nos responden los chicos y chicas de los grupos de discusión.

En los análisis descriptivos del apartado cuantitativo, siempre hemos diferenciado a los chicos de las chicas, ya que consideramos, a la luz de la teoría sobre el tema, que ellos y ellas viven la amistad y las relaciones con los contemporáneos de forma diferente. Estas diferencias también surgieron en las charlas que mantuvimos con los chicos y chicas. A continuación seleccionamos algunos extractos de la conversación.

Rurales, 13 años

Moderadora: vamos a ver, ¿qué ocurriría si un día te quedas sin amigos, en qué cambiaría la vida?

Chico: en que tendrías que estar todo el día en tu casa aburrido, no hacer nada, estar solo en tu casa, aburrido y todo.

Moderadora: ¿y vosotras? ¿en qué cambiaría la vida si un día os quedáis sin amigos?

Chica: en todo

Moderadora: en todo, ¿por qué?

Chica: porque si tu no puedes estar con tus amigos por la tarde, no les puedes confiar nada, no puedes hablar con ellos...

Chico: (interrumpiendo) no puedes divertirte con ellos.

Urbanos, 13 años

Moderadora: (...) y ¿qué hacéis vosotros normalmente con vuestros amigos?

Chicas: hablar

Chico1: yo siempre jugando al voleibol o al matar

Chica1: hablar, hablar y hablar.

(...)

Chico2: yo qué sé, depende del día que sea, algunos días con la bici, otros días nos ponemos a hablar, ir a alguna casa a jugar con la videoconsola o algo de eso

Moderadora: ¿Y vosotras?

Chicas: hablar.

Rurales, 15 años

Moderadora: ¿para qué pensáis que sirven los amigos?

Chico 1. para que nos ayuden si necesitamos algo, ¿no?

(...)

Moderadora: ¿y vosotras?

Chica1: para que esté contigo cuando te haga falta.

Moderadora: ¿y tú?

Chica2: también para pasártelo bien.

Moderadora: ¿y tú?

Chico2: yo lo mismo, para divertirnos y pasarlo bien juntos.

(...)

Chico3: si estás solo te aburres, por lo menos estás con amigos que es mejor

Chica3: porque le puedes contar un problema y que te ayude.

Urbanos, 15 años

Chico: yo qué sé, siempre es más fácil contarle a alguna chavala

Chica1: también es verdad que a los niños (varones) es más difícil contarles las cosas... sean niños, sean niñas (sean chicos o sean chicas quienes tienen que contar las cosas)

Chica2: depende de la personalidad de la persona.

(...)

Moderadora: ¿vosotros por qué creéis que confiáis más en las niñas que en los niños?

Chico: las niñas son más discretas... (risas)

Moderadora: ¿sí?

Todos: ¡sí!

Chico: sí, mucho más.

Chico: te comprenden mejor, si tú le dices a uno: "a mi me pasa esto" el otro dice "y a mí qué"

Moderadora: ¿por qué creéis que pasa eso? ¿por qué crees que van a escuchar menos? ¿porque tienen problemas de escucha?

Chica: (...), pero a lo mejor porque si vas a un niño a contarle algo tienes que ir a chulear, entonces si tú le cuentas algo y vas de normal... si vas de normal... yo que sé, es que es muy lioso... A una niña le da igual con la cara que venga. A la niña le da igual con la cara que vengas, a un niño hay que irle con la cara de: y soy el mejor, a mí no me ha podido pasar eso.

Moderadora: ¿vosotros pensáis eso?.

Chico: depende.

Chico: no, eso según la personalidad... la verdad es que la mayoría es así, pero hay algunos que no.

Rurales, 17 años

Chico: (...) una mujer, yo que sé, las mujeres son cosas así, cuando hablan entre ellas son más sentimentales, tratan las cosas más... no sé por qué, yo lo veo así, que tratan las cosas más profundas, yo que sé, y los hombres no, los hombres nos reímos (otro chico está de acuerdo con él). ¿Sabes?, más que nada nos reímos, contamos de todo y nos reímos y ya está (ríen todos). Yo creo que sí, vamos, no sé.

De nuevo, las respuestas de los chicos y las chicas coinciden con los análisis de la literatura. Los chicos parece que entienden la amistad más en términos de actividades compartidas, de ayuda instrumental y ellas consideran que los amigos son para hablar y compartir las cosas más profundas. En este sentido, podríamos preguntarnos si ellos tienen amistades más superficiales o si simplemente hablamos de conceptos diferentes. Lo que sí constatamos es que los datos expuestos en las gráficas según los cuales ellas tienen más intimidad con el mejor amigo y más apego al grupo de iguales, al menos en la adolescencia inicial y media se corroboran en las palabras de los propios chicos y chicas.

3.4. CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO

Antes de comenzar a describir cómo se comporta esta variable, recordaremos en qué consisten los diferentes tipos de conformidad de los que vamos a hablar, y analizaremos el ajuste del cuestionario que elaboramos para evaluarla. Tal y como especificamos en la introducción teórica, la literatura científica afirma que los y las adolescentes son más conformistas ante situaciones comúnmente aceptadas por la sociedad que hacia las cuestiones que se consideran negativas. En este apartado, describiremos cómo evoluciona la conformidad a lo largo de los años adolescentes, tanto en su vertiente *neutra* (si los chicos son o no conformistas a la hora de ir a un grupo escolar u otro, a la hora de comprar un tipo de música u otro, etc), como en su vertiente *positiva* (aceptan la presión del grupo para **no** hacer algún tipo de *gamberrada*, por ejemplo) o en su vertiente *negativa*, la más frecuentemente estudiada, en la que el grupo presiona hacia comportamientos como el fumar o algún tipo de conducta delictiva.

A continuación exponemos los resultados del análisis factorial confirmatorio sobre los diferentes tipos de conformidad, con el que pretendemos mostrar que un único constructo teórico (en nuestro caso tres constructos teóricos, uno por cada tipo de conformidad) subyace a las respuestas dadas por los y las adolescentes a los ítems del cuestionario. Hemos utilizado el paquete estadístico AMOS-5 para llevarlo a cabo porque la salida gráfica nos parece más intuitiva y comprensible que la que ofrecen otros paquetes estadísticos, y porque volveremos a utilizarlo más adelante llevando a cabo ecuaciones estructurales con las que testar a nivel estadístico hipótesis teóricas (Lévy-Mangin, 2004). Tal y como venimos realizando a lo largo de la

exposición, avanzaremos algunas características del análisis y de cómo se interpreta *la salida* gráfica y numérica del paquete utilizado.

Es importante distinguir dos tipos de variables (Lévy-Mangin, 2004):

- las **observables** (que aparecerán introducidas en cuadros o rectángulos) y que pueden ser objetivas como la edad o el peso, o subjetivas como la percepción o la intimidad pero, en este caso, medidas con alguna escala;
- las **latentes** (que aparecerán introducidas en círculos o elipses), que corresponden a una variable factorial, un constructo o un concepto y que son explicadas (saturadas o definidas) por variables observables

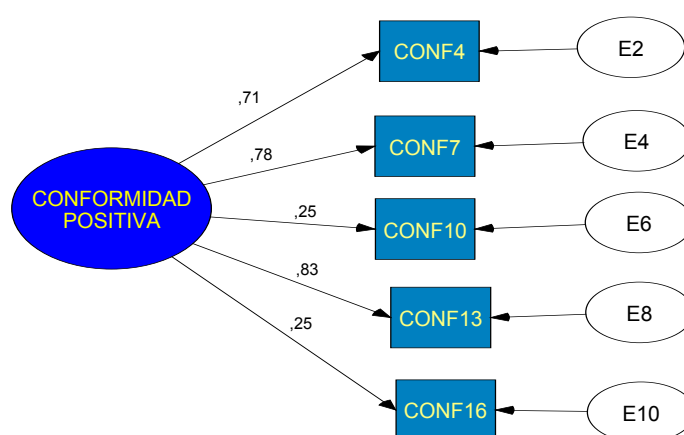
Figura 14. Tipos de variables utilizados en los análisis de ecuaciones estructurales



Como hemos avanzado, queremos apuntar algunas nociones básicas sobre los índices de ajuste en las ecuaciones estructurales que pueden ser contraintuitivos para quienes estén acostumbrados a la interpretación de ANOVAS, Ecuaciones de Regresión u otro tipo de análisis llevados a cabo fundamentalmente con el paquete estadístico SPSS. Esto es, cuando un modelo ajusta, el nivel de probabilidad asociado al índice χ^2 , el más frecuentemente utilizado para muestras de hasta 100 participantes (Lévy-Mangin, 2004), debe ser MAYOR de 0,05. Otro índice frecuentemente utilizado es el RMSEA (*Root Mean Square Error of Approximation* - Raíz del error cuadrado medio de aproximación) que, según la ayuda que proporciona el propio programa, para que el modelo ajuste debe arrojar un valor comprendido entre 0,08 y 0,1. "Los valores sobre 0,08 o menos para el RMSEA indican un error de aproximación razonable. No se debería emplear un modelo con un RMSEA mayor que 0.1. (Browne y Cudeck, 1993)". Por último, es frecuente encontrar en muestras de hasta 120 sujetos que se utilizan los índices GFI (Goodness of Fit Index), CFI (Comparative Fit Index) y AGFI (Goodness of Fit Index), todos ellos deben ser mayores de 0,95 para que ajuste el modelo, aunque pueden considerarse válidos a partir de 0,90 (Recio, 2005). Es decir, si encontramos un análisis factorial o una ecuación estructural con una p asociada a la χ^2 con valor "1"; un RMSEA = 0,00; GFI, CFI y AGFI = 0,98, diremos que el modelo ajusta y, por

tanto, es válido. Pero pasemos a realizar los tres análisis factoriales sobre la conformidad neutra, positiva y negativa que serán el mejor ejemplo para entender la utilización de los índices de ajuste.

Figura 15. Factorial confirmatorio sobre la conformidad positiva⁵

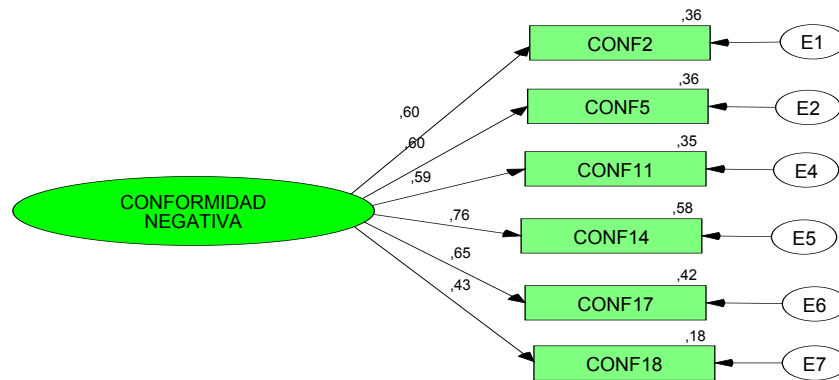


Chi cuadrado:4,102
 Grados de libertad:5
 Probabilidad:.,535
 RMSEA:.,000

CONFORMIDAD POSITIVA

⁵ El lector o lectora interesado en saber a qué ítems hacen referencia cada uno de los factores, podrá encontrarlo en el anexo 1.

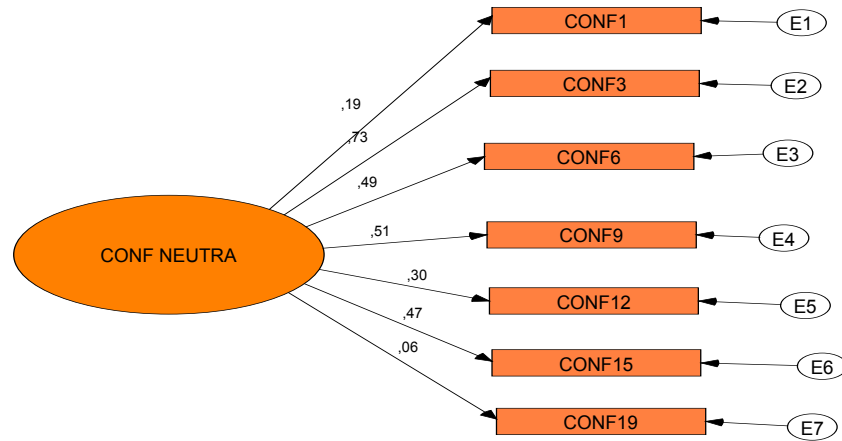
Figura 16. Factorial confirmatorio sobre la conformidad negativa



Chi cuadrado:13,961
Grados de libertad:9
Probabilidad: ,124
RMSEA: ,070

CONFORMIDAD NEGATIVA

Figura 17. Factorial confirmatorio sobre la conformidad neutra



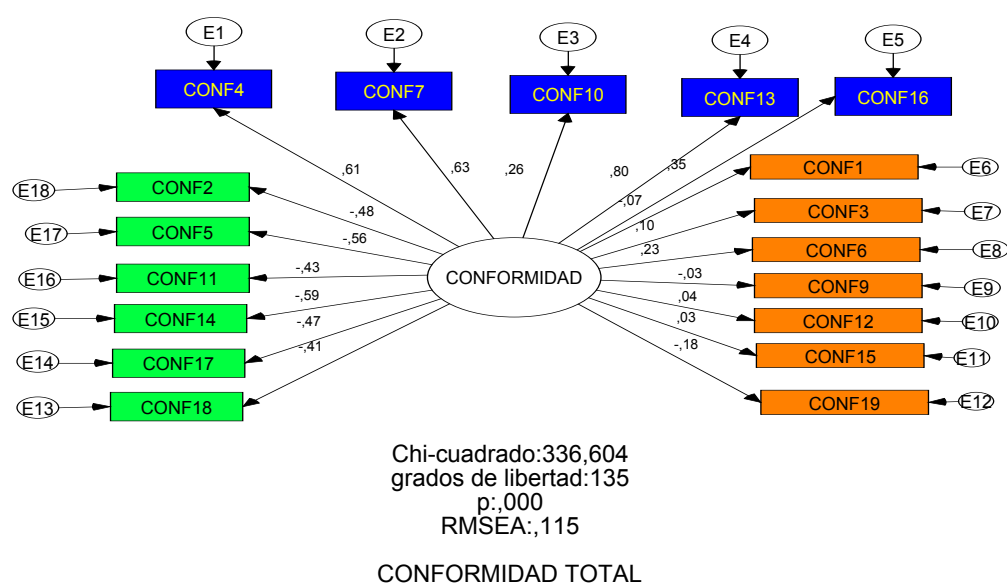
Chi cuadrado:12,850
grados de libertad:14
probabilidad: ,538
RMSEA: ,000
CONFORMIDAD NEUTRA

Como se puede comprobar, en los tres casos los análisis factoriales muestran un buen ajuste, con probabilidades asociadas al índice χ^2 mayores al

nivel crítico de 0,05 en los tres casos. Es quizás el factor que subyace a la conformidad negativa (curiosamente la más estudiada) el que peor ajusta, obteniendo un índice RMSEA de 0,07 después de haber re-especificado el análisis y haber eliminado dos ítems de la subescala, el ítem 8 que hace referencia a *tomar pastillas para animarse* y el ítem 20 que hace alusión a *cambiar la calificación de un examen para que los padres no se enfaden*.

Quizás la pregunta a realizar en estos momentos sea si existe un único constructo que subyaga a los tres tipos de conformidad. A tenor de los resultados del análisis expuesto en la figura 18, la respuesta es que no, que cada uno de los tres tipos de conformidad son un concepto diferente.

Figura 18. Factorial confirmatorio sobre la conformidad en general.



En los análisis que expondremos a partir de ahora, el lector o la lectora avezado, podrá percatarse que en los análisis que conciernen a la conformidad aparece sistemáticamente un participante menos. Este hecho es debido a que uno de los chicos de la muestra no cumplimentó el cuestionario en T2 y, por tanto, ha sido eliminado de los análisis que se realizan con las variables de conformidad.

3.4.1. Conformidad neutra

En primer lugar, queremos reseñar que las diferencias de género que puedan apreciarse a simple vista en la gráfica NO son significativas en ninguno de los tres tiempos $F_{(1,98)} = 0,002$ (T1); $= 0,84$ (T2); $= 0,05$ (T3), $p = n.s$, en las tres oleadas de datos. Por este motivo, hemos decidido utilizar la muestra completa y no diferenciar por géneros en la comparación de medias. Comparando T1, T2 y T3 en conformidad neutra, encontramos que hay un descenso entre el inicio de la adolescencia y la adolescencia tardía $F_{(2,97)}$ de *Traza de Pillai* $= 2,77$; $1 > p > 0,05$. Como podemos ver, esta relación es marginal, sin llegar al nivel estadístico de $p < 0,05$. Es decir, encontramos un descenso general leve de la conformidad ante la presión del grupo a medida que avanzan los años adolescentes, sin que haya diferencias estadísticamente significativas entre los chicos y las chicas.

Figura 19. Cambios en conformidad neutra a través de la adolescencia

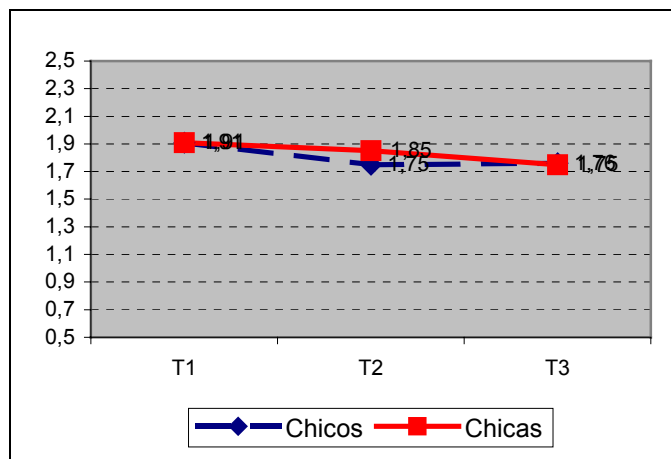


Tabla 34. Estabilidad relativa en conformidad neutra diferenciando el sexo

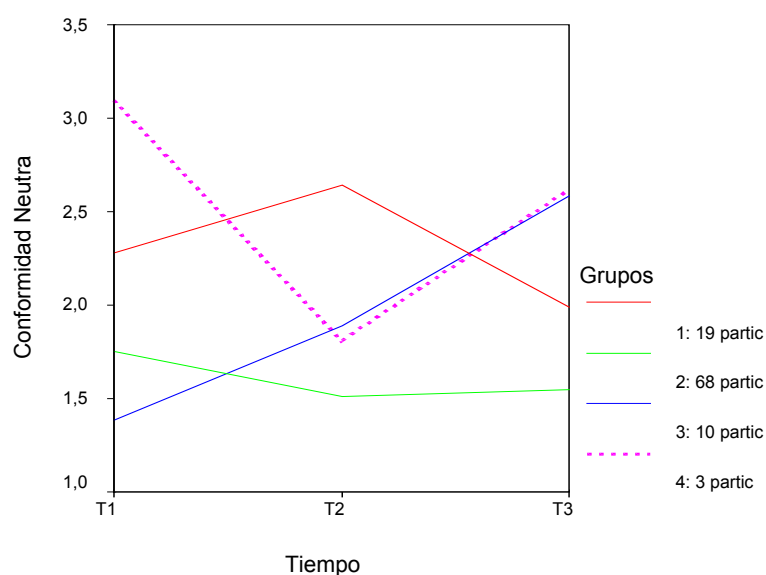
	T1	T2	T3
T1		0,47**	0,15
T2	0,47**		0,44**
T3	0,15	0,53**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; en gris los chicos y en blanco las chicas.

Los datos brutos nos dicen que existe estabilidad relativa media tanto en chicas como en chicos entre una recogida de datos y la inmediatamente

posterior, pero a lo largo de la adolescencia el ranking de los más o menos conformistas varía, no siendo significativa la correlación entre los resultados de T1 y T3 ni en chicos ni en chicas. Estos son los resultados encontrados tras eliminar a los dos participantes que se revelaron como sujetos atípicos en los análisis exploratorios. En cualquier caso, hay que tener en cuenta que la fiabilidad α de Cronbach del cuestionario de conformidad es baja y que –como dijimos en la introducción a los resultados- el valor de las correlaciones como estimador de la estabilidad relativa está especialmente atenuado en los casos en que la fiabilidad interna del cuestionario es baja. Por tanto, valores como 0,47 o 0,53 pueden considerarse elevados en este caso y, aunque al comparar T1 con T3 no haya estabilidad relativa, sí encontramos niveles medios-altos entre la adolescencia inicial y la media tanto en chicos como en chicas.

Figura 20. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en conformidad neutra a lo largo de la adolescencia



Observamos diferentes tendencias en el gráfico de trayectorias ante la Conformidad Neutra. El grupo 1 muestra un pico de conformidad en T2 (hacia los 15 años), mostrando menos conformidad al final de la adolescencia que al principio. El grupo 2 muestra un descenso de la conformidad neutra. Quizás el más llamativo es el grupo 3, el único que aumenta su nivel de conformidad de forma lineal a lo largo de la adolescencia. No encontramos diferencias significativas entre unos grupos y otros ni en cuanto al género, ni al hábitat ni al nivel de estudios de los progenitores.

Veamos las medias y desviaciones tipo de cada uno de los grupos tal y como venimos realizando con el resto de variables.

Tabla 35: Medias y desviaciones tipo en conformidad neutra de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 1		Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	2,32	0,36	2,60	0,29	2,10	0,36	19
2	1,81	0,44	1,56	0,32	1,51	0,35	68
3	1,44	0,22	2,01	0,38	2,47	0,34	10
4	3,09	0,64	1,80	0,33	2,62	0,36	3
Total	1,91	0,52	1,81	0,52	1,75	0,50	100

Como describimos en el método, a partir de la segunda recogida de datos decidimos incluir ítems en el cuestionario de conformidad que nos aportaran información sobre la diferencia en el conformismo entre la conformidad hacia aspectos positivos, negativos y neutros. Por este motivo, incluimos ítems relativos a la conformidad positiva y a la negativa. Por tanto, de estas dos últimas formas de conformidad, solo tenemos datos de los 15 y los 17 años.

3.4.2. Conformidad positiva

Figura 21. Cambios en la Conformidad positiva entre la adolescencia media y tardía

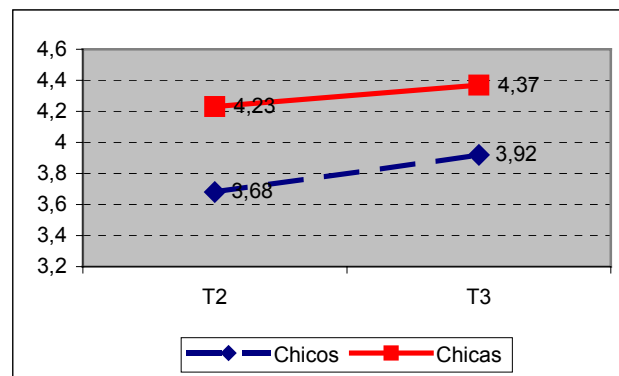


Tabla 36. Estabilidad relativa en conformidad positiva entre T2 y T3

	T1	T2
T1		0, 52**
T2	0, 51**	

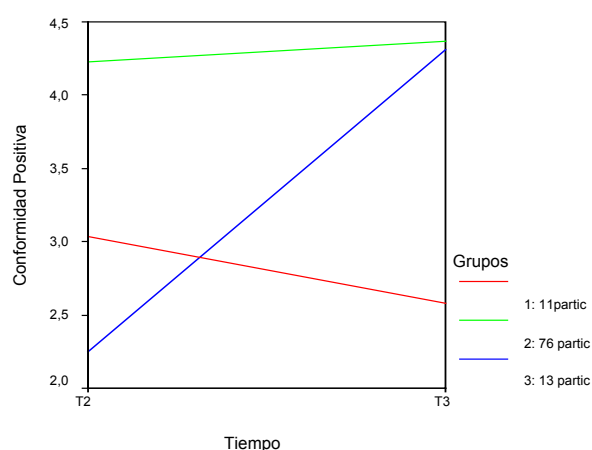
*p<0,05; **p<0,01; en gris los chicos y en blanco las chicas.

En la gráfica vemos que en general hay un aumento entre los 15 y los 17 años en la conformidad positiva. Este aumento no llega a ser significativo, pero sí que tiene una relación marginal $F_{(1,98)} = 3,14$, $p = 0,08$. Existen también diferencias entre los chicos y las chicas, de forma que es más fácil que las chicas acepten la presión hacia cuestiones valoradas positivamente por la sociedad de forma significativa tanto en T2 ($DM = 0,48$; $p < 0,01$; $F_{(1,98)} = 8,49$; $p < 0,01$) como en T3 ($DM = 0,44$; $p < 0,01$; $F_{(1,98)} = 9,80$; $p < 0,01$).

En cuanto a la estabilidad relativa, encontramos niveles medios con correlaciones en torno al 0,5. En este caso, fueron eliminados 8 sujetos como atípicos. Aunque de forma significativa, aquellos que puntuaban alto en conformidad positiva continúan haciéndolo dos años después; parece que hay también un importante número de individuos que cambian su posición en el ranking. Recordemos que en este caso, el Alfa de Cronbach es elevado en T2, pero medio-bajo en T3, por lo que estas puntuaciones están especialmente atenuadas.

Realizamos el mismo procedimiento con la conformidad positiva que hemos efectuado con las variables previas, hallando los siguientes datos:

Figura 22. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en conformidad positiva entre la adolescencia media y tardía



Observamos en el gráfico tres tendencias claras. La más importante por más numerosa es aquella que siempre puntúa alto en conformidad positiva, y se mantiene estable. Recordemos que la puntuación máxima en Conformidad Positiva es 5. Este grupo, comienza con una media de 4,42 y termina con una media de 4,43 al final de la adolescencia. Encontramos también un pequeño grupo de 11 participantes que disminuyen su tendencia hacia la conformidad

positiva y, finalmente, un grupo de 13 participantes que habiendo puntuado bajo en su tendencia a ceder ante la presión del grupo hacia cuestiones positivas en la adolescencia media, aumenta claramente esta tendencia al final de la adolescencia. Probablemente son estos dos últimos grupos los responsables de que la estabilidad relativa no sea más alta. Estos datos son coherentes con los análisis de medidas repetidas, en los que se observaba cierta tendencia a la estabilidad, siempre entre las puntuaciones más elevadas de la escala de conformidad.

Los análisis de χ^2 informan de una relación significativa entre el género y las trayectorias seguidas por la conformidad positiva. Así, es menos frecuente encontrar varones de los esperados por azar en el grupo 2, al tiempo que encontramos más chicas de las esperadas por azar. Justo lo opuesto ocurre en el grupo 1. Es decir, en coherencia con los análisis de medidas repetidas, dentro del grupo de adolescentes que son más conformistas ante la presión prosocial encontramos a más chicas de las que el azar incluiría en ese grupo y, dentro de los menos tendentes a ceder a la presión grupal para cuestiones positivas, encontramos más chicos de lo esperado por azar. No encontramos diferencias significativas ni en lo referente al hábitat ni en lo referente al nivel educativo de los padres.

Tabla 37. Tabla de contingencia entre los grupos de conformidad positiva creados mediante el análisis de cluster y el sexo

Grupo	SEXO		Total
	chico	chica	
Conformidad Positiva 1	9	2	11
2	22	54	76
3	6	7	13
Total	37	63	100

$$\chi^2_{(2)} = 12, p < 0,05$$

Tabla 38: Medias y desviaciones tipo en conformidad positiva de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. tip.	Media	Desv. tip.	
1	3,22	0,59	2,62	0,55	11
2	4,42	0,48	4,43	0,42	76
3	2,66	0,51	4,25	0,37	13
Total	4,06	0,82	4,21	0,71	100

3.4.3 Conformidad negativa

Figura 23. Cambios en Conformidad negativa entre la adolescencia media y tardía

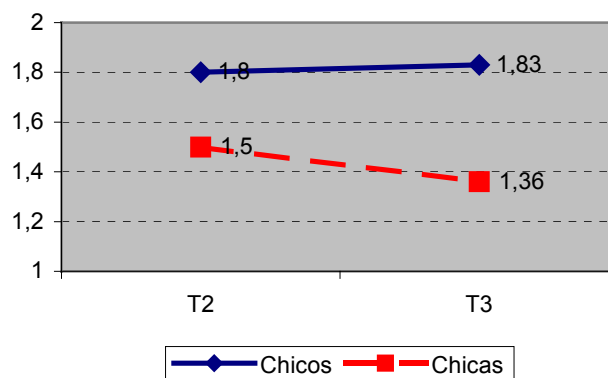


Tabla 39. Estabilidad relativa en conformidad negativa diferenciando a chicos y chicas

	T1	T2
T1		0,58**
T2	0,36**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; en gris los chicos y en blanco las chicas.

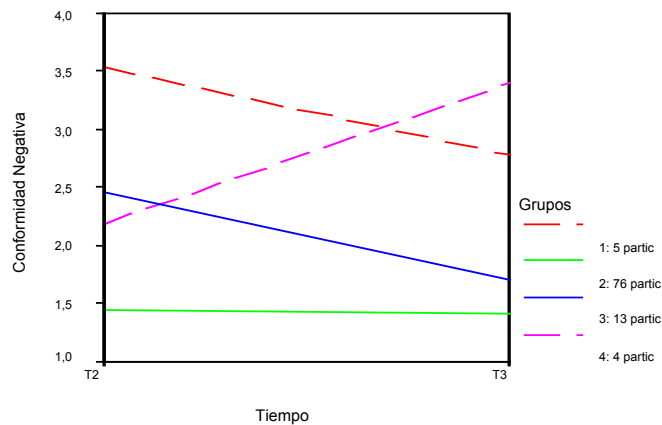
Complementando el apartado anterior, la figura 23 nos muestra que las chicas son menos dadas a ceder ante la presión del grupo hacia cuestiones valoradas de forma negativa por la sociedad (conformidad negativa) que los chicos. Estas diferencias son significativas tanto en T2 (D.M. = 0,31; $p < 0,05$; $F_{(1,98)} = 5$; $p < 0,05$) como en T3 (D.M. = 0,46; $p < 0,001$; $F_{(1,98)} = 12,2$ $p < 0,001$). Aunque en la gráfica se observen a simple vista ciertas tendencias, los datos no muestran variación en la estabilidad absoluta, de forma que ni el breve descenso que observamos en este tipo de conformidad entre las chicas ni el leve aumento entre los chicos es significativo $F_{(1,98)} = 0,4$, $p = n.s.$

En el caso de la estabilidad relativa en lo referente a la conformidad ante la presión del grupo hacia cuestiones negativas, encontramos una estabilidad media en los chicos, de forma que quienes se dejaban convencer antes para hacer alguna pequeña gamberrada, tienden a ser los mismos dos años después, pero con ciertos cambios. Sin embargo, entre las chicas la estabilidad es media-baja o baja, habiendo cambios en el *ranking* de conformidad negativa entre ellas, aunque recordemos que las puntuaciones del cuestionario de conformidad son

potencialmente entre 1 y 5 mientras que el intervalo de respuestas de ellas es de entre 1 y 3,7 en T2 y entre 1 y 3,1 en la tercera oleada de datos, es decir, la amplitud de respuesta es baja, lo que hace más dificultoso que las correlaciones sean elevadas.

Realizamos de nuevo los análisis de conglomerados y, volvemos a detallar aquí las soluciones encontradas en las dos etapas ya especificadas en los apartados anteriores

Figura 24. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en conformidad negativa entre la adolescencia media y tardía



De nuevo hay que destacar al grupo más numeroso de adolescentes, que en este caso es el que puntúa más bajo en presión del grupo ante conductas negativas, y permanece estable. Igualmente encontramos otro grupo (el grupo 3), que en la adolescencia media parecía ceder ante esta presión pero que disminuye su conformidad ante la presión grupal negativa al final de la adolescencia. Es reseñable que el grupo que aumenta en este tipo de conformidad está compuesto sólo por 4 participantes. De nuevo aparecen diferencias significativas en cuanto al género en la conformidad negativa. En el grupo 2, el más numeroso, hay más chicas de las esperadas por azar, ocurriendo justo lo contrario en los grupos 1 (que disminuye de 3,5 a 2,4 pero sigue manteniendo las puntuaciones más elevadas) y 4 (que aumenta de 2,2 a 3,4).

Tabla 40. Tabla de contingencia entre los grupos de conformidad negativa creados mediante el análisis de cluster y el sexo

Grupo		SEXO		Total
		chico	chica	
Conformidad Negativa	1	4	1	5
	2	24	52	76
	3	4	9	13
	4	5	1	6
Total		37	63	100

$$\chi^2_{(3)} = 10,67, p < 0,05$$

Tabla 41: Medias y desviaciones tipo en conformidad negativa de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	3,52	0,27	2,45	0,77	5
2	1,30	0,30	1,29	0,35	76
3	2,44	0,31	1,75	0,55	13
4	2,19	0,53	3,40	0,32	6
Total	1,61	0,69	1,54	0,68	100

Nos gustaría reseñar que el grupo 2, aquel más numeroso y menos tendente a conformarse ante cuestiones negativas es precisamente el que menor variabilidad tiene entre sus participantes (desviación típica de 0,3 y 0,35).

En resumen, en el apartado de conformidad encontramos una disminución leve de la conformidad neutra a lo largo de la adolescencia, estancamiento de la conformidad negativa y aumento de la positiva. Es importante recordar que los cambios en conformidad negativa y positiva sólo se refieren a las oleadas de datos en las que tenemos información sobre el tema: la adolescencia media y tardía. La estabilidad relativa es media en los tres tipos de conformidad y en ambos sexos, variando las trayectorias individuales en función del tipo de conformidad de la que estemos hablando. Así, aunque unos más conformistas que otros, encontramos una trayectoria clara de descenso en algunos de los grupos más numerosos de conformidad neutra, puntuaciones altas y estables en conformidad positiva y, estabilidad en el grupo más numeroso (casi del 50% de los participantes) en conformidad negativa. Es importante

reseñar que la conformidad positiva tiene una media de más de cuatro puntos sobre cinco, la conformidad negativa en poco más de un punto, y la neutra siempre menor a dos, siendo un punto el nivel más bajo de conformidad.

En lo referente al género, los datos muestran que no hay diferencias estadísticamente significativas en la conformidad ante cuestiones neutras, que las chicas tienden a ceder más ante la presión del grupo en aspectos positivos, y menos en las cuestiones negativas que los chicos. Estas diferencias en conformidad negativa y conformidad positiva en cuanto al género se observan también en las trayectorias evolutivas, estando formados por más chicos de los esperados por azar los grupos menos tendentes a ceder ante cuestiones positivas y más dispuestos a dejarse convencer ante cuestiones negativas.

3.4.4. Comparación entre los tres tipos de conformidad

Aunque la lógica de la presente exposición es primero describir y posteriormente relacionar los diferentes constructos, en el caso de la conformidad consideramos más oportuno analizar la relación entre los tres tipos de conformidad en este apartado, para que la imagen de cómo evoluciona la conformidad en general a lo largo del periodo adolescente sea completa.

En primer lugar, realizamos análisis de correlación de *Pearson* entre los tres tipos de conformidad y los dos tiempos de los que disponemos de datos (tabla 42), para posteriormente comparar los tres tipos de conformidad ante la presión grupal descritos (figura 25).

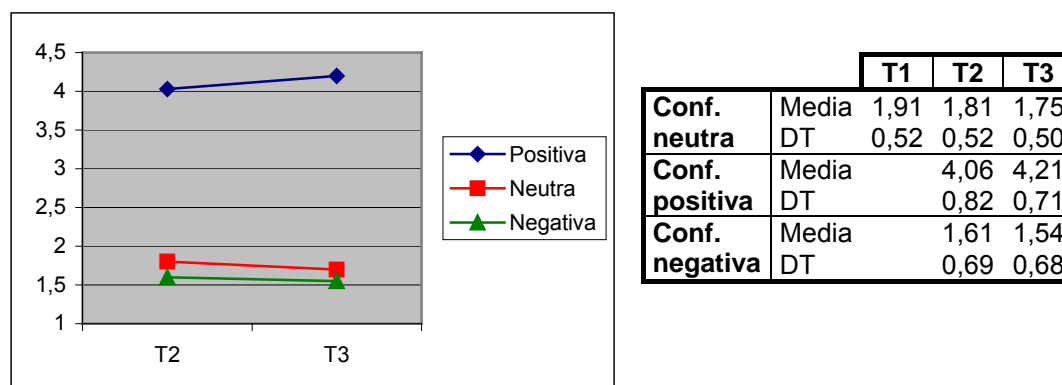
De los análisis de correlaciones, parecen desprenderse dos ideas claras. Por una parte, la ausencia de correlación significativa entre la conformidad neutra y el resto, tanto conformidad positiva como negativa en ambos tiempos, lo que puede estar implicando que estamos ante constructos realmente diferentes. Esta idea se retomará en las conclusiones y discusión del trabajo. Por otra parte, la correlación negativa y significativa entre conformidad negativa y positiva nos informa de dos constructos relacionados (aunque de forma negativa).

Tabla 42. Relación entre conformidad positiva, negativa y neutra en la adolescencia media y tardía diferenciando chicos de chicas

		Conformidad neutra	Conformidad positiva	Conformidad negativa
Tiempo 2	Conformidad neutra		0,23	0,26
	Conformidad positiva	0,04		- 0,44**
	Conformidad negativa	0,09	- 0,58**	
Tiempo 3	Conformidad neutra		- 0,21	0,15
	Conformidad positiva	- 0,11		- 0,66**
	Conformidad negativa	0,19	- 0,22 [◇]	

** $p < 0,001$; [◇] $0,1 > p > 0,05$ (en gris los chicos y en blanco las chicas)

Figura 25. Comparación entre la conformidad positiva, negativa y neutra y, descriptivos de los tres tipos de conformidad



Las diferencias que se pueden apreciar en la figura 25 lo son también a nivel estadístico tanto en la adolescencia media (T2) como tardía (T3). Especificaremos sólo las significaciones de T2 para simplificar un poco la redacción de los resultados. En este caso, la prueba t para muestras relacionadas informa de que $t_{(98)} = 24,65$; $p < 0,000$ entre C. Neutra y C. Positiva; $t_{(98)} = 2,49$; $p < 0,05$ entre C. Neutra y C. Negativa y, $t_{(98)} = 18,48$; $p < 0,000$ entre C. Positiva y C. Negativa. Estos datos nos indican que los adolescentes son menos tendentes a ceder ante la presión del grupo hacia cuestiones negativas. De hecho, observemos en la tabla las puntuaciones medias. Recordemos que el

cuestionario se podía responder en una escala líkert de 1 a 5. Las medias tanto de conformidad negativa como neutra no llegan al 2, es decir las respuestas de los chicos y chicas están entre la opción “estás muy seguro que no te conformarías” y “es posible que no te conformaras”; mientras que la media de la conformidad positiva está por encima del nivel 4, entre “es posible que te conformaras” y “estás muy seguro que te conformarías”. Las variaciones en las respuestas aseguran que los chicos y chicas adolescentes de nuestra muestra no contestaron siempre la misma opción por tendencia a repetir respuesta, sino que leían el enunciado y respondieron en función de lo que harían en cada situación. Queremos recordar también que los ítems de unos y otros tipos de conformidad estaban intercalados en un mismo cuestionario (ver anexo 1). Estos resultados nos muestran a unos adolescentes que tienen tendencia a conformarse con el grupo cuando este presiona a cuestiones socialmente aceptadas como positivas y que no tienen tal tendencia antes aspectos neutros, y aún menos conformistas son si se les presiona a cuestiones realmente negativas.

Los datos encontrados en este apartado nos llevan a preguntarnos si realmente podemos hablar de conformidad en la adolescencia, si tal tendencia a hacer lo que los demás quieren existe, o si más bien habría que hablar de diferentes temas hacia los que ser o no conformistas o –incluso- a abandonar la idea del adolescente alienado que cede ante lo que los demás quieren que haga. Retomaremos estas ideas en el apartado de conclusiones.

3.5 LA PRESIÓN GRUPAL DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PROTAGONISTAS

Tal y como ya realizáramos cuando describimos los datos relativos a las relaciones afectivas con los amigos y compañeros, pasamos a seleccionar algunos párrafos de los grupos de discusión realizados con adolescentes.

Rural, 13 años

Chica1: (...) Por qué tiene que ser ésta, la que ponga la cara diferente, el que más se vea, y más...

Moderadora: o sea, que éste lo que tiene es afán de protagonismo, ¿no?

Chica1: sí, quiere ser protagonista

Moderadora: ¿y por qué protestan los otros?

Chica1: porque no es así, porque es igual que los demás.

Urbano, 13 años

Chica1: que ve que el otro tendrá algún amigo, que se lleva bien con la gente y ella se querrá parecer a él.

(...)

Chica1: porque el otro al ser más chulo, tiene siempre más amigos, siempre está la gente más así... y querrá tener bastantes amigos y se pone igual que el otro.

(...)

Chico1: si te das cuenta, si vas al instituto, la mayoría de la gente va a la mafia de allí de la esquina y se quiere parecer a ellos, vestir como ellos, parecerse a ellos.

(...)

Chica2: yo creo que le siguen la corriente los más débiles, los que casi no tienen amigos y eso... y por querer ser igual a ellos pues...

(...)

Chico2: bueno, la vez que he tenido que hacer amigos hemos empezado todos siendo amigos, cambiando de colegio, pues hemos empezado a hacernos amigos, y siempre pillas al que más tu crees que puede ser tu amigo

Chica2: al que combina más contigo.

(...)

Chica2: siempre hay grupos que te rechazan pero yo qué sé. Yo este año me juntaba con unas personas hasta el verano, pero allí me sentía yo rara, que a lo mejor yo quería hablar y pasaban

4 kilos de mí, y en ese grupo había metido yo a gente, pero claro, yo que sé, a mi me tenían como apartada, así que decidí cortar, y como tenía amigos (en el grupo en el que estábamos haciendo los grupos de discusión) empezamos a salir y a salir y estoy muy bien.

Rural, 15 años

Chica1: yo qué sé... esto es lo que ocurre en la sociedad, que como uno destaque por algo, los demás empiezan a criticarlo y a meterse con él, que ¿por qué hace eso? Y al final, acaba haciendo lo mismo que los demás, pero todavía se cree inferior a los demás.

Moderadora: ¿vosotros creéis que eso pasa con frecuencia?

Chica1: sí, como seas un poco diferente te linchan, vamos.

(...)

Chica1: porque hay gente que porque sea distinta, porque vaya al contrario de los demás, de la corriente, los demás intentan hundirlo. Tu vas en contra nuestra y como somos más te hundimos.

Moderadora: mejor seguir la corriente del grupo, ¿no?

Chica 1: no es mejor, pero... muchas veces es lo que tienes que hacer.

Urbano, 15 años

Chica1: hombre, es que si tú entras nuevo, más que nada, no van a ponerse todos a lo que tú digas, al revés

Chica2: tendrás que adaptarte tú

Chica1: tendrás que adaptarte tú, no se va a adaptar todo el mundo a ti. ES más fácil que se adapte una persona

Moderadora: ¿tú que decías?

Chico1: no, eso. Que cada grupo tiene una forma de ser y si entras nuevo, un poco te tienes que adaptar, pero después vas siendo tú mismo, sabes, la gente te va conociendo, al principio no te conocen...

Rural, 17 años

Chico: ¿con qué cosas?, no sé... por ejemplo, de las pandillas de antes, de eso... la forma de vestir, aunque parezca que no es importante pero yo creo que sí es importante (ríen). Los pijitos estos de las ciudades y esas cosas, que se junte uno que no es pijito y vaya así todo normal, nada más que vaya normal y al final lo somete el grupo y al final tiene que ir vestido como los demás, sin que a él le guste.

(...)

Chica: (...) la gente que se junta entre sí, otro y otra, tienen cada una su forma de vestir. Que sí, que a lo mejor hay alguna, a lo mejor que viste de otra (forma) diferente a los demás, pero siempre se asimila a la misma forma de vestir los que se juntan entre ellos, por lo menos lo que yo veo.

Urbano, 17 años

Chica: (...) creo que en general llegamos a una edad, ¿no?, que llegamos por ejemplo a los 15 años que decimos: yo quiero ser heavy, me planto mi careta de heavy, me pongo mi ropita, soy el chulito, ¿sabes? Y luego a lo mejor es completamente distinto,

soy un tío taco de buena gente, pero delante de la gente, tengo que ser chulito, voy rompiendo la pana, que digo dos tonterías y yo creo que llegamos a una edad en la que nos ponemos un disfraz y lo prolongamos más tiempo, y además eso pasa en todos los grupos

(...)

Chica1: es en general, ¿sabes? Y eso hasta que se den cuenta de buenas a primera ¿qué será de ese chaval que yo lo veía antes así y cómo ha cambiado? Porque en verdad, no ha cambiado, lo que pasa es que ahora es hippy, o el típico bohemio que va con los pelos *rastas*, no me lavo en tres días y soy el más chulo de todo el mundo.

Moderadora: ¿por qué?

Chica1: porque queremos llamar la atención

Chica2: bueno, yo creo que hay una edad en la que te crees que te vas a comer el mundo, es que es verdad, hay una edad en la que empiezas a salir, que tu es la primera vez que sales y dices "aquí estoy yo"

Los párrafos seleccionados en cuanto a la conformidad, pueden servirnos a modo de resumen de lo expuesto en la introducción teórica. Pareciera como si los adolescentes que participaron de los grupos de discusión hubieran leído la literatura que existe al respecto y nos ayudaran incluso a ir más allá. Los chicos y chicas hablan de los procesos que hemos descrito en el apartado teórico. Al entrar en un grupo, se dan los procesos de selección activa "la vez que he tenido que hacer amigos hemos empezado todos siendo amigos, cambiando de colegio, pues hemos empezado a hacernos amigos, y siempre pillas al que más tu crees que puede ser tu amigo"(Chico, urbano, 13 años). Pero también hablan de la socialización recíproca "Que si, que a lo mejor hay alguna, a lo mejor que viste de otra (forma) diferente a los demás, pero siempre se asimila a la misma forma de vestir los que se juntan entre ellos, por lo menos lo que yo veo."(Chica, rural, 17 años), e incluso de la desección o dejar de pertenecer a un grupo en el que el chico o la chica no se siente cómodo "y pasaban 4 kilos de mí, y en ese grupo había metido yo a gente, pero claro, yo que sé, a mi me tenían como apartada, así que decidí cortar" (Chica, urbana, 13 años). A pesar de todo, coinciden en la idea extendida por nuestra sociedad de que durante la adolescencia hay que ser rebelde, y adoptar roles o apariencias que distingan al adolescente de la sociedad en general "bueno, yo creo que hay una edad en la que te crees que te vas a comer el mundo, es que es verdad, hay una edad en la que empiezas a salir, que tu es la primera vez que sales y dices "aquí estoy yo"; por ejemplo a los 15 años que decimos: yo quiero ser heavy, me planto mi careta de heavy" (chicas, urbano, 17 años).

Nuestros chicos, como bien hemos dicho poco antes, no sólo describen los procesos que adelantara Kandel (1978) de selección, socialización y desección, sino que avanzan más y aportan los porqué de establecer grupos homogéneos e incluso los mecanismos por los que se produce la conformidad. Así, en el primer sentido, ellos dicen que “porque no es así, porque es igual que los demás” (chica, rural, 13 años). Parece que –al menos para esta chica- es importante que en el grupo no haya quien se sienta inferior ni superior. Todos deben ser iguales. Sin embargo, dudamos mucho que en este ser iguales esté hablando de similar apariencia o pensamiento, sino que se está refiriendo a estatus, a que entre compañeros o amigos no debería haber clases diferentes, unos mejores o superiores a otros que sean inferiores. Coincide en esta apreciación un chico urbano de 17 años, que en la discusión sobre por qué siempre iban a los mismos lugares de ocio y hacían las mismas cosas respondía que: “quillo, vamos a ir... sí quillo..., pero a mí me gusta estar con mis amigos”, en alusión a que aunque algunos chicos o chicas propongan cambiar de sitio, si van lo hacen todos juntos y, si no, siguen haciendo lo de siempre, porque su principal objetivo es estar con sus amigos, independientemente del lugar o el qué estén haciendo. Estos temas no se estudian en la niñez ni en la adultez, pero si cada uno de nosotros miramos a nuestra propio mundo relacional, ¿acaso no escogemos para pasar nuestro tiempo de ocio lugares y personas con las que estamos cómodos, con las que no nos sentimos inferiores, con las que nos apetece pasar el tiempo? es lo mismo que dicen los chicos y chicas adolescentes, solo que en su caso, los tildamos de conformistas o de que imitan lo que hacen sus amigos.

Con esta idea, entroncamos en los mecanismos por los que se produce la conformidad. En primer lugar, queremos rescatar la opinión del grupo urbano de 15 años. No reproducimos aquí la conversación entera, pero si leemos un par de páginas atrás vemos como lo que se puede interpretar como conformidad: alguien llega nuevo a un grupo y se comporta como lo hacen los demás miembros del grupo, puede también ser interpretado como la forma más hábil de incorporarse a un nuevo grupo. Al principio se observan las normas del grupo, se conocen y siguen, y cuando ya se es un miembro más del grupo, entonces se pueden violar algunas de las normas grupales “un poco te tienes que adaptar, pero después vas siendo tú mismo” (Chico, urbano, 15 años). El grupo de chicos y chicas urbanos de 13 años no tiene desperdicio. Son los más débiles quienes son conformistas, “le siguen la corriente los más débiles, los que casi no tienen

amigos” (Chica, urbano, 13 años) y si se sigue a alguien, será a aquellos que tienen más éxito “la mayoría de la gente va a la mafia de allí de la esquina y se quiere parecer a ellos, vestir como ellos, parecerse a ellos” (Chico, urbano, 13 años).

Sin duda, estos párrafos en los que los chicos y chicas ejemplifican perfectamente buena parte de la literatura descrita en el apartado teórico de conformidad, son la mejor prueba de que preguntar (en abierto, y no sólo con respuestas cerradas) a los propios protagonistas de la historia por cómo ven y viven su adolescencia, debería ser un hábito más frecuente, y por supuesto, la mejor fuente de hipótesis a la hora de buscar mecanismos, causas y consecuencias de los procesos relacionales, durante la adolescencia y, más que probablemente, en cualquier otra población objeto de estudio.

Capítulo 4

El vínculo de apego con los progenitores

Tal y como explicamos en el método, tenemos diferentes medidas de la relación de apego de los y las adolescentes con sus progenitores. En este caso, las medidas no son longitudinales de tres tiempos, ya que mientras que en T1 tomamos el recuerdo que los y las adolescentes tenían del vínculo que establecieron con sus progenitores cuando eran más pequeños, en T2 y T3 tomamos una medida del apego contemporáneo a los progenitores.

4.1. EL RECUERDO DEL VÍNCULO DE APEGO EN LA INFANCIA

Como se expuso en el método, en la primera recogida de datos (T1), utilizamos el cuestionario de Parker *et al* (1979) para conocer el recuerdo que chicos y chicas tenían del vínculo de apego desarrollado hacia sus progenitores. A partir de las puntuaciones obtenidas en las dos dimensiones que evalúa este cuestionario: afecto y sobreprotección, se establecen cuatro formas de apego: óptimo, control frío, constreñido y carencia de vínculo (ver método).

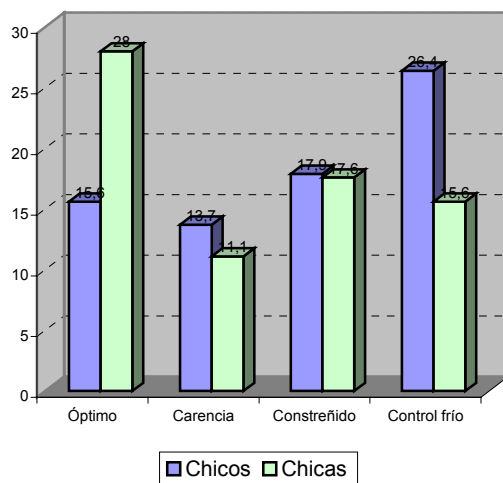
Consideramos afecto bajo todas aquellas puntuaciones que quedaban por debajo de la mediana en afecto. En consecuencia, las puntuaciones por encima de la media fueron consideradas afecto alto. Esta misma operación se realizó tanto con el padre como con la madre en las dimensiones afecto y sobreprotección. Por tanto, los tipos de vínculo no son construcciones apriorísticas sino que surgen a partir de los datos de nuestra muestra.

Para analizar estos datos hemos utilizado la muestra transversal de 513 sujetos, puesto que no perdemos información longitudinal (ya que no la tenemos) y la muestra mayor nos permite que las conclusiones que obtengamos sean más fiables.

En la figura 26 se pueden observar claras diferencias de género. Las chicas recuerdan un vínculo seguro u óptimo (alto afecto y alta estimulación de la autonomía) tanto con sus madres como con sus padres con mayor frecuencia que los chicos. A su vez, un porcentaje mayor de ellos que de ellas recuerdan un vínculo de control frío (alta sobreprotección y bajo afecto) con la madre y de carencia (baja sobreprotección y bajo afecto) con el padre. Estas relaciones son significativas y pueden ser vistas con claridad en la figura 26.

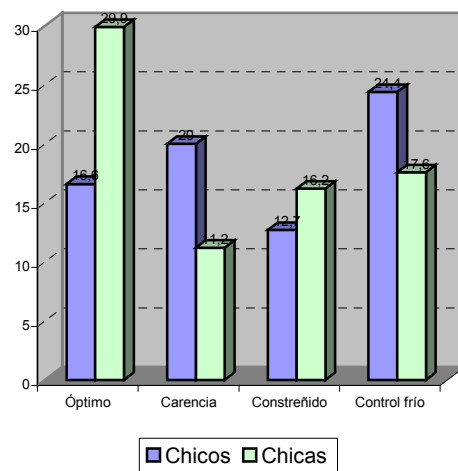
Figura 26. Porcentaje de Modelos Representacionales del recuerdo del vínculo de apego con la madre y con el padre.

Modelo Representacional con Madre



$\chi^2_{(4)} = 16,2, p < 0,01$

Modelo Representacional con Padre



$\chi^2_{(4)} = 18,45, p < 0,001$

Quizás, en este caso sean más esclarecedores los valores de las dos dimensiones que forman la tipología de apego: sobreprotección Vs estimulación de la autonomía y afecto Vs rechazo que la tipología de los vínculos de apego.

Tabla 43. Media y desviación típica del recuerdo del vínculo de apego con padre y madre en T1.

SEXO		Sobreprotección en historia apego madre	Sobreprotección en historia apego padre	Afecto en historia apego madre	Afecto en historia apego padre
chico	Media	17,73	15,32	27,76	24,76
	N	213	206	212	206
	Desv. típ.	5,52	5,74	5,43	6,56
chica	Media	16,35	15,41	29,36	26,93
	N	289	278	289	278
	Desv. típ.	5,89	6,15	4,95	6,41
Total	Media	16,93	15,38	28,68	26,01
	N	502	484	501	484
	Desv. típ.	5,77	5,97	5,22	6,56

Los análisis efectuados con la prueba t para muestras independientes nos muestran que las chicas recuerdan que sus madres ejercían una mayor estimulación de la autonomía durante su infancia que lo que recuerdan sus compañeros varones ($t_{(500)} = 2,6$; $p < 0,01$), no hallándose diferencias significativas en cuanto al sexo en la sobreprotección que recuerdan que ejercía el padre ($t_{(482)} = 0,17$; $p = n.s.$). Además, ellas recuerdan mayor afecto que los chicos tanto de las madres ($t_{(499)} = 3,44$; $p < 0,001$), como de sus padres ($t_{(482)} = 3,66$; $p < 0,001$).

Los análisis realizados con la prueba t para muestras relacionadas nos indican de forma estadísticamente significativa que tanto los chicos como las chicas sienten que sus madres les sobreprotegieron más durante la infancia que los padres ($t_{(202)} = 5,96$; $p < 0,001$ y $t_{(276)} = 2,76$; $p < 0,01$). Unos y otras recuerdan igualmente haber recibido más afecto de sus madres que de sus padres ($t_{(202)} = 7,18$; $p < 0,001$ y $t_{(276)} = 7,22$; $p < 0,001$).

Deteniéndonos un poco en los descriptivos que aparecen en la tabla 43, podemos comprobar que la puntuación media más elevada y la dispersión más baja (por tanto, donde hay menos variabilidad) la hallamos en la historia de afecto de las madres con las hijas.

A pesar de no tener datos longitudinales de esta medida, podemos aportar datos de la evolución con la edad y diferenciando por géneros de ambas dimensiones con los datos del estudio transversal.

Figura 27. Evolución con la edad de la dimensión Sobrecontrol Vs Estimulación de la Autonomía con el padre y con la madre diferenciando chicas de chicos

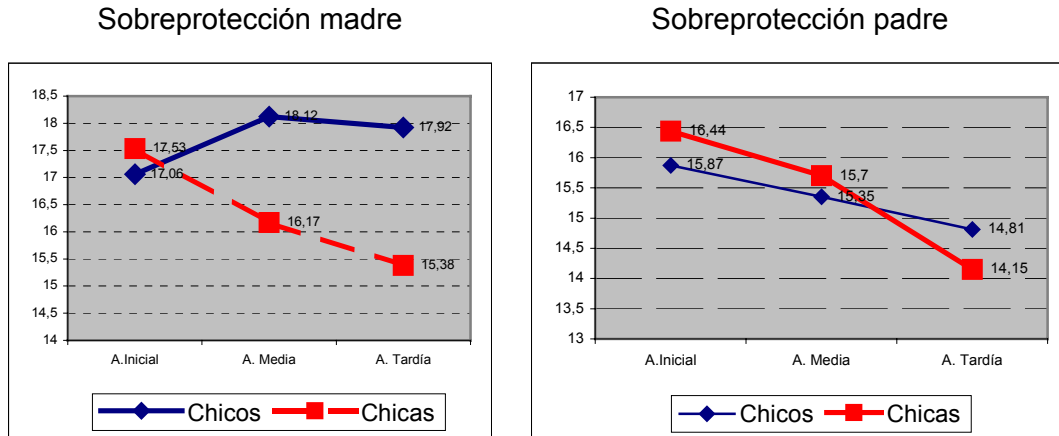
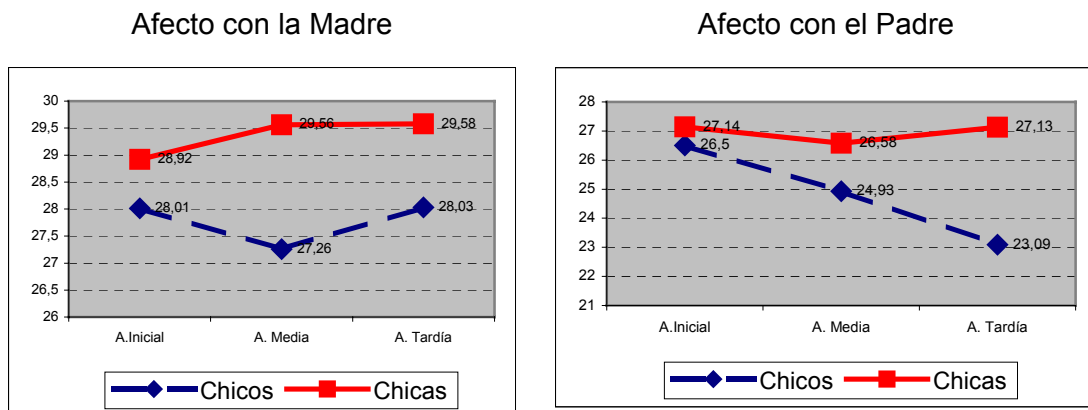


Figura 28. Evolución con la edad de las dimensión Afecto (alto y bajo) con el padre y con la madre diferenciando chicas de chicos



Como observamos en las gráficas 27 y 28, en el caso de las chicas tanto el recuerdo de sobreprotección de la madre, como el recuerdo de sobreprotección del padre, desciende significativamente con la edad ($F = 3,22$; $p < 0,05$; $F = 3,29$; $p < 0,05$). Es decir, al inicio de la adolescencia, las adolescentes recuerdan una mayor sobreprotección tanto de su padre como de su madre que la sobreprotección que recuerdan al final de la adolescencia. Sin embargo, esto no ocurre en los chicos. Ellos recuerdan tanto al inicio de la adolescencia como en la adolescencia media o en la tardía, aproximadamente el

mismo nivel de sobreprotección tanto con la madre ($F = 0,70$; $p = n.s$) como con el padre ($F = 0,59$; $p = n.s$). En los chicos, el descenso significativo con la edad se refiere exclusivamente al recuerdo del afecto paterno ($F = 4,82$; $p < 0,01$). En este caso, en las chicas este recuerdo permanece estable a lo largo de los años adolescentes ($F = 0,46$; $p = n.s$). Ellas recuerdan haber recibido más afecto que ellos por parte de la madre, no hallándose diferencias con la edad ni con el género en cuando al afecto percibido de la madre. Estos cambios en el recuerdo tanto de la sobreprotección como del afecto pueden estar hablando de cambios reales en la relación que los adolescentes mantienen a lo largo de la adolescencia con sus padres y madres, que pueden estar mediando el recuerdo de cómo se comportaron sus progenitores con ellos y ellas cuando contaban con menor edad, aunque también puede relacionarse con el proceso de desvinculación emocional de los progenitores, más intenso al inicio de la adolescencia. De nuevo, retomaremos estos datos más adelante y en la discusión de los resultados.

Una pregunta general en investigación y de la que hemos dado cuenta en la introducción teórica es en qué medida el tipo de apego que se desarrolla con el padre y el que se desarrolla con la madre coinciden. Para responder a esa pregunta, cruzamos en una tabla de contingencias los datos referidos a uno y otro progenitor con el siguiente resultado.

Tabla 44. Tabla de contingencia entre los MIT del padre y de la madre (en cursiva los residuales tipificados)

		Modelo Representacional respecto a la Madre			
		Seguro	Carencia	Constreñido	Control frío
Modelo Representacional con el Padre	Seguro	68,5% <i>8,4</i>	23,8% <i>- 1,5</i>	23,8% <i>- 2,0</i>	5,7% <i>- 5,8</i>
	Carencia	13,5% <i>- 1,6</i>	52,4% <i>6,0</i>	7,9% <i>- 2,6</i>	15,7% <i>-0,8</i>
	Constreñido	7,9% <i>- 2,9</i>	0% <i>- 3,2</i>	50,8% <i>8,0</i>	10% <i>- 1,9</i>
	Control frío	10,1% <i>- 4,9</i>	23,8% <i>- 0,9</i>	17,5% <i>- 2,4</i>	68,6% <i>8,3</i>

$$\chi^2_{(9)} = 186,88, p < 0,001$$

Como se puede comprobar en la tabla 44, todas las casillas de la diagonal informan de residuos corregidos positivos y con valor absoluto mayor que 121, lo que informa junto a la *Chi-cuadrado* con valores significativos que la tendencia es a que los chicos y chicas recuerden el mismo tipo de apego de sus madres y de sus padres. A pesar de la importante coincidencia en cuanto al apego que se desarrolla con el padre y con la madre, también son importantes las no coincidencias. Nos gustaría resaltar algún dato de la tabla de contingencias, el hecho de que los modelos representacionales (o Modelos Internos de Trabajo) más coincidentes sean el Seguro y el Control Frío. Si analizamos las correlaciones entre las dos dimensiones que componen el estilo de apego: Sobreprotección-Estimulación de la autonomía y Afecto-Rechazo, encontramos los siguientes resultados:

Tabla 45. Correlación de pearson entre el padre y la madre en las dimensiones que componen la historia de apego.

		Padre	
		Sobreprotección	Afecto
Madre	Sobreprotección	0,56**	
	Afecto		0,53**

Los datos relativos a las correlaciones de ambas dimensiones no hacen más que refrendar la idea de que los adolescentes recuerdan tanto de sus padres como de sus madres estilos muy similares de relación.

4.2. EL VÍNCULO DE APEGO ACTUAL CON LA MADRE O PADRE

A partir de la segunda recogida de datos, como ya hemos explicado antes, utilizamos un nuevo instrumento para evaluar la relación que los chicos y las chicas adolescentes tenían con sus progenitores. Este nuevo cuestionario (West, *et al.*, 1998) se diferencia – entre otras cuestiones – del anterior en que evalúa el apego actual hacia los padres o las madres en lugar del recuerdo del vínculo de apego. Tal y como se explicó en el método, está formado por tres dimensiones: Enfado/preocupación, Disponibilidad y Consideración. Pasamos ahora a la descripción los resultados encontrados a partir de estos datos.

Figura 29. Cambios en la dimensión de apego Enfado/Preocupación entre la adolescencia media y tardía

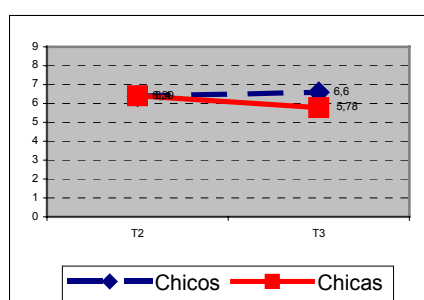
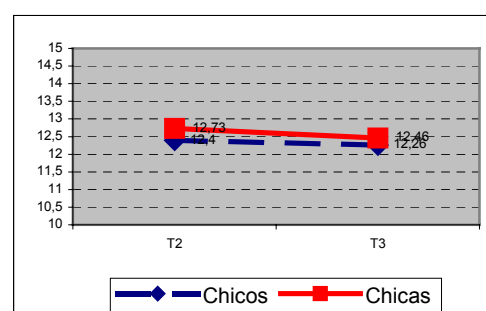


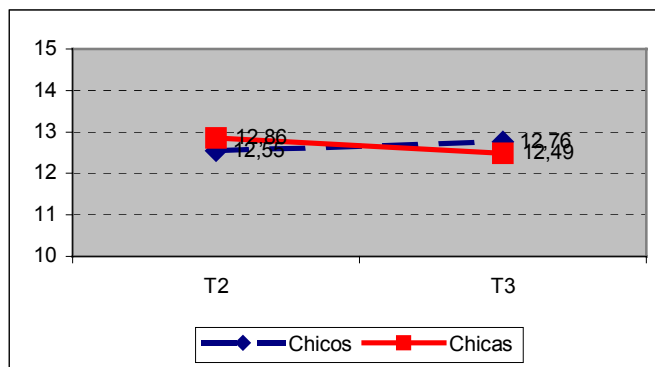
Figura 30. Cambios en la dimensión Disponibilidad entre la adolescencia media y tardía



Aunque vemos un descenso en las chicas y un aumento en los chicos de la subescala Enfado/preocupación con los progenitores, las diferencias que observamos en la gráfica no se tornan significativas ni para los chicos ni para las chicas ($F_{(1,99)} = 0,6$; $p = n.s.$). Tampoco son significativas las diferencias perceptivas en lo referente a disponibilidad y consideración ($F_{(1,99)} = 0,74$; $p = n.s.$, $F_{(1,99)} = 0,096$, $p = n.s.$). Es decir, no parece haber cambios entre la

adolescencia media y la tardía en lo que respecta al sentimiento de enfado/preocupación que sienten los chicos y chicas cuando la figura de apego no está disponible, ni en el sentimiento de que sus padres y madres son responsivos y están disponibles cuando los necesitan ni, por último, en el grado en el que el adolescente y la adolescente es considerado y empático con las necesidades y sentimientos de sus progenitores. Esta ausencia de cambio es coherente con la idea de estabilidad en los Modelos Internos de Trabajo que ya adelantara Bowlby.

Figura 31. Cambios en la dimensión Consideración entre la adolescencia media y tardía.



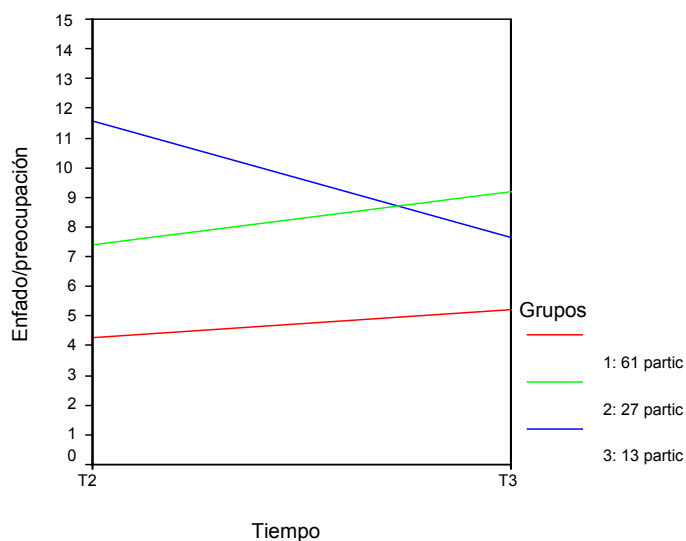
En lo referente a la estabilidad relativa, tal y como se ve en la tabla 46, encontramos una estabilidad media tanto en disponibilidad como en consideración, aunque no en enfado/preocupación. En este caso, lo llamativo es la poca estabilidad relativa encontrada en esta última subescala en el caso de los chicos. Sin embargo, no podemos olvidar que el índice de fiabilidad de esta subescala es bajo ($\alpha = 0,63$ y $\alpha = 0,64$), lo que hace que la baja estabilidad relativa quede un poco en entredicho. En el análisis de trayectorias individuales esperamos encontrar la explicación a estas diferencias.

Tabla 46. Estabilidad relativa en las dimensiones de apego a los progenitores diferenciando el sexo

	Enfado/preocupación		Disponibilidad		Consideración	
	T2	T3	T2	T3	T2	T3
T2		0,16		0,40*		0,54**
T3	0,50**		0,47**		0,34**	

*p<0,05; **p<0,01, en gris los chicos y en blanco las chicas.

Figura 32. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en Enfado/preocupación si los padres no están disponibles entre la adolescencia media y tardía



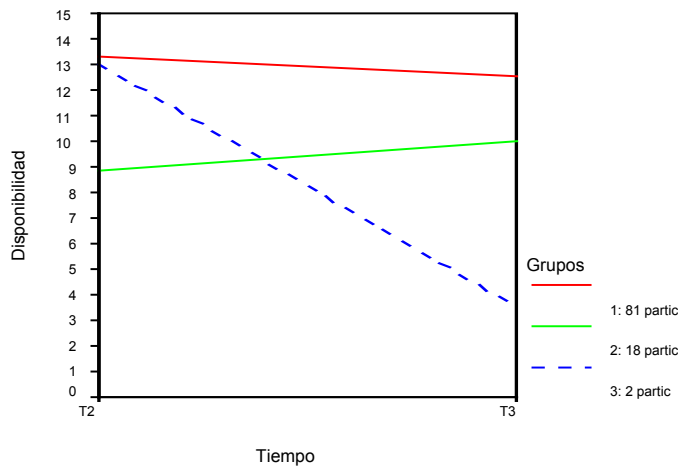
Observamos en la gráfica que el grupo más numeroso permanece relativamente estable (aunque se aprecia un ligero aumento) entre T2 y T3. Probablemente, este grupo es el causante de que la comparación de medias muestre que no existen cambios. Al mismo tiempo, aparecen otros dos grupos, uno que muestra un aumento de enfado/preocupación cuando los padres no están disponibles y otro con un claro e importante descenso en esta misma variable (más de tres puntos), que quizás sean los responsables de la baja estabilidad relativa entre los chicos en esta dimensión. Los análisis realizados para comprobar las diferencias entre los tres grupos escogidos informan de que en el grupo dos (aquel que aumenta levemente en la dimensión enfado/preocupación) se encuentran más chicos de los esperados por azar y menos chicas de las esperadas por azar $\chi^2(2) = 5,04$; $p = 0,08$ (relación marginal). Las tablas de contingencia no son significativas ni en lo referente al nivel de estudios de los padres ni en lo referente al habitat rural o urbano.

Tabla 47. Medias y desviaciones tipo en enfado/preocupación de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	4,95	1,46	5,00	1,35	61
2	7,44	1,28	7,89	1,74	27
3	11,08	1,32	7,46	1,32	13
Total	6,41	2,52	6,09	2,17	101

El análisis de trayectorias individuales de la dimensión disponibilidad nos muestra (figura 33):

Figura 33. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos de disponibilidad de la figura de apego entre la adolescencia media y tardía.



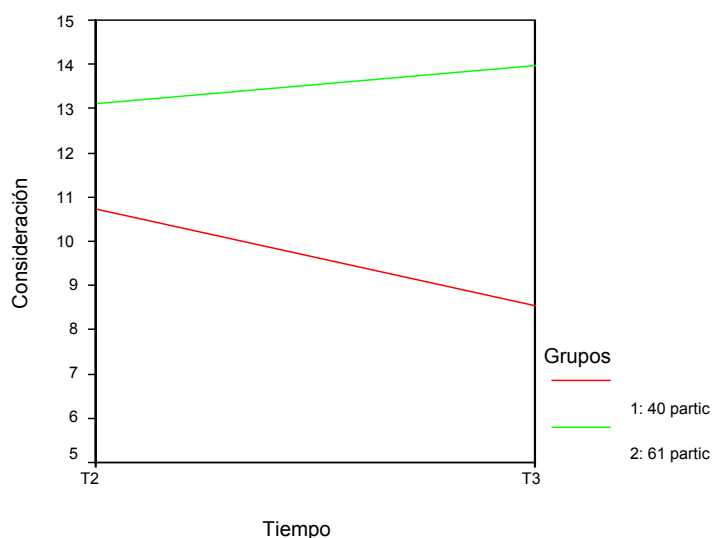
Podemos observar que lo más llamativo en esta gráfica es la estabilidad de los grupos. Sólo encontramos una disminución importante en dos participantes del estudio. Las tablas de contingencia no muestran diferencias entre estos tres grupos ni en lo referente al hábitat de residencia, ni al nivel de estudios de los padres ni al sexo de los participantes.

Tabla 48. Medias y desviaciones tipo en disponibilidad de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	13,38	1,25	13,15	1,61	81
2	9,11	1,6	9,94	1,92	18
3	13	2,83	3,5	0,71	2
Total	12,61	2,11	12,39	2,42	101

Por último, describiremos la variable consideración o sentimiento empático hacia los padres.

Figura 34. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en consideración hacia la figura de apego entre la adolescencia media y tardía



Al igual que ocurriera con las otras dos dimensiones del cuestionario de apego, encontramos mucha estabilidad en la dimensión consideración/empatía hacia la figura de apego, con un grupo que aumenta levemente (apenas medio punto como se puede comprobar en la tabla 49) y otro que disminuye también levemente (aproximadamente un punto). Los análisis de *Chi-cuadrado* no muestran diferencias significativas ni en cuanto al sexo, ni al nivel de estudios de los padres ni al hábitat de residencia.

Tabla 49. Medias y desviaciones tipo en Consideración de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. tít.	Media	Desv. tít.	
1	11,4	1,99	10,3	1,88	40
2	13,62	1,51	14,1	1,16	61
Total	12,74	2,03	12,59	2,38	101

En este punto, la pregunta que surge es cómo se relaciona la historia de apego de la que informaron los y las adolescentes en la primera oleada de datos con las variables de apego actual. La tabla 50 nos muestra los resultados de correlacionar la historia de sobreprotección y afecto tanto con el padre como con la madre (datos recogidos en T1) con el enfado si los padres no están

disponibles, la disponibilidad de la figura de apego y la consideración y empatía hacia los progenitores.

Tabla 50. Correlación de Pearson entre las diferentes variables de apego

	Enfado en T2	Disponib en T2	Consider. en T2	Enfado en T3	Disponib. en T3	Consider. en T3
Sobreprotección en historia apego <i>madre</i>	0,21*	0,04	0,04	0,15	- 0,17 [◇]	- 0,16
Sobreprotección en historia apego <i>padre</i>	0,17	-0,01	-0,01	0,02	- 0,04	- 0,15
Afecto en historia apego <i>madre</i>	-0,26**	0,35**	0,28**	- 0,21*	0,31**	0,33**
Afecto en historia apego <i>padre</i>	-0,17 [◇]	0,28**	0,18 [◇]	- 0,15	0,32**	0,23*

** p < 0,01 (bilateral); * p < 0,05 (bilateral). [◇] p < 0,1

Como podemos comprobar, es el afecto que los chicos y las chicas recuerdan que recibieron de sus padres y madres en la infancia la variable que más correlaciona con el tipo de apego actual que chicos y chicas mantienen con sus progenitores. De tal forma que quienes recuerdan historias de afecto elevado son más proclives a contestar que actualmente sienten que su madre/padre estará disponible si la/lo necesita y son empáticos y considerados con las necesidades de su padre/madre al tiempo que tienden a estar menos enfadados y preocupados por la relación que mantienen con su madre/padre. Además, nos gustaría resaltar el dato de que las correlaciones entre la historia de afecto y las variables del cuestionario de apego contemporáneo son más altas en el caso de la madre que en el del padre, es decir, parece haber más estabilidad en el apego que se desarrolla hacia la madre que hacia el padre.

En resumen, en lo referente a la historia de apego que chicos y chicas adolescentes recuerdan, hay que destacar que las chicas perciben más afecto tanto de sus madres como de sus padres que los chicos. Quizás de una forma contraintuitiva encontramos que ellas recuerdan más estimulación de la autonomía que ellos por parte de las madres, sin que haya diferencia en la historia de sobreprotección (Vs estimulación de la autonomía) por parte del padre entre chicos y chicas.

Sin embargo, no se han encontrado diferencias de género en el vínculo de apego actual entre chicos y chicas en ninguna de las tres dimensiones medidas, ni se observan cambios entre la segunda y la tercera oleada de datos.

Es interesante observar cómo la dimensión Afecto - rechazo en la variable historia de apego es la que se relaciona con mayor fuerza con el vínculo de apego actual de los adolescentes con sus padres, teniendo más peso el afecto que recuerdan de la madre que del padre. Igualmente, en lo referente a la segunda dimensión de la historia de apego, el Sobrecontrol o Estimulación de la autonomía, vuelve a ser la madre la que tiene mayor influencia sobre el apego actual de chicos y chicas.

Por último, se encuentra una alta coincidencia entre el tipo de vínculo de apego que se estableció con la madre y el establecido con el padre.

4.3. LAS RELACIONES FAMILIARES VS A LAS RELACIONES CON LOS IGUALES DESCRITAS POR LOS PROPIOS ADOLESCENTES

Será más adelante donde describamos a nivel cuantitativo la relación entre los vínculos familiares y los vínculos con los iguales. Sin embargo, hemos decidido incluir aquí la aportación en las propias palabras de los adolescentes por no romper el hilo expositivo, tanto el formal como el argumental más adelante. A nivel formal porque los comentarios de los adolescentes estamos introduciéndolos en esta primera parte de los resultados, más descriptiva: a nivel argumental porque en el siguiente apartado hablaremos más de la influencia de las relaciones familiares en las relaciones con los iguales desde el punto de vista del apego, centrándonos en las coincidencias o en los trasposos, es decir en la continuidad, y en los grupos de discusión -quizás erróneamente-, pusimos el acento en encontrar las diferencias entre ambos contextos. Además, no hemos resistido la tentación de incluir algunas *perlas* sobre la relación con los progenitores aunque no estén relacionadas con el mundo de los iguales. Sin más, daremos la palabra a los chicos y chicas de los grupos de discusión.

Rurales, 13 años

Moderadora: ¿hay cosas que preferís hablar con vuestros amigos antes que con vuestros padres?

Todos: sí

Moderadora: todos, ¿no?. ¿Muchas?

Chico: cuando cateamos los exámenes

Moderadora: ¿qué cosas por ejemplo?

Chico: catear los exámenes, de si bebemos o no bebemos

Chica: si fumamos o no fumamos

Chico: de la novia

(...)

Moderadora: ¿qué más cosas?. ¿Hay cosas que preferías hablarlas con vuestros padres antes que con vuestros amigos?

Todos: no

Chica: para nuestros amigos no hay secretos

(...)

Moderadora: ¿para qué cosas son más importantes vuestros padres?

Chico: para hablar cosas serias.

Urbanos, 13 años

Chico: pero es que un amigo no está atado a ti, pero tu padre siempre estará atado a ti porque eres su hijo y un buen amigo, cuando quiera, se larga y fuera, y no...

Rurales, 15 años

Moderadora: cosas que hablas con los amigos y que no hablas con los padres

Chica1: yo que sé, problemas que tú tienes, que tú piensas que tus padres no te van a comprender y mis amigas sí, porque está en tu misma edad y le está pasando lo mismo que a ti

(...)

Chica1: hay temas que no puedes tratar con ellos (con los padres)

Chica2: y si los tratas, lo haces por encima; pero tampoco se lo cuentas, como se lo cuentas a tus amigas.

(...)

Chica1: que ellos siempre van a estar ahí porque tus amigos en un momento dado te pueden dejar, pero tus padres no lo van a hacer nunca.

Urbanos, 15 años

Chico: no, no le cuento las mismas cosas. Yo que siempre, no es lo mismo hablar con un padre que con un amigo.

(...)

Chico: porque los padres son los padres, y los amigos los amigos, y tú no puedes tratar a los padres como los amigos, nunca.

Chica: (...) como he hecho muchas veces, que me quedo a dormir en casa de mis amigas, y como ellos no me dejan tarde (...) le tengo que decir que me voy a recoger temprano. Y entonces si yo le digo: "mira no, que me voy a ir toda la noche" me van a decir: "si tu tienes alma, pon un pie fuera de la puerta". Porque son más protectores y me van a decir a ver si me va a pasar algo o cualquier cosa.

(...)

Moderadora: (...) ¿qué cosas no podéis contarle a los padres?

Chica: las cosas que se pueden hacer fuera de casa, yo que sé, como a lo mejor que vas a hacer una botellona, o si bebes o cualquier cosa, o si fumas... eso no se lo vas a decir: "¡oye papá!, que ayer cogí una borrachera..."

Chico: "Papá, tengo un peo⁶". Te lo quita de dos hostias (risas)

(...)

Chico: con mi padre no hablo mucho, mi padre está siempre trabajando y cuando llega es de noche ya y no hablo mucho

Moderadora: ¿y con tu madre si hablas?

Chico: con mi madre tampoco, mi madre está todo el día en mi casa, pero no.

Moderadora: ¿entonces a quien les cuentas tus penas? Porque todo el mundo tenemos penas...

Chico: a un amigo, prefiero contarle a un amigo que con mis padres

Moderadora: ¿y por qué crees tú que pasa eso?

⁶ Peo: coloquialmente, estar ebrio.

Chica: son de tu edad, te comprende más

Chico: quizás los padres son siempre, eso, rodean más, y si tú le cuentas más van a estar siempre encima.

Rurales, 17 años

Chico: yo con mis padres trato temas más serios; a lo mejor mi padre me da conversaciones de las drogas, me da conversaciones de las mujeres, que si del trabajo... por lo menos mi padre

(...)

Moderadora: (...) y qué cosas no ves tú decirle a tus padres?

Chico: pues yo que sé, si a lo mejor me fumo un porro, por ejemplo no se lo voy a decir a mis padres (ríe), eso está claro, a lo mejor se lo digo a un amigo.

Moderadora: ¿por qué no se lo cuentas a tus padres?

Chicos: (ríen todos) porque encima me aconsejan de esto y lo otro...

Urbanos, 17 años

Moderadora: ¿y por qué hablas de todo con tus amigos?

Chico1: porque tengo más confianza con ellos; no sé, yo en verdad, no tengo ningún problema con mis padres, pero no acabamos de... congeniar, es eso, es que yo no tengo por ejemplo, confianza para decirles "me pasa esto"; es que siempre me han dicho "tu tienes que pasar de todo, tu lo que tienes que hacer es estudiar y ya está, olvídate de todo, estudia" y nada, que no sé qué... "estudia, estudia" y entonces por eso no... (...) porque mis padres a lo mejor han estado bien ¿sabes?, pero yo no me he dado cuenta, y ahora es cuando yo me estoy dando cuenta, ¿sabes?. Hace un poco de tiempo es que yo me he dado cuenta de que en realidad mis padres están ahí, no son solamente los que me dan de comer, o me dan una casa o me hacen que estudie... lo de estudiar es siempre, yo que se es el bien para ti, pero yo me estoy dando cuenta, ¿sabes? De que están ahí para algo más y de que me puedo divertir también con ellos, no es solamente una relación de... pero vamos, que me estoy dando cuenta, no ha llegado todavía a... al proceso.

Moderadora: ¿estáis de acuerdo los demás?

Chico2: a mi me está sucediendo básicamente lo contrario, yo siempre he tenido mucha confianza con mis padres, se lo he contado todo. (...) últimamente estoy teniendo más confianza con mis amigos que con mis padres (...) porque antes, a los que tenía era a ellos dos, y ya está: ahora ya tengo más personas y entonces tal vez por ser de la misma edad, o porque no me conocen desde que era "esto", pues tal vez tenga un poco de... como diría yo... confianza, más amistad, no los veo ahí como una figura paterna que impone, sino una persona más cercana; bueno también veo a mi madre como cercana, pero no es lo mismo.

(...)

Chica: yo me he referido a que yo tengo confianza con mi madre respecto a contárselo, pero es que lo que pasa, es que como sus consejos y eso, como que son muy cerrados, entonces prefiero los consejos de mis amigas antes que...

Los chicos y chicas del grupo de discusión, aportaron mucha información sobre sus familias, información en la que no nos extendemos por trascender de los objetivos de este trabajo. Sí queremos dejar constancia que de nuevo nuestros adolescentes se convirtieron en *expertos* sobre la adolescencia y las relaciones a nivel de mesosistema de familia e iguales. Hubo vivencias que hablaron de que el contexto familiar y el de los iguales son dos mundos diferentes y que está bien que lo sea, utilizando a unas figuras u otras en función del tema del que tengan que hablar: “porque los padres son los padres, y los amigos los amigos, y tú no puedes tratar a los padres como los amigos, nunca” (chico, urbano, 15 años), prefiriendo a los amigos en temas del día a día o que consideran que está en la esfera de lo personal, como “catear los exámenes, de si bebemos o no bebemos” “de los novios” (rurales, 13 años), y a los padres para “temas más serios” (rural, 17 años). Curiosamente, estos temas más serios, tal y como dice el chico de 17 años, son los mismos que decían los de 13 años –entre otros- que no contaban a sus padres pero sí a sus amigos. Si nos fijamos, existe una diferencia entre una expresión y otra. Lo que hablan con los amigos es *si ellos mismos* fuman, beben o se emborrachan; lo que hablan con los padres es sobre las drogas a nivel general. Una discusión detallada sobre la comunicación familiar se puede encontrar en el trabajo de Parra (2005). Aunque sin duda sería muy interesante, no podemos detenernos en estos aspectos puesto que, como hemos comentado, excede de los objetivos de este trabajo, más centrado en las dinámicas con los iguales. Sin embargo, no queremos dejar pasar la ocasión de, simplemente, enunciar los porqués de la falta de revelación (contar por voluntad propia los hijos e hijas a padres y madres las cosas): para evitar un castigo positivo “te lo quitan (la borrachera) de dos hostias”, (chico, urbano, 15 años); para evitar un castigo negativo “si tu tienes alma, pon un pie fuera de la puerta” (chica, urbana, 15 años), o –quizás lo más sorprendente- para evitar que los padres aprovechen la ocasión para *darles una charla* “porque encima me aconsejan de esto y de lo otro” (chico, rural, 17 años).

También encontramos en los grupos de discusión casos en los que se da una relación negativa entre el mundo de los amigos y el de la familia, y en ambos sentidos, tal y como señaláramos en la introducción teórica. Pueden ser un buen ejemplo de ambas posturas los dos chicos urbanos de 17 años. No reproducimos aquí la conversación completa, pero mientras uno estaba descubriendo a sus padres como personas en las que confiar y con las que

compartir cosas, el otro estaba descubriendo el mundo de los amigos, pareciendo que ambos preferían un contexto en detrimento del otro.

Más difícil nos resulta testar con esta metodología la idea de la continuidad entre ambos contextos. Sin embargo, los datos cualitativos sí coinciden con los cuantitativos en que los adolescentes informan de niveles elevados de afecto percibido de los progenitores, mayor afecto percibido con la madre que con el padre y disminución de la sobreprotección según avanza la adolescencia. Así, los chicos y chicas informan de que: “un amigo no estará atado a ti, pero tu padre siempre estará atado a ti” (urbano, 13 años), lo que en nuestra terminología podríamos traducir en un confiar en la disponibilidad permanente de los progenitores. Respecto a la diferencia entre la relación con el padre y con la madre, nos gustaría transcribir las palabras de un chico urbano de tan sólo 13 años

Chico: porque yo me trato mejor con mi madre, yo... mi padre se levanta a las 6 de la mañana, se va al trabajo, llega a las 5 de la tarde, se echa su siesta, cena y a la cama otra vez, y así rutinario todos los días. Mi madre, llego del instituto y está en mi casa, comemos juntos, echamos la tarde juntos, cenamos juntos, y mi padre nada más puedo cenar por la noche juntos, y si estoy con él algunos días un poco más tiempo con él, son los fines de semana, y él me trata como a él lo trataba su padre que era... no sé, muy seco, ¿no? (...) él lo que piensa ahora mismo, que él su función, mi padre, su función es traer el dinero a casa, y que la casa salga para adelante. (...) su función en sí es esa, pero también relacionarse con su hijo, que su hijo piense también que su relación con el padre tiene que ser la misma que con la madre.

Por último, los chicos y chicas más pequeños informan de sobreprotección “Porque son más protectores y me van a decir a ver si me va a pasar algo o cualquier cosa” (chica, urbana, 15 años) y los mayores comienzan a hablar de menor protección y más libertad “hay que hacer esto, tomar la iniciativa, lo hago yo, y ahora me dejan porque soy más mayor (...) ahora ya eres más parte del clan, pero del clan de los adultos” (Chico, urbano, 17 años) “cuando hay peleas (...) soy yo el que suele hacer de mediador y ahora veo que... como que se nota más que soy adulto, que mi carácter es más grueso”. Por si el lector no se ha dado cuenta, no sólo es la variable edad la que diferencia a quién habla de protección y quienes hablan de mayor libertad, son chicos los últimos, lo que también coincide con los datos cuantitativos aportados.

Finalmente y para acabar este apartado, queremos hacer constar como los propios chicos están de acuerdo con B. Brown (1995), cuando decía que para los padres es más fácil ser democráticos con los hijos más tranquilos. Así, un chico nos decía que: “a lo mejor empezaba a hacer algo una cosa con 15 o 16 años y yo lo estaba haciendo con 12 o 14... encima de que yo lo hacía temprano, yo lo hacía el doble. Y entonces a lo mejor le preguntaba a mi madre cualquier cosa, y me decía “tú eres muy chico” (chico, urbano, 17 años).

Capítulo **5**

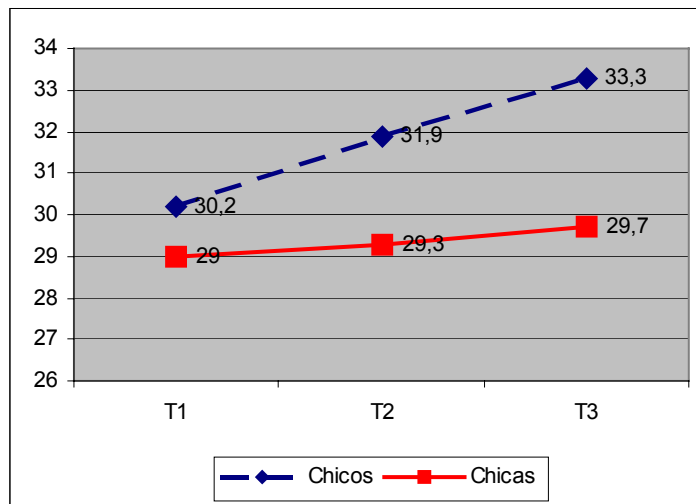
El ajuste interno o emocional, y externo o comportamental de chicos y chicas adolescentes

En este epígrafe, y continuando con la lógica que venimos siguiendo a lo largo de las páginas del apartado de resultados, realizaremos la descripción de aquellas variables que tienen que ver con el ajuste interno o emocional del chico o la chica adolescente.

5.1. AJUSTE EMOCIONAL o INTERNO DE LOS ADOLESCENTES Y LAS ADOLESCENTES

5.1.1 La autoestima

Figura 35. Cambios en la autoestima a través de la adolescencia.



Podemos observar claramente las diferencias en cuanto a autoestima entre chicos y chicas. En todos los momentos, ellos tienen más autoestima que ellas ($F_{(1, 98)} = 9,4, p < 0,01$). Estas diferencias aparecen también en las tendencias, ya que mientras el leve incremento en autoestima que se aprecia en el caso de ellas no es significativo $F_{(2,98)} = 0,5, p = n.s$, sí lo es el que observamos en el caso de los chicos $F_{(2,98)} = 7,58, p = 0,001$. Las diferencias, según la corrección de Bonferroni se da entre T1 y T3. Además, aparece un efecto de interacción $F_{(2,98)} = 3,36, p < 0,05$, que nos informa de un efecto de *moderación* de la variable sexo sobre la relación entre la autoestima y la edad.

Dos cosas llaman poderosamente la atención si observamos detenidamente estas correlaciones de la tabla 51. Por un lado la ausencia de estabilidad relativa entre un tiempo y el inmediatamente posterior en el caso de los chicos, lo que quizás está alertando de una fuerte inestabilidad en cuanto a la

autoestima en la adolescencia media en los varones, que haría que los niveles de autoestima en T1 predigan mejor la autoestima en T3 que los propios valores en T2. Es decir, en T2 aunque la media general de autoestima suba, la posición de los chicos en el ranking entre sus compañeros varía sustancialmente. Estos cambios de una recogida de datos a la siguiente también pudieran estar reflejando diferencias individuales en cuanto al ritmo de aumento en la autoestima, de forma que, a largo plazo, cada individuo recupera su posición en el ranking, aunque en la adolescencia media hayan tenido más/menos autoestima comparados con sus compañeros y con la adolescencia inicial. Comprobar esa premisa es fácil realizando una ecuación de regresión (ver tabla 52); responder al por qué de esta variabilidad en T2 (adolescencia media) será más difícil pero intentaremos hacerlo en el siguiente apartado. El segundo aspecto que llama la atención es la elevada estabilidad relativa que encontramos en las chicas. En el caso de ellas, si hacemos la misma ecuación de regresión que con los chicos, es la autoestima en T2 la que mejor predice la autoestima en T3, con un β de 0,7. Es decir, ellas tienen la autoestima más baja que los chicos en todo momento, no aumenta tal autoestima durante la adolescencia y, no hay variaciones en el ranking de autoestima, de forma que siempre son las mismas chicas las que están más altas/bajas de un tiempo a otro.

Tabla 51. Estabilidad relativa en autoestima diferenciando el sexo

	T1	T2	T3
T1		0,23	0,35*
T2	0,67**		0,26
T3	0,47**	0,70**	

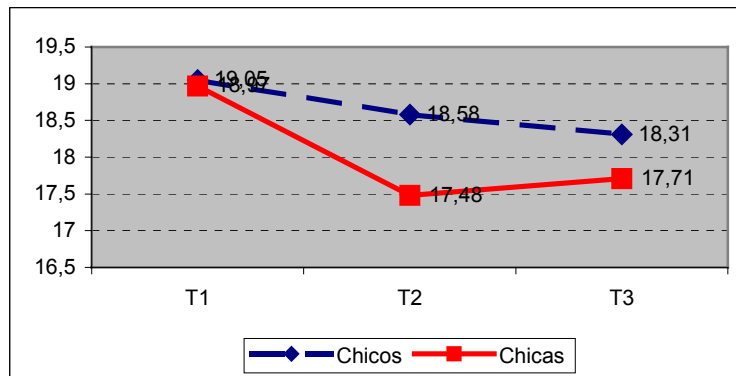
* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$, en gris los chicos y en blanco las chicas.

Tabla 52. Ecuación de regresión (método pasos sucesivos) sobre la autoestima en T3 con la matriz de chicos

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R cuadrado del modelo
Autoestima en T1	0,35	2,26	0,03	0,12
Autoestima en T2 (Variable excluida)	0,19	1,2	0,23	

5.1.2. La satisfacción vital

Figura 36. Cambios en satisfacción vital a través de la adolescencia



Las diferencias de género que se observan en la figura no son significativas ($F_{(1)} = 0,64$; $p = n.s.$). Sin embargo, el descenso del nivel de satisfacción vital percibido por los adolescentes en general (chicos y chicas juntos), sí se torna significativo ($F_{(2)} = 3,06$; $p < 0,05$). A pesar de que las diferencias entre chicos y chicas en general, tomados a lo largo de la adolescencia no son significativas, es el descenso en la satisfacción vital percibida que se da en ellas ($F_{(2,96)}$ *Traza de Pillai* = 3,028; $p = 0,05$) el que parece producir que tomados en conjunto se produzca la significación estadística del descenso en satisfacción vital.

Tabla 53. Estabilidad relativa en satisfacción vital diferenciando el sexo

	T1	T2	T3
T1		0,39 *	0,31 [◇]
T2	0,13		0,31 [◇]
T3	0,24 [◇]	0,57**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$, [◇] $p < 0,1$ en gris los chicos y en blanco las chicas.

Se observa mayor estabilidad en los chicos entre T1 y T2 y, en las chicas entre T2 y T3. En cualquier caso, la estabilidad relativa es media-alta en las chicas entre la adolescencia media y tardía, y baja –aunque las correlaciones sean significativas o marginales- en el resto de comparaciones.

5.1.3. El ajuste interno o los problemas internalizantes

Para evaluar el ajuste interno utilizamos a partir de la segunda oleada de datos el cuestionario YSR. A continuación pasamos a describir los resultados obtenidos a través de este instrumento.

Figura 37. Cambios en ajuste interno entre la adolescencia media y tardía

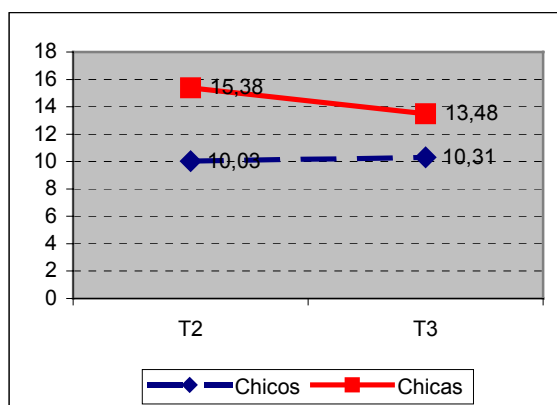


Tabla 54. Estabilidad relativa en ajuste interno diferenciando por sexos

	T1	T2
T1		0,57**
T2	0,62**	

**p<0,01; en gris los chicos y en blanco las chicas.

Los análisis de medidas repetidas muestran que no existen diferencias significativas entre T2 y T3 en los chicos ($F_{(1,98)} = 0,08$; $p = n.s$), pero sí en las chicas. Como se observa en la figura 37, la media de problemas de ajuste interno disminuye en la adolescencia tardía ($F_{(1,98)} = 6,26$; $p < 0,05$). Otra importante diferencia de género que encontramos es que tanto en T2 ($F_{(1,98)} = 9,15$; $p < 0,01$) como en T3 ($F_{(1,98)} = 3,93$; $p < 0,05$) las chicas muestran significativamente más problemas de ajuste interno que los chicos. Referente al análisis de la estabilidad relativa encontramos una estabilidad media-alta tanto en chicos como en chicas, habiéndose eliminado 5 valores atípicos para estos análisis.

En resumen, los chicos tienen más autoestima que las chicas y, además, sus niveles de autoestima aumentan con la edad. No hay diferencias significativas de género en la satisfacción que tienen con sus vidas unas y otros, pero ellas puntúan más bajo y la satisfacción vital de ellas desciende con los años. Tomados en conjunto, a lo largo de la adolescencia aumenta la autoestima pero disminuye la satisfacción vital. En cuanto a los problemas internos también decrecen entre la adolescencia media y la tardía, mostrando más problemas internalizantes las chicas que los chicos en ambas oleadas de datos.

5.2. EL AJUSTE COMPORTAMENTAL DE LOS ADOLESCENTES Y LAS ADOLESCENTES

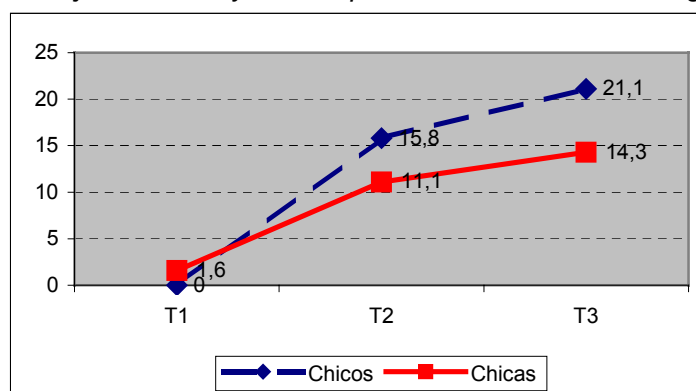
5.2.1. Consumo de sustancias

A la hora de exponer los resultados relativos a las variables de consumo, el lector va a encontrar algunas variaciones respecto a como venimos exponiendo los datos. Estas variables, tal y como se relató en el método, son ordinales y, por tanto, las pruebas que utilizaremos para hacer los análisis son *no paramétricas*. Así, compararemos la evolución con la edad, es decir, la estabilidad absoluta, con la prueba χ^2 de Friedman. “La prueba de Friedman es el equivalente no paramétrico de un diseño de medidas repetidas para una muestra. Friedman contrasta la hipótesis nula de que las k variables relacionadas procedan de la misma población. Para cada caso, las k variables se ordenan en un rango de 1 a k. El estadístico de contraste se basa en estos rangos.” (SPSS-Ayuda) Compararemos las diferencias entre los chicos y las chicas con la Z de U de Mann-Whitney. “La prueba de Mann-Whitney contrasta si dos poblaciones muestreadas son equivalentes en su posición. Las observaciones de ambos grupos se combinan y clasifican, asignándose el rango promedio en caso de producirse empates. El número de empates debe ser pequeño en relación con el número total de observaciones. Si la posición de las poblaciones es idéntica, los rangos deberían mezclarse aleatoriamente entre las dos muestras. A continuación se calcula el número de veces que una puntuación del grupo 1 precede a una puntuación del grupo 2 y el número de veces que una puntuación del grupo 2 precede a una puntuación del grupo 1”. (SPSS-Ayuda). Por último, analizaremos la estabilidad relativa con la prueba *Rho de Spearman*, “una medida de asociación entre órdenes de rangos.” (SPSS- Ayuda)

A. Consumo de tabaco

Bajo este epígrafe expondremos los datos relativos a la frecuencia con la que informan fumar los chicos y las chicas adolescentes (ver método)

Figura 38. Porcentaje de chicos y chicas que dicen fumar “3 o más cigarros al día”



En lo referente a la conducta de fumar, encontramos que, según se hacen mayores, aumenta la frecuencia en consumo de tabaco χ^2 (2) de Friedman = 67,9, $p < 0,001$. Esto es así tanto entre los chicos como entre las chicas. Sin embargo, las diferencias de sexo que pueden apreciarse en la gráfica no son significativas. Sólo existe una relación residual en T2 (Z de U de Mann Withney = 1,81, $p < 0,1$)

Figura 39. Porcentaje de respuestas sobre consumo de tabaco en las tres oleadas de datos.

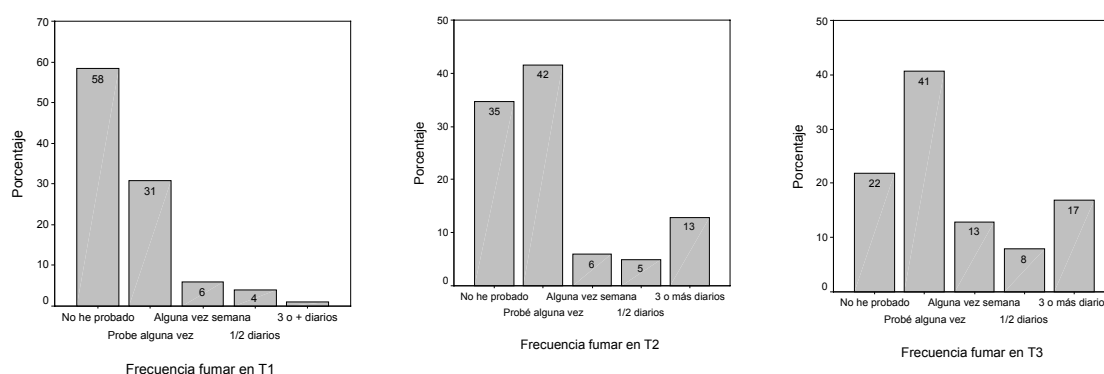


Tabla 55. Estabilidad relativa sobre la frecuencia con la que se fuma diferenciando por sexos (Rho de Spearman)

	T1	T2	T3
T1		0,47**	0,50**
T2	0,55**		0,71**
T3	0,41**	0,74**	

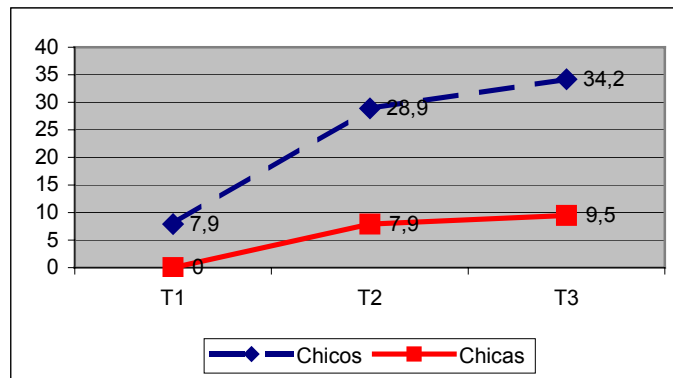
* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; en gris los chicos y en blanco las chicas.

Como podemos ver en la tabla 55, se observa una estabilidad relativa alta en la conducta de fumar si nos detenemos en la estabilidad entre T2 y T3, y media si observamos las diferencias entre T1 y T2 y T1 y T3, algo lógico si tenemos en cuenta que entre la adolescencia temprana y la media son las edades propias para experimentar y que es entre la adolescencia inicial y la media donde se produce el salto de experimentar por primera vez y probar el tabaco.

B. Consumo de alcohol

Comenzamos este apartado con la frecuencia con la que dicen los adolescentes y las adolescentes que beben alcohol (ver método)

Figura 40. Porcentaje de chicos y chicas que dicen “beber cada semana”



En la ilustración 40 se aprecia el incremento en la conducta de beber. En este caso, hemos escogido para graficar la opción de respuesta “beber cada semana”, considerando que quizás, el consumo que más preocupa a los adultos y el más frecuente es el de los fines de semana. Podemos ver como se incrementa de forma significativa dicho consumo al avanzar la adolescencia $\chi^2_{(2)}$ de Friedman = 100,5, $p < 0,001$. También son significativas las diferencias en función del sexo a partir de la segunda recogida de datos. En T2, Z de U de MW = 2,14, $p < 0,05$; y en T3, Z de U de MW = 2,5, $p < 0,05$. En este caso, creemos que la moda es el estadístico que mejor describe los datos, ya que es llamativa: ante la pregunta de con qué frecuencia beben alcohol, tanto para las chicas como para los chicos de 12 y 13 años la moda es “nunca”; en la siguiente recogida de datos, la opción más escogida fue “en ocasiones especiales” y, la última vez que vimos a los chicos y chicas de nuestra muestra, la moda siguió

siendo “en ocasiones especiales” en el caso de las chicas y se trasladó a “cada semana” cuando respondían los chicos. La figura 41 aclara estos datos.

Figura 41. Porcentaje de respuestas sobre consumo de alcohol en las tres oleadas de datos.

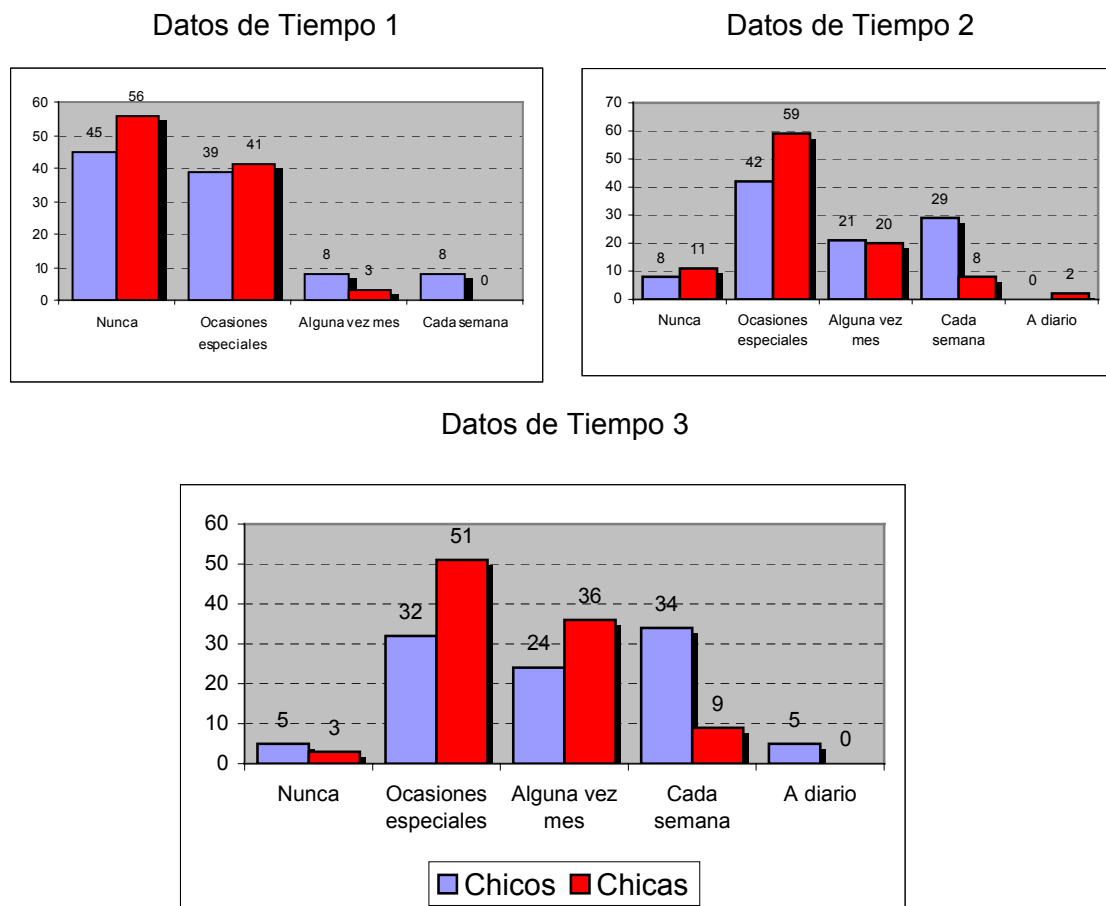


Tabla 56. Estabilidad relativa en frecuencia de beber alcohol diferenciando por sexo

	T1	T2	T3
T1		0,61**	0,18
T2	0,19		0,42**
T3	-0,08	0,51**	

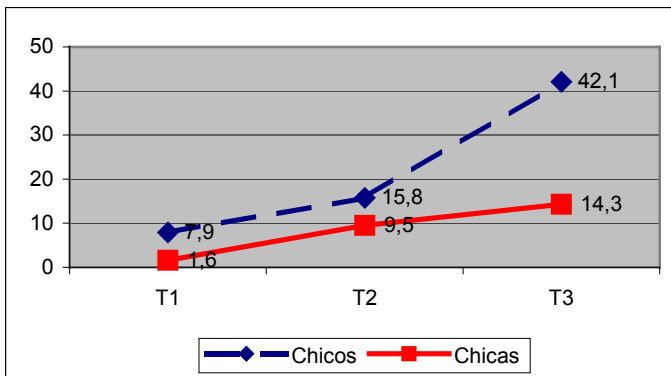
**p<0,01; en gris los chicos y en blanco las chicas.

De nuevo encontramos datos que nos pueden resultar, al menos, curiosos en la tabla de estabilidad relativa. Mientras que la estabilidad relativa es media-alta en los chicos entre la primera y la segunda oleada de datos, es decir, aquellos que más bebían en la adolescencia inicial tienden a ser los mismos que siguen bebiendo más en la adolescencia media (y viceversa), en las chicas la

estabilidad relativa sólo es significativa entre T2 y T3. Parece, por tanto, que entre ellas experimentan entre la adolescencia inicial y media por lo que a veces son unas y otras veces otras chicas las que han experimentado con el alcohol entre la adolescencia inicial y la media, pero tienden a ser las mismas las que contestan que beben en ocasiones especiales o cada semana entre la adolescencia media y la tardía. Entre los chicos, no existe estabilidad relativa entre T1 y T3, por lo que no parece que sean los que más bebían en T1 los mismos que beben más en T3.

También preguntamos a los chicos y las chicas de la muestra por la frecuencia con la que se habían emborrachado. Los datos que exponemos a continuación completan los anteriores, ya que no es lo mismo que respondan que beben una vez a la semana, a que se emborrachan una vez a la semana. Es decir, el consumo de alcohol en nuestra sociedad es algo socialmente permitido, pero el abuso no tanto. Veamos qué responden los adolescentes y las adolescentes de nuestra muestra a lo largo de su adolescencia.

Figura 42. Porcentaje de chicos y chicas que dicen emborracharse “alguna vez al mes”.



Continuando con el consumo de alcohol, y coherentemente con los datos sobre la frecuencia del consumo, observamos que, según se hacen mayores, cada vez es más

frecuente que los adolescentes y las adolescentes se emborrachen ($\chi^2_{(2)}$ de Friedman = 72,7, $p < 0,001$), llegando al preocupante 42,1% de chicos de nuestra muestra que dicen emborracharse alguna vez al mes en la tercera recogida de datos. Las diferencias entre los sexos vuelven a ser significativas en T1 (Z de U de MW en T1 = 2, $p < 0,05$). En T2 y T3 especificamos las “p” exactas, ya que aunque no son estrictamente significativas, las vamos a considerar como tales: en T2 = 1,9, $p = 0,057$; en T3 = 1,9, $p = 0,051$. Siempre ellas dicen haberse emborrachado en menos ocasiones que ellos.

Figura 43. Porcentaje de respuestas sobre consumo abusivo de alcohol (borracheras) en las tres oleadas de datos.

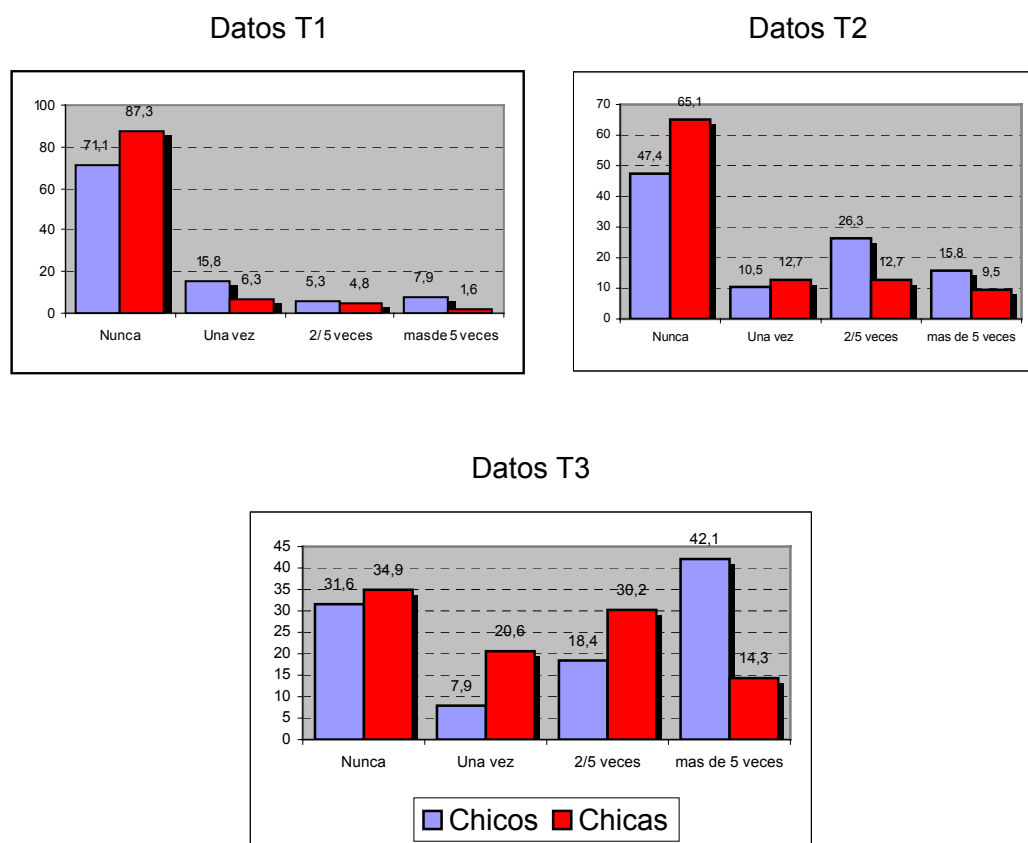


Tabla 57. Estabilidad relativa en frecuencia de borracheras diferenciando por sexo

	T1	T2	T3
T1		0,64**	0,38*
T2	0,34**		0,62**
T3	0,24 [∅]	0,62**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; [∅] $0,1 > p > 0,05$ en gris los chicos y en blanco las chicas.

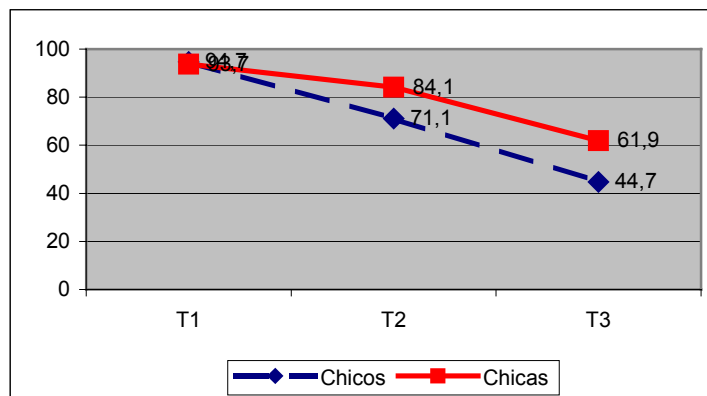
Podemos comprobar en la tabla de estabilidad relativa que, en comparación con la del consumo de alcohol, el abuso de esta misma sustancia es mucho más estable. Es decir, son los chicos y chicas que más se han emborrachado en una oleada de datos quienes dicen haberlo hecho más veces en la siguiente, y quienes menos lo han hecho son también quienes menos borracheras han padecido en la siguiente oleada de datos. La mayor variabilidad en este sentido entre una recogida de datos y la inmediatamente posterior la

encontramos entre las chicas. En este caso, la estabilidad relativa entre la adolescencia inicial y media es baja, aunque significativa.

C. Consumo de Cannabis

Por último analizamos la pregunta de si han fumado o no cannabis (en el ítem denominado como *porros*), Al preguntar a los chicos y a las chicas adolescentes utilizamos la expresión “porros” más común entre ellos. Queremos destacar que el cannabis es la única droga ilegal por la que hemos preguntado. Hemos decidido graficar la opción “nunca” a la pregunta de si han fumado o no cannabis puesto que la frecuencia de consumo es realmente baja, y por tanto, esta es la gráfica que nos resultó más aclaratoria, la que habla de no haber probado nunca el cannabis.

Figura 44. Porcentaje de chicos y chicas que responden “nunca” a la pregunta de si han fumado porros



Encontramos un aumento de consumo a medida que van cumpliendo años nuestros adolescentes o bien, una disminución en la respuesta de “nunca” ($\chi^2_{(2)}$ de Friedman = 62,7, $p < 0,001$). No aparecen diferencias de sexo ni cuando los adolescentes tienen entre 12 y 13 años (Z de U de MW = 0,1 $p = n.s.$), ni en la segunda recogida de datos (Z de U de MW = 1,4, $p = n.s.$). Sin embargo, las diferencias empiezan a asomar en T3 (Z de U de M.W. = 2,3 en T3, $p < 0,05$), siendo los chicos más consumidores que las chicas. La figura 45 muestra gráficamente estos resultados. Pedimos al lector de estas páginas que preste atención a las diferencias entre ambas. En la de la izquierda, se han representado a los chicos y a las chicas juntos puesto que no hay diferencias significativas entre unos y otras y, por tanto, solo se puede observar el cambio en consumo entre T1 y T2. La gráfica de la derecha es la que venimos

exponiendo hasta ahora, en la que aparecen las diferencias entre chicos y chicas.

Figura 45. Porcentaje de respuestas sobre consumo de cánnabis en las tres oleadas de datos.

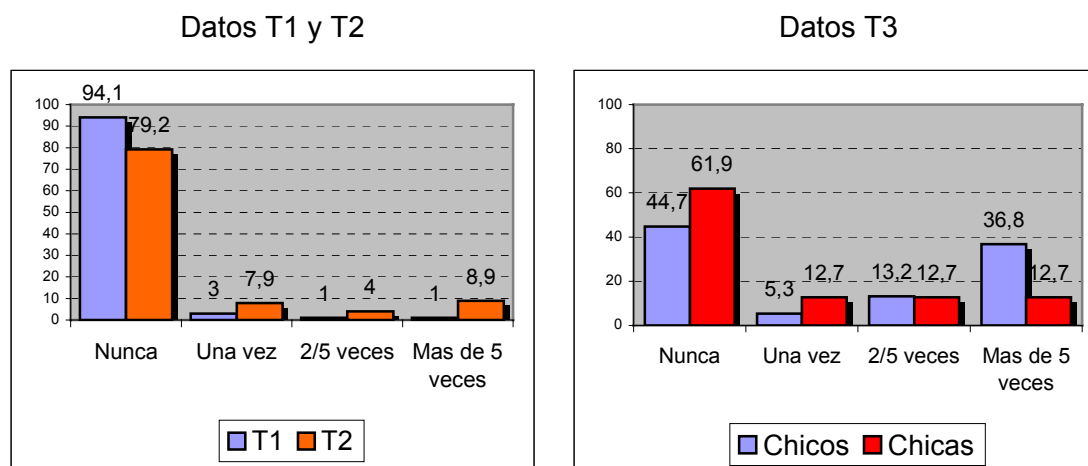


Tabla 58. Estabilidad relativa en la frecuencia de fumar cánnabis diferenciando por sexo

	T1	T2	T3
T1		0,47**	0,28 [◊]
T2	0,55**		0,54**
T3	0,33**	0,62**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; ; [◊] $0,1 > p > 0,05$ en gris los chicos y en blanco las chicas.

Observamos una estabilidad relativa media entre una recogida de datos y la inmediatamente posterior, con índices cercanos al 50%.

D. Relación entre los distintos tipos de consumo

Tal y como acabamos de exponer y describir, recogimos información a partir de cuatro ítems en cada una de las tres oleadas del estudio: consumo de tabaco, alcohol (consumo y borracheras) y hachís. Veamos cómo se relacionan estas tres variables entre sí.

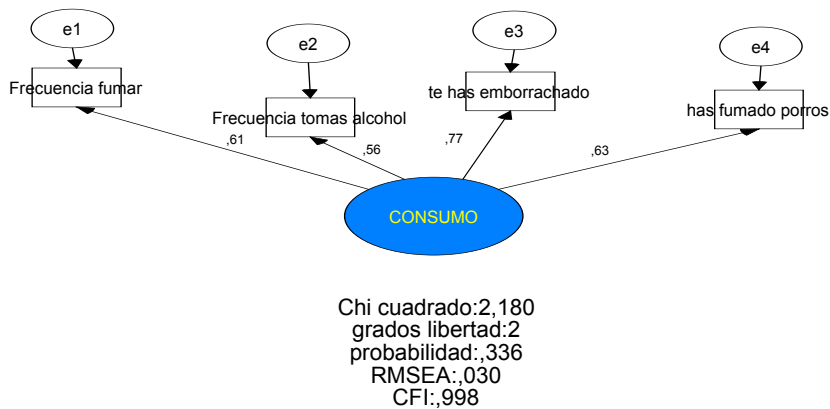
Tabla 59. Correlaciones de Spearman entre las variables de Consumo.

		Alcohol			Borracheras			Hachís		
		T1	T2	T3	T1	T2	T3	T1	T2	T3
Tabaco	T1	0,4**			0,38**			0,36**		
	T2		0,29**			0,44**			0,63**	
	T3			0,34**			0,47**			0,66**
Alcohol	T1				0,38**			0,27**		
	T2					0,47**			0,27**	
	T3						0,51**			0,42**
Borracheras	T1							0,48**		
	T2								0,54**	
	T3									0,59**

**p < 0,01

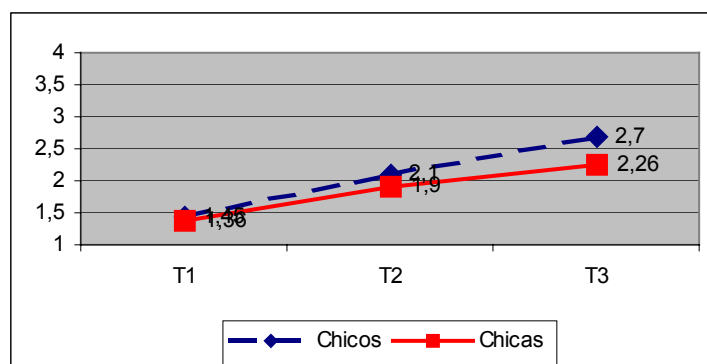
En todos los casos encontramos correlaciones con un nivel de significación elevado y con valores absolutos entre 0,3 y 0,6. Este hecho, nos hace plantearnos la posibilidad de reducir la información y crear una sola variable que denominaremos consumo. Para ello, realizamos un factorial confirmatorio con las variables de consumo en T1

Figura 46. Factorial confirmatorio con consumo (datos de T1)



Decidimos, por tanto, crear tres nuevas variables a partir de las puntuaciones medias de los cuatro ítems que formaban parte del estudio sobre consumo de sustancias: consumo en T1, consumo en T2 y consumo en T3.

Figura 47. Cambios en consumo a través de la adolescencia



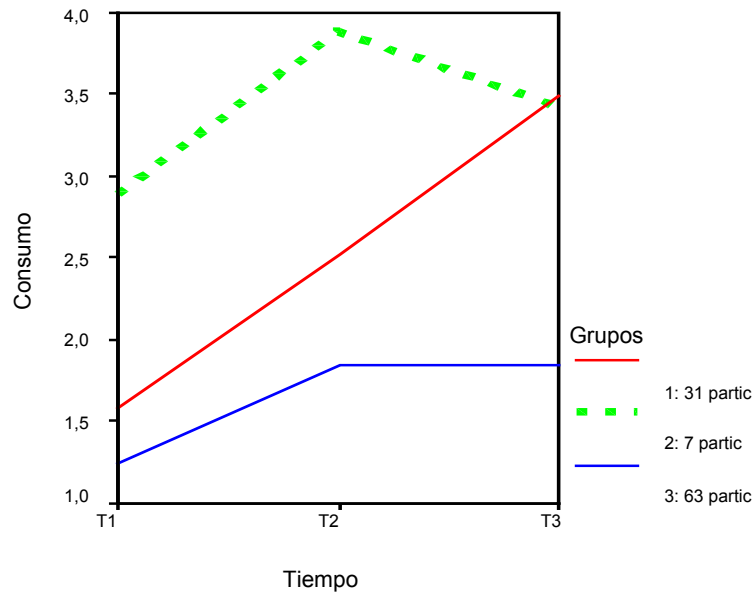
Tal y como observamos en la figura 47, y como se podía observar en las figuras previas descritas en este apartado, el consumo de sustancias se incrementa de forma importante a lo largo de la adolescencia $F_{(2,98)}$ de *Traza de Pillai* = 81,8; $p < 0,001$. Las diferencias de género que se observan en la gráfica sólo se tornan significativas en T3 $-F_{(1,99)} = 5,92$; $p < 0,05$ -. Quizás resulta llamativo que los valores que aparecen en la gráfica en T3 son menos elevados de lo que a priori pudiéramos esperar. Por ese motivo, decidimos analizar los datos descriptivos.

Tabla 60. Estadísticos descriptivos de la variable consumo

	N	Mínimo	Máximo	Media	Desv. típ.
Consumo en T1	101	1,00	3,75	1,3936	,51277
Consumo en T2	101	1,00	4,25	1,9777	,83823
Consumo en T3	101	1,00	4,25	2,4282	,92759

En la tabla 60 aparece la respuesta al interrogante que nos planteábamos, ya que las desviaciones típicas son muy elevadas, fundamentalmente en T3, lo que está advirtiéndonos de importantes diferencias individuales en el consumo. Más adelante, intentaremos encontrar a qué son debidas tales diferencias, es decir, con qué variables se relaciona el consumo de sustancias.

Figura 48. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos de Consumo



Para interpretar el gráfico, nos gustaría recordar que el rango posible de respuestas está entre 1 y 4. Observamos en el gráfico dos grupos numerosos bien diferenciados: el grupo 1 y el grupo 3. El grupo 1, compuesto por 31 adolescentes, aumenta su consumo de forma gradual y constante durante la adolescencia. Ya ha probado tabaco, alcohol y probablemente marihuana en la adolescencia inicial y tiene hábitos de consumo peligrosos en la adolescencia tardía. El grupo 3 se caracteriza por consumir poco o nada. Su aumento de consumo se sitúa en la adolescencia media, permaneciendo estable a partir de esta. Finalmente, el grupo 2 está caracterizado por altos índices de consumo, con un pico en la adolescencia media, lo que parece indicar que tras un momento de consumo excesivo declina este consumo, aunque continúe siendo muy elevado. Un dato importante a reseñar de este grupo es que es poco numeroso.

E. El consumo desde el punto de vista de los adolescentes

Quizás el dato más llamativo que podemos apuntar en el sentido de qué dicen los jóvenes adolescentes sobre el consumo de diferentes sustancias sea que no estaba entre nuestros objetivos preguntar por este tema. De hecho, el lector se dará cuenta de que no tenemos datos cualitativos sobre ajuste interno de los adolescentes o ajuste externo, sólo de consumo. Esto es así porque todo lo que nos dijeron los chicos y las chicas sobre consumos fue accidental,

producto de la conversación, lo que denota el papel cotidiano y diríamos, incluso normativo, que los consumos ejercen en la vida de los adolescentes, pero no queremos perder la oportunidad de ofrecer al lector estos comentarios y relacionarlos con los datos que tenemos.

También queremos dejar constancia que los chicos y chicas de 13 años no nombraron los consumos. Tal y como el lector ha podido consultar en el método y habrá percibido en el resto de transcripciones, los chicos y chicas de los grupos de discusión provenían de ambientes socioculturales medios-bajos, con padres que trabajaban en profesiones del sector servicio (por ejemplo camareros), agricultura y sector construcción, y es este sector de la población adolescente, según otros informes (Moreno, *et al.*, 2005), quienes tienen más probabilidad de consumir tabaco o licores como ginebra o whisky. Volvamos a dar la palabra a los propios adolescentes:

Rurales, 15 años

Chico1: los días entre semana, estudiar. Los viernes salir.

Moderadora: y cuando salís, ¿qué hacéis?

Chico1: por la noche salimos, nos vamos a la discoteca

Chico2: de Larios⁷

(...)

Moderadora: pero ¿por qué cogéis "peo"⁸ todos los fines de semana?

Todos: noooo

Chico2: casi todos los fines de semana

Moderadora: él dice que casi todos los fines de semana, y tú también (a otro chico)?

Chica: pero es que las niñas nos controlamos más que los niños.

Urbano, 17 años

Chico: los viernes compramos... siempre hacemos una pequeña botellona. Quedamos en la plaza todos juntos, nos vamos a comprar un lote⁹ y nos vamos a la rotonda, un sitio abierto, tomamos los lotes y luego nos vamos a los bares, a no sé, si hay un concierto vemos el concierto, nos tomamos una cervecita tranquilitos en los veladores (...)

En realidad, poca información, pero que nos lleva a la idea de que el consumo de alcohol es algo normativo entre nuestros jóvenes adolescentes. No lo consideran un problema y no lo viven como tal, sino como un momento de ocio, donde beber es "lo normal" así como "coger peos". También en estos dos

⁷ Conocida marca de ginebra

⁸ Peo: borrachera, embriaguez

⁹ Lote: compuesto por una botella de licor, una botella de bebida refrescante de dos litros, una bolsa de hielo y 4 vasos.

párrafos ha salido a relucir la idea de que las chicas controlan más que los chicos, aspecto que como sabemos, ya con el tabaco en los últimos años ha dejado de ser así.

5.2.2 Ajuste externo o problemas externalizantes

Tal y como indicamos en el método, el cuestionario YSR incluye una escala de ajuste externo, formada por las subescalas de conducta delictiva y conducta agresiva. Los resultados de analizar la escala de ajuste externo aparecen a continuación:

Figura 49. Cambios en el ajuste externo entre la adolescencia media y tardía

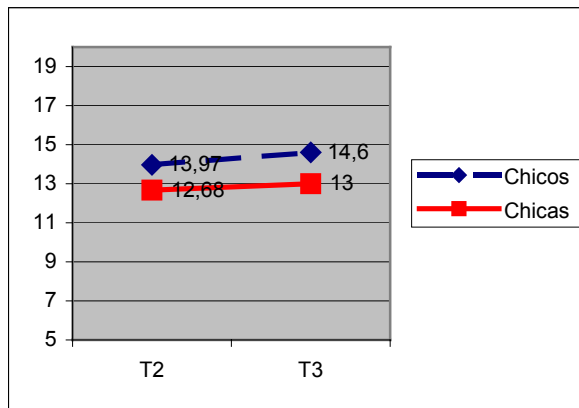


Tabla 61. Estabilidad relativa en el ajuste externo

	T1	T2
T1		0,69**
T2	0,64**	

*p<0,05; **p<0,01; en gris los chicos y en blanco las chicas.

Las diferencias de medias que se observan en el gráfico no se tornan significativas ni en los chicos ni en las chicas ($F_{(1,98)} = 0,66$; $p = n.s.$). Tampoco son significativas las diferencias de género ($F_{(1,98)} = 1,56$; $p = n.s.$). Por tanto, podemos hablar de estabilidad absoluta en los datos de ajuste externo. En cuanto a la estabilidad relativa, nos encontramos con correlaciones en torno al 0,6, lo que se puede considerar medio-alto y, podemos decir que también hay estabilidad relativa.

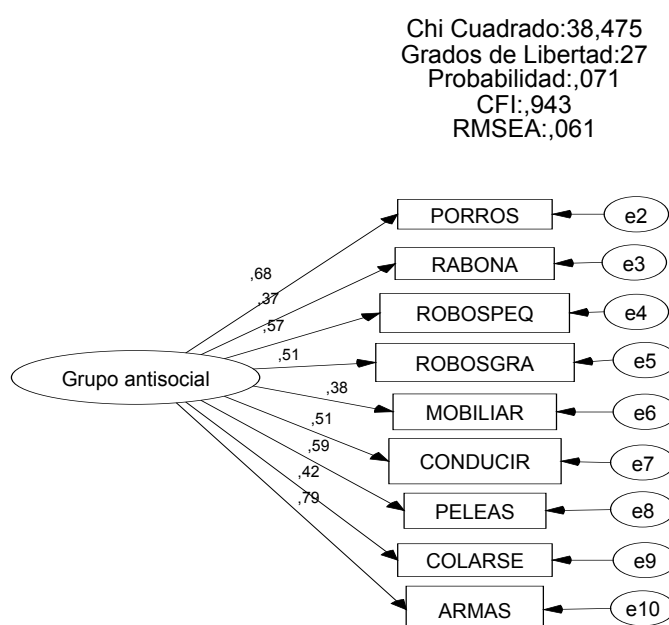
5.2.3 El grupo de amigos como escenario de conductas antisociales

La última variable a analizar en esta primera parte en la que estamos describiendo el comportamiento a lo largo de la adolescencia de los diferentes conceptos que hemos considerado en este trabajo, es la que tiene que ver con la percepción del adolescente de cuántos de sus amigos realizan conductas

disruptivas o antisociales. A esta variable la hemos denominado *Conducta antisocial del grupo*, aunque es importante recordar que no hemos medido la conducta antisocial del grupo en sí misma sino la percepción de los adolescentes diana que fueron los que cumplimentaron el cuestionario.

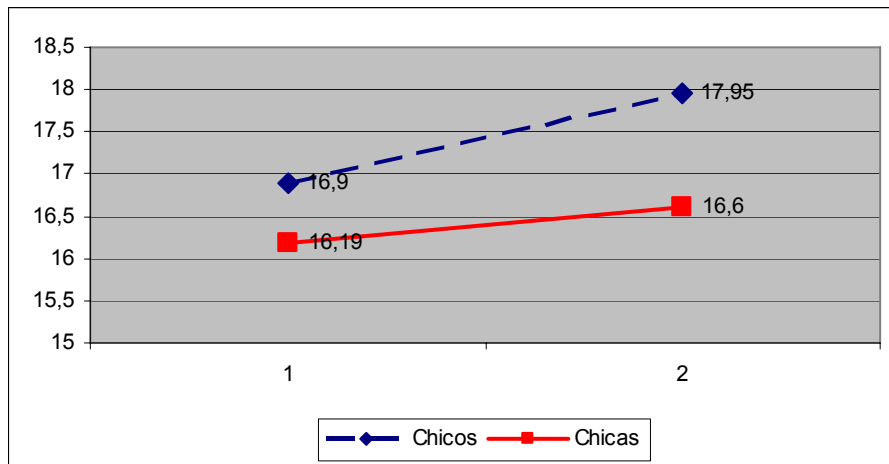
Antes de comenzar a analizar los datos relativos al grupo de amigos como escenario de conductas antisociales y, tal y como hicimos con el cuestionario de conformidad, vamos a realizar un análisis factorial confirmatorio que efectivamente confirme que estamos evaluando un constructo o concepto que subyace a la respuesta que se da a los ítems observables del cuestionario:

Figura 50. Análisis factorial confirmatorio sobre la conducta antisocial del grupo de amigos



El modelo con los 10 ítems del cuestionario no ajustaba, sin embargo, sí que lo hizo al reespecificar el modelo y eliminar el ítem 1: *las borracheras*. Este dato puede estar diciéndonos algo sobre esta conducta, por ejemplo, que quizás no se ve como algo antisocial, sino como algo normativo dentro del grupo.

Figura 51. Cambios en el nivel de conducta antisocial del grupo de amigos a través de la adolescencia



Las diferencias de género que parecen apreciarse en la gráfica no son significativas, tan sólo aparece una diferencia marginal ($F_{(1,99)} = 3,11$; $p = 0,08$) en T3. Al mismo tiempo, el aumento que se aprecia en la gráfica sólo tiene una significación marginal en el caso de los chicos $F_{(1,99)}$ de *Traza de Pillai* = 3,43; $p = 0,07$, no siéndolo en el caso de las chicas $F_{(1,99)}$ de *Traza de Pillai* = 0,9; $p = n.s.$ Estos datos vienen a decirnos que el grupo de amigos y amigas de nuestros adolescentes aumenta levemente su antisocialidad en el caso de los chicos, permaneciendo estable en las chicas, lo que hace que en T3, las diferencias entre los grupos de amigos de ellos y los de ellas se tornen significativas a nivel marginal.

Tabla 62. Estabilidad relativa en conducta antisocial del grupo entre T2 y T3

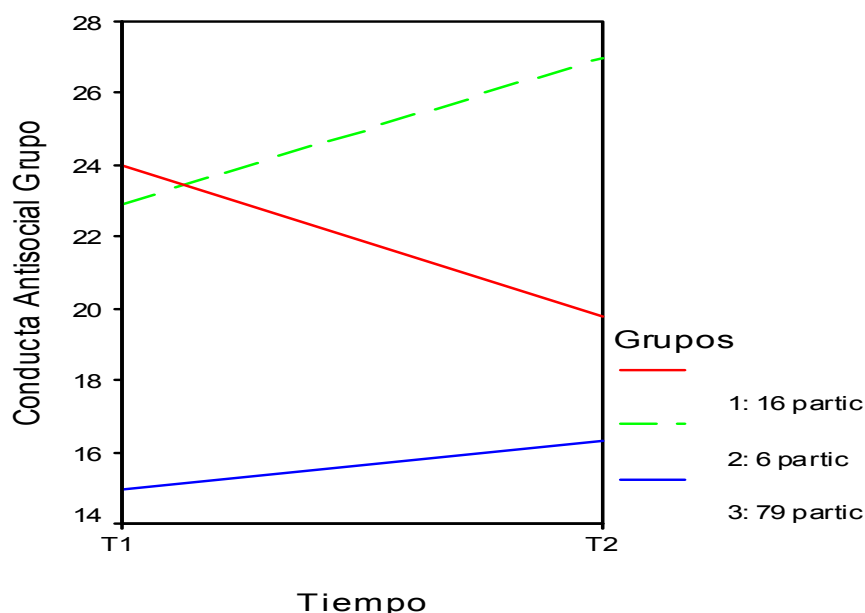
	T1	T2
T1		0,37*
T2	0,73**	

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; en gris los chicos y en blanco las chicas.

En la tabla 62. podemos ver que la estabilidad relativa es alta en el caso de las chicas y media-baja en el caso de los chicos. Es decir, los grupos de amigos y amigas de ellas permanecen estables en cuanto a conducta antisocial, aunque bien pudiera estar ocurriendo que ellas permanecen estables en el mismo grupo de chicas y chicos que sigue comportándose de forma similar en cuanto a la conducta antisocial en T3 a como lo hacían en T2. Sin embargo, entre los chicos o bien hay cambios de grupos de amigos y quienes en la

adolescencia media iban con grupos más antisociales cambian a grupos más prosociales, o bien los grupos de los chicos cambian más que los de las chicas sus conductas antisociales.

Figura 52. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos en conducta antisocial del grupo percibida entre la adolescencia media y tardía



Observamos tres grupos en la gráfica. El más numeroso con diferencia es el grupo 3, que además es el que experimenta niveles más bajos de conducta antisocial en la pandilla de amigos y amigas. Además, encontramos un grupo que aumenta la conducta antisocial formado por tan solo 6 participantes y otro que la disminuye entre la adolescencia media y tardía. Estos tres grupos no son diferentes ni en cuanto al sexo, ni al hábitat ni al nivel educativo del padre.

Tabla 63: Medias y desviaciones tipo en conducta antisocial del grupo de los diferentes clusters creados.

Grupos	Tiempo 2		Tiempo 3		N
	Media	Desv. típ.	Media	Desv. típ.	
1	22,87	2,19	19,75	2,02	16
2	20,83	3,49	26,00	2,19	6
3	14,83	2,20	15,9	2,81	79
Total	16,4	3,86	17,11	3,75	101

En resumen, hemos encontrado que, según crecen los chicos y las chicas de nuestra muestra, cada vez es más frecuente el consumo de tabaco, cannabis y alcohol, así como de las borracheras, permaneciendo estable el ajuste externo (conductas delictivas y agresivas) entre T2 y T3, y aumentando la percepción que los chicos varones tienen de que su grupo de amigos comenten conductas antisociales o poco cívicas. No es esta la única diferencia que encontramos referente al sexo de los participantes. A partir de la adolescencia media, los chicos beben más alcohol que las chicas y, durante toda la adolescencia se emborrachan más. Sin embargo, y en contra de lo esperado, en nuestra muestra no aparecen diferencias entre chicos y chicas ni en lo referente a fumar tabaco o cannabis ni en ajuste externo (YSR).

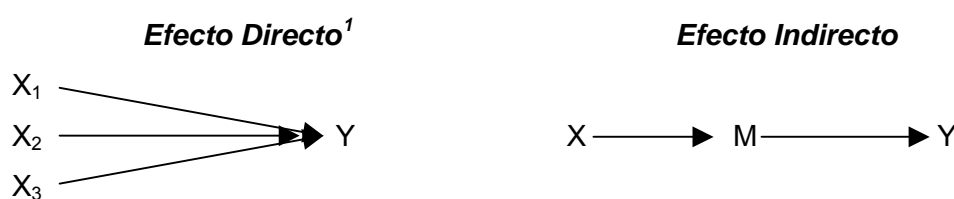
Capítulo 6

Estableciendo relaciones entre variables

Hasta este capítulo hemos descrito con profundidad la evolución con la edad de las variables que hemos utilizado en este trabajo. Es el momento de poner en relación unas con otras, intentando aportar explicaciones que se aproximen a la causalidad en algunos casos o descriptivas en otros. Para ello, como hemos realizado en anteriores ocasiones, vamos a avanzar el tipo de análisis y la nomenclatura que el lector encontrará en las páginas siguientes.

A la hora de establecer relaciones entre unas variables y otras, podemos analizar efectos directos, en los que una o varias variables influyen sobre otra, o indirectos, en los que la relación entre la variable independiente (o predictora) sobre la variable dependiente (o criterio) está *mediada o moderada* por otra.

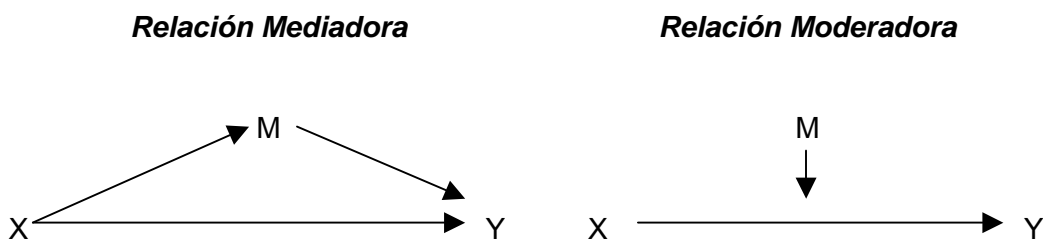
Figura 53. Diferenciación entre efecto directo y efecto indirecto



¹ Por supuesto, esta relación podría simplificarse dejando una sola variable X (predictora o VI) o volverla más compleja añadiendo más variables Y (criterio o VD)

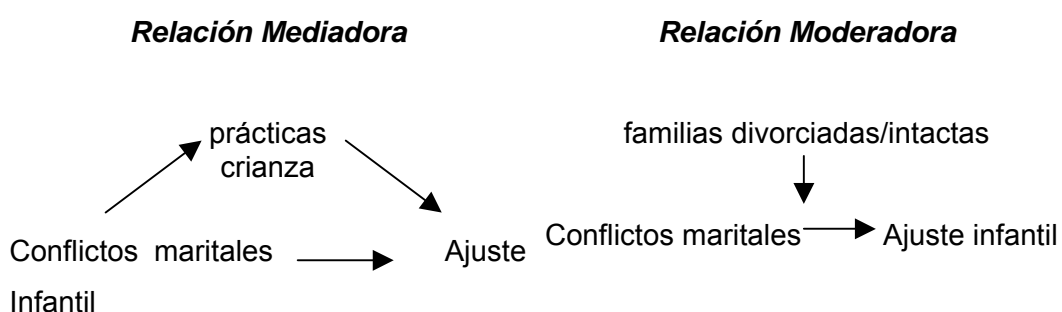
La diferenciación entre efecto directo e indirecto no parece ofrecer mayor complicación. Sin embargo, esta sí aparece en la distinción entre efecto *Mediador* y efecto *Moderador*. En general, es fácil encontrar en las presentaciones a congresos e incluso en artículos que se utiliza las expresiones *moderar* y *mediar* como intercambiables. En el año 1986, Baron y Kenny escribieron un artículo con el objetivo principal de aclarar los dos conceptos en las ciencias sociales. Siguiendo a estos autores, vamos a esquematizar ambos tipos de relaciones.

Figura 54. Diferenciación entre relación mediadora y relación moderadora



Para que se dé una relación *mediadora* es necesario que la variable X esté relacionada con la variable Y, pero que tal relación disminuya e –incluso- se anule cuando entra en juego la variable M que, a su vez, debe estar relacionada tanto con la variable X como con la Y. En la relación *moderadora*, la variable M influye estableciendo subgrupos que hacen que la relación entre X e Y se maximice, minimice o cambie (Baron y Kenny, 1986). En palabras de Holmbeck (1997), la relación mediadora especifica cómo (o el mecanismo por el cual) ocurre una relación mientras que la relación moderadora especifica bajo qué condiciones ocurre un efecto, o bajo qué condiciones la dirección o la fuerza de un efecto varía.

Figura 55. Ej. de la diferencia entre relación mediadora y moderadora



El siguiente ejemplo, extraído de (Holmbeck, 1997) esperamos que nos ayude a aclarar estos conceptos y la diferencia entre ambos. Supongamos que los conflictos maritales están asociados con el ajuste infantil, de tal forma que a más conflictos entre la pareja peor ajuste infantil. Podríamos preguntarnos cómo ocurre esa influencia. La respuesta la encontramos en el **efecto mediador** de las prácticas de crianza, de tal forma que los conflictos maritales hacen que las prácticas de crianza empeoren, lo que deriva en un peor ajuste infantil. A nivel estadístico, ha sido necesario que se dé la relación entre conflictos maritales y el ajuste marital, y que esa relación desaparezca (o incluso que hubiera disminuido) cuando incluimos en el modelo las prácticas de crianza que son las que tienen la influencia directa sobre el ajuste infantil. Estas prácticas de crianza a su vez deben estar relacionadas con las otras dos variables, los conflictos maritales y el ajuste infantil.

Este tipo de relación es diferente a la del **efecto moderador**. En este segundo caso, supongamos que los conflictos maritales están influyendo en el ajuste infantil, pero sólo en el caso de familias divorciadas, no dándose esta relación si la familia está intacta. En este segundo ejemplo, la variable dicotómica familia intacta/familia divorciada está *moderando* la relación entre los conflictos maritales y el ajuste infantil.

Nuestro estudio es longitudinal y, en ese sentido, podemos aportar información relevante sobre la causalidad en las relaciones. Para ello utilizaremos el modelo autorregresivo y los retardos cruzados. Explicaremos brevemente en qué consisten ambas opciones.

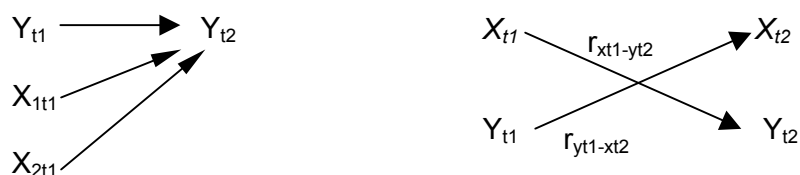
El **modelo autorregresivo** se utiliza para hallar relaciones explicativas y/o de causalidad entre una/s VI y una/s VD. A nivel estadístico, se lleva a cabo

a través de ecuaciones de regresión, un procedimiento frecuentemente utilizado en nuestra área de conocimiento, que estima los coeficientes de la ecuación lineal, con una o más variables independiente/s, que mejor prediga/n el valor de la variable dependiente (SPSS-Ayuda) y que está basado en la correlación parcial entre diferentes VI y las VD. En general, las ecuaciones de regresión, al estar basadas en correlaciones, tienen un problema: no podemos asegurar que las variables que utilizamos como VI sean realmente la causa de la VD, puesto que para que un hecho o dimensión sea causa de otro, desde los postulados de J. Stuart Mill en el siglo XIX se considera que la causa y el efecto deben estar relacionadas, la causa debe ser anterior en el tiempo al efecto y se debe excluir a una tercera variable que sea la que produzca la relación entre ambos, es decir, debe cumplirse que la relación no sea espúrea. Los estudios longitudinales suponen recoger información de las mismas personas en momentos temporales diferentes, lo que permite establecer relaciones que apunten a la causalidad, ya que aseguramos –al menos- el criterio de que una variable preceda a otra en el tiempo. Además, el criterio de evitar que la relación sea espúrea es también más fácil de conseguir al controlar toda la variabilidad que aportan las variables de sujeto, ya que –recordamos- en los modelos longitudinales el sujeto es el mismo en los diferentes tiempos de medida.

El procedimiento del modelo autorregresivo consiste en incluir en las ecuaciones de regresión el nivel de la VD que estamos midiendo en momentos anteriores. De esta forma, el nivel de la variable en otro momento está controlado, y el resto de variables que entren en la ecuación de regresión *predecirán* el cambio en los niveles de la VD, si son del momento anterior, o *explicarán* el cambio, si son del mismo momento de la VD. Pongamos un ejemplo: supongamos que queremos estudiar el nivel de problemas externalizantes en la adolescencia tardía. Para ello, introducimos como VD los problemas externalizantes en T3, y como variable control (como VI) los problemas externalizantes en T2. A partir de ahí, cualquier otra variable que entre en la ecuación de regresión estará explicando la porción de varianza que NO EXPLICAN los propios problemas externalizantes en T2 (adolescencia media) y, por tanto, estará explicando el aumento o disminución de los problemas externalizantes entre la adolescencia media y tardía. Si es una variable que se midió en la adolescencia media (un momento anterior), podremos apuntar a la causalidad o a la predicción. Si es una variable recogida

en la adolescencia tardía, podemos hablar de explicación, pero no de causalidad.

Figura 56. Ej de Modelo Autorregresivo y de retardos cruzados



Para incluir variables de una u otra oleada de datos seguiremos dos criterios: el conceptual y el estadístico. Obviamente, incluiremos en las ecuaciones de regresión como variables independientes aquellas variables que en los análisis preliminares se hayan mostrado relacionadas con la variable dependiente, escogiendo de entre todas las variables relacionadas aquellas que más sentido conceptual tengan para explicar la VD. Además, debemos tener cuidado con el problema de la multicolinealidad y, por tanto, escogeremos variables que la eviten. Por último, en la medida de lo posible, intentaremos incluir en las ecuaciones de regresión variables de tiempos anteriores a la VD, de forma que podamos apuntar relaciones de causalidad y no sólo explicativas.

Los **retardos cruzados** serán utilizados para hablar de *probabilidad* de causalidad (Schneider, 2001). Tal y como hemos explicado arriba, para que una variable sea considerada causa de otra es necesario que la preceda en el tiempo. ¿Qué ocurre cuando una variable en un tiempo está relacionada con otra en el tiempo anterior? ¿Cómo podemos saber cuál es la causa y cuál el efecto? Con los retardos cruzados no podemos dar respuesta a esta pregunta, pero sí apuntar en qué dirección es más *probable* que se dé la causalidad. Si la correlación de la variable X en el primer tiempo con la variable Y en el segundo tiempo es mayor que la correlación de la variable Y en el primer tiempo y la X en el segundo, podemos decir que es la variable X es más probable que cause la variable Y que al contrario. De nuevo pongamos un ejemplo. Supongamos que están relacionados la autoestima y el nivel de rendimiento escolar. ¿Es la autoestima la que hace que aumente el rendimiento escolar o es el aumento en rendimiento escolar el que predice el aumento de la autoestima?. Para responder a esta pregunta correlacionamos el nivel de autoestima en T1 con el rendimiento escolar en T2 y el rendimiento escolar en T1 con la autoestima en

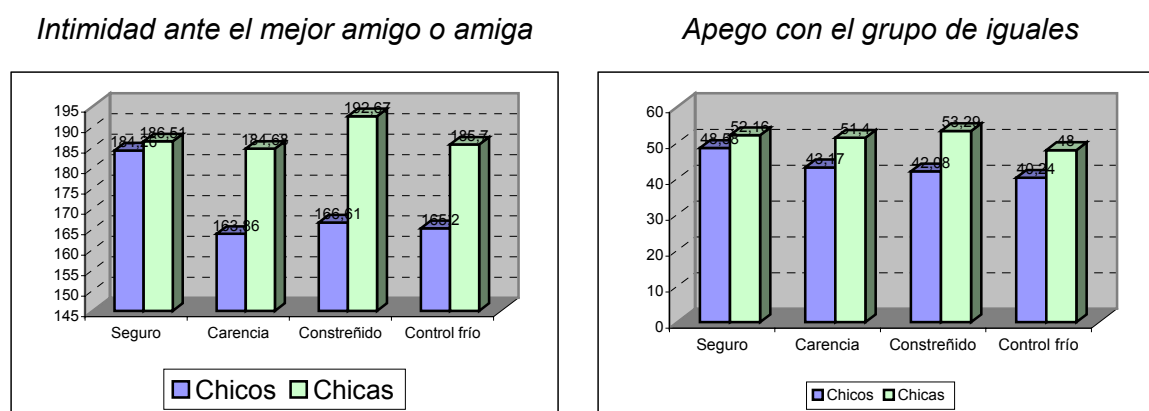
T2. Si la primera correlación es mayor que la segunda significará que es más probable que la autoestima cause el rendimiento escolar elevado. Si la segunda correlación es mayor, será más probable que el rendimiento sea el responsable del aumento de autoestima.

Finalmente, en este apartado aparecerán otro tipo de análisis: las ecuaciones estructurales. Tal y como ya avanzáramos cuando realizamos los análisis factoriales confirmatorios con las variables de conformidad, este tipo de análisis nos permite testar a nivel estadístico modelos teóricos con variables observables y latentes.

6.1. LOS VÍNCULOS DE APEGO EN LA FAMILIA COMO ANTECEDENTES DE LAS RELACIONES DE AMISTAD EN LA ADOLESCENCIA

Vamos a comenzar analizando la relación del recuerdo del vínculo de apego tanto con la intimidad que se demuestra ante el mejor amigo o amiga como con el apego hacia el grupo de los iguales. Para ello, comenzaremos utilizando la matriz de datos del estudio transversal.

Figura 57. Relación entre la historia de apego con la madre y las relaciones afectivas con el amigo íntimo y los iguales



Dos cuestiones a destacar surgen de estos análisis. De un lado, la relación entre la historia de apego con la madre y la relación afectiva con los iguales, tanto con el mejor amigo como con el grupo de amigos, sólo es significativa en el caso de los chicos ($F_{(4)} = 3,24$; $p < 0,05$) para la intimidad y ($F_{(4)} = 2,69$; $p < 0,05$) para apego a iguales, no siéndolo para las chicas ($F_{(4)} = 1,1$; $p = n.s.$) para la intimidad y ($F_{(4)} = 1,95$; $p = n.s.$) para apego a iguales. Por tanto, parece que utilizando el enfoque tipológico (es decir, utilizando los tipos de apego en lugar de las dimensiones que lo componen), el recuerdo de la relación de apego con las madres solo está asociado con las variables afectivas hacia los

amigos en el caso de los varones. Por otra parte, es el vínculo seguro u óptimo el que hace que estas relaciones sean significativas. Así, y siempre sólo con la submuestra de chicos, la prueba de Bonferroni nos muestra que la intimidad hacia el mejor amigo de los chicos que muestran un vínculo seguro es mayor que la de quienes tienen vínculos de carencia o control frío. En el caso del apego hacia el grupo de iguales, esta misma prueba de Bonferroni nos muestra que la significatividad viene dada por la diferencia en apego hacia el grupo de amigos y amigas entre quienes recuerdan un apego tipo control frío y tipo seguro.

En cuanto al padre, los análisis sólo muestran una relación marginal entre el tipo de apego que los chicos varones recuerdan con su padre y el apego hacia el grupo de iguales en el momento de la recogida de datos ($F_{(4)} = 2,17$; $p = 0,07$). Esta relación viene dada por la diferencia de medias en apego hacia el grupo de iguales entre los grupos que recuerdan una historia de apego de control frío y los que la recuerdan segura, de tal forma que quienes recuerdan una historia segura muestran un mayor apego hacia los iguales, tal y como ocurría con las madres.

Por tanto, parece claro que de las dos dimensiones que evalúa la escala de Parker *et al.* (1987), la dimensión afecto-rechazo es la que más influye en que las relaciones se tornen significativas, algo que comprobamos en la siguiente tabla de correlaciones (tabla 64). Utilizando las tipologías de apego, el vínculo que la chica adolescente recuerda con la madre no parece estar relacionado con cómo son las relaciones que mantiene con sus amigos y amigas; esta relación aparece si utilizamos las dimensiones, donde se observa que el afecto-rechazo recordado por las chicas se relaciona con el vínculo afectivo que forma con su amigos y amiga íntima, siendo aquellas chicas que recuerdan una historia de mayor afecto con sus madres las que más intimidad y mayor apego al grupo de iguales muestran en la adolescencia.

Tabla 64. Correlaciones de Pearson entre las dimensiones de historia de apego con la madre, y el apego al grupo de iguales y la intimidad con el/la mejor amigo/a

	Intimidad mejor amigo		Apego al grupo	
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas
Afecto – Rechazo	0,22**	0,14*	0,17*	0,23**
Estimulación autonomía- Sobreprotección	- 0,1	0,08	- 0,19**	0,03

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; en gris los chicos y en blanco las chicas.

El siguiente paso para comprobar nuestro objetivo fue realizar una recodificación para analizar los datos de ambos progenitores juntos. La nueva variable creada, “vínculo con los progenitores”, está formada por tres categorías: *Seguros*, integrada por aquellos chicos y chicas que han establecido un vínculo seguro con padre y madre; *Seguro—Inseguro*, aquellos adolescentes que han desarrollado un vínculo seguro con uno de los progenitores e inseguro con el otro, ya sea porque el vínculo es constreñido, de control frío o haya carencia de vínculo; e *Inseguros*, categoría en la que entrarían quienes informan de un vínculo inseguro con ambos progenitores. Las figuras 58 y 59 muestran las puntuaciones medias en las escalas de apego a los iguales e intimidad con el mejor amigo en función del tipo de vínculo establecido con los progenitores.

Figura 58. Media de apego hacia los iguales en función del tipo de vínculo de apego establecido con los progenitores

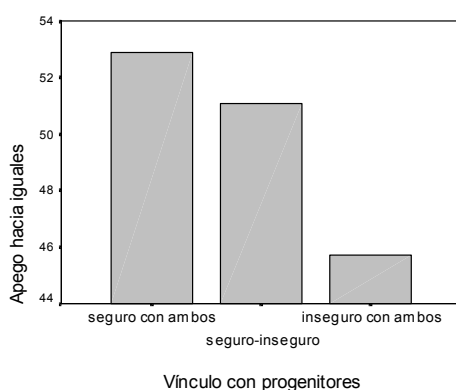
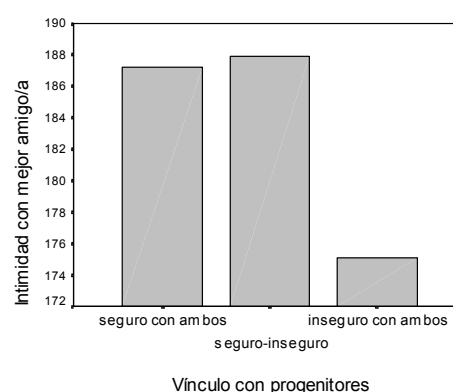


Figura 59. Media de la Intimidad con el mejor amigo o amiga en función del vínculo de apego establecido con los progenitores.



En las figuras 58 y 59 resulta evidente la relación que en los adolescentes de nuestra muestra se observa entre el vínculo de apego con los progenitores y las relaciones de apego con los iguales (figura 58) y la intimidad con el mejor amigo (figura 59). Aquellos chicos y chicas que tienen un vínculo seguro con al

menos uno de los dos progenitores establecen una mejor relación con los iguales como grupo ($F_{(2)} = 9,44$; $p < 0,001$) y una mayor intimidad con el mejor amigo ($F_{(2)} = 7,92$; $p < 0,001$), siendo los que presentan vínculos inseguros con ambos padres quienes obtienen las puntuaciones más bajas en ambas escalas. Tanto en apego hacia los iguales como en intimidad, las diferencias significativas se establecen entre el grupo de adolescentes que sostienen vínculos inseguros con la pareja de progenitores y los otros dos grupos, no apareciendo diferencias entre el grupo de quienes establecieron apegos seguros con ambos padres y el de aquellos que sólo lo hicieron con uno de ellos.

A pesar de que el instrumento de Parker *et al.* (1979) es sobre el recuerdo del vínculo de apego, es decir, una medida retrospectiva sobre cómo recuerdan chicos y chicas que era la relación afectiva que mantenían con sus progenitores en la infancia, lo cierto es que algunos autores apuntan la idea de que este tipo de medidas están muy contaminadas por la relación de apego contemporánea (Feeney y Noller, 2001). Es decir, no podemos asegurar que estemos tomando una medida de cómo era el vínculo de apego en la infancia, sino que, probablemente, se estén mezclando los recuerdos con el tipo de relación actual. Si para hablar de causalidad es necesario que dos acontecimientos estén relacionados y uno preceda al otro en el tiempo, además de que no haya otra variable que pueda explicar la relación, con la hipótesis de que el recuerdo del vínculo de apego está contaminado por la relación actual, no podríamos concluir con los datos expuestos en la tabla 64 y en las figuras 58 y 59 que el estilo relacional que se estableció en la infancia de nuestros chicos y chicas esté influyendo o sea causa de cómo se relacionan con sus amigos y amigas ya que no podemos asegurar tajantemente que se haya medido algo que le precede en el tiempo (infancia). Sin embargo, sí encontramos relación entre las dimensiones del instrumento del recuerdo de apego y las relaciones con los iguales dos años después, tendremos más argumentos para hablar de una relación causal. Para analizar los datos desde esta perspectiva, comenzaremos correlacionando las variables relacionadas con la familia y con los iguales en las tres recogidas de datos y después pasaremos a intentar dar explicaciones que apunten causalidad con el modelo autorregresivo.

Tabla 65. Correlación de Pearson entre las variables de Historia de apego y Apego a los iguales e Intimidad en las tres oleadas de datos

	Apego Iguales T1		Intimidad T1		Apego Iguales T2		Intimidad T2		Apego Iguales T3		Intimidad T3	
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas
Sobreprotección en historia apego <i>madre</i> T1	-0,01	-0,13	-0,16	0,09	-0,2	-0,15	-0,06	0,003	-0,15	0,013	0,03	0,11
Sobreprotección en historia apego <i>padre</i> T1	-0,17	0,009	-0,09	0,22 [◇]	-0,06	-0,14	-0,18	0,31*	-0,22	0,07	0,1	0,27*
Afecto en historia apego <i>madre</i> T1	0,29 [◇]	0,4**	0,12	1,18	0,39*	0,34**	0,005	0,26*	0,25	0,19	0,12	0,14
Afecto en historia apego <i>padre</i> T1	0,18	0,3*	0,13	0,28*	0,41*	0,2	0,12	0,05	0,12	0,09	-0,26	0,02

** p < 0,01 (bilateral); * p < 0,05 (bilateral). [◇] p < 0,1

Tal y como ya ocurriera en la tabla 64, similar a esta pero con el estudio transversal, y teniendo en cuenta sólo la historia de apego con la madre, es el afecto recordado de su relación con el padre y con la madre en la infancia la variable que correlaciona con valores más altos en el afecto que los chicos y las chicas adolescentes muestran a sus amigos y amigas. Aunque a groso modo es la primera conclusión que extraemos, nos gustaría detenernos un poco más en esta tabla. Un aspecto que destaca es el hecho de que la historia afectiva con la madre medida en la adolescencia inicial correlaciona con el apego que los chicos muestran a su grupo con valores tan altos en la adolescencia media como en la adolescencia inicial. De hecho, esta historia afectiva con la madre se relaciona también de forma significativa con la variable Intimidad en la segunda oleada de datos en las chicas, cuando no lo hacía en la primera.

Otro hecho destacable es la relación entre la historia de sobreprotección percibida del padre y la relación de intimidad con la mejor amiga en las chicas. Estas variables correlacionan de forma marginal en T1, volviéndose significativas en T2 y T3. No es destacable sólo por el dato de que la correlación se torne significativa, sino también por el signo de la correlación. Recordemos que la dimensión es Sobreprotección Vs Estimulación de la autonomía, siendo este segundo polo el que forma el apego seguro junto a los índices altos de afecto. Cabría esperar que la relación entre la dimensión sobreprotección y las variables relacionadas con la vinculación afectiva hacia los iguales fuese negativa (como de hecho es en el caso de los chicos). Sin embargo, la correlación es positiva, es decir, cuanto menos estimulación de la autonomía, más intimidad con la mejor amiga, o dicho con otras palabras, a más sobreprotección paterna, mayor intimidad con la mejor amiga. Si comparamos a las chicas con los chicos, observamos como la misma variable parece tener un significado muy diferente para unas y para otros. Recordamos que hay que tener en cuenta que estamos hablando de correlaciones y, por tanto, no podemos hablar de causalidad.

Tabla 66. Ecuación de regresión sobre la variable Intimidad (estudio transversal)

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	0,38	9,06	0,000	0,14	--
Paso 2					
Sexo	0,34	8,25	0,000	0,17	0,03
Afecto historia apego madre T1	0,17	4,09	0,000		
Paso 3					
Sexo	0,36	8,4	0,000	0,18	0,01
Afecto historia apego madre T1	0,17	3,97	0,000		
Sobreprotección historia apego padre T1	-0,002	-0,05	0,96		

La ecuación de regresión que muestra la tabla 66 nos indica que la variable de la historia de apego de los progenitores que más se relaciona con la relación afectiva que los chicos y chicas mantienen con sus amigos y amigas íntimos es el afecto que recuerdan de sus madres, de tal forma, que a más afecto recordado de las madres mayor intimidad se desarrollará con el mejor amigo o amiga durante la adolescencia. Esta ecuación de regresión deja ver también la relación ya conocida entre el sexo y la intimidad: las chicas muestran mayor intimidad que los chicos en sus relaciones afectivas con la mejor amiga. Como podemos observar, la relación entre sobreprotección e intimidad que se deja ver en la submuestra de chicas y que habíamos comentado previamente se diluye por completo al controlar los efectos del sexo y el afecto en la historia de apego con la madre.

Tabla 67. Ecuación de regresión sobre la variable Apego Iguales (estudio transversal)

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	0,38	9,2	0,000	0,14	--
Paso 2					
Sexo	0,34	8,2	0,000		
Afecto historia apego madre T1	0,19	4,54	0,000	0,17	0,03
Paso 3					
Sexo	0,34	8,00	0,000		
Afecto historia apego madre T1	0,16	3,19	0,001	0,18	0,01
Sobreprotección historia apego padre T1	0,06	1,13	0,26		

En la tabla 67 volvemos a observar que las chicas muestran más apego al grupo de iguales que los chicos, estando también relacionado con dicha variable dependiente el afecto que los chicos y chicas adolescentes recuerdan haber recibido de sus madres. Así, quienes recuerdan haber recibido más afecto de sus madres son también los que muestran un mejor apego al grupo de iguales.

Intentaremos ahora analizar los datos de forma que podamos apuntar alguna relación de causalidad. Para ello utilizaremos el modelo autorregresivo, incluyendo como VI las variables dimensionales de la historia de apego: Afecto Padre, Afecto Madre, Sobreprotección Padre y Sobreprotección Madre, el sexo de los chicos y las chicas, y como VD la intimidad y el apego a los iguales en tiempos posteriores (T2 ó T3)

Tabla 68. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable de Intimidad en T3 utilizando las dimensiones de historia de apego.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sobreprotección en historia apego Padre T1	0,23	2,34	0,021	0,04	--
Paso 2					
Sobreprotección en historia apego Padre T1	0,27	2,75	0,007	0,08	0,04
Afecto en historia apego Madre T1	0,22	2,24	0,028		
Paso 3					
Sobreprotección en historia apego Padre T1	0,24	2,45	0,01	0,12	0,04
Afecto en historia apego Madre T1	0,2	2,01	0,05		
Sexo	0,22	2,31	0,023		
Paso 4.- Modelo autorregresivo					
Sobreprotección en historia apego Padre T1	0,21	2,17	0,03	0,13	0,01
Afecto en historia apego Madre T1	0,16	1,61	0,1		
Sexo	0,2	1,82	0,07		
Intimidad T1	0,12	1,14	0,26		

La tabla 68 nos muestra una fotografía en la que tanto el padre como la madre ejercen influencia sobre las relaciones de amistad de sus hijos e hijas. Así, a mayor sobreprotección paterna mayor relación de intimidad con el mejor amigo o amiga, lo que implica que a mayor estimulación de la autonomía menor intimidad se desarrollará con el mejor amigo o amiga. Al mismo tiempo, desarrollarán más intimidad en las relaciones de amistad íntima los chicos y chicas que recuerden haber recibido mayor afecto de sus madres y, tal y como venimos comentando a lo largo del apartado de resultados, las chicas.

El último paso de la ecuación de regresión es el que hemos denominado unas páginas atrás el modelo autorregresivo, es decir, introducir el valor de la VD en un tiempo anterior, con lo que cualquier variable que entre en la ecuación de regresión además de la VD en un tiempo anterior viene a explicar o predecir el cambio en la VD. Al introducir el control de la misma variable en tiempo 1 (momento en que se recogieron los datos sobre la historia de apego), la sobreprotección percibida del padre continúa ejerciendo su influencia. De hecho, también la ejercería si hubiéramos realizado otra ecuación de regresión incluyendo la intimidad en T2. La diferencia entre las dos ecuaciones-en la que se introduce como control la variable intimidad en T1 y la que se introduce como variable control la intimidad en T2- es que la intimidad en T2 sí entraría en la ecuación de regresión y expulsaría al sexo. Este resultado se puede interpretar como que la sobreprotección que los padres ejercieron en la infancia de chicos y chicas está relacionado con el aumento en intimidad con el mejor amigo/a a lo largo de la adolescencia, o en sentido inverso, aquellos que fueron menos sobreprotegidos (a los que estimularon la autonomía) disminuyen en intimidad con el mejor amigo entre T1 y T3, y entre T2 y T3.

Por último, tal y como vimos en las gráficas de la primera exposición de la tesis, el sexo es también fuente de variabilidad, de tal forma que las chicas muestran más intimidad que los chicos. Queremos destacar que esta ecuación de regresión se realiza sobre la amistad en la adolescencia tardía (a los 17 años de media) mientras que los datos sobre la relación afectiva con los padres se recogieron cuando los chicos y chicas transitaban por la adolescencia inicial (unos 13 años de media).

Tabla 69. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable de Apego a los iguales en T2 utilizando las dimensiones de historia de apego.

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Afecto en historia apego Madre T1	0,36	3,79	0,000	0,13	-
Paso 2					
Afecto en historia apego Madre T1	0,39	4,34	0,000	0,23	0,10
Sexo	0,26	2,97	0,004		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Apego Iguales T1	0,43	4,55	0,000	0,38	0,15
Afecto en historia apego Madre T1	0,23	2,65	0,009		
Sexo	0,14	1,58	0,12		

Como podemos comprobar, la dimensión Afecto-rechazo en la historia de apego con la madre influye en cómo los y las adolescentes se comportan afectivamente con su grupo de amigos en la adolescencia media. Es decir, el afecto que los chicos recuerdan que sus madres les explicitaron durante la niñez influye tanto en los valores absolutos de apego al grupo de iguales como en el cambio, de forma que quienes recuerdan más afecto de sus madres son quienes aumentan los niveles de apego hacia el grupo de iguales y quienes recuerdan menos afecto de sus madres serán los que disminuyan su apego al grupo de iguales entre la adolescencia inicial y la media. Las chicas son las que mejor relación afectiva tienen hacia su grupo de amigos y amigas, pero el ser chica o chico no influye en el aumento o disminución de los niveles de apego al grupo durante la adolescencia.

Observemos qué ocurre con el apego actual a los progenitores. Para ello, vamos a incluir, en primer lugar, las correlaciones entre las variables del cuestionario de apego actual a los padres (Enfado/preocupación, Disponibilidad y Consideración) y las variables afectivas con los amigos y amigas (Intimidad con el mejor amigo y Apego Iguales). Posteriormente veremos cómo se relacionan estas variables entre sí a través de ecuaciones de regresión y el modelo autorregresivo:

Tabla 70. Correlaciones entre apego a los padres en T2 y T3 y relaciones afectivas con los iguales

	Intimidad en T2		Apego Iguales T2		Intimidad T3		Apego Iguales T3	
	Chico	Chica	Chico	Chica	Chico	Chica	Chico	Chica
Enfado Preocupación T2	0,02	0,02	-0,32*	-0,46**	-0,17	-0,22 [◇]	-0,19	-0,32*
Disponibilidad T2	0,03	0,13	0,48**	0,26*	0,1	0,15	0,31 [◇]	0,22 [◇]
Consideración T2	0,28 [◇]	0,11	0,28 [◇]	0,4**	0,35*	0,30*	0,25	0,2
	Intimidad en T2		Apego Iguales T2		Intimidad T3		Apego Iguales T3	
	Chico	Chica	Chico	Chica	Chico	Chica	Chico	Chica
Enfado Preocupación T3	-0,1	-0,16	-0,09	-0,27*	0,22	-0,23 [◇]	-0,37*	-0,22 [◇]
Disponibilidad T3	0,28	0,22	0,51**	0,03	-0,02	0,02	0,6**	0,2
Consideración T3	0,48**	0,3**	0,25	0,02	0,32 [◇]	0,17	0,64**	0,21 [◇]

** p < 0,01 (bilateral); * p < 0,05 (bilateral). [◇] p < 0,1; en gris los chicos y en blanco las chicas.

Encontramos que las correlaciones entre las variables relacionadas con el apego actual hacia los padres y las madres, y las que tienen que ver con las relaciones afectivas con los iguales son más altas en el caso de los chicos que de las chicas. Igualmente, parece que esas relaciones son más altas en la tercera oleada de datos que en la segunda y, por último, que las relaciones afectivas con los padres están más relacionadas con el apego hacia el grupo de iguales que con la intimidad hacia el mejor amigo o amiga. Veamos si podemos apuntar hacia la causalidad con nuestros datos.

Recordemos los datos de la primera parte de los resultados. No había cambios significativos en ninguna de las tres variables de apego a los padres entre T2 y T3, o lo que es lo mismo, entre la adolescencia media y tardía. Sin embargo sí había cambios significativos en la relación que los varones mantienen con sus iguales, tanto con el mejor amigo como con el grupo. Intentemos explicar estos cambios en función del tipo de relación que mantienen con sus padres. Para ello, utilizaremos ecuaciones de regresión, con el método ya descrito de introducir por pasos en la ecuación de regresión.

Tabla 71. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Intimidad en T2 con las variables de apego a los padres.

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	0,47	5,26	0,000	0,22	--
Paso 2					
Sexo	0,45	5,19	0,000	0,28	0,06
Consideración T2	0,25	2,84	0,005		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Sexo	0,35	3,67	0,000	0,32	0,04
Consideración T2	0,18	1,99	0,049		
Intimidad T1	0,24	2,4	0,018		

Esta ecuación de regresión muestra que el tener consideración por los padres (preocuparse por ellos, ayudarles) está relacionado o influye en la relación de intimidad que se pueda mantener con el mejor amigo o amiga, incluso si controlamos el nivel de intimidad en T1.

Tabla 72. Modelo autorregresivo sobre la variable Intimidad en T3 con las variables de apego a los padres.

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ² corregida	Cambio en R ²
Paso 1					
Sexo	0,28	2,81	0,005	0,07	0,07
Paso 2					
Sexo	0,26	2,77	0,007	0,15	0,17
Consideración T2	0,3	3,29	0,001		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Sexo	0,13	1,34	0,18	0,22	0,24
Consideración T2	0,26	2,84	0,005		
Intimidad T2	0,3	3,01	0,003		

La ecuación de regresión de la tabla 72 nos muestra que la consideración hacia los padres vuelve a ser la variable que más contribuye a explicar los valores

absolutos de la intimidad desarrollada hacia el mejor amigo en la adolescencia tardía, y a predecir el cambio en intimidad entre T2 y T3, igual que predecía el cambio entre T1 y T2, de forma que quienes más consideración muestran a sus padres en la adolescencia media son más proclives a tener más intimidad con el mejor amigo y a aumentar los niveles de intimidad entre T2 y T3. Queremos reseñar que si introducimos en la ecuación de regresión la variable consideración en T3 en lugar de en T2, esta saldría de la ecuación al igual que enfado/preocupación o disponibilidad en T3, lo que parece estar indicando que la influencia que las relaciones familiares ejercen en la adolescencia tardía no son debidas a las relaciones sincrónicas o contemporáneas, sino que son debidas a los modelos relacionales aprendidos en años anteriores.

Nos llama la atención que la variable que entra en la ecuación de regresión sea la Consideración. Si observamos el cuestionario de West *et al.* (1998), como ya comentamos en el método, podremos observar que las dimensiones Disponibilidad y Enfado/preocupación hacen referencia a cómo el adolescente percibe a su padre o madre, mientras que la dimensión Consideración está más relacionada con cómo el adolescente se percibe a sí mismo en su relación con su padre o madre. La dimensión que está relacionada con el aumento o no de la intimidad es aquella que hace referencia al modelo que el adolescente tiene de sí mismo, de forma que mientras más consideración muestre hacia su padre o madre (mejor enfoque la relación con su padre o madre) más intimidad desarrollará con su amigo/a íntimo/a.

La tabla 73 nos muestra una fotografía similar a la que venimos exponiendo, en la cual las relaciones que se mantienen con los padres y las que se mantienen con los amigos están relacionadas. Si observamos la ecuación de regresión y el modelo autorregresivo veremos que la percepción de que los padres estarán disponibles y el nivel de enfado/preocupación por percibir que no lo están (en este caso en sentido negativo, es decir, a menor enfado/preocupación mejor relación afectiva con el grupo de amigos) explica el que los chicos y chicas de la muestra tengan buenas relaciones afectivas con el grupo de amigos y el aumento o disminución de apego al grupo de iguales, de tal forma que aumentan los niveles de apego al grupo de iguales entre la adolescencia media y tardía en aquellos chicos y chicas que sienten poco enfado/preocupación porque sus padres y madres no estén cuando los necesiten y, al mismo tiempo, alta disponibilidad de sus padres y madres. Como siempre, el sexo ejerce una fuerte influencia, siendo las chicas las que muestran mejor apego al grupo y, sin que el sexo afecte al cambio en apego al

grupo de iguales entre T1 y T2 cuando controlamos las variables vinculadas con las relaciones familiares.

Tabla 73. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Apego a los iguales en T2 con las variables de apego a la familia.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	0,28	2,88	0,005	0,08	--
Paso 2					
Sexo	0,28	3,05	0,003	0,2	0,12
Enfado/preocupación T2	-0,36	-4,0	0,000		
Paso 3					
Sexo	0,29	3,39	0,001	0,3	0,1
Enfado/preocupación T2	-0,26	-2,7	0,008		
Disponibilidad T2	0,27	2,77	0,007		
Paso 4.- Modelo autorregresivo					
Sexo	0,13	1,6	0,1	0,46	0,16
Enfado/preocupación T2	-0,23	-2,66	0,009		
Disponibilidad T2	0,2	2,31	0,02		
Apego Iguales T1	0,44	5,23	0,000		

Vamos a intentar explicar el apego a los iguales en T3 en función de las variables que pueden predecirlo. En este caso, no introducimos el sexo como variable en la ecuación de regresión porque, tal y como vimos en la primera parte de los resultados, en T3 no aparecen diferencias de género.

Podemos observar de nuevo que las variables de disponibilidad y enfado/preocupación pueden explicar el nivel de apego al grupo de iguales que se tendrá en la adolescencia tardía en el mismo sentido que hemos explicado en el párrafo anterior: a más disponibilidad de los padres y menor enfado/preocupación, mejor será la relación afectiva con el grupo de amigos, pero no puede explicar ni predecir el cambio que se da en la variable entre T2 y T3, puesto que al entrar en la ecuación de regresión la variable apego iguales en T2, esta última absorbe toda la variabilidad de la VD. Con esto queremos decir que, aunque sabemos que el apego

al grupo de iguales va aumentando a lo largo de la adolescencia entre los chicos, y la estabilidad relativa ($r_{xy} = 0,48$) informa de cambios en las trayectorias de chicos y chicas, ni el aumento medio ni los cambios en las trayectorias evolutivas pueden ser explicados por las variables familiares que hemos tenido en cuenta en esta ecuación y, por tanto, habría que buscar la causa en otro tipo de variables.

Tabla 74. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable apego a los iguales en T3 con las variables de apego a los padres y las madres.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R² corregida</i>	<i>Cambio en R²</i>
Paso 1					
Disponibilidad T2	0,26	2,67	0,009	0,07	--
Paso 2					
Disponibilidad T2	0,14	1,34	0,18	0,11	0,04
Enfado/preocupación T2	-0,23	-2,09	0,04		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Disponibilidad T2	0,03	0,26	0,79	0,23	0,12
Enfado/preocupación T2	-0,13	-1,21	0,23		
Apego Iguales T2	0,4	3,95	0,000		

Tal y como apuntábamos en la introducción teórica, a pesar de que la idea más intuitiva es que el contexto familiar influye en el de los iguales y, esa ha sido generalmente la principal hipótesis de partida en los estudios a nivel de mesosistema entre familia e iguales, aparecen algunos estudios que indican que la relación es bidireccional, pudiéndose trasladar a la relación con la familia aquellas destrezas adquiridas en el contexto de los iguales. Con esta hipótesis de partida, realizamos los análisis con ecuaciones de regresión y con el modelo autorregresivo sobre las variables familiares en la tercera oleada de datos utilizando como predictoras las variables afectivas con los amigos y amigas (Intimidad con el mejor amigo y Apego hacia el grupo de iguales). En este caso, teniendo en cuenta que no aparecían diferencias en función del género en las variables de apego actual a la familia, no diferenciaremos a los chicos de las chicas. Los resultados se encuentran en la siguiente tabla.

Tabla 75. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable disponibilidad en T3.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Intimidad T2	0,43	4,61	0,000	0,18	--
Paso 2					
Intimidad T2	0,31	3,18	0,002	0,24	0,06
Apego Iguales T2	0,27	2,76	0,007		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Intimidad T2	0,3	3,29	0,001	0,34	0,10
Apego Iguales T2	0,13	1,42	0,19		
Disponibilidad T2	0,34	3,7	0,000		

Tabla 76. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Enfado/preocupación en T3.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R² corregida</i>	<i>Cambio en R²</i>
Paso 1					
Intimidad T2	-0,2	-2,0	0,048	0,04	--
Paso 2.- Modelo autorregresivo					
Intimidad T2	-0,2	-2,28	0,025	0,21	0,17
Enfado/preocupación T2	0,41	4,58	0,000		

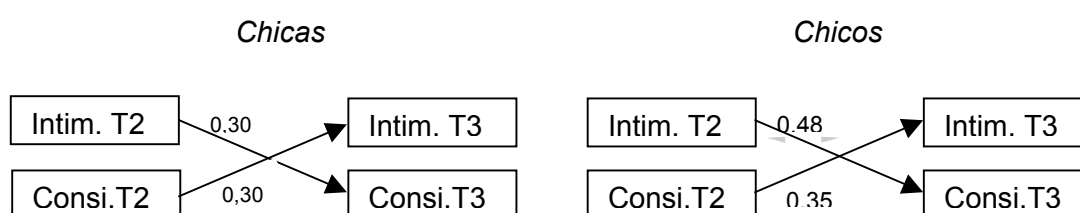
Tabla 77. Modelo autorregresivo sobre la variable Consideración en T3.

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R² corregida</i>	<i>Cambio en R²</i>
Paso 1					
Intimidad T2	0,37	3,93	0,000	0,14	--
Paso 2.- Modelo autorregresivo					
Intimidad T2	0,28	3,32	0,001	0,32	0,18
Consideración T2	0,43	5,08	0,000		

Podemos comprobar que la variable Intimidad con el mejor amigo o amiga entra en la ecuación de regresión y en el modelo autorregresivo en los tres casos, siendo aquellos chicos y chicas que más intimidad tienen con el mejor amigo los que más disponibilidad, menor enfado/preocupación y más consideración muestran en las relaciones con sus padres o madres. También en las tres ecuaciones de regresión introdujimos como posible VI el Apego hacia el grupo de iguales en T2, que sólo entró en la ecuación de regresión en el caso de la Disponibilidad (también en sentido positivo) y en ninguno de los tres casos cuando se controló el valor de la VD en la recogida de datos previa. Al estar medida en un tiempo anterior a la recogida de datos, y haber controlado el valor de la VD 2 años antes con el modelo autorregresivo, podemos concluir que las destrezas que los chicos y chicas aprenden en la relación con el mejor amigo o amiga les permiten mejorar la relación que mantienen con sus padres. Esta idea se retomará en la discusión de los resultados.

Aparecen en las ecuaciones de regresión unos datos que pueden resultar contradictorios: por un lado, el tener consideración hacia los padres parece *influir* en la relación de intimidad con el mejor amigo, pero por otra parte las tablas X a X muestra que la relación puede ser la inversa, la relación de intimidad con el mejor amigo puede ser la que *influye* en la consideración hacia los progenitores. Comprobemos con los retardos cruzados qué está ocurriendo.

Tabla 78. Retardos cruzados entre Intimidad con el mejor amigo o amiga y Consideración hacia los progenitores



Se puede observar que, tanto en el caso de los 63 chicas como en el de los 38 chicos, las correlaciones cruzadas entre las variables en T2 y en T3 son muy parecidas. Más que hablar de direccionalidad, por tanto, sería mejor hablar de bidireccionalidad: dos contextos que se influyen mutuamente.

En este apartado, los resultados nos han indicado que la dimensión afecto-rechazo en el cuestionario de historia de apego con los padres está relacionada tanto con el nivel de intimidad desarrollado con el mejor amigo o amiga como con el apego al grupo de iguales, de tal forma que aquellos que percibieron más afecto de sus padres y madres tendrán mejores relaciones de intimidad y de apego al grupo. En este sentido, hemos mostrado que para que las relaciones con los amigos (tanto con el mejor amigo como con el grupo) sean positivas es necesario haber formado un vínculo seguro con –al menos- uno de los dos progenitores, el padre o la madre.

El afecto que la madre haya mostrado al adolescente en su niñez parece estar relacionado con el apego que éste tenga al grupo de iguales, siendo la sobreprotección paterna (o la falta de estimulación de la autonomía) la variable que más influye en que la intimidad con la mejor amiga sea elevada, tanto en la adolescencia media como en la tardía.

Esta influencia de la sobreprotección paterna en las chicas llega hasta el punto que las chicas que recuerdan mayor sobreprotección en la adolescencia inicial, cuando se midió esta variable, son las que aumentan el nivel de intimidad con la mejor amiga a lo largo de la adolescencia, y las que recuerdan más estimulación de la autonomía son quienes disminuyen la intimidad a lo largo de la adolescencia. En este momento queremos recordar que, aunque la estabilidad absoluta en cuanto a la intimidad hablaba de pocos cambios entre las chicas, las correlaciones que utilizamos para conocer la estabilidad relativa nos informaron de que entre las chicas sí que había cambios en intimidad y parece que la relación con el padre puede estar prediciendo parte de estos cambios. El afecto recordado de la madre (medido en T1) influye en que los chicos y las chicas tengan una intimidad elevada en su relación con el mejor amigo/a en T2 y T3, y la sobreprotección paterna percibida (medida también en T1) afecta no sólo a la mejor intimidad en T2 y T3, sino también al aumento de intimidad entre un momento y otro de la adolescencia. Teniendo en cuenta que la sobreprotección se midió sólo en T1 y, por tanto, no ha podido cambiar con el transcurso de la adolescencia, probablemente sea la evaluación de la relación con el padre lo que ha cambiado, de forma que en la adolescencia media o tardía se interpreta como afecto-interés, lo que en la adolescencia inicial se interpretaba como merma a la autonomía. Esta reelaboración de la relación con el padre será la que se relacione con el aumento de la intimidad con el mejor amigo/a. Es probable, incluso, que esta reelaboración de la relación pueda deberse a un aumento de la maduración relacional aprendido

en la relación de intimidad con el mejor amigo o amiga, de forma que la influencia sea bidireccional. Sin embargo, desde el punto de vista del modelo compensatorio descrito en la introducción teórica, bien podríamos estar hablando de que quienes se sienten autónomos en casa no necesitan el contexto de los iguales para desarrollar la autonomía fuera del hogar y, por tanto, sus relaciones con los pares son menos íntimas.

En relación al grupo de iguales es el afecto materno el que ejerce mayor influencia en que los chicos y chicas tengan una buena relación afectiva con el grupo y de que ésta aumente entre un momento y otro, de forma que a más afecto materno percibido, mayor apego al grupo de iguales.

A partir de la adolescencia media, parece que las relaciones de apego familiares están más relacionadas con el apego al grupo de amigos que con la intimidad hacia el mejor amigo/a, siendo correlaciones más altas en el caso de los chicos que de las chicas. La ecuación de regresión sobre Intimidad nos muestra que tanto en la adolescencia media como en la tardía los chicos y chicas que más consideración muestran hacia sus padres o madres son los que mejor relación de intimidad tienen con el mejor amigo/a. Este dato nos resulta curioso puesto que la consideración hace referencia al modelo que el chico/a tiene de sí mismo en relación más que al modelo que tiene de los otros (los padres), y es el modelo de sí mismo el que se relaciona con el establecimiento de relaciones de mayor intimidad con su mejor amigo o amiga.

Sin embargo, son las dimensiones relacionadas con el modelo que el adolescente tiene de los demás (los padres) las dimensiones que se relacionan con la relación afectiva hacia el grupo de amigos, de forma que mientras más disponibilidad perciban de los padres y madres, y menos enfado/preocupación, mejor se relacionarán ellos con el grupo de iguales en la adolescencia media. Estas variables que parecen explicar el apego al grupo de iguales en T2, sin embargo, NO explican ni predicen el aumento de apego al grupo de iguales entre T2 y T3.

Pero la influencia a nivel de mesosistema no termina ahí, sino que con diferentes ecuaciones de regresión hemos mostrado que el aumento en intimidad con el mejor amigo/a también predice el aumento en consideración, enfado/preocupación y disponibilidad, mostrando, por tanto, que la relación entre el contexto familiar y el de los iguales no es unidireccional sino bidireccional, tal y como apuntábamos un poco más arriba.

6.2 TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DEL APEGO

Quizás el conocer si existe o no transmisión intergeneracional del apego es una de las cuestiones que más debate está generando entre los estudiosos del apego. En este sentido, nuestra investigación aporta datos que pueden resultar relevantes, puesto que hemos recogido información de las madres y de sus hijos adolescentes. Los chicos y las chicas adolescentes nos respondieron sobre el vínculo de apego con sus madres y sus padres y, a su vez, las madres contestaron cuestionarios referidos al vínculo de apego que mantienen con sus padres (los abuelos de los adolescentes) y con su pareja (en general los padres de los adolescentes dianas).

Los datos descriptivos sobre la relación de apego de los adolescentes con sus padres y madres fueron descritos en el capítulo dos de los resultados. Ahora pasamos a describir los datos referentes al vínculo de apego de las madres con los abuelos de los adolescentes y con sus propias parejas. Posteriormente, analizaremos los datos para intentar responder a si existe o no transmisión intergeneracional del apego en nuestra muestra.

6.2.1. El vínculo de apego de las madres con los abuelos de los adolescentes

Tal y como se expuso en el método, recogimos en T2 datos referentes al recuerdo que las madres de los y las adolescentes tienen de cómo era el vínculo de apego con los abuelos/as de los chicos y chicas de la muestra y datos referentes a la relación de apego con la pareja actual de las madres. En este apartado describiremos los datos recogidos siguiendo una lógica algo diferente a como lo hicimos en los apartados descriptivos, ya que ni tenemos datos longitudinales del recuerdo del vínculo de apego, ni la muestra es suficientemente amplia como para reducir la información aún más con *clusters*.

Comenzaremos con los datos descriptivos sobre la historia de apego de los padres de los adolescentes con los abuelos de los adolescentes, tomadas en la segunda oleada de datos. Recordemos que se pedía a las madres² de los adolescentes que escogieran al abuelo o la abuela del adolescente, sólo a una de las dos figuras, la que hubiera sido más importante para ellas, para responder al cuestionario. Los resultados de esta elección se encuentran descritos en el método.

Tabla 79. Descriptivos historia de apego de las madres hacia las abuelas.

padre o madre del adolescente		Sobreprotección en historia apego madre con abuelo o abuela T2	Afecto en historia apego madre con abuelo o abuela T2
Padre	Media	16,21	20,93
	N	14	14
	Desv. típ.	9,04	9,76
Madre	Media	14,78	25,21
	N	65	65
	Desv. típ.	8,33	8,26
Total	Media	15,04	24,45
	N	79	79
	Desv. típ.	8,42	8,64

La prueba t para muestras independientes da un valor de $t_{(77)} = 0,57$; $1 > p > 0,05$, según el cual existe una relación marginal que informaría de que las madres recuerdan haber recibido más afecto que los padres de los adolescentes. Este valor de t hay que tomarlo con toda la cautela posible, puesto que como se observa en la tabla 79, tan sólo 14 padres respondieron el cuestionario de Parker *et al.* (1979) en la segunda oleada de datos. Esta misma prueba tomada con la misma precaución informa de la ausencia de diferencias significativas en cuanto la sobreprotección percibida de los abuelos.

Aunque no tengamos un estadístico que nos informe de si las diferencias son o no significativas, es interesante reseñar que es el afecto a la abuela en el caso de las madres la variable que muestra una media más elevada y una variabilidad (desviación tipo) más baja, que es lo mismo que ocurría cuando describíamos los datos que nos ofrecieron los y las adolescentes sobre este mismo aspecto, con este mismo cuestionario.

² Hablamos de madres en lugar de padres o progenitores puesto que, eran madres la mayor parte de las adultas que nos recibieron en sus hogares, y son los datos de estas los que serán expuestos con mayor profundidad.

6.2.2 El vínculo de apego de las madres hacia la pareja

Tal y como avanzamos en el apartado de método, en el caso de las relaciones afectivas de las madres con la pareja, sólo tenemos datos de 47 familias (las que participaron en el estudio en la segunda y en la tercera oleada de datos). Aunque en algunas familias ($n = 6$) pudimos entrevistar al padre y a la madre, en la mayoría de las ocasiones sólo contamos con la información de la madre y, por tanto, será exclusivamente la matriz de madres la que se usará en estos análisis, sin que podamos establecer comparaciones y analizar las coincidencias entre el apego que se desarrolla hacia la pareja en el caso de la madre y del padre. También nos gustaría aclarar que uno de los datos que forman parte de estos análisis corresponde a un padre, cuidador único de la chica adolescente que participó en el estudio ya que la madre había fallecido.

Como parece apreciarse en la tabla 80 y en la figura 60, las diferencias entre T2 y T3 en la dimensión evitación no se tornan significativas ($F_{(1,46)}$ de *Traza de Pillai* = 0,031 $p = n.s.$), pero sí lo son en la dimensión ansiedad, disminuyendo de una forma clara en la tercera oleada de datos ($F_{(1,46)}$ de *Traza de Pillai* = 12,06; $p < 0,05$). Quizás es curioso reseñar que no sólo disminuye la media, sino también la variabilidad definida por la desviación tipo. La estabilidad relativa (tabla 81) es alta en la dimensión Evitación y media-baja en la dimensión Ansiedad.

Figura 60. Cambios en las dimensiones de apego a la pareja evitación y ansiedad según transitan los hijos por la adolescencia media y tardía

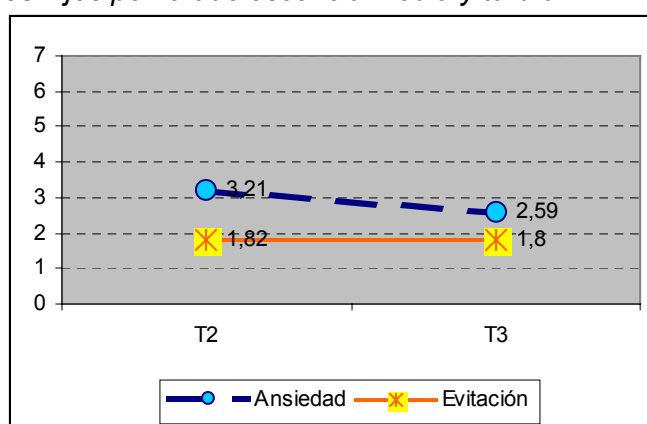


Tabla 80. Estadísticos descriptivos de las dimensiones evitación y ansiedad hacia la pareja

	Media	Desv. tıp.	N		Media	Desv. tıp.	N
Evitación en T2	1,82	1,07	47	Ansiedad en T2	3,21	1,21	47
Evitación en T3	1,80	0,92	47	Ansiedad en T3	2,59	0,92	47

Figura 61. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos de evitación en la relación de apego con la pareja de las madres de los adolescentes

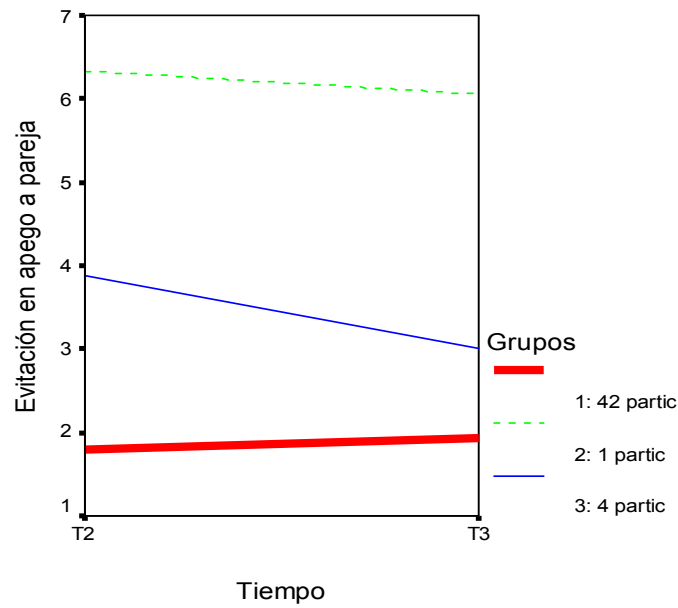


Figura 62. Trayectorias evolutivas de los diferentes grupos de ansiedad en la relación de apego con la pareja de las madres de los adolescentes

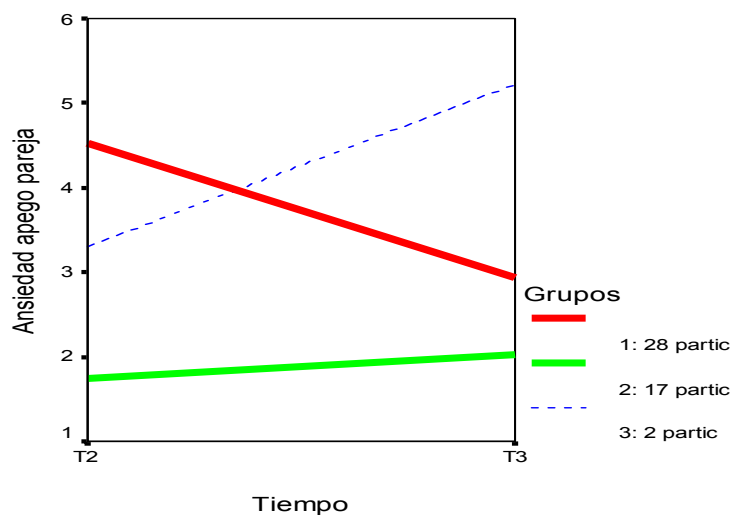


Tabla 81. Estabilidad relativa de las dimensiones evitación y ansiedad entre T2 y T3

	Evitación T3	Ansiedad T3
Evitación T2	0,83**	
Ansiedad T3		0,37*

** p < 0,001; * p < 0,05

Podemos comprobar cómo los datos referentes a la estabilidad relativa, los gráficos de trayectorias evolutivas y los de estabilidad absoluta muestran una total coherencia. La dimensión evitación obtiene unos valores bajos en ambas recogidas de datos (1,8 de 7 puntos máximos) que se mantienen estables tanto a nivel absoluto como relativo ($r_{xy} = 0,83^{**}$), mostrando los análisis de trayectorias evolutivas al grupo 1 (muy estable) que reúne a una buena parte de las madres que participaron en el estudio. En cuanto a la dimensión ansiedad, observamos un claro descenso entre T2 y T3, unido a una estabilidad relativa media-baja ($r_{xy} = 0,38$). Los gráficos de tendencias muestran a un grupo numeroso que disminuye la ansiedad que muestran hacia la pareja (grupo 1), otro que se mantiene prácticamente estable (grupo 2) y, un tercero con tan sólo dos participantes que aumenta los niveles de ansiedad hacia la pareja.

En resumen, encontramos que tanto las madres como los padres recuerdan haber recibido más afecto que sobreprotección de los abuelos, recordando las madres haber recibido más afecto que los padres. En cuanto a la relación de pareja, se halla estabilidad absoluta y relativa en cuanto a la evitación de la pareja, pero menos estabilidad en la ansiedad, que en T2 es mayor que en T3. Además existen cambios en la posición relativa que cada madre ocupa en la muestra de madres, con una r_{xy} de 0,37 considerada media-baja. En cualquier caso, en una escala de 1 a 7, la media de evitación es 1,8 y de ansiedad 3,2 en T2 y 2,6 en T3, lo que informa de niveles bajos en ambas variables.

6.2.3. La transmisión intergeneracional del vínculo de apego

Tal y como expusimos anteriormente, uno de nuestros objetivos de partida era intentar responder a la pregunta de si existe o no transmisión intergeneracional del apego, y en qué sentido se daría esta. Aclaremos qué pasos vamos a dar para intentar conseguir nuestro objetivo:

1. Relacionaremos el recuerdo del vínculo de apego de las madres de los adolescentes con los abuelos y la relación de apego actual que mantienen con sus parejas. En ambos casos la informante es la madre.
2. Analizaremos la relación entre el recuerdo del vínculo de apego de las madres de los adolescentes con los abuelos, y el recuerdo del vínculo de apego de los chicos y las chicas adolescentes con sus madres. En este caso partiremos de datos provenientes de dos informantes: las *madres* cumplimentan el cuestionario sobre su relación con los abuelos de los adolescentes, y los *adolescentes* el cuestionario sobre su relación con sus madres.
3. Relacionaremos el recuerdo del vínculo de apego de las madres de los adolescentes con los abuelos y el apego actual de los adolescentes a sus madres. De nuevo recogimos datos de dos informantes diferentes: madres y adolescentes.
4. Por último, relacionaremos la relación de apego con la pareja de las madres de los adolescentes con el apego actual de los adolescentes a sus padres y madres. Recordemos que las madres cumplimentaron el cuestionario sobre cómo es la relación de apego con su pareja, y los adolescentes el referido a la relación de apego con sus madres y padres.

Para llevar a cabo estas cuatro comparaciones expondremos, en primer lugar, las correlaciones entre las diferentes variables. Después, y a partir de la puntuación mediana, categorizamos la historia de control y de afecto de las madres con las abuelas o abuelos de los adolescentes en dos valores: historia de afecto alto y bajo e historia de control alto y bajo. Con esta categorización, hicimos las oportunas comparaciones de medias y hallamos los *tamaños del efecto* (*d de Cohen*). Sobre este último estadístico, que es la primera vez que aparece en este documento, queremos destacar que la APA recomienda su utilización desde la edición del manual de 1994, y desde la última edición de su manual, la recomendación se transformó en exigencia. Para interpretar el estadístico, que se calcula a partir de la media y la desviación tipo de cada grupo, y que tiene valores dentro del rango 0-2, Cohen aporta tres estándares o recomendaciones: $d = 0,2$ se interpreta como tamaño del efecto pequeño; $d = 0,5$ se considera un tamaño del efecto medio, y $d = 0,8$ o mayor un tamaño del efecto grande {Cohen, 1988 #157}.

1. Apego de la madre con el abuelo y Apego de la madre hacia la pareja

Tabla 82. Correlaciones de Pearson entre la historia de apego de la madre con los abuelos de los adolescentes y el apego actual a la pareja.

		T2 Evitación (apego pareja)	T2 Ansiedad (apego pareja)
Sobreprotección en Historia Apego Madre-Abuelo T2	r_{xy} N	-0,04 46	0,27 ^o 46
Afecto en Historia Apego Madre-Abuelo T2	r_{xy} N	0,12 46	-0,02 46

^o 0, 1 > p > 0,05

Tabla 83. Comparaciones de medias y *d* de Cohen entre la historia de apego de las madres con las abuelas y la relación de pareja actual de las madres.

		T2 Evitación (apego pareja)	T2 Ansiedad (apego pareja)
Sobreprotección en Historia Apego Madre-Abuelo T2	$F_{(1,44)}$ <i>d</i> de Cohen	0,001 0	3,93* 0,58
Afecto en Historia Apego Madre-Abuelo T2	$F_{(1,44)}$ <i>d</i> de Cohen	0,006 0,02	0,54 0,2

*p<0,05

Las tablas 82 y 83 muestran que entre el recuerdo que las madres de los adolescentes de nuestra muestra tienen de cómo eran a su vez las madres de ellas de afectuosas o sobreprotectoras está relacionado con la ansiedad que muestran hacia su pareja actual en la segunda oleada de datos. Esta relación tiene un tamaño medio. Asimismo, la relación entre la dimensión afecto en la historia de apego con la madre y la ansiedad ante la separación de la pareja en T2, no siendo significativa y teniendo una correlación prácticamente nula, tiene un tamaño del efecto interpretable como bajo, no como nulo.

Aunque a priori pudiéramos tener expectativas de que la historia de afecto con las abuelas pudiera estar relacionada con la dimensión de evitación, esta relación no aparece en nuestros datos, quizás por un simple efecto estadístico, ya

que no hay variabilidad suficiente en la dimensión Evitación como para que se relacione con las dimensiones de la historia familiar de apego.

2. *Apego de la madre con el abuelo e Historia de apego de los adolescentes a sus madres*

Tabla 84. *Correlaciones de Pearson entre la historia de apego de la madre con los abuelos de los chicos y la historia de apego de los adolescentes con sus madres.*

		Sobreprotección en Historia Apego Madre T1	Afecto en Historia apego Madre T1
Sobreprotección en Historia Apego madre-abuelo T2	r_{xy}	0,22	0,09
	<i>N</i>	43	43
Afecto en Historia Apego madre-abuelo T2	r_{xy}	-0,03	0,23
	<i>N</i>	43	43

Tabla 85. *Comparaciones de medias y *d* de Cohen entre la historia de apego de las madres con las abuelas y la historia de apego de los adolescentes con sus madres*

		Sobreprotección en Historia Apego Madre T1	Afecto en Historia apego Madre T1
Sobreprotección en Historia Apego madre-abuelo/a T2	$F_{(1,41)}$ <i>d de Cohen</i>	6,01* 0,75	0,9 0,3
Afecto en Historia Apego madre-abuelo/a T2	$F_{(1,41)}$ <i>d de Cohen</i>	0,2 0,15	2,17 0,45

* $p < 0,05$

La comparación de medias en este caso, nos lleva a los siguientes resultados: sigue sin ser significativa la relación entre el recuerdo que las madres tienen del afecto que percibían de las abuelas de los adolescentes y la percepción que los propios chicos y chicas tienen del afecto percibido por sus madres durante la niñez. Sin embargo, el tamaño del efecto no es despreciable, sino que la *d de Cohen* = 0,45, se acerca bastante a niveles medios de tamaño del efecto. Si observamos la tabla de correlaciones, la correlación $r_{xy} = 0,23$ tampoco es baja, por lo que no sería descabellado pensar que si la muestra fuera mayor la correlación se tornaría significativa.

La relación entre la historia de sobreprotección entre la madre y la abuela, y la historia de sobreprotección entre el adolescente y la madre, se torna significativa

y la *d de Cohen* nos lleva a la interpretación de que el efecto es grande. De hecho, queremos recordar que estas medidas son tomadas de dos informantes diferentes (madres e hijos) y en momentos diferentes, puesto que el cuestionario de Historia de Apego fue rellenado por los y las adolescentes en el curso académico 1999/2000 y por las madres en el 2001/2002, aproximadamente dos años después.

3. Apego de la madre con el abuelo y Apego actual de los adolescentes a sus madres

Continuamos testando estas hipótesis y relacionando las variables Afecto y Sobreprotección del instrumento completado por las madres sobre la relación con sus padres, y las variables Preocupación, Disponibilidad y Consideración del instrumento que los adolescentes cumplimentaron sobre la relación actual de apego con sus padres.

Tabla 86. Correlaciones de Pearson entre la historia de apego de la madre con los abuelos de los adolescentes y el apego actual de los adolescentes con sus madres.

		T2 Enfado preocupación (apego padres)	T2 Disponibilidad (apego padres)	T2 Consideración (apego padres)
Sobreprotección en Historia Apego madre- abuelo T2	r_{xy}	0,01	0,30*	0,15
	<i>N</i>	43	43	43
Afecto en Historia Apego madre-abuelo T2	r_{xy}	-0,16	-0,10	0,11
	<i>N</i>	43	43	43

* $p = 0,05$

Tabla 87. Comparaciones de medias y *d de Cohen* entre la historia de apego de las madres con las abuelas el apego actual de los hijos hacia los padres medido en T2

		T2 Enfado preocupación (apego padres)	T2 Disponibilidad (apego padres)	T2 Consideración (apego padres)
Sobreprotección en Historia Apego madre-abuelo T2	$F_{(1,41)}$	0,06	2,21	0,57
	<i>d de Cohen</i>	0,07	0,46	0,23
Afecto en Historia Apego madre-abuelo T2	F	-4,58*	0,002	1,87
	<i>d de Cohen</i>	0,68	0,01	0,41

* $p < 0,05$

Entre las tablas 86 y 87, podemos ver la correlación significativa entre la historia de control excesivo (falta de autonomía) que las madres recuerdan que tuvieron en su propia adolescencia y el hecho de que sus hijos las consideren a ellas personas disponibles cuando las necesitan. El tamaño del efecto se puede considerar medio. Este hecho puede estar advirtiendo del diferente significado que la sobreprotección puede tener en función del género o incluso del momento histórico que vivieron las madres de nuestros adolescentes.

La historia de afecto-rechazo de las madres con las abuelas se relaciona a su vez y, de forma negativa, con el enfado de los hijos cuando las madres no están disponibles y de forma positiva con la consideración de los hijos e hijas hacia sus madres; en este último caso, no hay correlación significativa ni tampoco significación en la comparación de medias, pero el tamaño del efecto de 0,4 es interpretable como medio-bajo. Volvemos a tener en cuenta que estas relaciones se dan con dos informantes diferentes madres y adolescentes.

Pero quizás los datos más llamativos los encontramos en la siguiente tabla, con datos aportados por las madres en la segunda oleada y por los hijos en la tercera, cuando contaban con unos 17 años de edad:

Tabla 88. Comparación de medias entre el recuerdo del vínculo de apego entre madres y abuelas y, el apego actual de los hijos hacia los padres medido en T3

	T3 Enfado preocupación (apego padres)	T3 Disponibilidad (apego padres)	T3 Consideración (apego padres)
Afecto en Historia Apego madre-abuelo T2	3,58 [◊]	3,43 [◊]	6,03*
<i>F</i> _(1,41) <i>d de Cohen</i>	0,58	0,57	0,76

[◊] 1 < p < 0,05; * p < 0,05

Podemos comprobar que el recuerdo de la madre de su historia de afecto hacia las abuelas de los chicos de la muestra mantiene una relación significativa o marginal con las tres variables de apego a padres en T3 (no incluimos los datos relativos a la sobreprotección porque no existe ninguna relación significativa). Es decir, parece que existe relación entre el recuerdo que las madres tienen de cómo eran de afectuosas sus propias madres con ellas y cómo dicen sus hijos que es la relación de apego con ellas.

4. Apego de la madre hacia la pareja y Apego actual de los adolescentes a sus madres

Por último, en este intento de dar respuesta a preguntas sobre la transmisión intergeneracional del apego, vamos a relacionar los datos provenientes del cuestionario que las madres cumplimentaron sobre su relación de apego con la pareja (típicamente el padre de los adolescentes) y aquellos datos que resultan del cuestionario de apego actual hacia los padres que respondieron los adolescentes y las adolescentes de la muestra.

Tabla 89. Correlaciones de Pearson entre el vínculo de apego actual a la pareja y el apego actual de los adolescentes con sus madres.

		T2 Enfado preocupación (apego padres)	T2 Disponibilidad (apego padres)	T2 Consideración (apego padres)
T2 Evitación (apego pareja)	r_{xy}	0,03	-0,05	0,01
	<i>N</i>	44	44	44
T2 Ansiedad (apego pareja)	r_{xy}	0,02	0,01	-0,06
	<i>N</i>	44	44	44

Datos similares a los que nos muestra la tabla 89 aparecen cuando correlacionamos estas mismas variables en T3. Es decir, correlaciones tan bajas que no llegan a 0,1 en ningún caso. Ante correlaciones de tamaño tan pequeño como las que muestra esta tabla, decidimos no llevar a cabo el resto de análisis, puesto que no le vimos sentido.

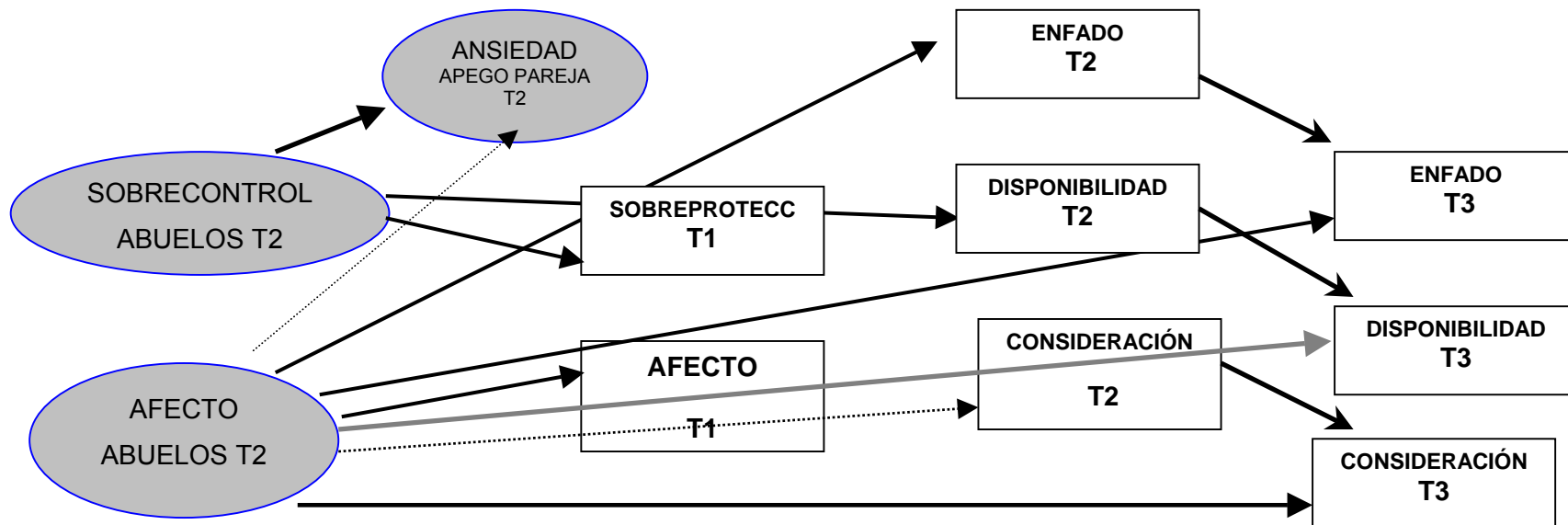
En resumen, encontramos relación entre diferentes vínculos de apego. De esta forma, hemos encontrado que aquellas madres que recuerdan que sus padres/madres, es decir, los abuelos de los adolescentes diana, les sobreprotegían en la infancia sienten mayor ansiedad ante la separación de sus parejas.

Igualmente, la dimensión sobreprotección en historia de apego de la madre con las abuelas está relacionada de forma significativa con la disponibilidad que los adolescentes sienten de sus madres y con la sobreprotección que recuerdan de ellas. Esto es, aquellos chicos y chicas que consideran que sus madres están disponibles cuando los necesitan son a su vez hijos de madres que recuerdan una sobreprotección materna mayor, y los adolescentes y las adolescentes que recuerdan más sobreprotección de sus madres son hijos de madres que recuerdan también mucha sobreprotección de las abuelas y abuelos.

Las madres que recuerdan mucho afecto de los abuelos de los adolescentes tienen hijos que también recuerdan mucho afecto de ellas y que se enfadan/preocupan poco en su relación con ellas.

Muy probablemente, el lector o lectora de estas páginas tendrá cierta confusión ante tantos datos relativos al vínculo de apego en diferentes relaciones y a su interconexión. Por este motivo, consideramos que el mejor resumen es la figura 63.

Figura 63. Figura resumen de las relaciones entre los diferentes vínculos de apego³.



Leyenda: En elipses y en gris los datos aportados por las madres, en rectángulos y en blanco, los aportados por los y las adolescentes. En todos los casos dentro de la figura aparece la oleada en la que se recogieron los datos.

³ Las líneas que unen elipses y rectángulos son de diferente tamaño y forma sólo para facilitar la comprensión de la figura. No hacen referencia de forma sistemática a diferente significación estadística, sino que es una forma intuitiva de señalar que hay unas relaciones más claras o fuertes que otras.

6.3. ANTECEDENTES DE LA CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO

6.3.1. Conformidad Neutra

En el apartado 1.3 tuvimos ocasión de comprobar que, tal y como afirma la literatura científica, los chicos y chicas no son tan conformistas como se opina en la vida cotidiana, y que ceden más hacia aspectos positivos que hacia aspectos negativos. Pero, ¿qué podemos decir sobre los antecedentes del conformismo cuando se llega a la adolescencia?. Comenzaremos, como venimos acostumbrando, aclarando las correlaciones entre las diferentes variables que están implicadas en el estudio que estamos presentando y la conformidad neutra en T1, T2 y T3.

Tabla 90. Correlaciones de Pearson sobre Conformidad Neutra en T1, T2 y T3

	Conformidad Neutra T1	Conformidad Neutra T2	Conformidad Neutra T3
Sobreprotección en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,02	-0,09	-0,04
Sobreprotección en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,09	-0,17	-0,17
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,21*	-0,03	-0,01
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,31**	-0,13	0,02
Intimidación T1	-0,14	-0,05	-0,08
Apego Iguales T1	-0,14	-0,04	-0,01
Satisfacción Vital T1	-0,18	-0,08	-0,08
Autoestima T1	-0,32**	-0,21*	-0,20*
Consumo T1	0,11	-0,06	-0,24*

... Continuación Tabla 90.

	Conformidad Neutra T1	Conformidad Neutra T2	Conformidad Neutra T3		Conformidad Neutra T1	Conformidad Neutra T2	Conformidad Neutra T3
Preocupación T2	0,06	0,07	-0,02	Preocupación T3	0,05	-0,08	0,09
Disponibilidad T2	-0,23*	-0,19	-0,15	Disponibilid. T3	-0,20*	0,01	0,06
Consideración T2	-0,4**	-0,24*	-0,19	Considerac. T3	-0,14	0,05	0,07
Intimidación T2	-0,14	-0,08	-0,06	Intimidación T3	-0,12	-0,06	-0,06
Apego Iguales T2	-0,14	-0,29**	-0,21*	Apego Iguales T3	-0,21*	-0,26**	-0,22*
Satisfacción Vital T2	-0,14	-0,16	-0,16	Satisfacción Vital T3	-0,27**	-0,26**	-0,24*
Autoestima T2	-0,27**	-0,19	-0,15	Autoestima T3	-0,21*	-0,31**	-0,24*
Consumo T2	0,05	-0,12	-0,17	Consumo T3	0,06	-0,14	0,05
Grupo Antisocial T2	0,22*	0,22*	0,09	Grupo Antis.T3	0,20*	0,16	0,21*
Problemas Internos T2	0,11	0,16	0,05	Problemas Internos T3	0,16	0,19	0,23*
Problemas Externos T2	0,33**	0,1	-0,01	Problemas Externos T3	0,23*	0,12	0,12

*p<0,05; **p<0,01

La tabla de correlaciones que acabamos de exponer aporta una rica y valiosa información, no sólo sobre cuáles parecen que van a ser las variables predictoras de la conformidad neutra, sino también sobre en qué variables de tiempos posteriores parece que influye la conformidad neutra. Así, observamos que las variables de historia de apego a los padres y las madres, en concreto la historia afectiva, se relaciona negativamente con la conformidad neutra en T1, siendo más conformistas los adolescentes con padres y madres menos afectuosos. También encontramos correlaciones que llegan a niveles medios entre la conformidad neutra y el apego actual al padre o la madre. Por otra parte, llama poderosamente la atención, por lo elevado de la correlación, la relación entre conformidad neutra en la primera oleada de datos y consideración en la segunda, de tal forma que aquellos chicos y chicas que son menos conformistas también serán dos años después los que más consideración tengan hacia sus padres; o lo que es lo mismo, los adolescentes menos conformistas serán los que dos años después se muestren más empáticos y considerados hacia sus padres y madres. La conformidad neutra en T1 también correlaciona negativamente con la disponibilidad que los adolescentes sienten de sus padres tanto en la adolescencia media como en la

tardía. La relación contraria no se torna significativa, es decir, la consideración y la disponibilidad durante la adolescencia media no correlacionan significativamente con conformidad neutra en la adolescencia tardía. Parece, por tanto, que estos datos apuntan de alguna forma al modelo compensatorio, de forma que aquellos adolescentes más conformistas a la presión del grupo en la adolescencia inicial son los que menos consideración tienen hacia sus padres y menos disponibilidad perciben de ellos dos y cuatro años después, o dicho con otras palabras, quienes más se dejan llevar por la opinión del grupo en la adolescencia inicial serán los que tendrán peores relaciones con sus padres y madres durante la adolescencia media y tardía.

Otros datos destacables, y resumiendo la información que aparece en la tabla, son que los más conformistas son los que menos autoestima y satisfacción vital tienen (sobre todo en la adolescencia tardía), quienes muestran menos apego al grupo (a partir de la adolescencia media), los que consideran que su grupo de amigos es más antisocial, los que durante la adolescencia inicial, y sólo durante ésta, tienen más problemas externalizantes y sólo en la adolescencia tardía problemas internalizantes.

En general, en psicología tendemos a comentar sólo aquellas relaciones que son significativas. En este momento, nos gustaría reseñar y llamar la atención de que NO existe correlación significativa entre la conformidad neutra y los consumos de sustancias, relación que sin duda era de esperar si nos atenemos a la visión cotidiana que nos muestran los medios de comunicación de los chicos y chicas adolescentes.

Como se recordará del método, la conformidad neutra está compuesta por ítems que preguntan cuestiones del tipo comprar música que gusta a tus amigos aunque no sea la que el adolescente diana tenía pensado adquirir. Podemos comprobar en la tabla 91 que, para explicar este tipo de conformidad, entran en la ecuación de regresión la autoestima y el afecto en la historia de apego con el padre, ambos en sentido negativo, es decir: mientras más autoestima tenga el adolescente y más afecto recuerde del padre, menos cederá ante la presión del grupo, y al revés, quienes menos autoestima tengan y menos afecto recuerden de su padre tenderán a hacer lo que piden sus amigos ante conductas neutras. Cada una de estas variables aporta su propia variabilidad, ya que intentamos comprobar si

existía un efecto de mediación de la autoestima entre el afecto recordado de los padres y la conformidad y no resultó significativo.

Tabla 91. Ecuación de regresión sobre la variable Conformidad Neutra en T1

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,27	2,76	0,007	0,07	--
Paso 2					
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,23	-2,35	0,02	0,14	0,07
Autoestima	-0,26	-2,7	0,008		
Paso 3					
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,27	-2,34	0,02	0,15	0,01
Autoestima	-0,28	-2,78	0,007		
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	0,08	0,6	0,49		

De nuevo en este caso son llamativas algunas de las variables que no entran en la ecuación de regresión, tales como el afecto en la historia de apego con la madre, que aunque sí correlaciona con la conformidad neutra parece que la variabilidad que explica de la VD ya la ha aportado el afecto en la historia de apego con el padre. El sexo de los chicos o chicas tampoco entra en la ecuación de regresión. Veamos qué ocurre en T2 y T3 con este mismo tipo de conductas:

De la ecuación de regresión de la tabla 92 podemos resumir que, por una parte, la variabilidad que parecía que explicaba la autoestima queda absorbida por la variable de apego a los iguales, de tal forma que son más conformistas ante cuestiones neutras en un principio quienes menos autoestima tenían dos años antes, pero esa relación se desvanece al introducir el apego al grupo de iguales. La figura 64 nos muestra con más claridad el efecto de mediación de la variable apego al grupo de iguales entre la autoestima y la conformidad neutra. El pertenecer a un grupo antisocial también parece estar asociado con la conformidad neutra, de tal forma que son más conformistas quienes consideran que su grupo de amigos realizan conductas antisociales. Sin embargo, sólo el apego al grupo de iguales

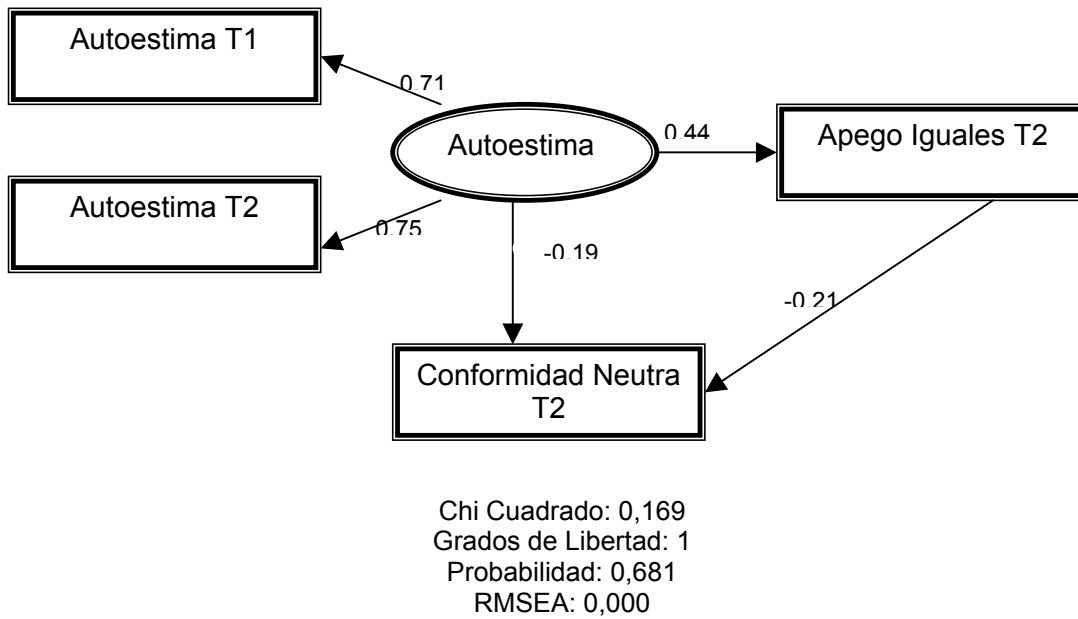
explica el aumento o la disminución de la conformidad neutra. Serán aquellos chicos y chicas que más apego muestren a su grupo de amigos quienes disminuyan la conformidad ante la presión del grupo en conductas neutras, o dicho de otra forma, quienes menos se conforman con el grupo antes conductas neutras son también los que mejoran las relaciones que tienen con él.

Tabla 92. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre Conformidad Neutra en T2

	Coeficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Autoestima T1	-0,21	-2,11	0,037	0,04	--
Paso 2					
Autoestima T1	-0,14	-1,37	0,17	0,08	0,04
Apego Iguales T2	-0,25	-2,46	0,016		
Paso 3					
Apego Iguales T2	-0,29	-3,12	0,002	0,14	0,06
Grupo Antisocial T2	0,23	2,47	0,015		
Paso 4.- Modelo autorregresivo					
Apego Iguales T2	-0,24	-2,76	0,007	0,27	0,13
Grupo Antisocial T2	0,15	1,6	0,11		
C. Neutra T1	0,38	4,15	0,000		

En la figura 64 comprobamos que la relación entre autoestima y conformidad neutra en T2 está mediada por el apego al grupo de iguales, de tal forma que quienes tienen más autoestima, no sólo son menos conformistas, sino que también son los que mejor relación afectiva tienen con su grupo de amigos, lo que a su vez hace que la conformidad sea más baja.

Figura 64. Mediación del apego iguales entre la autoestima y la conformidad



Por último, intentaremos aportar algo más de luz sobre qué variables están relacionadas con la conformidad neutra a la presión del grupo en T3, cuando los chicos y chicas son mayores.

Tabla 93. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre Conformidad Neutra en T3

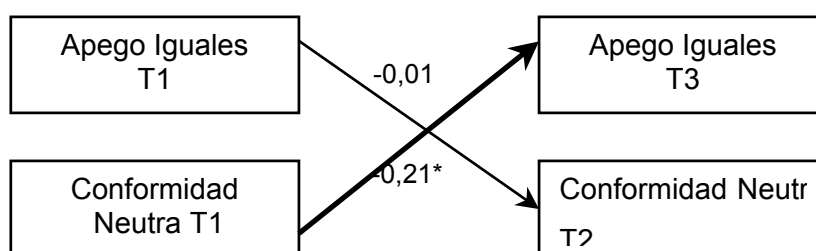
	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Autoestima T1	-0,2	-2,05	0,04	0,04	--
Paso 2					
Autoestima T1	-0,17	-1,7	0,09	0,07	0,03
Apego Iguales T3	-0,19	-1,9	0,06		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Autoestima T1	-0,1	-1,05	0,29	0,23	0,16
Apego Iguales T3	-0,1	-1,0	0,32		
C. Neutra T2	0,42	4,44	0,00		

Los valores de la R² son quizás los que más llaman la atención. Apenas un 7% de varianza explicada antes de utilizar el modelo autorregresivo con las dos variables que introducimos en la ecuación de regresión: el Apego a los iguales y la Autoestima, de forma que quienes tienen peor autoestima y menos apego al grupo

de iguales son también los más conformistas. Consideramos relevante destacar que ambas variables entran de forma marginal en la ecuación de regresión, sin que los coeficientes β lleguen a ser significativos en un sentido estricto. Además, ninguna de estas variables (apego al grupo de iguales y autoestima) explican el cambio que se produce en la conformidad neutra entre T2 y T3, que como recordaremos, se comporta de una forma bastante estable entre la adolescencia media y tardía tanto a nivel absoluto como relativo.

Por último, intentaremos aportar algo más de luz a la relación entre la conformidad y el apego al grupo de iguales. Hasta ahora, en las ecuaciones de regresión hemos incluido el apego al grupo de iguales como VI o predictor de la conformidad neutra. Pero ¿podemos realmente hablar de causalidad utilizando ecuaciones de regresión?. La respuesta es NO, puesto que las ecuaciones de regresión se basan en correlaciones y las correlaciones no hablan de causalidad sino de relación. Además, en ambos casos, el apego a los iguales que está relacionado con la conformidad no es de un tiempo anterior (recordamos que uno de los requisitos de la causalidad es que la causa precede en el tiempo al efecto), sino de la misma recogida de datos que la conformidad utilizada como VD. Para intentar apuntar causalidad, utilizaremos de nuevo los productos cruzados.

Tabla 94. Productos cruzados entre conformidad neutra y apego a los iguales.



En la tabla 94 observamos que la conformidad, más que VD, es en este caso VI, siendo los chicos y chicas más conformistas en la adolescencia inicial los que peor relación tienen con el grupo de amigos en la adolescencia tardía. Este dato, entronca directamente con lo que decían los chicos y chicas en el grupo de discusión:

Urbanos, 15 años

Chico1: todos quieren que sean todos iguales...

Moderadora: ¿creéis que eso es positivo o negativo? ¿que eso pasa o que no pasa?

Todos: sí, pasa.

Chico1: pasa, pero es malo.

Chico2: pasa, algunas veces.

Moderadora: malo ¿por qué?

Chica1: porque intentar ser como no eres, al final, es que no lo puedes conseguir. Tienes que ser como eres. Si, si la gente intenta ser como no es, al final termina siendo una persona, ... que no.

Chica2: no tiene una identidad fija.

Chica1: y que al final, tanto cambiar, tanto cambiar y al final terminas cayendo mal, por cambiar su personalidad.

En resumen, los datos analizados en este apartado nos muestran que quienes más se dejan llevar por la presión del grupo ante cuestiones neutras son quienes también tienen peores relaciones con sus padres dos e incluso cuatro años después, reflejadas en la correlación negativa entre conformidad negativa en T1 y la disponibilidad en T2 y T3, y la consideración en T2.

Pero ¿qué hace que unos chicos sean más conformistas que otros durante la adolescencia inicial?. La respuesta que dan los datos es que durante la adolescencia inicial aquellos que más afecto recibieron de sus padres y los que tienen más autoestima son los menos conformistas, aportando cada una de estas variables su influencia y sin que haya mediación ni interacción.

Sin embargo, otras variables diferentes entran en juego en la adolescencia media. Así, serán más conformistas aquellos que peor relación afectiva tengan con sus amigos y los que consideran a su grupo más antisocial. En este caso sí que pudimos corroborar un efecto de mediación, de tal forma que aquellos adolescentes con más autoestima desarrollarán más apego al grupo de iguales, lo que a su vez redundará en la disminución de la conformidad neutra. También mostramos que aquellos que tienen más apego al grupo de iguales no sólo son menos conformistas, sino que también son los que han disminuido su conformismo entre la adolescencia inicial y la media.

La fotografía no cambia mucho en la adolescencia tardía, siendo los más conformistas aquellos que tienen peor autoestima y menos apego al grupo de iguales. Tal y como se mostró en la primera parte de los resultados, la conformidad

neutra es bastante estable tanto a nivel absoluto como relativo, y por tanto, ninguna de las variables explica o predice un cambio en los niveles de conformidad que realmente no existe.

Los productos cruzados nos muestran que, aunque efectivamente la relación afectiva con el grupo de amigos está fuertemente relacionada con la conformidad, tal y como hemos dicho en los párrafos anteriores, esta relación no es de causalidad en el sentido de que los que mejor relación tienen con el grupo acabarán siendo menos conformistas, sino que, muy al contrario, es el ser excesivamente conformista lo que influirá en tener una peor relación con el grupo de amigos con los años.

6.3.2 Conformidad Positiva

Antes de comenzar a exponer los datos relativos a la conformidad positiva, nos gustaría recordar que estamos hablando de presión del grupo hacia conductas consideradas positivas por la sociedad, como por ejemplo un chico o una chica que ante su primera relación sexual no piensa utilizar profilácticos y los compañeros le insisten en que sí lo haga. Veamos qué tipo de variables están relacionadas con la facilidad o dificultad para ceder ante la presión positiva del grupo que, recordamos, sólo se recogió en la adolescencia media y tardía. Para ello, comenzaremos exponiendo las correlaciones entre la Conformidad positiva y el resto de variables del estudio.

Tabla 95. Correlaciones de Pearson sobre Conformidad Positiva en T2 y T3

	Conformidad Positiva T2	Conformidad Positiva T3
Sobreprotección en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,08	-0,10
Sobreprotección en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,07	0,06
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	0,38**	0,31**
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	0,3**	0,16
Intimidad T1	0,19	0,08
Apego Iguales T1	0,15	0,19
Satisfacción Vital T1	0,04	0,15
Autoestima T1	0,06	0,09
Consumo T1	-0,34**	-0,29**

... Continuación Tabla 95.

	Conformidad Positiva T2	Conformidad Positiva T3		Conformidad Positiva T2	Conformidad Positiva T3
Preocupación T2	-0,17	-0,11	Preocupación T3	-0,23*	-0,18
Disponibilidad T2	0,07	0,28**	Disponibilidad T3	0,22*	0,14
Consideración T2	0,16	0,14	Consideración T3	0,18	0,001
Intimidad T2	0,13	0,05	Intimidad T3	0,16	0,06
Apego Iguales T2	0,11	0,23*	Apego Iguales T3	0,02	0,09
Satisfac. Vital T2	0,03	0,05	Satisfacción Vital T3	0,04	0,13
Autoestima T2	-0,03	-0,03	Autoestima T3	-0,16	-0,01
Consumo T2	-0,54**	-0,22*	Consumo T3	-0,52**	-0,35**
Grupo Antisocial T2	-0,36**	-0,27**	Grupo Antisocial T3	-0,32**	-0,43**
Proble. Internos T2	0,11	0,01	Problemas Internos T3	0,17	0,005
Problemas Externos T2	-0,45**	-0,28**	Problemas Externos T3	-0,36**	-0,40**

La tabla de correlaciones nos muestra una imagen en la que la presión del grupo de amigos para realizar conductas que la sociedad considera positivas está relacionada con el consumo de forma negativa, de tal forma que quienes más consumen son los menos propensos a dejarse influir positivamente por el grupo. Igualmente, y también en sentido negativo, la conformidad positiva aparece relacionada con los problemas externos y con la percepción de que el propio grupo de amigos es antisocial. Así, los chicos y chicas que muestran más facilidad para ceder ante la presión positiva de los amigos son también los que consideran que sus amigos son menos antisociales y los que menos problemas externalizantes padecen. Finalmente llama la atención la relación entre conformidad positiva y las variables familiares. Quienes en la adolescencia inicial dicen recordar afecto de su padre y, especialmente, de la madre son también los que en la adolescencia media y tardía tienen más facilidad para ceder a la presión positiva de sus amigos y amigas. Todos estos datos serán analizados más detenidamente y controlando los efectos parciales con los análisis de ecuaciones de regresión.

Tabla 96. Ecuación de regresión sobre Conformidad Positiva en T2

	Coeficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	0,28	2,91	0,004	0,08	--
Paso 2					
Sexo	0,27	2,98	0,004		
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,37	4,16	0,000	0,22	0,14
Paso 3					
Sexo	0,24	2,81	0,006		
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,31	3,5	0,001	0,28	0,06
Grupo Antisocial	-0,26	-2,86	0,005		
Paso 4					
Sexo	0,23	2,74	0,007		
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,26	2,99	0,004		
Grupo Antisocial T2	-0,17	-1,96	0,053	0,36	0,08
Problemas externalizantes T2	-0,32	-3,72	0,000		
Paso 5					
Sexo	0,21	2,63	0,01		
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,22	2,49	0,01		
Grupo Antisocial T2	-0,11	-1,21	0,23	0,39	0,03
Problemas externalizantes T2	-0,33	-3,87	0,00		
Consumo T1	-0,18	-2,01	0,05		

La tabla 96 nos muestra que las chicas tienden a ceder más ante la presión del grupo para cuestiones positivas que los chicos, dato que ya conocíamos de la parte descriptiva de los resultados, pero que ahora se afianza, puesto que el sexo continúa en la ecuación de regresión incluso después de introducir otras variables explicativas. También es de destacar la entrada en la ecuación de regresión de la variable afecto en la historia de apego con la madre, recogida dos años antes de preguntar por la conformidad positiva. Este dato apunta a la causalidad entre ambas variables, de manera que aquellos chicos y chicas que recuerdan haber recibido más afecto de sus madres son los más tendentes a dejarse convencer por

los amigos hacia cuestiones positivas. La ecuación de regresión también nos informa de que aquellos adolescentes con más problemas externalizantes son los menos tendentes a ceder ante presiones positivas de los amigos. Por último, el considerar que los amigos tienden a realizar conductas antisociales se relaciona negativamente con la conformidad positiva, de forma que aquellos adolescentes que piensan que su grupo de amigos realiza conductas antisociales son también los menos tendentes a ceder ante la presión positiva de su grupo. Esta relación que acabamos de describir desaparece al introducir en la ecuación de regresión el consumo en T1. Al ser el consumo una variable anterior en el tiempo no puede estar mediando la relación anterior, sino que podemos decir que aquellos chicos y chicas que más sustancias perniciosas (tabaco, alcohol y hachís) consumen durante la adolescencia inicial son los que menos tienden a ceder ante la presión positiva del grupo, asumiendo esta variable independiente buena parte de la varianza que explicaba el considerar al grupo de amigos antisocial.

Aunque no tenemos datos para corroborarlo, el hecho de que el consumo del adolescente diana asuma la varianza de conformidad que explicaba el considerar al grupo de amigos como antisocial, nos hace reflexionar sobre la idea descrita en la literatura científica y mencionada en la introducción teórica de que los adolescentes tienden a sobreestimar los parecidos entre su grupo de amigos. De esta forma, no sólo es el hecho de que el grupo de amigos sea de *gamberros* lo que hace que los chicos no cedan ante la presión positiva por considerar que ante su grupo, el ceder ante estas cuestiones está mal visto, sino que es el propio chico el que ya desde la adolescencia inicial tiene ciertas tendencias a realizar conductas no permitidas por la sociedad, y eso es lo que hace que no ceda ante la presión de los amigos cuando es hacia cuestiones positivas. Más adelante veremos qué ocurre cuando la presión es hacia cuestiones negativas.

Seguimos encontrando en la adolescencia tardía (tabla 97) que las chicas tienden a ceder más ante la presión del grupo para cuestiones positivas. Asimismo, igual que en la adolescencia media, el recordar que en la historia de apego con las madres hubo mucho afecto influye en continuar cediendo con más facilidad hacia cuestiones positivas. Sin embargo, al incluir en la ecuación de regresión la percepción del adolescente sobre el grado de antisocialidad de su grupo de amigos, la variable afecto en historia de apego sale de la ecuación de regresión. Estamos hablando probablemente de una relación *mediada* entre el afecto percibido por los

y las adolescentes en sus familias y la conformidad positiva a través de la pertenencia a grupos más o menos antisociales (figura 65).

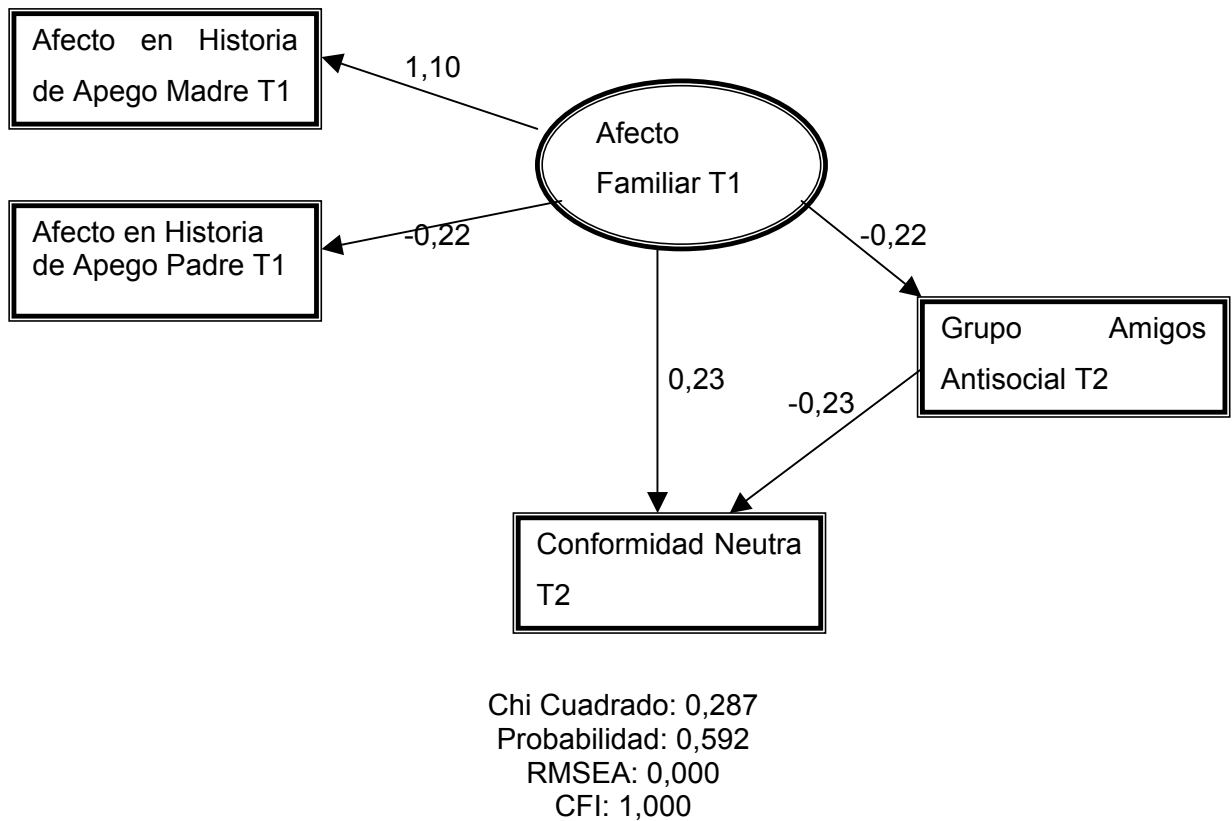
Tabla 97. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre Conformidad Positiva en T3

	Coeficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	0,22	2,26	0,02	0,05	--
Paso 2					
Sexo	0,23	2,33	0,02	0,08	0,03
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,17	1,78	0,08		
Paso 3					
Sexo	0,2	2,1	0,04	0,14	0,06
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,13	1,35	0,18		
Grupo Antisocial T3	-0,25	-2,58	0,01		
Paso 4					
Sexo	0,19	2,02	0,05	0,15	0,07
Grupo Antisocial T3	-0,2	-2,08	0,04		
Problemas externalizantes T3	-0,18	-1,82	0,07		
Paso 5					
Sexo	0,19	1,99	0,05	0,16	0,01
Grupo Antisocial T3	-0,21	-2,01	0,048		
Problemas externalizantes T3	-0,18	-1,75	0,08		
Consumo T2	-0,04	-0,42	0,67		
Paso 6.- Modelo autorregresivo					
Sexo	0,14	1,41	0,16	0,18	0,02
Grupo Antisocial T3	-0,19	-1,91	0,06		
Problemas externalizantes T3	-0,13	-1,29	0,2		
Conformidad Positiva T2	0,2	1,98	0,05		

Continuando con la ecuación de regresión de la tabla 97, observamos que los chicos y chicas que más ceden hacia cuestiones prosociales inclinados por su grupo de amigos son los que menos problemas de conducta o externalizantes

manifiestan. Finalmente, el modelo autorregresivo nos muestra que los chicos que aumentan en facilidad para ceder ante la presión positiva de sus amigos son aquellos que menos antisociales consideran a su grupo o, lo que es lo mismo, los que consideran a su grupo de amigos más antisociales son también los que disminuyen su tendencia a ceder a la presión positiva del grupo entre la adolescencia media y la tardía.

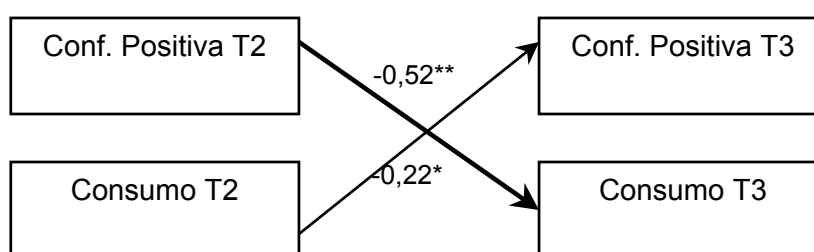
Figura 65. Efecto de mediación de tener un grupo antisocial entre el afecto familiar y la conformidad positiva



Como podemos observar en el gráfico, el afecto que se recuerda en la familia (medido en T1) influye directamente en la facilidad de los chicos y chicas para ceder ante cuestiones positivas e influye, a su vez, a través de la pertenencia a grupos más o menos prosociales. El sentido de las relaciones aparece claro a través del signo de los coeficientes, así como la relación de causalidad, puesto que tanto el afecto familiar como la pertenencia o no a grupos antisociales fueron recogidos en tiempos anteriores a la medida de conformidad positiva en T3.

El análisis de productos cruzados nos aporta información sobre la relación entre el consumo (tabaco, hachís y alcohol) y la conformidad positiva. En este caso, el análisis muestra que los chicos y chicas adolescentes que consumen más durante la adolescencia media serán también los que dos años después tiendan menos a ceder a la conformidad positiva. Esta relación, aunque significativa, es más baja que la inversa, de forma que parece que tener un grupo de amigos que presionan para que el adolescente se comporte de forma positiva influye en el menor consumo dos años después. Este dato es, sin duda, interesante de cara a la intervención en grupos ante los diferentes consumos

Figura 66. Productos cruzados entre Conformidad positiva y Consumo



6.3.2 Conformidad Negativa

Por último, nos queda por analizar la conformidad ante la presión del grupo para llevar a cabo conductas antisociales del tipo quemar mobiliario público. Realizaremos los análisis parejos a los anteriores.

Tabla 98. Correlaciones de Pearson sobre la Conformidad Negativa

	Conformidad Negativa T2	Conformidad Negativa T3
Sobreprotección en historia apego <i>Madre</i> T1	0,07	0,22*
Sobreprotección en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,2	0,05
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,52**	-0,22*
Afecto en historia apego <i>Padre</i> T1	-0,38**	-0,16
Intimidad T1	-0,12	-0,06
Apego Iguales T1	-0,28**	-0,2*
Satisfacción Vital T1	-0,09	-0,09
Autoestima T1	-0,16	-0,05
Consumo T1	0,42**	0,11

... Continuación Tabla 98.

	Conformidad Negativa T2	Conformidad Negativa T3		Conformidad Negativa T2	Conformidad Negativa T3
Preocupación T2	0,21*	0,10	Preocupación T3	0,10	0,13
Disponibilidad T2	-0,26**	-0,21*	Disponibilidad T3	-0,19	-0,1
Consideración T2	-0,23*	-0,06	Consideración T3	-0,14	0,05
Intimidad T2	-0,03	-0,16	Intimidad T3	-0,25*	-0,15
Apego Iguales T2	-0,13	-0,18	Apego Iguales T3	-0,07	-0,06
Satisfac. Vital T2	-0,01	-0,17	Satisfacción Vital T3	-0,07	-0,16
Autoestima T2	0,03	0,04	Autoestima T3	0,11	0,09
Consumo T2	0,5**	0,16	Consumo T3	0,55**	0,44**
Grupo Antisocial T2	0,57**	0,34**	Grupo Antisocial T3	0,33**	0,45**
Problemas Internos T2	-0,12	-0,05	Problemas Internos T3	-0,16	-0,07
Problemas Externos T2	0,36**	0,40**	Problemas Externos T3	0,32**	0,42**

La fotografía que nos muestra la tabla de correlaciones en el caso de la conformidad negativa o, dicho de otro modo, la facilidad informada por el adolescente diana para ceder a la presión del grupo cuando se refiere a cuestiones consideradas negativas por la sociedad, es muy parecida a la imagen que nos mostraba las relaciones con la conformidad positiva. Los chicos y chicas que en la adolescencia inicial recuerdan haber recibido de sus padres y madres más afecto durante la infancia son los que se resisten más a ceder ante cuestiones negativas, permaneciendo esta relación hasta la adolescencia tardía en el caso del afecto recordado por la madre. Los adolescentes que ceden más fácilmente ante cuestiones negativas son aquellos con más problemas externalizantes, los que consumen más sustancias perniciosas y los que consideran que su grupo de amigos y amigas es más antisocial. Sin embargo, en el caso de la conformidad negativa aparece una relación que no lo hacía en el caso de la conformidad positiva: aquellos chicos y chicas que más ceden ante cuestiones negativas a la presión del grupo son también los que peor relación afectiva tienen con el grupo de amigos en T1.

Tabla 99. Ecuación de regresión sobre Conformidad Negativa en T2

	Coeficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	-0,2	-1,97	0,052	0,04	--
Paso 2					
Sexo	-0,2	-2,24	0,03	0,25	0,21
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,46	-5,11	0,00		
Paso 3					
Sexo	-0,17	-2,24	0,027	0,44	0,19
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,39	-4,99	0,00		
Grupo Antisocial	0,44	5,57	0,00		
Paso 4					
Sexo	-0,17	-2,13	0,036	0,46	0,02
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,36	-4,56	0,000		
Grupo Antisocial T2	0,4	4,88	0,000		
Problemas externalizantes T2	0,17	2,02	0,046		
Paso 5					
Sexo	-0,16	-2,09	0,04	0,48	0,02
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,34	-4,35	0,000		
Grupo Antisocial T2	0,34	4,07	0,000		
Problemas externalizantes T2	0,14	1,65	0,102		
Consumo T2	0,18	2,19	0,03		

A partir de la tabla 99 encontramos que, al contrario de lo que ocurría con la conformidad positiva y coherentemente con aquellos datos, frente a las chicas, son los chicos quienes más ceden ante la presión del grupo de amigos para realizar conductas consideradas negativas por la sociedad. El afecto recordado de la madre entra en la ecuación de regresión en sentido negativo, de forma que a más afecto recordado son menos conformistas los chicos y las chicas de la muestra ante cuestiones negativas. Los adolescentes y las adolescentes más conformistas en su versión negativa son también los que responden que sus amigos realizan más conductas antisociales y quienes tienen más problemas externalizantes. Sin

embargo, al introducir en la ecuación de regresión el consumo de sustancias perniciosas (alcohol, tabaco y cannabis) los problemas externalizantes salen de la ecuación.

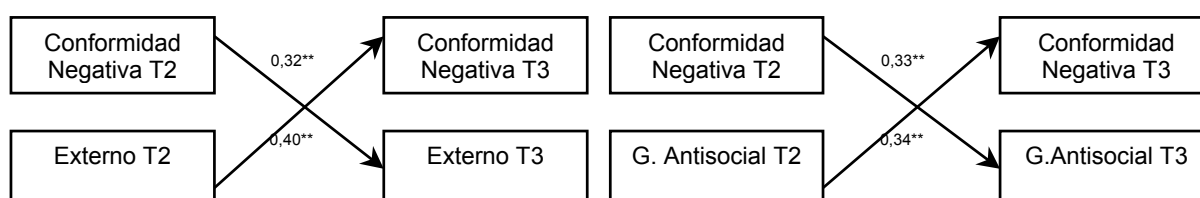
Tabla 100. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre Conformidad Negativa en T3

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	- 0,35	- 3,75	0,000	0,12	--
Paso 2					
Sexo	- 0,34	- 3,73	0,000	0,17	0,05
Afecto en Historia Apego Madre T1	- 0,21	- 2,28	0,025		
Paso 3					
Sexo	- 0,28	- 3,26	0,002	0,29	0,12
Afecto en Historia Apego Madre T1	- 0,12	-1,39	0,17		
Grupo Antisocial T3	0,37	4,17	0,000		
Paso 4					
Sexo	- 0,3	- 3,5	0,001	0,3	0,01
Grupo Antisocial T2	0,22	2,5	0,014		
Problemas externalizantes T2	0,3	3,48	0,001		
Paso 5.- Modelo autorregresivo					
Sexo	- 0,22	-2,70	0,008	0,39	0,09
Grupo Antisocial T2	0,06	0,65	0,51		
Problemas externalizantes T2	0,21	2,38	0,019		
Conformidad Negativa T2	0,385	3,72	0,000		

Observamos en la ecuación de regresión 100 que, paralelo a lo que ocurría con la conformidad positiva en T3 pero de forma coherente con el significado opuesto que tiene el que los chicos y chicas sean conformistas en su versión negativa a los 17 años, las chicas son ahora las que menos ceden a la presión del grupo cuando ésta es para realizar conductas que la sociedad en general considera negativas. El afecto que los adolescentes y las adolescentes recuerdan haber percibido de sus madres durante la infancia, recogido cuando los chicos y las

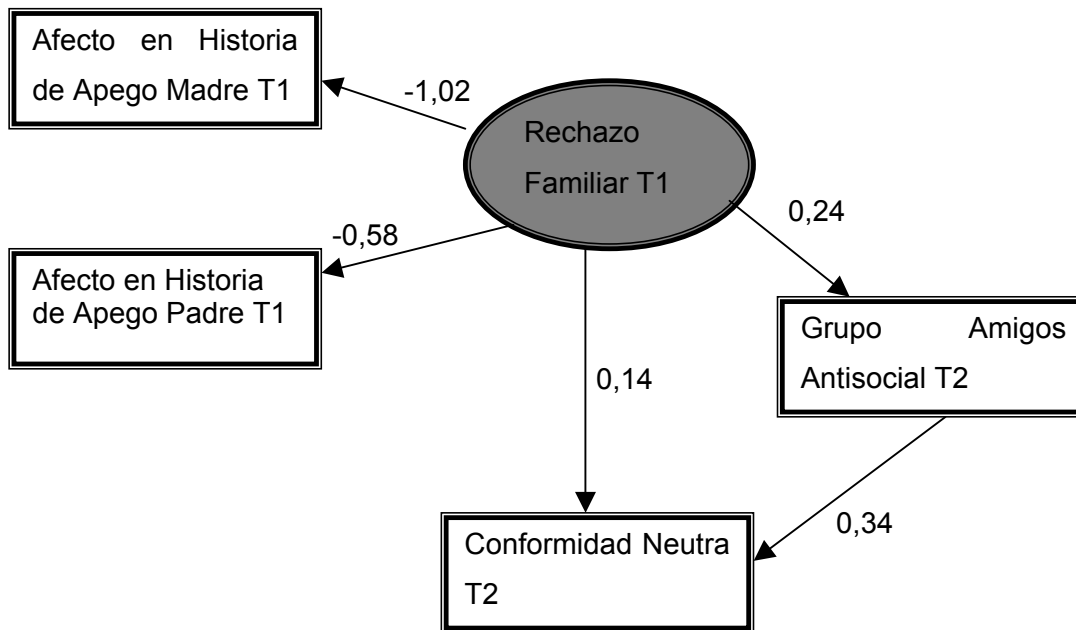
chicas tenían 13 años continúa ejerciendo influencia sobre la conformidad negativa a los 17 años, de tal forma que tienden a ceder más ante la presión antisocial del grupo de amigos aquellos que recuerdan haber recibido poco afecto. Sin embargo, la influencia del afecto desaparece al incluir la conducta antisocial del grupo de amigos. Así, aquellos que creen que sus amigos y amigas son más *gamberros* son también los que más fácilmente ceden ante conductas socialmente negativas (la figura X muestra más claramente el efecto de mediación de la conducta antisocial del grupo entre el afecto y la conformidad). Finalmente, el tener problemas externalizantes también explica de forma significativa parte de la variabilidad de la conformidad negativa. En este caso, aquellos chicos y chicas con más problemas de conducta delictiva y agresiva son también los que tienden a ceder ante la presión de los amigos para realizar conductas negativas. En el paso 4 de la ecuación de regresión observamos que tanto la conducta antisocial del grupo como la sintomatología externalizante han sido medidas en T2, dos años antes que la conformidad negativa, por lo que en una primera visión podríamos concluir que son parte de la causa de que los chicos y chicas tiendan a ceder ante la presión negativa de los amigos. Sin embargo, el análisis de productos cruzados (figura 68) nos muestra que realmente son variables altamente relacionadas entre sí y con una importante relación bidireccional. Por último, el modelo autorregresivo nos muestra que aquellos chicos y chicas que más aumentan en conformidad negativa entre la adolescencia media y tardía son los chicos, así como los que más problemas externalizantes mostraban en T2. Si recordamos la gráfica de la estabilidad absoluta, la conformidad negativa tendía a disminuir entre las chicas, aunque la disminución no fuera significativa. Por tanto, quizás la interpretación más ajustada sea que quienes disminuyen son más frecuentemente las chicas y aquellas personas con menos problemas externalizantes.

Figura 67. Productos cruzados entre conformidad negativa, y problemas externos y grupo antisocial.



Volvemos a repetir el análisis efectuado con conformidad positiva:

Figura 68. Efecto de mediación de tener un grupo antisocial de amigos entre el afecto/rechazo familiar y la conformidad negativa



Chi Cuadrado: 0,12
Probabilidad: 0,728
RMSEA: 0,000
CFI: 1,00

El resumen de las variables relacionadas con la conformidad positiva y negativa nos dice que aquellos chicos y chicas adolescentes que se dejan convencer para realizar conductas consideradas positivas por la sociedad y los que ceden a dejar de llevar a cabo acciones consideradas negativas (lo que hemos denominado conformidad positiva) son los que puntúan bajo en las cuestiones en general negativas (tener un grupo de amigos que realizan conductas antisociales, tener problemas externalizantes, consumir sustancias perniciosas para la salud), y los que puntúan alto en aspectos positivos tales como haber recibido mucho afecto de sus madres y padres.

Justo lo opuesto ocurre en la conformidad negativa, definida como ceder ante cuestiones que la sociedad considera negativas. En este caso, las correlaciones con consumo, problemas externalizantes o tener amigos que realizan conductas antisociales son positivas, y las correlaciones con haber recibido afecto

de la madre y del padre o tener buenas relaciones afectivas con el grupo de amigos son negativas. Estos datos, unidos al hecho de que las correlaciones nos indican que la probabilidad de que los chicos que consumen más alcohol, hachís y tabaco en T1 sean los menos conformistas (positivamente) en T2, nos pueden llevar a la idea de que, tal y como dice la literatura, los adolescentes escogen como amigos a aquellos que más se le parecen (selección activa), dejando de relacionarse con quienes no están a gusto. Es decir, los que más sustancias perniciosas consumen son los que dos años después no se dejarán influir para dejar de hacerlo, pero sí para continuar fumando y bebiendo. Estos datos no niegan la influencia del grupo de amigos, porque también hemos podido comprobar que los menos conformistas positivamente en la adolescencia media son los más consumistas en la tardía y que los más conformistas negativamente en la adolescencia media son los que más consumen en la adolescencia tardía, habiendo influencias recíprocas entre la conformidad negativa y el relacionarse con un grupo de amigos antisocial y con tener problemas externalizantes.

Si aunamos estos datos junto con los encontrados en la parte descriptiva, donde NO hallamos ningún factor que explicara los tres tipos de conformidad, puede que el cuestionario utilizado no mida exactamente conformidad, o no sólo conformidad, sino el grado en que los chicos y chicas se consideran a ellos mismos más o menos *buenos* o *malos*. Es decir, se dejan convencer fácilmente en el sentido en el que ellos actúan cotidianamente. De esta forma, los que tienden a beber, conducir ebrios, hacer pequeños destrozos en el mobiliario público son los mismos que cuando sus amigos les proponen hacer algo similar aceptan fácilmente. Quienes cotidianamente prefieren no beber si están tomando medicamentos, usan profilácticos, etc, son los que actúan así cuando sus amigos se lo proponen.

6.4. LA INFLUENCIA DE LAS RELACIONES CON LOS IGUALES Y DE LAS RELACIONES DE APEGO EN EL AJUSTE INTERNO Y EXTERNO DEL CHICO O LA CHICA ADOLESCENTE

En este apartado vamos a relacionar aquellas variables relacionadas con el contexto de los iguales y el contexto familiar, y las medidas de ajuste que describimos en la primera parte de los resultados. Para ello, vamos a organizar el apartado en dos grandes secciones, la primera referida al ajuste emocional del chico o la chica adolescente y, la segunda, referida al ajuste comportamental.

6.4.1 El ajuste emocional de los adolescentes: la autoestima, la satisfacción vital y el ajuste interno.

Vamos a comenzar este apartado analizando qué variables de las que hemos trabajado en este estudio están vinculadas o influyen en la autoestima, la satisfacción vital y el ajuste interno medido con el instrumento YSR de chicos y chicas adolescentes. Haremos un especial hincapié en aquellas que tienen que ver con las relaciones con los iguales, objetivo principal de nuestro trabajo.

A. LA AUTOESTIMA

Comenzaremos el desarrollo del apartado de ajuste emocional de los adolescentes y las adolescentes analizando la autoestima. Damos una visión general con la tabla de correlaciones.

Tabla 101. Correlaciones de Pearson sobre la Autoestima

	Autoestima T1	Autoestima T2	Autoestima T3
Sobreprotección en Historia de Apego <i>Madre</i> T1	-0,07	-0,06	0,1
Sobreprotección en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	-0,09	-0,16	0
Afecto en Historia de Apego <i>Madre</i> T1	0,34**	0,17	0,03
Afecto en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	0,18	-0,05	-0,15
Intimidación T1	0,02	-0,11	-0,18
Apego Iguales T1	0,26**	0,03	-0,04
Conformidad Neutra T1	-0,32**	-0,27**	-0,21*
Consumo T1	-0,03	0,13	0,3**

... Continuación Tabla 101.

	Autoestima T1	Autoestima T2	Autoestima T3		Autoestima T1	Autoestima T2	Autoestima T3
Preocupación T2	0,1	-0,19	0	Preocup. T3	0,01	-0,03	-0,09
Disponibilidad T2	0,09	0,18	0,12	Disponib. T3	0,03	0,06	0,11
Consideración T2	0,19	0,26*	0,16	Consider. T3	0,09	0,1	0,09
Intimidación T2	0,1	-0,06	-0,08	Intimidación T3	-0,06	0,01	-0,08
Apego Iguales T2	0,3**	0,33**	0,15	Apego Iguales T3	0,17	0,19	0,27**
Conformidad Neutra T2	-0,21*	0,19	-0,31**	Conform. Neutra T3	-0,2*	-0,15	-0,24*
Conformidad Positiva T2	0,06	-0,03	-0,16	Conformi. Positiva T3	0,09	-0,03	-0,01
Conformidad Negativa T2	-0,16	0,03	0,11	Confor. Negativa T3	-0,05	0,04	0,09
Grupo Antisocial T2	-0,12	0,03	0,03	G. Antisoci. T3	-0,14	0,04	-0,05
Consumo T2	0,07	0,07	0,22*	Consumo T3	-0,001	-0,03	0,13

Según la tabla 101, la autoestima de los chicos y chicas adolescentes está relacionada con el afecto percibido en sus familias, de tal forma que los que recuerdan haber recibido más afecto en sus casas son los que más autoestima tienen. Esta relación se da sólo en T1. Al mismo tiempo, aquellos chicos y chicas que tienden a ceder a la presión del grupo ante cuestiones neutras en la

adolescencia inicial son los que puntúan menos en autoestima durante toda la adolescencia, correlacionando conformidad neutra en T2 y en T3 con autoestima en sentido negativo. Los adolescentes con más autoestima tienen mejores relaciones de apego al grupo de iguales y, quizás, el dato más llamativo: aquellos que consumen más alcohol, tabaco y cannabis en la adolescencia inicial y media son también los que más autoestima tienen en la adolescencia tardía. Este dato será discutido con mayor detalle en el apartado de discusión, donde intentaremos aportar explicaciones.

Tabla 102. Ecuación de regresión sobre la variable Autoestima en T1

	Coeficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	-0,25	-2,48	0,015	0,12	--
Apego Iguales T1	0,35	3,46	0,001		
Paso 2					
Sexo	-0,24	-2,42	0,017	0,19	0,07
Apego Iguales T1	0,31	3,11	0,002		
Conformidad Neutra	-0,27	-2,98	0,004		
Paso 3					
Sexo	-0,22	-2,28	0,025	0,23	0,04
Apego Iguales T1	0,23	2,25	0,026		
Conformidad Neutra	-0,24	-2,61	0,011		
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	0,21	2,21	0,03		

Podemos comprobar en esta ecuación de regresión que quienes más autoestima tienen son quienes ceden menos ante la presión sobre conductas neutras de los amigos y amigas, los que mejor relación tienen con el grupo de amigos, los que más afecto dicen haber percibido de sus madres durante la infancia, y los chicos. En consecuencia, quienes tienen menos autoestima son los que más ceden ante la presión del grupo, los que muestran peores relaciones con el grupo de amigos, recuerdan menos afecto de la relación con sus madres, y las chicas.

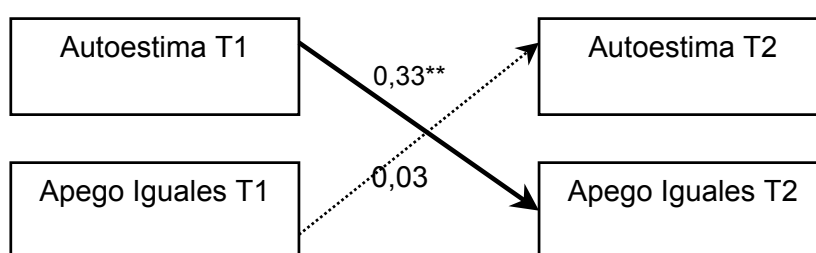
Tabla 103. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Autoestima en T2

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	-0,25	-2,54	0,013	0,06	--
Paso 2					
Sexo	-0,35	-3,63	0,000	0,18	0,12
Apego Iguales T2	0,35	3,71	0,000		
Paso 3					
Sexo	-0,39	-4,34	0,000	0,29	0,11
Apego Iguales T2	0,36	3,17	0,002		
Consideración T2	0,28	3,03	0,003		
Paso 4					
Sexo	-0,39	-4,37	0,000	0,33	0,04
Apego Iguales T2	0,3	3,19	0,002		
Consideración T2	0,2	2,10	0,04		
Conformidad Neutra T1	-0,2	-2,14	0,035		
Paso 4.- Modelo Autorregresivo					
Sexo	-0,30	-3,80	0,000	0,49	0,16
Apego Iguales T2	0,17	1,93	0,056		
Consideración T2	0,20	2,4	0,018		
Conformidad Neutra T1	-0,07	-0,90	0,372		
Autoestima T1	0,45	5,42	0,000		

La ecuación de regresión de la tabla 103 nos muestra que la autoestima en la adolescencia media sigue siendo explicada por el sexo (los chicos tienen la autoestima más elevada que las chicas), y por variables afectivas, tanto con el grupo de amigos y amigas (apego iguales) como por la relación con los padres (consideración). Así, observamos que tienen más autoestima aquellos chicos y chicas que más consideración muestran hacia sus padres y los que mejor relación afectiva tienen con su grupo de amigos. También la conformidad neutra medida en T1 (que no la medida en T2) entra en la ecuación de regresión, de forma que cuanto más conformistas se mostraran los chicos y chicas en la adolescencia inicial menos autoestima tienen en la adolescencia media. En este caso, es destacable reseñar qué variables no han entrado en la ecuación de regresión. Tal es el caso de

la intimidad desarrollada hacia el mejor amigo o amiga, variable que no ha entrado a formar parte de la ecuación de regresión ni en la adolescencia inicial ni en la media. Finalmente, las variables que explican el cambio en autoestima entre T1 y T2 son prácticamente las mismas que explican la autoestima. Así, no sólo los chicos y chicas con más consideración hacia sus padres tienen más autoestima sino que también son los que aumentan los niveles de autoestima entre T1 y T2. Del mismo modo, no sólo los chicos tienen más autoestima que las chicas, sino que además, ellos la aumentan entre la adolescencia inicial y la media. También, aunque de forma marginal, los adolescentes con mejor relación afectiva con su grupo de amigos son los que han aumentado la autoestima entre T1 y T2. Este hecho NO está indicando una relación causal en el sentido de que quienes tienen mejor relación con el grupo de amigos desarrollarán más autoestima, puesto que la variable apego al grupo de iguales que entra en la ecuación de regresión es de T2. De hecho, nuestros datos apuntan más en el sentido contrario en cuanto a causalidad tal y como muestra la figura 69: aquellos chicos y chicas con más autoestima en T1 son los que desarrollarán mejor relación con el grupo de amigos en la adolescencia media. Este dato es interesante y apunta a una relación causal diferente a la descrita habitualmente por la literatura científica. Por otra parte y, de forma sensata, el que los chicos fueran conformistas durante la adolescencia inicial explica parte de la autoestima baja en la adolescencia media, pero no el cambio en autoestima entre un momento y otro.

Figura 69. Productos cruzados entre apego al grupo de iguales y autoestima



La ecuación de regresión sobre la autoestima en la adolescencia tardía (tabla 104) nos muestra una imagen muy similar a las dos ecuaciones anteriores. Los chicos tienen en la adolescencia tardía más autoestima que las chicas y la aumentan entre la adolescencia media y la tardía, dato por otra parte ya descrito en el apartado 5.1.1. Los adolescentes con más apego al grupo de amigos son también quienes tienen más autoestima y quienes la aumentan entre T2 y T3. Los

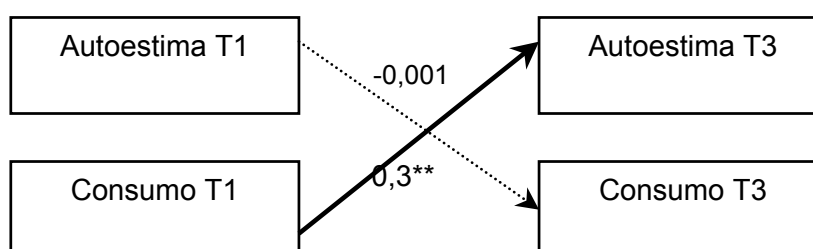
que menos ceden a la presión del grupo ante cuestiones neutras tienen más autoestima y además la aumentan entre la adolescencia media y la tardía. Finalmente, el dato que quizás más resalte en esta ecuación y que pasaremos a analizar con profundidad en la discusión de este trabajo tiene que ver con la relación entre el consumo de sustancias y la autoestima del chico y la chica adolescente. Aquellos chicos y chicas que más consumían durante la adolescencia inicial son los que más autoestima tienen en la adolescencia tardía y los que más aumentan en autoestima entre un tiempo y otro. Si en lugar del consumo durante T1 hubiéramos presentado el consumo durante T2, el resultado es similar, entra en la ecuación de regresión, incluso tras introducir la autoestima en T2. Este resultado nos está hablando del valor social que se da al consumo de sustancias (tabaco, alcohol, cannabis), apareciendo un consumo, que adolescentes y adultos sabemos perjudicial para la salud física, como algo positivo para el bienestar personal de los chicos y chicas. Los retardos cruzados nos muestran que las relaciones entre estas variables se parecen a lo que venimos describiendo: es el consumo el que influye en la autoestima y no lo contrario.

Tabla 104. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Autoestima en T3

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	-0,33	-3,53	0,001	0,11	--
Paso 2					
Sexo	-0,36	-3,95	0,000	0,19	0,08
Apego Iguales T3	0,297	3,27	0,001		
Paso 3					
Sexo	-0,34	-3,79	0,000	0,24	0,05
Apego Iguales T3	0,24	2,65	0,009		
Conformidad Neutra T2	-0,21	-2,29	0,024		
Paso 4					
Sexo	-0,31	-3,64	0,000	0,31	0,07
Apego Iguales T3	0,25	2,82	0,006		
Conformidad Neutra T2	-0,20	-2,24	0,028		
Consumo T1	0,26	3,00	0,003		

Paso 5.- Modelo autorregresivo					
Sexo	-0,18	-2,39	0,019		
Apego Iguales T3	0,15	1,98	0,051		
Conformidad Neutra T2	-0,15	-1,94	0,055	0,52	0,21
Consumo T1	0,21	2,88	0,005		
Autoestima T2	0,49	5,89	0,000		

Figura 70. Productos cruzados entre consumo y autoestima



En resumen, encontramos que durante toda la adolescencia, los chicos tienen más autoestima que las chicas. La conformidad neutra parece predecir la autoestima, en el sentido de que quienes tienden a ceder más ante cuestiones neutras tienen menos autoestima dos años después. Durante toda la adolescencia, los chicos y chicas que tienen más autoestima también son los que disfrutan de las mejores relaciones afectivas con su grupo de amigos. La relación de causalidad entre estas variables parece ser en el sentido de que a más autoestima mejor relación se tendrá dos años después con el grupo de amigos, al menos entre la adolescencia inicial y la media, ya que entre la media y la tardía no parece que entre estas dos variables una preceda o sea causa de la otra.

Las relaciones afectivas con la familia también influyen en la autoestima. Así, tendrán más autoestima en la adolescencia inicial los que más afecto percibieron de sus madres en la infancia y los que más consideración muestran hacia sus padres en la adolescencia media.

Algunas de las variables que ya hemos mencionado también sirven para explicar el cambio en autoestima entre una recogida de datos y la siguiente. Así, los chicos y chicas que aumentan en autoestima entre la adolescencia inicial y la media son los que tienen mejor relación con sus amigos y más consideración hacia sus

padres en la adolescencia media. Igualmente, los que aumentan en autoestima entre la adolescencia media y la tardía son los mismos que tienen más apego al grupo de amigos en la adolescencia tardía, los que eran menos conformistas en la adolescencia media y los que más consumieron (alcohol, tabaco y hachís) en la adolescencia inicial. Estas dos últimas variables (conformidad neutra y consumo) aparecen con carácter predictivo en la ecuación de regresión, mientras que el apego al grupo de iguales, al estar medido en el mismo tiempo, sabemos que explica parte de la varianza, pero no es la causa de que aumente la autoestima; simplemente podemos decir que son dos cuestiones que ocurren al mismo tiempo.

Queremos destacar la idea de la influencia del consumo de sustancias en T1 sobre la autoestima en T3. Aquellos chicos y chicas que más hachís, tabaco y alcohol consumieron en la adolescencia inicial son los que más autoestima tienen en la tardía.

B. LA SATISFACCIÓN VITAL

Tal y como venimos realizando en el documento, comenzaremos a analizar las relaciones de las variables de apego a la familia y de iguales con la satisfacción vital mostrando la tabla de correlaciones:

Tabla 105. Correlaciones de Pearson sobre la Satisfacción Vital en T1, T2 y T3

	Satisfacción Vital T1	Satisfacción Vital T2	Satisfacción Vital T3
Sobreprotección en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,06	0,08	0,05
Sobreprotección en Historia Apego <i>Padre</i> T1	-0,12	-0,01	0,09
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	0,38**	0,15	0,23*
Afecto en Historia Apego <i>Padre</i> T1	0,14	0,16	0,1
Intimidad T1	0,09	-0,03	0,07
Apego Iguales T1	0,36**	0,15	0
Conformidad Neutra T1	-0,18	-0,14	-0,27**
Consumo T1	0,1	0,17	0,14

... Continuación Tabla 105.

	Satisfacción Vital T1	Satisfacción Vital T2	Satisfacción Vital T3		Satisfacción Vital T1	Satisfacción Vital T2	Satisfacción Vital T3
Preocupación T2	-0,04	-0,37**	0,15	Preocup. T3	0,16	-0,1	-0,3**
Disponibilidad T2	0,1	0,36**	0,26**	Disponib. T3	0,15	0,16	0,26**
Consideración T2	0,1	0,12	0,21*	Consider. T3	0,06	0,00	0,19
Intimidad T2	0,24*	0,01	0,1	Intimidad T3	0,10	-0,07	-0,13
Apego Iguales T2	,34**	0,41**	0,21*	Apego Iguales T3	0,26*	0,19	0,3**
Conformidad Neutra T2	-0,08	-0,16	-0,26**	Conform. Neutra T3	-0,08	-0,16	-0,24*
Conformidad Positiva T2	0,04	0,03	0,04	Conformi. Positiva T3	0,15	0,05	0,13
Conformidad Negativa T2	-0,09	-0,01	-0,07	Confor Negativa T3	-0,09	-0,17	-0,16
Grupo Antisocial T2	-0,05	-0,08	-0,12	G. Antisoci. T3	-0,09	-0,04	-0,24*
Consumo T2	0,17	0,04	0,15	Consumo T3	-0,05	-0,13	-0,07

La tabla 105 nos muestra que la satisfacción vital está relacionada en la adolescencia inicial con la percepción de los chicos y chicas de haber recibido afecto de sus madres durante la niñez. Así, quienes recuerdan haber recibido más afecto están más satisfechos con su vida. La relación entre estas dos variables parece adoptar una forma de *U*, puesto que es significativa en T1, deja de serlo en T2 y vuelve a tornarse estadísticamente significativa en T3. En la adolescencia media y en la tardía, también existe relación entre la satisfacción vital y las relaciones afectivas con los progenitores, en este caso, los más satisfechos son quienes perciben que sus padres estarán más disponibles si los necesitan y se preocupan menos de que no vayan a estarlo. Durante toda la adolescencia, los adolescentes más satisfechos con su vida son los que también tienen más apego a su grupo de amigos y, un dato curioso, los que se mostraron más conformistas a la presión de los amigos para ceder ante conductas neutras en la adolescencia inicial, media y tardía tienen más satisfacción vital en la adolescencia tardía. Sólo en la adolescencia tardía, el considerar que el grupo de amigos realiza conductas antisociales está relacionado negativamente con la satisfacción vital, de forma que

los menos satisfechos con su vida son los chicos y chicas que consideran a sus amigos más *gamberros*. Quizás esta relación de variables que tienen que ver con los iguales en la satisfacción vital de T3 está hablando de que en ese momento los iguales cobran una especial importancia en el sentirse o no satisfechos con la propia vida.

Tabla 106. Ecuación de regresión sobre la variable Satisfacción Vital en T1

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Apego Iguales T1	0,36	3,85	0,000	0,13	--
Paso 2					
Apego Iguales T1	0,26	2,67	0,009	0,21	0,08
Afecto en Historia Apego Madre T1	0,29	2,99	0,004		

La tabla 106 nos muestra una ecuación de regresión en la que la relación afectiva con la madre y con el grupo de amigos están relacionadas positiva y significativamente con la satisfacción vital experimentada por los chicos y chicas en la adolescencia inicial. Como ya ocurriera en otras ocasiones, queremos destacar qué variables NO están relacionadas con la satisfacción vital en T1, en este caso, ni el Sexo, ni la Intimidad con la mejor amiga o amigo, ni la Historia de apego con el padre ni el Consumo de sustancias perniciosas para la salud.

La relación entre el apego a los iguales y la satisfacción vital se torna compleja, pues parece que los más satisfechos en T1 serán los que más apego tengan a sus amigos en T2 (dato similar al encontrado con la autoestima), pero, sin embargo, no podemos establecer esta relación de posible causalidad entre la adolescencia media y la tardía, ya que, aunque las correlaciones apuntarían a que quienes tienen mejor relación afectiva con su grupo de amigos en la adolescencia media son los que más satisfechos con la vida estarán en la tardía, tal y como se muestra en la figura 71 sólo 0,02 puntos diferencian una correlación de otra. Es decir, mientras en el primer caso una de las correlaciones es más del doble que la otra ($r_{xy} = 0,34$ Vs $r_{xy} = 0,15$), en el segundo caso apenas 2 décimas separan una correlación de la otra ($r_{xy} = 0,19$ Vs $r_{xy} = 0,25$).

Figura 71. Productos cruzados entre Satisfacción Vital y Apego a iguales.

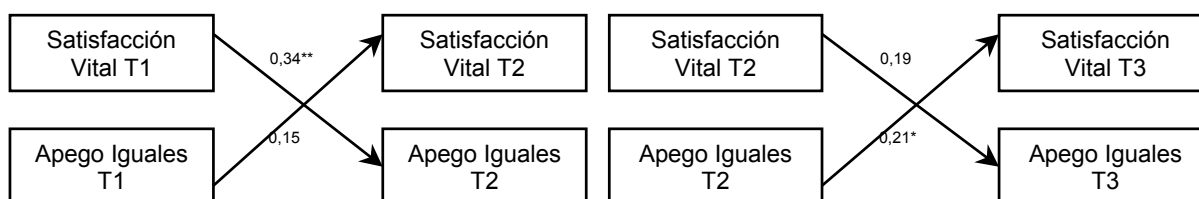


Tabla 107. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Satisfacción Vital en T2

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	-0,22	-2,49	0,015	0,26	--
Apego Iguales T2	0,51	5,72	0,000		
Paso 2					
Sexo	-0,22	-2,51	0,014	0,27	0,01
Apego Iguales T2	0,46	4,74	0,000		
Disponibilidad T2	0,13	1,41	0,16		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Sexo	-0,19	-2,15	0,034	0,28	0,01
Apego Iguales T2	0,44	4,15	0,000		
Satisfacción Vital T1	0,17	1,88	0,063		

La ecuación de regresión 107 nos muestra que, aunque las correlaciones mostraban relación entre la satisfacción vital en la adolescencia media y las relaciones de apego de los chicos y chicas adolescentes con sus padres y madres, esta relación desaparece al introducir el apego al grupo de iguales. Es decir, están más satisfechos con su vida aquellos adolescentes que son varones y tienen mejor relación con su grupo de amigos. El apego al grupo de iguales no sólo está relacionado con la satisfacción vital de los adolescentes sino también con el aumento de satisfacción entre la adolescencia inicial y media, de tal forma que aquellos que han aumentado la satisfacción vital entre un tiempo y otro son también los que más apego al grupo de amigos tienen durante la adolescencia media.

Tabla 108. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Satisfacción Vital en T3

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	-0,13	-1,29	0,2	0,06	--
Apego Iguales T2	0,24	2,37	0,02		
Paso 2					
Apego Iguales T2	0,18	1,9	0,06	0,09	0,03
Grupo Antisocial T3	0,22	-2,26	0,03		
Paso 3					
Apego Iguales T2	0,23	2,37	0,02	0,13	0,04
Grupo Antisocial T3	-0,23	-2,45	0,02		
Intimidad T3	-0,23	-2,12	0,04		
Paso 4					
Apego Iguales T2	0,21	2,17	0,032	0,18	0,05
Grupo Antisocial T3	-0,19	-0,02	0,046		
Intimidad T3	-0,22	-2,34	0,021		
Conformidad Neutra T1	-0,22	-2,35	0,021		
Paso 5					
Apego Iguales T2	0,16	1,67	0,097	0,23	0,05
Grupo Antisocial T3	-0,15	-1,59	0,11		
Intimidad T3	-0,23	-2,43	0,017		
Conformidad Neutra T1	-0,23	-2,44	0,017		
Preocupación T3	-0,23	-2,49	0,014		
Paso 6.- Modelo autorregresivo					
Apego Iguales T2	-0,06	-0,69	0,49	0,43	0,2
Grupo Antisocial T3	-0,16	-1,94	0,056		
Intimidad T3	-0,13	-1,6	0,11		
Conformidad Neutra T1	-0,17	-2,14	0,035		
Preocupación T3	-0,23	-2,82	0,006		
Satisfacción Vital T2	0,5	5,76	0,000		

La tabla 108 aporta una cantidad importante de información sobre qué cuestiones hacen que los chicos y las chicas se sientan satisfechos con sus vidas en la adolescencia tardía. Así, vemos que están más satisfechos aquellos que mejor relación tuvieron dos años antes con el grupo de amigos, los que consideran que sus iguales realizan menos conductas antisociales, los que en T1 fueron menos conformistas, los que menos se preocupan de que sus padres no estén disponibles y los que menos intimidad tienen con su mejor amigo o amiga. La relación entre el apego al grupo de iguales, la consideración del grupo de amigos como antisocial y la satisfacción vital desaparece al introducir la variable de apego a la familia. Sin embargo, la relación negativa entre la intimidad y la satisfacción vital permanece aún controlando los efectos de la influencia familiar en la satisfacción vital. Ambas variables han sido medidas en un mismo tiempo, por lo que no podemos hablar de causalidad. Probablemente, la relación entre satisfacción vital e intimidad sea la inversa a la que proponemos aquí, y aquellos chicos y chicas menos satisfechos con su vida sean los que acuden a su mejor amigo para desahogarse o buscar apoyo, y por eso la relación es negativa, pero esta interpretación no es más que una hipótesis que de momento, no podemos comprobar con nuestros datos puesto que las correlaciones entre T2 y T3 de intimidad y satisfacción vital no son significativas y los productos cruzados, por tanto, no nos aclaran esta idea.

El modelo autorregresivo nos muestra que aumentan en satisfacción vital entre T2 y T3 aquellos chicos y chicas que menos se preocupan de que sus padres no estén disponibles, los que eran menos conformistas en la adolescencia inicial y los que consideran que su grupo de amigos y amigas es menos *gamberro*.

En resumen, durante la adolescencia inicial y media el tener una relación afectiva positiva con los amigos no sólo explica la satisfacción vital de chicos y chicas, sino que también está relacionada con el aumento de ésta entre T1 y T2. En la adolescencia inicial, el afecto que los adolescentes recuerdan haber recibido de sus madres también explica la Satisfacción Vital, de forma que están más satisfechos los que recuerdan más afecto. Finalmente, en la adolescencia tardía además del apego al grupo de iguales, tendrán mejor satisfacción vital quienes menos conformistas fueron en la adolescencia inicial (relación predictiva) y los que menos se preocupan de que los padres no estén disponibles o puedan estar abandonados. Estas mismas variables, junto al hecho de considerar poco *gamberros* a sus amigos, explican el aumento de Satisfacción Vital de T2 a T3.

El dato más curioso en este caso viene dado por la correlación negativa entre intimidad y satisfacción vital, de forma que los chicos más satisfechos con su vida son los que tienen menos intimidad en su relación con el mejor amigo en T3.

C. EL AJUSTE INTERNO.

La última variable a analizar sobre el ajuste emocional de los adolescentes que forman parte de nuestra muestra tiene que ver con el ajuste interno medido con el instrumento YSR, que como el lector recordará hace referencia a las quejas somáticas, a la ansiedad/depresión y al aislamiento. Las puntuaciones altas en este instrumento significan que los problemas internalizantes son elevados.

Tabla 109. Correlaciones de Pearson sobre los problemas Internos en T2

T3

	Problemas Internos T2	Problemas Internos T3
Sobreprotección en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-,035	-0,1
Sobreprotección en Historia Apego <i>Padre</i> T1	0,05	-0,15
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	0,02	0,07
Afecto en Historia Apego <i>Padre</i> T1	-0,03	0,00
Intimidad T1	0,20*	0,04
Apego Iguales T1	0,09	0,1
Conformidad Neutra T1	0,11	0,16
Consumo T1	-0,16	-0,26**

... Continuación Tabla 109.

	Problemas Internos T2	Problemas Internos T3		Problemas Internos T2	Problemas Internos T3
Preocupación T2	0,22*	0,07	Preocup. T3	0,15	0,33**
Disponibilidad T2	-0,12	-0,09	Disponib. T3	-0,11	-0,16
Consideración T2	0,07	0,01	Consider. T3	0,19	0,01
Intimidad T2	0,22*	0,04	Intimidad T3	0,20*	0,15
Apego Iguales T2	-0,25*	-0,13	Apego Iguales T3	-0,07	-0,23*
Conformidad Neutra T2	0,16	0,19	Conform. Neutra T3	0,05	0,23*
Conformidad Positiva T2	0,11	0,17	Conformi. Positiva T3	0,01	0
Conformidad Negativa T2	-0,12	-0,16	Confor Negativa T3	-0,05	-0,07
Grupo Antisocial T2	0,02	-0,04	G. Antisoci. T3	0,03	0,06
Consumo T2	-0,12	-0,2*	Consumo T3	-0,03	-0,03

Como siempre, la tabla de correlaciones nos muestra una fotografía general de qué tipo de variables de las que hemos incluido en este estudio están relacionadas con los problemas internos. De esta forma, observamos que los chicos y chicas con más intimidad con su mejor amigo o amiga son también los que muestran más problemas internalizantes. Este dato, que a priori nos debería resultar extraño, no nos sorprende después de haber encontrado en la ecuación anterior que los chicos y chicas con más intimidad en su relación con el mejor amigo o amiga son los menos satisfechos con su vida. Por otra parte, encontramos una correlación negativa entre el consumo y el ajuste interno, de tal forma que los adolescentes que más tabaco, alcohol y hachís consumían en la adolescencia inicial son los que menos problemas internalizantes presentan en la adolescencia tardía. Aquellos que puntúan más alto en la dimensión preocupación (respuesta afectiva negativa ante la no disponibilidad de la figura de apego) también son los que presentan más problemas de ajuste interno. Finalmente, los que mantienen una buena relación afectiva con su grupo de iguales (puntúan alto en apego iguales) muestran menos problemas de ajuste interno.

Tabla 110. Ecuación de regresión sobre la variable Problemas Internos en T2

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	0,24	2,37	0,002	0,057	--
Paso 2					
Sexo	0,31	3,05	0,003	0,11	0,05
Apego Iguales T2	-0,25	-2,42	0,02		
Paso 3					
Sexo	0,31	2,95	0,004	0,11	00
Apego Iguales T2	-0,22	-1,9	0,06		
Enfado/preocupación T2	0,05	0,49	0,6		

La ecuación de regresión sobre Ajuste Interno en T2 nos aporta nueva información. Como ya describimos en su momento, las chicas tienen más problemas de ajuste interno que los chicos. Además del sexo, el apego a los iguales es la otra variable que más varianza explica del ajuste interno, de tal forma que las chicas y los chicos con mejor relación con su grupo de amigos y amigas serán los que menos problemas de ajuste interno presenten. Al introducir la variable apego a los iguales en la ecuación de regresión, ninguna de las otras variables que introduzcamos será significativa (ni enfado/preocupación, intimidad, ni consumo). Así podemos concluir que es el apego a los iguales la variable que mejor explica los problemas de ajuste interno.

En la ecuación de regresión sobre los problemas internos en la adolescencia tardía (tabla 111) observamos que aquellos chicos y chicas con más apego al grupo de iguales tienen menos problemas internos. Sin embargo, la relación con la intimidad vuelve a ser positiva, de forma que quienes más problemas tienen de ajuste interno muestran también más intimidad con su mejor amigo y, viceversa, los que tienen menos problemas de ajuste interno son los que desarrollan menos intimidad con el mejor amigo o amiga. También vuelve a resultar llamativa la relación entre el consumo en la adolescencia inicial y los problemas de ajuste interno en la adolescencia tardía, puesto que aquellos chicos y chicas que más consumen son los que tienen menos problemas de ajuste interno. Finalmente,

aquellos chicos y chicas que más puntúan en la dimensión Enfado/preocupación de apego a los padres serán los que más problemas de ajuste interno presenten.

Tabla 111. Ecuación de regresión y Modelo autorregresivo sobre la variable Problemas Internos en T3

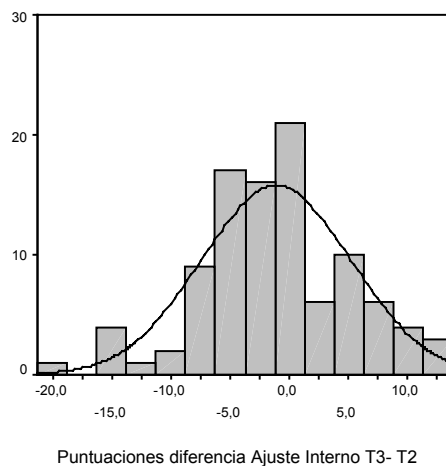
	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Sexo	0,19	1,92	0,06	0,036	--
Paso 2					
Sexo	0,21	2,15	0,034	0,08	0,04
Apego Iguales T3	-0,21	-2,16	0,033		
Paso 3					
Sexo	0,14	1,39	0,17	0,13	0,05
Apego Iguales T3	-0,32	-3,04	0,003		
Intimidad T3	0,27	2,43	0,017		
Paso 4					
Apego Iguales T3	-0,33	-3,23	0,002	0,18	0,05
Intimidad T3	0,31	3,00	0,003		
Consumo T1	-0,26	-2,86	0,005		
Paso 5					
Apego Iguales T3	-0,25	-2,46	0,016	0,25	0,07
Intimidad T3	0,29	2,95	0,004		
Consumo T1	-0,27	-3,01	0,003		
Enfado/preocupación T3	0,26	2,83	0,006		
Paso 6.-Modelo autorregresivo					
Apego Iguales T3	-0,28	-3,46	0,001	0,54	0,24
Intimidad T3	0,09	1,15	0,25		
Consumo T1	-0,15	-2,10	0,04		
Enfado/preocupaciónT3	0,13	1,7	0,09		
Interno T2	0,64	8,45	0,000		

Al introducir en la ecuación de regresión el ajuste interno dos años antes para intentar explicar o predecir el cambio entre un tiempo y otro, se mantienen en

la ecuación de regresión el apego a iguales, el enfado o preocupación con los padres y el consumo de sustancias en el sentido previamente comentado: aquellos chicos y chicas más apegados a sus iguales y que más tabaco, cannabis y alcohol consumieron durante la adolescencia inicial son los que bajan en problemas de ajuste interno.

Volviendo sobre la relación entre intimidad y ajuste interno, nos gustaría aportar algunos datos más. Por una parte, hallamos las puntuaciones diferencias de ajuste interno e intimidad, o lo que es lo mismo, la resta entre la puntuación en un tiempo determinado y la puntuación en otro tiempo anterior. Este tipo de puntuaciones aporta una imagen de cuántos chicos y chicas aumentan o disminuyen en una variable. La figura 72 muestra un ejemplo de cómo se comportan las puntuaciones diferencias entre T3 y T2 de la variable ajuste interno. Tras obtener las puntuaciones diferencia de intimidad y ajuste interno las correlacionamos y obtuvimos una $r_{xy} = 0,16$. Esta correlación baja y no significativa nos habla de que los chicos y chicas que aumentan en problemas internos no son los mismos que aumentan en intimidad y, viceversa, los que disminuyen el número de problemas internos no disminuyen también en intimidad.

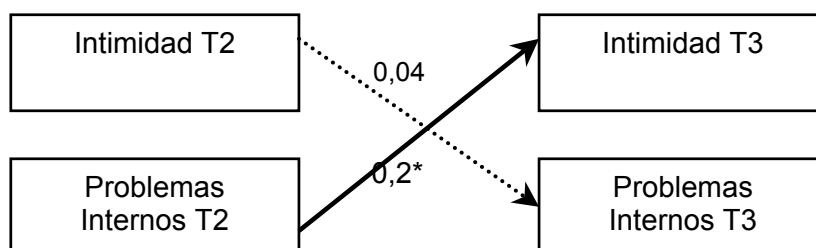
Figura 72. Puntuaciones diferencia de Problemas Internos entre T3 y T2



La gráfica de las puntuaciones diferencia nos muestra cómo hay más chicos y chicas que disminuyen los problemas de ajuste interno que los que lo aumentan, ya que aparecen más puntuaciones negativas y de valores más altos en los valores negativos del eje de abscisas, aunque la distribución es muy similar a la normal, produciéndose unos valores bastante simétricos.

Por último realizamos el análisis de productos cruzados entre intimidad y ajuste interno. Este análisis apunta a la idea de que- tal y como hipotetizamos en el caso de la satisfacción vital-, probablemente los chicos y chicas que tienen problemas de ajuste interno giran hacia su mejor amigo y buscan mayor intimidad, antecediendo los problemas de ajuste interno a la intimidad y no viceversa.

Figura 73. Productos cruzados entre Intimidad y Ajuste interno



En resumen, además del sexo de los adolescentes es una variable del grupo de los iguales, el Apego al grupo la que se relaciona con el ajuste interno durante la adolescencia, teniendo peor ajuste quienes también tienen menos apego al grupo. Durante la adolescencia tardía, además del Apego al grupo, están relacionadas con los problemas de ajuste interno las variables de Intimidad con el mejor amigo o amiga y Enfado/preocupación con los padres y madres. En este sentido es llamativa la relación positiva entre problemas internalizantes e intimidad, de tal forma que son los chicos y chicas con más intimidad a su mejor amigo los que también tienen más problemas internos. Los productos cruzados nos muestran que la dirección de esta relación es en el sentido de que aquellos adolescentes que más problemas tienen en la adolescencia media, tienen más intimidad con el mejor amigo en la tardía, probablemente porque acudan a él o ella en los momentos de ansiedad/depresión, quejas somáticas, o para evitar el aislamiento. De nuevo, al igual que ocurriera con la autoestima, los chicos y chicas que eran más consumistas en la adolescencia inicial, son los que menos problemas internos desarrollarán en la adolescencia tardía.

6.4.2 El ajuste comportamental de los adolescentes: el consumo de sustancias y el ajuste externo

A. EL CONSUMO

Tabla 112. Correlaciones de Pearson el consumo en T1, T2 y T3

	Consumo T1	Consumo T2	Consumo T3
Sobreprotección en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,05	-0,07	0,01
Sobreprotección en Historia Apego <i>Padre</i> T1	-0,06	-0,02	-0,01
Afecto en Historia Apego <i>Madre</i> T1	-0,29**	-0,28**	-0,39**
Afecto en Historia Apego <i>Padre</i> T1	-0,28**	-0,25*	-0,22*
Intimidad T1	-0,15	-0,07	-0,11
Apego Iguales T1	-0,22*	-0,14	-0,14
Conformidad Neutra T1	0,11	0,05	0,06

... Continuación Tabla 112.

	Consumo T1	Consumo T2	Consumo T3		Consumo T1	Consumo T2	Consumo T3
Preocupación T2	0,09	0,17	0,18	Preocup. T3	0,02	0,13	0,21*
Disponibilidad T2	-0,08	-0,01	-0,15	Disponib. T3	-0,18	-0,16	-0,17
Consideración T2	-0,03	0	-0,05	Consider. T3	-0,12	-0,14	-0,13
Intimidad T2	0,01	0,04	-0,01	Intimidad T3	-0,03	-0,08	-0,11
Apego Iguales T2	-0,02	0,04	-0,05	Apego Iguales T3	-0,02	0,02	-0,03
Conformidad Neutra T2	-0,06	-0,12	-0,14	Conform. Neutra T3	-0,24*	-0,17	0,05
Conformidad Positiva T2	-0,34**	-0,53**	-0,52**	Conformi. Positiva T3	-0,29**	-0,22*	-0,35**
Conformidad Negativa T2	0,42**	0,5**	0,55**	Conf. Negati T3	0,11	0,16	0,44**
Grupo Antisocial T2	0,38**	0,45**	0,43**	G. Antis. T3	0,19	0,21*	0,41**

La tabla 112 nos enseña una imagen clara de qué variables se asocian al consumo de sustancias. En esta imagen, las variables afectivas de la familia cobran una especial importancia, de tal forma que aquellos chicos y chicas que recuerdan en la adolescencia inicial una historia de afecto elevado por parte de sus padres y de sus madres serán los que menos consuman a lo largo de toda la adolescencia. La influencia familiar directa (no la diferida a lo largo del tiempo y medida con el instrumento de historia de apego) parece desaparecer en la adolescencia media para, en la tardía, volver a encontrar una correlación significativa entre la preocupación y el consumo, de forma que aquellos chicos que puntúan más alto en la dimensión Enfado/preocupación (recordamos que serían los adolescentes preocupados en la clasificación del AAI) son los que más consumen. Las variables afectivas con los amigos parecen tener menos importancia en los consumos, de forma que sólo el Apego a los iguales correlaciona con el consumo de sustancias y, sólo en T1. Las correlaciones entre el consumo y la conformidad positiva y negativa son claras. Cuanto más consuman los chicos y chicas adolescentes, más facilidad tendrán para ceder ante la presión negativa y menos ante la positiva. Igualmente, los más consumistas también son los que puntúan más alto en considerar que su grupo de amigos es antisocial.

Mención aparte merece la dimensión conformidad neutra. Sólo el consumo en T1 correlaciona con la conformidad en T3 y de forma negativa, de manera que los que más consumían en T1 son los menos conformistas en T3 en su versión neutra.

Tabla 113. Ecuación de regresión Consumo en T1

	<i>Coefficientes estandarizados Beta</i>	<i>t</i>	<i>Sig.</i>	<i>R²</i>	<i>Δ R²</i>
Paso 1					
Afecto en Historia Apego Padre T1	-0,18	-1,74	0,08	0,03	--
Paso 2					
Afecto en Historia Apego Madre T1	-0,08	-0,61	0,54	0,08	0,05
Afecto en Historia Apego Padre T1	-0,24	-1,9	0,06		

Como se puede comprobar, el afecto que los chicos y chicas recuerdan que obtuvieron del padre es la variable que entra en la ecuación de regresión. Teniendo en cuenta que el consumo es una conducta más externa que interna, llama la atención que sea la historia afectiva, en lugar de la historia de sobreprotección-estimulación de la autonomía, la que ejerce influencia sobre estas conductas. No entran en la ecuación de regresión las variables afectivas con los amigos (Intimidad y Apego Iguales) ni el sexo de los adolescentes.

Tabla 114. Ecuación de regresión y modelo autorregresivo sobre el Consumo en T2

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Afecto en historia apego Madre T1	-0,28	-2,8	0,005	0,07	--
Paso 2					
Afecto en historia apego Madre T1	-0,18	-1,96	0,05	0,23	0,16
Grupo Antisocial T2	0,41	4,45	0,000		
Paso 3.- Modelo autorregresivo					
Afecto en historia apego Madre T1	-0,05	-0,7	0,48	0,53	0,30
Grupo Antisocial T2	0,2	2,66	0,09		
Consumo T1	0,6	7,8	0,000		

Encontramos que la historia afectiva con las madres vuelve a mostrarse como una variable clave para entender quienes son los chicos y chicas que más consumen en la adolescencia media, de tal forma que quienes informaron en la adolescencia inicial que sus madres fueron poco afectuosas durante su infancia, serán los que en la adolescencia media consuman más tabaco, alcohol y hachís. Al ser una variable medida en un tiempo anterior, podemos apuntar causalidad y aventurar que la historia afectiva con la madre explica parte del grado de consumo de los adolescentes en T2. Otra variable que entra en la ecuación de regresión es Grupo Antisocial, en este caso medida en el mismo momento de la adolescencia que se midió el consumo. Este dato indica que aquellos chicos y chicas que más consumen en la adolescencia media son también los que consideran que su grupo de amigos es más antisocial. Finalmente, en el modelo autorregresivo sólo entra la variable grupo antisocial, de forma que aquellos chicos y chicas que más aumentan

en consumo de sustancias serán también los que consideran a su grupo de amigos más *gamberro*.

Tabla 115. Ecuación de regresión y modelo autorregresivo sobre el Consumo en T3

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Sexo	-0,24	-2,4	0,02	0,06	--
Paso 2					
Sexo	-0,22	-2,4	0,02	0,2	0,14
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,38	-4,23	0,000		
Paso 3.					
Sexo	-0,19	-2,28	0,02	0,31	0,11
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,3	-3,47	0,001		
Grupo Antisocial T2	0,34	3,97	0,000		
Paso 4					
Sexo	-0,16	-1,95	0,05	0,37	0,06
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,19	-1,95	0,05		
Grupo Antisocial T2	0,19	1,93	0,06		
Conformidad Negativa T2	0,31	2,64	0,01		
Paso 5.- Modelo autorregresivo					
Sexo	-0,15	-2,1	0,04	0,55	0,18
Afecto en historia apego <i>Madre</i> T1	-0,16	-1,97	0,05		
Grupo Antisocial T2	0,07	0,79	0,43		
Conformidad Negativa T2	0,14	1,41	0,16		
Consumo T2	0,5	6,16	0,000		

Durante la adolescencia tardía las chicas consumen menos que los chicos, dato que ya comentábamos en la parte descriptiva de los resultados. El afecto percibido por los chicos durante su infancia (datos recogidos en T1) continúa ejerciendo su influencia en el consumo, de manera que los chicos y chicas que más afecto percibieron en sus casas son los que menos consumen. Igualmente, el

considerar que el propio grupo de amigos es antisocial o anticívico y el ser conformista en su sentido negativo influye en el consumo de sustancias dos años después, de tal forma que los más conformistas y los que consideran a sus amigos más gamberros durante T2 son los que más consumen en T3. Sin embargo, estas dos últimas variables salen del modelo autorregresivo. Así, los chicos y chicas que aumentan su consumo de sustancias son los chicos (varones), y los que recuerdan haber recibido menos afecto de sus madres durante la infancia.

En resumen, podemos considerar que las variables afectivas familiares son las que más influencia ejercen sobre el consumo de sustancias (alcohol, tabaco y hachís), ya que las correlaciones entre el afecto percibido de los padres y madres correlaciona con el consumo de sustancias tanto en T1 como en T2 y T3. Igualmente, el afecto materno entra en las tres ecuaciones de regresión (con consumo en T1, T2 y T3)

Las variables del contexto de los iguales relacionadas con la conformidad (positiva y neutra) y con la autopercepción del grupo de amigos como antisocial también están relacionadas con el consumo, de forma que consumirán más los más conformistas en el sentido negativo, y los menos conformistas en su versión positiva, así como quienes consideran a su grupo de amigos como más gamberro.

Los modelos autorregresivos informan de que quienes aumentan su consumo entre la adolescencia inicial y la media son los mismos chicos que en la adolescencia media se relacionan con amigos más antisociales. Por su parte, los que aumentan el consumo entre la adolescencia media y tardía son los chicos (varones), y quienes percibieron menos afecto de sus madres.

B. EL AJUSTE EXTERNO

La última variable a analizar es el ajuste externo del chico o la chica adolescente, una variable que se midió con el YSR y que está formada por las subescalas de conducta agresiva y conducta delictiva. Una puntuación elevada significa problemas de conducta agresiva y delictiva.

Tabla 116. Correlaciones de Pearson sobre los problemas externos en T2 T3

	Ajuste Externo T2	Ajuste Externo T3
Sobreprotección Madre T1	0,16	0,11
Sobreprotección Padre T1	0,21*	0,01
Afecto Madre T1	-0,22*	-0,21*
Afecto Padre T1	-0,29**	-0,21*
Intimidad T1	0,04	-0,06
Apego Iguales T1	-0,07	-0,03
Conformidad Neutra T1	0,33**	0,23*
Consumo T1	0,1	0,13

... Continuación Tabla 116.

	Ajuste Externo T2	Ajuste Externo T3		Ajuste Externo T2	Ajuste Externo T3
Preocupación T2	0,26**	0,22*	Preocup. T3	0,27**	0,38**
Disponibilidad T2	-0,21*	-0,30**	Disponib. T3	-0,2	-0,27**
Consideración T2	-0,23*	-0,31**	Consider. T3	-0,11	-0,22*
Intimidad T2	-0,01	-0,09	Intimidad T3	0,031	-0,01
Apego Iguales T2	-0,12	-0,19	Apego Iguales T3	-0,02	-0,11
Conformidad Neutra T2	0,1	0,12	Conform. Neutra T3	-0,01	0,12
Conformidad Positiva T2	-0,45**	-0,36**	Conformi. Positiva T3	-0,28**	-0,4**
Conformidad Negativa T2	0,36**	0,32**	Confor Negativa T3	0,40**	0,42**
Grupo Antisocial T2	0,28**	0,23*	G. Antisoci. T3	0,33**	0,43**
Consumo T2	0,27**	0,21*	Consumo T3	0,38**	0,44**

En resumen, podríamos decir que las tablas de correlaciones muestran que tanto el contexto familiar como el de los amigos están relacionados con el ajuste externo del chico o la chica. De esta forma, tendrán más problemas de ajuste

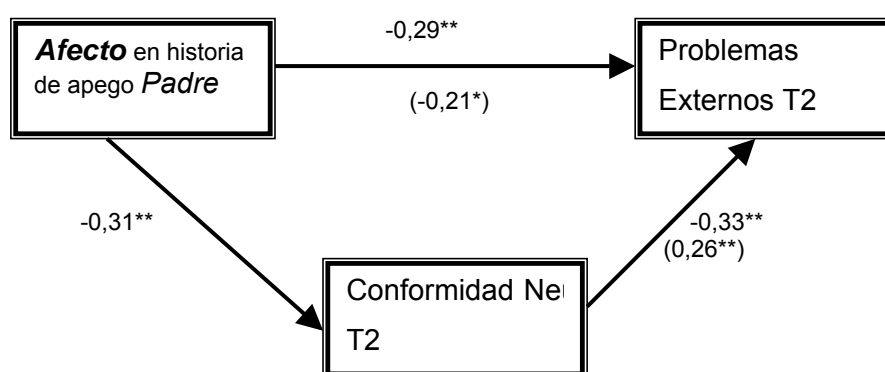
externo quienes consideran que sus padres les han sobreprotegido (no han estimulado su autonomía), los que recibieron poco afecto de sus padres y madres durante la adolescencia, quienes ya en el momento de la recogida de datos se preocupan más por la relación con sus padres, a los que consideran poco disponibles y hacia los que no muestran gran consideración. En el terreno de los iguales, llama la atención la relación entre conformidad neutra medida en T1 y los problemas de ajuste dos y cuatro años después. Esta relación es más llamativa aún si tenemos en cuenta que la conformidad neutra durante la adolescencia media y tardía no está relacionada con las medidas de ajuste externo en esos mismos momentos. También la conformidad positiva y la negativa, el consumo y el considerar al grupo de amigos como antisocial o anticívico está relacionado con los problemas de ajuste. Las correlaciones indican que los chicos y chicas menos tendentes a ceder ante cuestiones positivas y, al mismo tiempo, más tendentes a ceder ante cuestiones negativas, los que más consumen y quienes consideran a su grupo de amigos como más *gamberro* son los que puntúan más alto en problemas de ajuste externo. Queremos destacar que las variables afectivas del grupo de amigos y del mejor amigo (Apego iguales e Intimidad respectivamente) no están relacionadas de forma significativa con los problemas de ajuste externo.

En el caso de la tabla 117, la ecuación de regresión no aporta mucha más información que lo hiciera la tabla de correlaciones. Hemos optado por dejar en la ecuación las variables con significación marginal (valor $p < 0,1$). Con este criterio, entran en la ecuación de regresión dos variables del contexto familiar: el afecto percibido de la relación paterna durante la infancia y la disponibilidad actual que sienten de sus progenitores. Esta segunda variable deja de ser significativa cuando introducimos en la ecuación de regresión dos de las variables de iguales: la conformidad neutra medida en T1 y la percepción del propio grupo de amigos como antisocial (medida en T2, la misma oleada en la que se recogieron los datos de problemas de ajuste externo).

Tabla 117. Ecuación de regresión y modelo autorregresivo sobre los problemas externos en T2

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Afecto en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	-0,3	-3,04	0,003	0,09	--
Paso 2					
Afecto en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	-0,24	-2,39	0,019	0,13	0,04
Disponibilidad T2	-0,21	-2,06	0,04		
Paso 3					
Afecto en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	-0,18	-1,78	0,08	0,18	0,05
Disponibilidad T2	-0,17	-1,68	0,09		
Conformidad Neutra T1	0,24	2,36	0,02		
Paso 4					
Afecto en Historia de Apego <i>Padre</i> T1	-0,17	-1,7	0,09	0,21	0,03
Disponibilidad T2	-0,16	-1,59	0,12		
Conformidad Neutra T1	0,21	2,09	0,04		
Grupo Antisocial T2	0,17	1,72	0,08		

Figura 74. Efecto de mediación de la conformidad negativa entre el afecto en la historia de apego con el padre y los problemas externos.



Tipo de Mediación: Parcial

Valor Z de Sobel: -1,99

p = 0,04

Coefficiente estandarizado de Hist. de afecto padre T1 en Problemas Externos T2:

Directo: -0,21

Indirecto: -0,08

Tabla 118. Ecuación de regresión y modelo autorregresivo sobre los problemas externos en T3

	Coefficientes estandarizados Beta	t	Sig.	R ²	Δ R ²
Paso 1					
Afecto en Historia de Apego Madre T1	-0,21	-2,18	0,03	0,05	--
Paso 2					
Afecto en Historia de Apego Madre T1	-0,12	-1,21	0,23	0,11	0,06
Disponibilidad T2	-0,26	-2,56	0,01		
Paso 3.					
Disponibilidad T2	-0,3	-3,22	0,002	0,13	0,02
Consumo T2	0,21	2,2	0,03		
Paso 4					
Disponibilidad T2	-0,28	-3,1	0,003	0,21	0,08
Consumo T2	0,03	0,31	0,75		
Conformidad Positiva T2	-0,33	-3,05	0,003		
Paso 5.- Modelo autorregresivo					
Disponibilidad T2	-0,17	-2,31	0,02	0,48	0,27
Conformidad Positiva T2	-0,1	-1,27	0,21		
Problemas externo T2	0,58	6,84	0,000		

La ecuación de regresión vuelve a dar importancia al papel de los progenitores en el ajuste externo del adolescente. En este caso, vemos que el afecto percibido influye en el ajuste, de tal forma que los adolescentes y las adolescentes que más afecto percibieron de sus padres durante la infancia son los que tienen menos probabilidad de sufrir problemas externos. Esta variabilidad la asume otra variable afectiva familiar de T2: la disponibilidad actual de los padres, de forma que los que consideran en la adolescencia media que sus padres están disponibles tendrán menos problemas de tipo externo en la adolescencia tardía. También el haber consumido sustancias parece influir en el ajuste externo: los chicos y chicas que consumen más alcohol, hachís y tabaco en la adolescencia media tienen más probabilidad de sufrir problemas de conducta en la adolescencia tardía. De nuevo, otra variable –en este caso del contexto de los iguales– asume la

variabilidad del consumo cuando entra en la ecuación de regresión. En este caso, estamos hablando de la conformidad positiva. De esta forma los adolescentes que ceden con más facilidad a la presión grupal para realizar conductas consideradas positivas por el mundo de los adultos, son los que tendrán dos años después menos probabilidad de mostrar problemas de ajuste externo. Por último, al utilizar el modelo autorregresivo, observamos que la variable familiar disponibilidad es la única que aporta variabilidad a los problemas externos en T3 después de controlar los propios problemas dos años antes. Así, los chicos y chicas que aumentan sus problemas externos son los mismos que **no** percibieron disponibilidad de sus padres y madres dos años antes, durante la adolescencia media.

En general, tienen problemas externos en la adolescencia media aquellos chicos y chicas que durante la adolescencia inicial recuerdan haber recibido poco afecto paterno y materno, además de haberse sentido sobreprotegidos. También padecen problemas externos en T2 los más conformistas en su versión neutra en T1. La ecuación de regresión nos muestra que tanto las variables familiares como las de los iguales son importantes para explicar los problemas de ajuste externo, de forma que quienes exhiben más problemas externos recuerdan menos afecto (medido en T1) de sus padres y perciben menos disponibilidad (T2) de ellos, al tiempo que son los más conformistas en T1 y quienes perciben a su grupo de amigos como anticívico. A este respecto, encontramos mediación parcial, según la cual quienes recuerdan haber recibido más afecto del padre serán los menos proclives a ceder ante la presión del grupo sobre cuestiones neutras, lo que a su vez influye en tener problemas externos.

Si interpretamos la conformidad como carencia, en el sentido que los más conformistas son los chicos y chicas que están más necesitados de afecto y están dispuestos a ceder ante el grupo para conseguirlo, al menos y en este caso ante cuestiones neutras, podemos interpretar la mediación en el sentido de la continuidad entre contextos, de forma que los chicos con problemas externos serán quienes tuvieron un contexto familiar poco afectuoso y quienes buscan cercanía/aceptación al/del grupo de iguales siguiendo las propuestas del grupo, estando a su vez esta conformidad neutra influenciada por un contexto familiar poco afectuoso. La influencia de las relaciones familiares sobre los problemas externos vuelven a quedar de manifiesto en la ecuación de regresión sobre los problemas

externos en T3. En este caso, aquellos chicos y chicas que consideran que sus padres están disponibles cuando los necesitan tendrán menos problemas externos. También muestran menos problemas externos durante la adolescencia tardía los chicos y chicas que aprovechan la presión positiva del grupo. Ambas variables, disponibilidad y conformidad positiva son de T2, lo que apunta a cierta causalidad.

Por último, la disponibilidad percibida de los padres en T2 predice el cambio en problemas externos entre T2 y T3, de forma que tendrán más problemas quienes percibieron menor disponibilidad de sus padres.

6.4.3 *Influencias mutuas ente el ajuste emocional y el ajuste comportamental de los chicos y chicas.*

¿Son los chicos y chicas con más problemas de ajuste comportamental los que también tienen más problemas de ajuste emocional? ¿se puede ser un adolescente conflictivo y tener buena autoestima y estar satisfecho con la vida que se lleva? Estas preguntas guiaron la introducción de este apartado en el documento.

Tabla 119. Correlaciones de Pearson entre el consumo y el ajuste emocional

	Consumo T1	Consumo T2	Consumo T3
Autoestima T1	-0,03	0,07	-0,001
Satisfacción Vital T1	0,1	0,17 [◊]	-0,05
Autoestima T2	0,13	0,07	-0,03
Satisfacción Vital T2	0,17 [◊]	0,04	-0,13
Problemas Internos T2	-0,16	-0,12	-0,03
Autoestima T3	0,3**	0,22*	0,13
Satisfacción Vital T3	0,14	0,15	-0,07
Problemas Internos T3	-0,26**	-0,2*	-0,03

*p<0,05; **p<0,01; [◊] 0, 1> p > 0,05 en gris los chicos y en blanco las chicas.

La tabla 119 es más significativa por aquellas relaciones que no lo son que por lo contrario. La relación entre el consumo en T1 y T2, y los problemas internos en T3 ya se describió en apartados anteriores y se comentará ampliamente en la discusión. Por tanto, la principal conclusión a extraer de esta tabla es que no existe relación entre el consumo y el ajuste emocional en el momento mismo en el que los

chicos y chicas consumen, aunque sí entre el consumo en la adolescencia inicial y media y el ajuste en la adolescencia tardía, mostrándose el consumo como un factor protector frente a los problemas de ajuste en la adolescencia tardía.

Tabla 120. Correlaciones de Pearson entre los problemas externos y el ajuste emocional

	Externo T2	Externo T3
Autoestima T1	-0,21*	-0,17*
Satisfacción Vital T1	-0,12	-0,12
Autoestima T2	-0,21*	-0,20*
Satisfacción Vital T2	-0,33**	-0,24*
Problemas Internos T2	0,37**	0,29**
Autoestima T3	-0,16	-0,21*
Satisfacción Vital T3	-0,35**	-0,44**
Problemas Internos T3	0,22*	0,44**

La tabla 120 muestra una fotografía bien diferente a la anterior. Así como los chicos que más consumen no tienen baja autoestima, ni poca satisfacción vital ni problemas internos, aquellos que muestran problemas externos (conducta agresiva y delictiva) sí que muestran más problemas internos (quejas somáticas, ansiedad/depresión y aislamiento), y menos autoestima y satisfacción con su vida.

Discusión

El último apartado del trabajo de investigación que presentamos incluye las conclusiones a las que hemos llegado tras la parte empírica del estudio, así como la discusión de los resultados a la luz de la teoría previa. Para organizar este apartado, lo dividiremos en diferentes subapartados que seguirán una lógica algo diferente al apartado de resultados. Expondremos las conclusiones y la discusión relativas a la descripción de los constructos que hemos estudiado en el trabajo; y constructo por constructo, reflexionaremos sobre las relaciones que mantienen con el resto de variables intentando, en todo momento, prestar especial atención a las implicaciones educativas y de intervención que puedan resultar de nuestro trabajo.

Capítulo **7**

La Intimidad con el mejor amigo o amiga

En este apartado daremos cuenta de uno de los objetivos principales de nuestro trabajo: la descripción detallada de cómo evoluciona la intimidad con el mejor amigo o amiga a lo largo de la adolescencia. También analizaremos la vinculación de la intimidad con las variables de apego a los padres y las madres de los chicos y las chicas adolescentes. Para ello recordamos que al hablar de intimidad en la relación con los pares estamos hablando de amistad, y de amistad de calidad (Berndt, 2002).

Vamos a comenzar realizando algunos comentarios sobre la propia escala utilizada para evaluar la intimidad con el mejor amigo o amiga. La escala de Sharabany (1994) es quizás una de las más completas que hemos encontrado, y se ha utilizado en multitud de estudios en diferentes contextos (Ben-Shaul, Sharabany, y Durman, 2004; Chou, 2000; Mayseless, Wiseman, y Hai, 1998). La fiabilidad de la escala total es muy alta, sin embargo, llama la atención la escasa fiabilidad de dos de sus subescalas: Exclusividad y

Actividades comunes. La subescala de Exclusividad es la que tiene puntuaciones medias más bajas tanto en las chicas como en los chicos, y en el caso de ellos, tanto Exclusividad como Actividades comunes son las únicas subescalas en las que no se observa relación entre la puntuación y la edad de los adolescentes. La escala de Exclusividad fue la única que no obtuvo diferencias de género en el trabajo de Mayseless, Wiseman, y Hai (1998). Nuestra pregunta es hasta qué punto ambas cuestiones forman parte del constructo de intimidad, teniendo en cuenta que su comportamiento es el que más difiere del resto de las subescalas y de la escala total, y no sólo en nuestra muestra. El hecho de que las actividades comunes entren a formar parte de la intimidad, entroncaría con la idea de Steinberg y Morris (2001) de que ellos y ellas tienen diferente forma de entender la amistad, para ellos basada en actividades compartidas, y para ellas en conversación o autorrevelación. Podemos estar de acuerdo en esta afirmación, y considerar que chicos y chicas tienen amistades de igual calidad (en el sentido cuantitativo) pero de diferente cualidad. Pero no estamos de acuerdo con la autora de la escala en que las actividades compartidas sean parte de la intimidad en la relación. Consideramos que, aunque para que una relación sea íntima o de calidad hay que compartir actividades, la relación opuesta no es necesaria, se pueden compartir actividades sin que la relación sea íntima o de calidad, por ejemplo con los compañeros de clase. Algo parecido pero diferente ocurre con la subescala de Exclusividad. Probablemente una relación de exclusividad es más probable que sea íntima, pero no consideramos que para que haya una relación íntima y de calidad sea necesaria la exclusividad. Con una visión bien diferente a la de Sharabany (1994), Theriault (1998) desarrolla una escala de intimidad (el Pair-M Inventory) en la que incluye una subescala de intimidad social con ítems del tipo *“Me lo paso bien en las actividades que mi amigo y yo hacemos con otra gente”*. Aunque incluye el aspecto de intimidad social, también incluye un ítem que habla de exclusividad en la relación: *“Prefiero hacer cosas con mi compañero sin que otra gente se una a nosotros”* un ítem que finalmente en los análisis correlaciona en negativo con la intimidad. Como vemos, el trabajo de Theriault apoya la idea de que la exclusividad no tiene por qué formar parte de una relación de amistad íntima. Un último apunte en relación con la idea que venimos exponiendo: en el trabajo HBSC-2002, sólo un 18,7% de los adolescentes de entre 11 y 18 años dicen tener un único amigo íntimo. A los 17/18 años, momento en el que según nuestros datos, chicos y chicas tienen más intimidad en la relación de amistad, el 38,1% de la muestra total dicen tener tres o más amigos íntimos, frente al 24,1%

que dice tener un solo amigo íntimo (Moreno, *et al.*, 2005a), datos que vuelven a cuestionar el carácter de exclusividad de la relación de amistad íntima. Concluyendo, consideramos que los constructos que evalúan estas dos subescalas deberían replantearse, a pesar de que en nuestro trabajo hemos utilizado la escala de Sharabany tal y como ella la planteó ya que obtuvo una fiabilidad elevada.

En lo referente a las diferencias de género, los resultados encontrados, vienen a coincidir con la teoría, en el sentido de que las chicas muestran más intimidad que los chicos a lo largo de toda la adolescencia (Eshel, Sharabany, y Friedman, 1998; Markiewicz, Doyle, y Brendgen, 2001; Sharabany, Gershoni, y Hofman, 1981). Este dato no sólo surge del análisis de comparaciones de medias, sino que se refrenda en los análisis de trayectorias, en los que identificamos grupos de sujetos en función de su trayectoria en la variable objeto de estudio. En este caso el grupo que más alto puntúa en intimidad está compuesto de forma significativa por más chicas que chicos. Sin embargo, en este grupo también hay algunos varones. Muy probablemente, tal y como reflexionaran a partir de su trabajo Jones y Dembo (1989), no es el ser chica o chico en sí lo que hace que se desarrolle mayor intimidad en la relación de amistad, sino los roles que la sociedad asigna a hombres y mujeres. De esta forma, los chicos andróginos puntúan alto en intimidad, igual que las chicas. No parece descabellada la teoría de que es la socialización la que hace que las chicas puntúen más alto en intimidad que los chicos, de hecho, también se encuentran diferencias en intimidad relacional con la mejor amiga en función del macrosistema o la cultura (Ben-Shaul, Sharabany y Durman, 2004). Para enfatizar más el carácter aprendido de la intimidad relacional, los datos del análisis de trayectorias individuales muestran un segundo grupo numeroso, compuesto por más chicos que chicas, que coincidiendo con los datos aportados por las comparaciones de medias, muestran que ellos van aprendiendo a relacionarse de forma íntima durante la adolescencia, aunque incluso en la adolescencia tardía, cuando las diferencias de género se han acortado, ellas siguen puntuando más alto que ellos en la variable Intimidad. Probablemente, estos datos también nos estén hablando de las diferencias en maduración entre chicos y chicas. Ellas maduran antes y aprenden la intimidad relacional también antes que los chicos, aunque sin olvidar que desde los años preescolares las

chicas muestran relaciones con las amigas más caracterizadas por la cercanía emocional que los chicos (Lynn Martín y Fabes, 2001).

Nuestros datos coinciden con los encontrados por Rice y Mulkeen (1995), en cuyo estudio las chicas puntuaron más alto en intimidad que los chicos, pero ellos tuvieron un aumento mucho mayor que ellas a lo largo de la adolescencia (entre los 13 y los 17 años). Nuestra última recogida de datos fue cuando los chicos tenían 17/18 años, pero Rice y Mulkeen (1995) recogieron también a los 21 años, en la Adulthood Emergente, encontrando un efecto cuadrático en sus datos; es decir, en la última recogida de datos, a los 21 años, la intimidad con el mejor amigo no continuó subiendo sino que permaneció estable o decreció. Aunque no tenemos datos al respecto en nuestro trabajo, no queremos dejar pasar la oportunidad de reflexionar sobre el descenso o estabilización encontrado por Rice y Mulkeen. Probablemente, el efecto cuadrático esté relacionado con la aparición de otro gran contexto relacional: la pareja. Como indicamos en la introducción teórica, son numerosos los autores que consideran la relación con el amigo íntimo como un contexto de aprendizaje privilegiado para practicar la intimidad relacional con un igual que será necesaria en la relación de pareja (Sullivan, 1953), o como un paso intermedio en el traspaso de los componentes del apego de los padres a la pareja (Lafuente, 1994; López, 1999). Así, en el trabajo de Eshel, *et al.*, (1998) los hombres y mujeres casados, con el mismo cuestionario que hemos utilizado nosotros, mostraron más intimidad hacia su pareja que hacia su mejor amigo o amiga del mismo sexo. A los 17 años, edad media de los chicos y chicas de nuestro estudio en la última recogida de datos, están en esa fase intermedia, en la que aún mantienen intimidad con el mejor amigo, pero comienza a aparecer la pareja como una figura importante en sus vidas. Es posible que esta sea también la explicación de por qué se acortan las diferencias de género en la adolescencia tardía: las chicas ya tienen pareja mientras que los chicos no.

Continuando con la discusión sobre la evolución de la intimidad con la edad y las diferencias de género asociadas al constructo, queremos hacer otra reflexión. Nuestros datos indican que la intimidad aumenta con la edad, y que las chicas muestran más intimidad en su relación de amistad íntima que los chicos. Datos epidemiológicos informan que los adolescentes mayores tienen menos

amigos íntimos que los pequeños, y que son más chicas que chicos las que dicen tener un solo amigo íntimo, y más chicos que chicas los que dicen tener tres o más amigos íntimos: en la adolescencia tardía, cuando nuestros datos dicen que ellos y ellas más se acercan en niveles de intimidad con el mejor amigo, el estudio HBSC-2002 en España, informa de que el 56,5 % de chicos frente al 21,1 % de chicas dicen tener tres o más amigos íntimos (Moreno, *et al.*, 2005a). En nuestra opinión, con la edad chicos y chicas se vuelven más exigentes con los amigos o a la hora de considerar quiénes son amigos íntimos, y según crecen consideran que tienen menos cantidad de amigos íntimos pero de más calidad, con más intimidad en la relación. El mismo argumento nos sirve para las diferencias de género. Ellas consideran tener menos amigas íntimas porque son más exigentes a la hora de considerar qué es un amigo íntimo o amiga íntima, porque exigen más intimidad en la relación, igual que pueden dar más intimidad.

En otro orden de cosas, la estabilidad relativa es media en los chicos entre T1 y T2, pero inexistente en las otras dos comparaciones. En el caso de las chicas, la estabilidad relativa es media en las tres comparaciones. Estos datos se interpretan como que, en el caso de los chicos, no son los mismos los que puntuaban más alto en intimidad en T1 que los que puntúan alto en T2, aunque en general todos aumenten en intimidad. En el caso de las chicas, es más fácil que en el ranking las chicas se mantengan en la misma posición entre unas recogidas de datos y la siguiente. Teniendo en cuenta que la escala de Intimidad de Sharabany arroja índices de fiabilidad elevados (alfa de Cronbach = 0,9), podemos considerar que los datos sobre estabilidad relativa son más que fiables. Como argumentamos en la introducción teórica, dependiendo del posicionamiento teórico que adoptemos, la intimidad en la amistad se considera una característica del sujeto o de la relación (Therriault, 1998). En el caso de considerar que es una característica de la relación, puntuaciones altas en intimidad dependerán de tener o no una relación de amistad íntima. En este caso, parece que los chicos, con datos de estabilidad relativa más baja, es más fácil que pasen algún tiempo sin amigos que consideren íntimos o con amistades caracterizadas por niveles de intimidad baja. Las variaciones de amistades pueden hacer que los chicos cambien en el *ranking* y el que estaba alto en una recogida de datos, esté más bajo que otro en la siguiente. Sin embargo, en el caso de las chicas, la estabilidad relativa arroja datos más elevados que en el

caso de los chicos, lo que puede indicar que ellas, aunque cambien de amiga íntima, establecerán alguna nueva relación que tenga niveles de intimidad también elevados, con la idea de que tienen más facilidad o más necesidad de establecer relaciones de intimidad. Si utilizamos la versión de que la intimidad es una habilidad de la persona, serán los chicos y chicas que hayan desarrollado esa capacidad los que puntúen más alto y sigan haciéndolo más tarde. Las chicas desarrollan la intimidad antes, y puntúan a niveles elevados en la escala de Intimidad desde el principio de la adolescencia, por lo que habrá pocos cambios durante esta etapa de la vida. Son los varones quienes van aprendiendo a lo largo de la adolescencia la intimidad relacional y, por tanto, los que pueden fluctuar más en el *ranking* entre unos y otros, ya que pueden seguir ritmos más o menos acelerados.

7.1. EL APEGO A PADRES Y MADRES, Y LA INTIMIDAD CON EL MEJOR AMIGO

Los chicos y chicas que recuerdan haber recibido más afecto de sus madres durante la infancia son los que desarrollan más intimidad con el mejor amigo o la mejor amiga durante la adolescencia. La historia de apego con las madres parece influir algo más en los chicos que en las chicas, ya que sólo entre ellos el enfoque tipológico muestra que los chicos con apego seguro tienen más intimidad con el mejor amigo. Ambos resultados coinciden en la idea de *continuidad* entre el contexto familiar y el contexto de los iguales descrita en el apartado de la introducción teórica, de forma que el recordar un apego seguro o, al menos, afecto en la relación con la madre hace que la relación cercana con el amigo se caracterice por la intimidad. Otros trabajos han obtenido resultados similares (Allen, Moore, Kuperminc y Bell, 1998; Brown y Huang, 1995; Furman y Wehner, 1994; Freitag, Belsky, Grossmann, Grossman y Scheuerer-Englisch, 1996; Shulman, Laursen y Karpovsky, 1997). Continuando con este análisis nuestros datos informan que, en el caso de recordar un tipo de apego diferente hacia el padre que hacia la madre, basta con haber aprendido la seguridad caracterizada por la estimulación de la autonomía y el afecto explícito en alguna de las dos relaciones para puntuar alto en intimidad hacia el mejor amigo. Las connotaciones prácticas de este resultado son evidentes, y nos llevan a la idea de que en el caso de encontrar a madres o padres poco implicados en la crianza de sus hijos, o poco afectuosos, es importante recordar al otro progenitor que puede ser un factor protector ante futuras relaciones de su hijo, permitiendo que aprenda la confianza y la intimidad necesarias en las relaciones cercanas (con el mejor amigo, con la pareja, etc) con, al menos, uno de los dos progenitores. Además, aunque en esta investigación sólo hemos tomado datos sobre apego al padre y a la madre del adolescente, posiblemente este factor protector pueda ser

ejercido también por otras figuras, como por ejemplo, los abuelos, lo que permitiría un amplio abanico de posibilidades para trabajar con el ajuste emocional de las personas.

Un dato que nos llamó poderosamente la atención fue el hecho de que la sobreprotección recordada del padre esté relacionada positivamente con la intimidad desarrollada con la mejor amiga en el caso de las chicas. La sobreprotección que las chicas recuerdan de sus padres en la adolescencia inicial, es decir a los 13 años, está relacionada no sólo con la intimidad que tendrán con su mejor amiga en la adolescencia inicial, sino que también predice la intimidad que tendrán en la adolescencia media y tardía. Recordamos al lector que la dimensión Sobreprotección del cuestionario de Parker *et al.*, (1979) tiene su polo opuesto en la Estimulación de la autonomía, con la base teórica de que es la estimulación de la autonomía combinada con el afecto explícito la que forma un apego del tipo seguro ¿Cómo es posible, por tanto, que el polo “negativo” de la dimensión se relacione con la intimidad en las chicas y de una forma tan potente?

Quizás, la dimensión Estimulación de la autonomía – Sobreprotección pueda evaluar algo diferente a lo que pretende teóricamente, al menos en el caso de las chicas en relación con su padre. Tal y como avanzamos en el resumen de los resultados, la influencia de la sobreprotección paterna tiene más efectos retardados que en el presente, lo que puede deberse a que con la maduración, las chicas entienden mejor la postura de sus padres al sobreprotegerlas, y lo que las chicas interpretaban a los 13 años, momento en el que cumplimentaron el cuestionario de Historia de Apego, como sobreprotección excesiva se transforma en una interpretación de interés y protección paterna normal según avanzan en su adolescencia. En este caso, cuando interpretan que la protección que sus padres les brindaron durante la infancia es algo normal y no excesivo, su modelo de las relaciones cercanas y lo que se puede esperar de ellas puede mejorar, ayudando a mejorar esas otras relaciones cercanas que establecen con las amigas. De hecho, el momento en el que nuestra muestra cumplimentó el cuestionario de historia de apego fue en la adolescencia temprana, momento caracterizado por la desvinculación emocional de los padres, sobre todo en las chicas que son más precoces que los chicos (Oliva y Parra, 2001). En ese momento, el interés que los padres han mostrado durante la infancia (y que probablemente siguen mostrando durante la primera

adolescencia), puede interpretarse como sobreprotección, que no siempre sería una sobreprotección real sino una interpretación condicionada por el momento evolutivo y la búsqueda de autonomía emocional normativa de la etapa.

La interpretación que hemos expuesto de la relación sobreprotección paterna alta con intimidad elevada hacia la mejor amiga aporta una visión “romántica” o positiva del tema, pero no podemos dejar de mencionar otra posible interpretación, quizás algo menos atractiva pero no por ello menos plausible: quizás, las chicas que son sobreprotegidas por el padre acaban siendo excesivamente dependientes de las relaciones afectivas. Aclaremos un poco más la idea. Hasta ahora, siempre hemos considerado como positivo el puntuar alto en intimidad, pero si esa intimidad elevada de la relación de amistad lo que está implicando es una dependencia emocional de la mejor amiga, esa dependencia podría haber tenido un ensayo o aprendizaje previo en la relación paterna, también de dependencia y falta de estimulación de autonomía.

La literatura científica describe otros resultados inesperados en la relación padre con sus hijos o hijas. Así por ejemplo, en el trabajo de Youngblade y Belsky (1992) con escolares, aquellos que tenían un apego seguro con sus madres no se implicaban en relaciones negativas con los iguales, pero no encontraron evidencia de tal relación cuando el apego seguro era con el padre. Durante décadas, el estudio de la relación madres-hijos e hijas ha relegado a un segundo término el análisis de la relación entre los hijos e hijas y el padre. Sin embargo, parece que ambas relaciones (madre con los hijos e hijas y padre con los hijos e hijas) no sólo son diferentes sino que ejercen una influencia diferencial en el desarrollo de los chicos y chicas, por lo que el análisis científico debe comenzar a profundizar en el conocimiento en este vínculo (Berlin y Cassidy, 1999)

No nos gustaría finalizar la discusión de este resultado dejando un mal sabor de boca al lector. La familia es un sistema de relaciones. La relación positiva entre Sobreprotección e Intimidad sólo se da en las chicas y sólo en la relación con el padre, no con la madre. En general las adolescentes tienen un padre y una madre, y ya hemos visto que basta con tener un apego seguro con alguno de los dos progenitores para que se aprenda, bien un modelo positivo de sí mismo en relación con los demás y de los demás en relación con uno mismo, bien las habilidades sociales necesarias para establecer una relación de

intimidad con la mejor amiga. Además, también el enfoque dimensional muestra que la relación con la madre influye en la intimidad desarrollada con el mejor amigo o amiga, de forma que una relación cálida y afectuosa con la madre correlaciona positivamente con la intimidad hacia el mejor amigo o amiga tanto en T2 como en T3, y tanto en las chicas como en los chicos.

Si hasta ahora hemos estado analizando la relación de la historia de apego recordada por el adolescente cuando transitaba por la adolescencia inicial, y su relación con la intimidad hacia el mejor amigo o la mejor amiga, vamos a apuntar algo sobre la relación de apego actual de los adolescentes con sus padres. En este caso, volvemos a encontrar continuidad entre ambas relaciones, de forma que aquellos chicos y chicas que tienen más consideración hacia sus padres en T2 (o que enfocan mejor la relación), son los que tienen más intimidad con el mejor amigo o amiga tanto en T2 como en T3, por lo que podemos decir, no sólo que ambas variables están relacionadas, sino también que la consideración hacia los padres predice el aumento de intimidad entre un tiempo y el siguiente.

Para discutir este dato, remitimos al lector al apartado en el que se exponían los diferentes matices que aportaban las distintas medidas de apego adulto más utilizadas, en concreto a la clasificación del apego que resulta del cuestionario de Bartholomew y Horowitz (1991). En su modelo, los autores consideran que el apego adulto está basado en el modelo que los adultos tenemos de nosotros mismos en interacción y el modelo que tenemos de los demás. En este sentido, las dimensiones de Enfado/preocupación y Disponibilidad están hablando de la percepción que el adolescente tiene de cómo son sus padres en interacción con él. Es decir, al evaluar estas dos dimensiones, el adolescente tiene que contestar si cree que sus padres se enfadan con él o si están disponibles para él. Sin embargo, la dimensión Consideración, hace alusión a la imagen que el adolescente tiene de sí mismo en interacción con sus padres. Es decir, se refiere a hasta qué punto el adolescente tiene consideración hacia sus padres. Las dos primeras hacen referencia al modelo de los otros en relación a la persona, la última al modelo de la persona en relación a los otros. Tiene sentido, por tanto, que la variable que se relaciona con la Intimidad hacia los amigos sea la que hace referencia al modelo propio. Es decir, la imagen que el adolescente tiene de sí mismo en la relación de cercanía con sus padres está relacionada con la imagen que el

adolescente tiene de sí mismo en la relación de cercanía con el mejor amigo (al fin y al cabo, el cuestionario de Intimidad de Sharabany es un autoinforme que evalúa la intimidad que el propio adolescente dice tener con el mejor amigo). Sin embargo, la imagen que el adolescente tiene de cómo son sus padres en relación a él puede permanecer siendo específica del contexto familiar o tener conexión con otro tipo de relaciones del adolescente.

Además, los datos encontrados en el análisis de productos cruzados muestran que la relación entre el contexto familiar y el de los iguales, no sólo es de continuidad en el sentido tradicional: quienes tuvieron una mejor relación con sus padres y sus madres también tendrán una relación de cercanía con el mejor amigo marcada por la intimidad relacional; sino que la continuidad se da en el sentido inverso, y aquellos chicos y chicas que más intimidad aprenden en el contexto de la relación cercana con el mejor amigo, pueden aprender a tener consideración hacia sus padres y madres, encontrando que las relaciones cercanas con el amigo íntimo y con los padres se influyen mutuamente, y un aprendizaje emocional fuera del contexto familiar puede ayudar a mejorarlo. La bidireccionalidad de la influencia entre el contexto familiar y el contexto de los iguales en la adolescencia ya fue encontrada por Brown y Huang (1995). La adolescencia es, entre otras muchas cosas, el momento en el que la persona se abre al mundo: comienza a relacionarse en diferentes contextos, a tener más oportunidades de escoger dónde ir, con quién, qué hacer... No es de extrañar, por tanto, que el adolescente aprenda nuevas habilidades, que se entrene en nuevas competencias, que experimente nuevas sensaciones y emociones en el contexto de los iguales que podrá utilizar en otros contextos como el de la familia. Es este uno de esos datos que creemos debe seguir siendo explorado en futuras investigaciones, y que puede ser explotado en su vertiente más práctica. Así, las escuelas de padres y madres, y aquellos foros en los que los profesionales somos escuchados, no sólo deben ayudar a desmitificar la imagen de que los iguales son una fuente de presión hacia conductas negativas, sino que deberíamos recordar las ventajas que tienen las relaciones estrechas con los amigos y amigas, así como los aprendizajes emocionales que se pueden adquirir en ese contexto y que pueden repercutir de forma positiva en el mundo relacional del adolescente en un sentido más amplio (Relaciones de pareja y relaciones familiares).

7.2. LA INTIMIDAD CON EL MEJOR AMIGO O AMIGA Y EL AJUSTE ADOLESCENTE

Como se recordará, hemos tomado medidas de ajuste interno y externo del adolescente. Sin embargo, en este apartado sólo mencionaremos el ajuste interno, puesto que la variable Intimidad no aparece relacionada con ninguna de las medidas de ajuste externo tomadas.

Los resultados nos indican que los adolescentes con más problemas internos (quejas somáticas, aislamiento y depresión) durante la adolescencia media desarrollarán más intimidad con el mejor amigo o amiga en la adolescencia tardía. Sin embargo, no aparece la relación inversa, de tal forma que la intimidad no parece ni provocar problemas internos ni ser un factor protector de los mismos. Estos datos parecen contradecir los resultados de investigaciones previas que consideraban el tener amigos de calidad como una fuente de ajuste interno (Brown y Klute, 2003). Sin embargo, la teoría del apego describe cómo las conductas de apego se desatan ante situaciones de estrés o ansiedad. No es de extrañar, por tanto, que aquellos adolescentes que más alto puntúan en las escalas de problemas internos se acerquen a sus amigos y amigas íntimos en la búsqueda de proximidad y refugio emocional, los dos componentes del apego que recaen sobre los amigos en la adolescencia según Lafuente (1994) y López (1999), lo que a su vez provocará un aumento de la intimidad en la relación de amistad. Por tanto, el dato interpretado desde el marco teórico del apego, vuelve a llevarnos a la idea de la amistad como algo positivo, en este caso no como fuente o generadora de bienestar emocional, tal y como ha sido descrita en otros momentos en la literatura, sino como apoyo o compañía en la búsqueda del bienestar.

Capítulo **8**

El Apego al grupo de iguales

Como ya hemos tenido oportunidad de aclarar a nivel teórico, el tener amigos íntimos y el pertenecer a un grupo de amigos o pandilla parecen dos tipos de experiencias diferentes para el adolescente (Brown y Klute, 2003), motivo que fundamentó el que recogiéramos datos relativos a las relaciones afectivas con el grupo de amigos y no sólo con el amigo íntimo o amiga íntima. Igual que hablar de intimidad en la relación con el mejor amigo es sinónimo de hablar de amistad de calidad, hacerlo de apego a los iguales es sinónimo de calidad en la relación con el grupo (Dekovic y Meeus, 1997). Aquella decisión, tomada a partir de la revisión de literatura parece que se refrenda a la luz de los resultados. Pasemos a analizarlos por partes.

Los resultados descriptivos del cuestionario de apego al grupo de amigos nos muestran una fotografía en la que los chicos van aprendiendo a tener comunicación y confianza con su grupo de amigos al tiempo que disminuye la alienación, consiguiendo, al final de la adolescencia, niveles similares de apego al grupo de iguales a los que muestran las chicas, que habían puntuado más

elevado que ellos en la adolescencia inicial y media. También Markiewicz *et al.* (2001) habían encontrado que las chicas tenían más apego al grupo de amigos que los chicos y Fernández del Valle (2000) añade que además de las diferencias de género tradicionales, según las cuales las chicas tienen más confianza con los amigos que los chicos, la confianza depositada en los amigos va aumentando para unos y otras a lo largo de los años. No nos extendemos en la discusión de estos datos pues, a pesar de las diferencias con la intimidad, la justificación al aumento de los chicos de su capacidad de relación afectiva con el grupo según avanza la adolescencia creemos que es similar a la justificación del aumento de la vinculación afectiva con el mejor amigo.

La escala de Apego a los iguales de Armsden y Greenberg (1987) arrojó índices de fiabilidad elevados, por lo que los datos sobre la estabilidad relativa resultan también de alta validez. En este caso, encontramos que no sólo hay estabilidad absoluta en las puntuaciones sobre apego al grupo en las chicas, sino que también la estabilidad relativa es media e incluso elevada en el caso de las chicas. Sobre este tema, llama la atención el dato de que la estabilidad relativa entre T1 y T3 es mayor que en entre T1 y T2 o entre T2 y T3, hecho que hace que el apego al grupo de iguales en la adolescencia tardía se prediga mejor por los niveles de apego al grupo de iguales en la adolescencia inicial que en la media. Quizás, siguiendo la teoría focal de Coleman (1994), según la cual los adolescentes se enfrentan a cambios biológicos, sociales y emocionales, pero no a todos al mismo tiempo, sino de forma secuenciada o graduada, los cambios de la adolescencia media, influyen más en las relaciones afectivas grupales, por lo que desestabilizaría en ese momento a los y las adolescentes, y en nuestro caso, fundamentalmente a las chicas, que volverán a ocupar sus posiciones en el ranking en un momento posterior. De hecho, en la investigación empírica, la adolescencia media es el momento en el que el “foco” adolescente es el miedo al rechazo del grupo (Coleman, 1994), coincidiendo con el momento en el que en nuestra investigación, parece haber mayor desestabilización en el apego al grupo de amigos.

8.1. EL APEGO A PADRES, MADRES Y AL GRUPO DE IGUALES

Los datos que relacionan el Apego al grupo de iguales con las variables familiares nos muestran que la dimensión Afecto-Rechazo en la historia de apego con la madre es la que ejerce mayor influencia tanto en el apego que los adolescentes tienen a su grupo de amigos en la adolescencia inicial como en la media. Al igual que ocurría con la variable Intimidad, los análisis efectuados con el estudio transversal indican que es suficiente tener un modelo de apego seguro con alguno de los dos progenitores para tener un buen apego al grupo de amigos. Como observamos, datos muy similares a los comentados con la variable Intimidad con el mejor amigo, e interpretación también similar. La historia de afecto con el cuidador principal, que suelen ser las madres, parece tener un peso decisivo en cómo los adolescentes se relacionan con sus iguales, y no sólo con el mejor amigo, en el sentido de ser una relación también exclusiva, sino también con el grupo.

Respecto a las variables de apego actual con los progenitores, empezamos a encontrar las diferencias entre estudiar la relación de intimidad con el mejor amigo y la relación afectiva con el grupo, ya que en este caso, aunque todas las dimensiones de apego actual a los padres (Enfado/preocupación, Disponibilidad y Consideración) correlacionan con el apego a los iguales si están medidas en el mismo momento temporal, en el modelo autorregresivo, aquel que permite explicar el cambio y por tanto apuntar causalidad, son las variables Enfado/preocupación y Disponibilidad las que parece que predicen el cambio en Apego a los iguales de un momento a otro. Si volvemos a recordar el modelo de apego de Bartolomew y Horowitz (1991), estas dimensiones son las que hablan del modelo que el adolescente tiene de

los otros, ya que hacen referencia a si los padres (no los adolescentes) se preocupan o enfadan con los adolescentes, y si los padres están disponibles para el adolescente, frente a la tercera dimensión, que comentaremos un poco más adelante, que hace referencia a si el adolescente (no los padres) es considerado con sus progenitores. Como vimos en la introducción teórica, el modelo de los otros está relacionado con la evitación, de tal forma que las personas que aprenden un modelo positivo de los otros en interacción también aprenden la no evitación en las relaciones. De esta forma, el que los adolescentes aumenten el apego al grupo de iguales durante la adolescencia estaría relacionado con el modelo que tienen de los demás en interacción, está relacionado, por tanto con el haber aprendido a no evitar las relaciones. Cuando en la familia sienten que los demás están ahí para preocuparse por ellos, que estarán disponibles, posteriormente tendrán una mejor relación de apego al grupo de iguales, aprenderán a confiar en los otros.

8.2. EL APEGO AL GRUPO DE IGUALES Y EL AJUSTE ADOLESCENTE

De entre todas las medidas de ajuste que hemos utilizado en esta investigación, tener algún amigo íntimo sólo se relaciona con los problemas internalizantes (YSR), tal y como hemos comentado unas líneas más arriba. Por el contrario, la relación afectiva con el grupo de amigos se relaciona con las tres medidas de ajuste interno que hemos tomado, por lo que parece que la experiencia de tener un grupo de amigos con los que se mantienen buenas relaciones ejerce más influencia que el hecho de tener un amigo íntimo; o quizás, y esta segunda es la interpretación que consideramos más factible, el tener una buena relación con un grupo de amigos es algo más complejo y difícil que el tener un amigo íntimo, hecho que motiva el que la relación afectiva con el grupo de iguales esté más relacionada con el ajuste interno y externo de los adolescentes que la relación con un amigo íntimo.

De entre los resultados encontrados destacamos el que los chicos y chicas con más **autoestima** durante la adolescencia inicial tendrán posteriormente más apego al grupo de amigos. No es de extrañar que los adolescentes con más autoestima sean más competentes en las relaciones sociales, tengan más habilidades sociales, hecho que posibilitaría el tener buenas relaciones afectivas con el grupo de amigos. Este dato, ha sido encontrado gracias a la metodología longitudinal empleada en el trabajo. Tradicionalmente, al encontrar relaciones positivas entre la autoestima y las relaciones grupales en los estudios transversales, la interpretación que se ofrece es que tener buenos amigos potencia el aumento de autoestima y no la relación contraria. Sin embargo, en el último *Handbook of adolescent development*, ya se advertía del peligro de estas interpretaciones basadas en estudios

correlacionales y transversales, y de la necesidad de realizar estudios longitudinales en este sentido, al considerar que aquellos adolescentes con más autoestima pueden tener más posibilidad de establecer y mantener amistades (Scholte y Van Aken, 2006). Nuestros datos empíricos parece que apoyan la idea teórica de estos autores.

Algo similar ocurre con la **satisfacción vital**. Aquellos adolescentes con más satisfacción vital en T1 tendrán mejores relaciones con los iguales en T2. La satisfacción vital implica un sistema de valores y creencias que ejercen una notable influencia sobre las reacciones emocionales de las personas y sobre sus estrategias de afrontamiento (Seligman, 1998), y por tanto no resulta extraño que una buena satisfacción vital, que implica reacciones emocionales positivas y estrategias de afrontamiento adaptativas motive o facilite relaciones interpersonales también positivas. Además, si preguntamos a los adolescentes de qué se compone su satisfacción vital, probablemente responderán que de buenas relaciones familiares, buenas amistades y un buen grupo de amigos, de éxito escolar, etc. Por ejemplo, ante la pregunta de cuáles son las causas de la felicidad juvenil, el 44% de los encuestados en 2004 responden que buenas relaciones personales (Elzo, 2005), por lo que satisfacción vital y relaciones positivas con el grupo parecen dos cuestiones claramente interconectadas, y según nuestros datos, yendo la dirección en el sentido de que a mejor satisfacción con la vida, más facilidad para establecer buenas relaciones grupales.

El apego al grupo de iguales parece estar relacionado con los **problemas internos** fundamentalmente en la adolescencia tardía, momento en el que los adolescentes con menor apego al grupo de iguales son quienes presentan más problemas de ajuste interno, aunque en este caso nuestros datos no nos permiten aventurar la dirección de la relación. Parte de la definición de problemas internos es el *aislamiento* social, junto a la ansiedad/depresión y a las quejas somáticas (Achembach, 1991); es decir, Apego al grupo y Problemas internos son dos variables que comparten significado, y por tanto, no es de extrañar que estén relacionadas: quienes tienen poco apego al grupo (poca comunicación, poca confianza y alta alineación), están más aislados (y también sufren más ansiedad/depresión y quejas somáticas).

En lo referente a los problemas de ajuste externo o comportamental, el apego al grupo de iguales solo aparece relacionado con el consumo en la adolescencia inicial, y en el sentido de que quienes tienen mejores relaciones con el grupo de amigos consumen menos. Es decir, no sólo el tener buenas relaciones con un grupo de coetáneos no incita al consumo, como parecen temer buena parte de las personas que trabajan con adolescentes, sino que parece tener una función protectora ante el consumo de sustancias. Estos datos entroncan fácilmente con la idea de que relacionarse con los iguales no es negativo *per se*, sino sólo en el caso de que sean grupos desviados o, en el caso del consumo de sustancias, consumistas, algo afortunadamente poco habitual a tenor de lo descrito en el apartado teórico 2.1.1.

Quisiéramos llamar la atención sobre este último dato. Tal y como hemos descrito también en los apartados teóricos, el que los iguales no son, de forma apriorística, una fuente de influencia negativa viene siendo descrito en la literatura desde hace años. Sin embargo, en noviembre de 2006, un ponente citaba a Judith Harris (ver apartado 1.1) en un congreso de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción al que acudían profesionales del área, en general personas que trabajan la atención directa a jóvenes, y fue fácil observar cómo aquel auditorio asentía claramente ante las palabras del ponente (y apuntaban la cita del libro de Harris), mientras aseguraba tajantemente que el problema de la drogadicción se gesta y mantiene en la cultura de los iguales durante la adolescencia. Algo está fallando cuando la investigación no parece calar en las ideas previas de los profesionales que trabajan en atención primaria: educadores sociales, trabajadores sociales, psicólogos..., que parecen no conocer los que en esta investigación son ya conceptos trillados: selección activa, desección y socialización recíproca. O que parecen no participar de las reflexiones teóricas que muestran como la misma experiencia de relación con los coetáneos, se considera algo positivo cuando se habla de ajuste interno (facilitan la autoestima y satisfacción vital) y algo negativo cuando se habla de ajuste externo (provocan consumo de drogas, conductas antisociales, problemas de conducta en general). Ambas posturas están siendo puestas en tela de juicio o matizadas con estos datos. Retomaremos esta idea un poco más adelante en esta misma discusión.

Capítulo 9

La Conformidad ante la presión del grupo

La idea del adolescente alienado, que cede ante la presión de los amigos para realizar conductas, generalmente negativas, está arraigada en nuestra sociedad, en parte debido a las propias argumentaciones de profesionales del S.XX, en parte debido a la imagen de los medios de comunicación de masas. Sin embargo, tal y como tuvimos ocasión de analizar largo y tendido en la introducción teórica, otros trabajos desdramatizan esta idea.

Queremos comenzar este apartado realizando una reflexión sobre el concepto mismo de conformidad, por lo que recordamos cómo es el cuestionario de conformidad que hemos empleado en este trabajo. El cuestionario empleado está basado en los que utilizaran Berndt (1979) o Brown *et al.* (1986). Consiste en presentar una situación en la que el grupo quiere realizar una determinada conducta. Inmediatamente después, se aclara que el adolescente diana no quiere hacer esa actividad. Finalmente se le pregunta al adolescente diana qué haría él, si seguir al grupo o no.

A raíz de nuestros datos no creemos que se pueda hablar de un solo constructo de Conformidad ante la presión del grupo: el modelo que intentaba explicar con un solo factor llamado Conformidad todas las variables observables, no ajustó. Además la conformidad neutra ni tan siquiera llega a correlacionar de forma significativa con la positiva o con la negativa. No parece por tanto que estemos midiendo lo mismo, ni tan siquiera cuestiones que compartan mucha variabilidad, y por tanto, dudamos de la unidimensionalidad del concepto. En nuestro caso, ajustamos las temáticas en tres grandes bloques: conformidad positiva, negativa y neutra siguiendo los resultados de los estudios de Berndt (1979) y Brown *et al.* (1986). Otros trabajos lo hicieron por tópicos, de forma que midieron conformidad ante temas familiares, ante temas relacionados con los iguales, ante cuestiones escolares y ante conductas negativas (Sim y Koh, 2003). Nuestra reflexión, basándonos en los argumentos teóricos, es que quizás el cuestionario elaborado evalúa, más que la conformidad ante la presión grupal, el civismo o la conducta antisocial de los chicos y chicas. O quizás, es el civismo/conducta antisocial la variable que explica ciertas conductas adolescentes, y no la conformidad ante la presión grupal. Es decir, el chico que contesta al cuestionario de conformidad negativa con valores altos, que se conforma ante conductas como robar o consumir alguna sustancia, realmente no es que se conforme porque el grupo le presiona o, al menos, no sólo porque el grupo presiona, sino que lo hace porque le apetece, porque no le resulta tan negativo o porque son conductas habituales en él y su grupo, recordemos, un grupo escogido por él. Igualmente ocurriría con aquellos que puntúan con valores elevados en el cuestionario de conformidad ante la presión grupal ante cuestiones positivas. Probablemente, son chicos prosociales que ceden cuando se les propone realizar actividades positivas porque lo harían igualmente por sí mismos, porque les parece que son las correctas, porque en sus familias de origen fue lo que aprendieron, etc. Por tanto, más que hablar de conformidad positiva o negativa, sería mejor hablar de chicos y chicas más o menos cívicos y/o prosociales. Sin embargo, para no romper el hilo y la nomenclatura del resto del trabajo, continuaremos hablando de conformidad positiva y negativa, significantes que, a partir de este momento, cobrarán en este trabajo un nuevo significado.

Continuando con la discusión sobre el constructo, queremos detenernos en la conformidad negativa, aquella que se estudia con mayor frecuencia, y

sobre todo, la que neófitos y algunas publicaciones no tan lejanas a la ciencia consideran que provoca el desajuste adolescente. Aunque desde un primer momento la fiabilidad del sub-cuestionario de conformidad negativa es elevada, con los mayores índices alfa de cronbach del cuestionario de conformidad, a la hora de realizar el análisis factorial hubo que re-especificar, es decir, eliminar algunos ítems del cuestionario que no parecían formar parte de la estructura factorial. A pesar de la re-especificación, los índices de ajuste de este sub-cuestionario son los peores del cuestionario de conformidad. Teniendo en cuenta el alcance social de la creencia de que son los amigos, y la presión que ejercen, una de las principales fuentes de desajuste adolescente, creemos necesario estudiar con mayor profundidad el constructo en sí de conformidad, y más concretamente el de conformidad negativa y atendiendo a diferentes aspectos o temáticas: conformidad ante las drogas, conformidad ante destrozos, ante cuestiones escolares. Todo ello, obteniendo datos también de la permisividad de la familia a esas conductas, de la opinión de los chicos y chicas sobre hasta qué punto son negativas, sentimientos asociados a las conductas, etc. Lamentablemente, con nuestro estudio, siguen quedando muchas preguntas en el aire, quizás más de las que respondamos, pero generar nuevas preguntas también lo consideramos un avance en nuestra área de conocimiento.

Por último, también incluimos un apartado de Conformidad neutra, el que a priori, mejor puede estar midiendo el constructo puesto que no está cargado de connotaciones, ni positivas ni negativas. Sin embargo, si observamos los análisis, el alfa de cronbach de este cuestionario es el más bajo de los tres, por lo que también quedan algunas dudas metodológicas de fiabilidad interna al respecto de este cuestionario. Probablemente, como ya hemos dicho, más que conformidad positiva, negativa o neutra, sería mejor estudiar ante qué conductas y en qué circunstancias los adolescentes se dejan influir por la presión del grupo, si es que se dejan influir.

En cualquier caso, consideramos que los resultados encontrados con los análisis llevados a cabo con el cuestionario de conformidad, aportan una información valiosa. En esos análisis encontramos que la conformidad ante cuestiones neutras disminuye a lo largo de la adolescencia, la negativa permanece estancada y la positiva aumenta. También hallamos que los chicos y

chicas son muy poco conformistas ante las cuestiones negativas, algo más ante las neutras, y puntúan muy alto en conformidad positiva. Teniendo en cuenta el análisis del constructo que acabamos de realizar, podemos decir que en general, nuestros chicos no se dejan influir ante conductas consideradas negativas por la sociedad, o que simplemente no las ven bien y no están dispuestos a llevarlas a cabo. Sin embargo, según avanza la adolescencia cada vez están más dispuestos a realizar conductas positivas, o a implicarse en ellas acompañados/ presionados por su grupo de amigos. La conformidad neutra, también disminuye a lo largo de la adolescencia. Estos datos dan una imagen positiva del adolescente: un adolescente cívico, pero no coinciden con la revisión realizada por Berndt (1996) que consideró que el pico de conformidad se daba a los 15 años, momento en el que Coleman (1994) considera que el foco de los adolescentes está en el miedo al rechazo por su grupo de iguales.

En cuanto a las diferencias de género, hemos encontrado que las chicas son más conformistas ante cuestiones positivas que los chicos, mientras que ellos lo son más ante las cuestiones negativas, y no hay *diferencias* de género en la conformidad neutra. A resultados similares llegaron Berndt, (1979), Brown *et al.*, (1986), Santor *et al.*, (2000), Steinberg (1987), Wall *et al.*, (1993), resultados que nos llevan a la idea de que ellos son más “conformistas” ante cuestiones que nuestra sociedad se consideran más varoniles y ellas ante las que considera más femeninas.

9.1. ANTECEDENTES DE LA CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO

Analicemos en primer lugar la que hemos denominado Conformidad neutra. En general encontramos que los más conformistas son quienes recibieron menos afecto de sus padres y de sus madres, los que tendrán menos consideración hacia sus padres y los perciban menos disponibles, aquellos con menor autoestima, menos satisfacción vital, menor apego al grupo de iguales, los que consideran más antisocial su grupo, los que durante la adolescencia inicial tienen más problemas externalizantes, y durante la adolescencia tardía más problemas internalizantes. De todas ellas, parece que el afecto percibido del padre y la autoestima son las dos variables que mejor explican el grado de conformismo en la adolescencia inicial, mientras que es el apego al grupo de amigos el que explica el decremento de conformidad neutra entre la adolescencia inicial y la media. De esta forma, observamos un efecto de mediación del apego al grupo de iguales entre la autoestima y la conformidad. Aquellos con más autoestima en la adolescencia inicial, no sólo serán menos conformistas ante la presión grupal sobre conductas neutras, sino que también tendrán más apego a los iguales, lo que a su vez, redundará en menor conformismo. Queremos recalcar este dato: los chicos y chicas que mejor relación afectiva tienen con sus amigos son los menos conformistas. Por tanto, teniendo en cuenta estos datos, la conformidad neutra parece ser algo negativo, una carencia afectiva, de tal forma que son los adolescentes menos seguros de sí mismos los que harán lo que el grupo quiera, los que sigan los dictados de los amigos (vestirse de una u otra forma, ir a un taller u otro), para conseguir ser aceptados por el grupo, aspecto que los propios chicos comentaban con sus

propias palabras cuando les preguntamos en los grupos de discusión: son los más débiles, los que no tienen amigos, los que ceden ante la presión grupal.

En cuanto a la conformidad positiva y negativa, nuestros datos aportan resultados muy parecidos, por lo que hemos decidido agruparlos para discutirlos. Las chicas tienen más facilidad que los chicos para ceder ante cuestiones positivas, o probablemente ellas son más proclives a realizar actividades positivas en grupo, también quienes recuerdan afecto de sus padres, cuyos amigos son poco antisociales, tienen pocos problemas externalizantes y consumen pocas drogas puntúan más alto en el cuestionario de conformidad positiva. Exceptuando el papel de los problemas externalizantes, estas mismas variables pero con el signo opuesto entran en la ecuación de regresión de la conformidad negativa. El hecho de que se agrupen junto a la conformidad positiva los valores elevados de las variables adaptativas, y junto a la conformidad negativa los valores elevados de las variables que se consideran menos beneficiosas, dato ya encontrado por Voydanoff y Donnelly (1999) nos vuelve a hacer pensar en la probabilidad de que no estemos hablando tanto de conformidad como de un mejor o peor civismo de los adolescentes.

Tanto con la conformidad positiva como con la negativa, encontramos un claro efecto de mediación. Aquellos chicos y chicas que recuerdan en la adolescencia inicial afecto de sus padres y madres se relacionarán con grupos de amigos poco antisociales, lo que a su vez redundará en un aumento de la "conformidad" positiva. Justo lo opuesto ocurre con la conformidad negativa, si los adolescentes recuerdan una historia de rechazo, se relacionarán con grupos antisociales, y serán muy "conformistas" en el sentido negativo. Tomando la conformidad como VD, vemos que la historia afectiva en la familia de origen cobra una fuerte importancia, así como la conducta que realiza su grupo de referencia: a más conducta antisocial del grupo, más facilidad para ceder ante la presión negativa y menos para ceder ante la presión positiva. Heaven (2001) argumenta el porqué la conducta del adolescente puede ser similar a la de su grupo articulándolo alrededor de una serie de funciones: de *Anonimato*, sobre todo en el caso de la conformidad ante conductas negativas, los miembros se implican en actividades delictivas como miembros anónimos del grupo, la conducta es realizada por el grupo antes que por el individuo, de forma que

decrece la posibilidad de ser castigado solo; de *Compañía*, los miembros comparten actividades y cosas juntos, que les provee de compañía a los individuos. Se busca divertimento y caminos para pasar tiempo juntos; de *Manejo de la reputación*, a través de la conducta delictiva, los otros les imbuyen de determinadas características, implicándose en comportamientos delincuentes mantienen la reputación; de *Seguridad*, los iguales proveen de apoyo y sentimiento de seguridad al individuo, el grupo puede actuar como sustituto de la familia, el individuo se siente seguro. De hecho, este argumento entroncaría directamente con el resultado encontrado de la influencia del apego familiar en la conformidad neutra; de *normas de comportamiento*, las conductas delincuentes reflejan las actitudes y los valores de todos los miembros del grupo, las acciones están promovidas por el grupo que facilita escenarios en los que realizarlas.

Finalmente, ¿podríamos considerar que conformidad positiva y negativa son un mismo constructo con un polo positivo y otro negativo?. No creemos que la respuesta sea tan simple como un solo constructo, probablemente civismo-no civismo, debido a que aparecen algunas diferencias en los análisis. Así, mientras el que el grupo de referencia del adolescente no sea antisocial en T2 predice el aumento de conformidad positiva entre T2 y T3, son los problemas externalizantes en T2 los que predicen el aumento de conformidad negativa entre T2 y T3.

Somos conscientes de que las variables que hemos recogido aquí sólo pueden darnos una visión parcial puesto que, en su mayoría, son variables vinculadas a las relaciones afectivas, tanto con los progenitores como con los amigos. Quizás, para analizar los antecedentes de aspectos más externos o conductuales como el caso de la conformidad, habría que recoger variables familiares que tuvieran que ver, no sólo con los afectos, sino también con el control conductual y/o psicológico de chicos y chicas por parte de los progenitores. De esta forma, se ha mostrado la relación negativa entre la conformidad negativa y la neutra, y el conocimiento que los padres tienen de qué hacen, dónde y con quién están sus hijos, siendo más conformistas los adolescentes con padres poco informados (Sim y Koh, 2003). En el caso de las relaciones con los iguales, habría que tener en cuenta el estatus que se ocupe

en el grupo de iguales, aspecto que la literatura relaciona con la conformidad y que no hemos recogido en este trabajo.

En resumen, a partir del análisis de literatura y de los resultados, dudamos del concepto de conformidad según el cual los adolescentes realizan ciertas conductas sólo porque le presionan sus amigos. Pongamos un ejemplo: un chico al que los amigos, un grupo antisocial, le ofrecen marihuana y la consume. El adolescente ha escogido a ese grupo de amigos y no a otro porque está cómodo con ellos, porque se parece a ellos (Kandel, 1978); probablemente también por evitar los sentimientos negativos que le producían sus relaciones familiares (Kerr, *et al.*, 2003), y según nuestros propios datos, por el sentimiento de rechazo obtenido en las relaciones con los padres. Una vez escogido el grupo, este le proporcionará el entorno, el anonimato, la compañía, la seguridad, etc (Heaven, 2001) para realizar la conducta, un consumo que por otra parte, puede no resultarle tan negativo (Berndt, 1979), sino una conducta normativa, que realizan todos; probablemente, además, el adolescente esté sobreestimando lo que consumen los demás (Berndt y Keefe, 1995).

En el caso concreto del consumo, y teniendo en cuenta todo lo previo, la influencia de los iguales estará limitada además a ciertos consumos. Por ejemplo, en su tesis doctoral, Maxwell (2001) muestra como los iguales influyen en las conductas de consumo más sociales, como el beber alcohol. Por ejemplo, pensemos en la *botellona*, un lugar donde se puede beber, pero también hablar porque no hay una música estridente alrededor, se puede conocer a gente nueva en la botellona de al lado, o porque suelen ser reuniones abiertas a gente nueva y gracias a la desinhibición de la conducta provocada por el alcohol... en definitiva, es una conducta social. Sin embargo, en conductas más privadas, como el consumo de tabaco la influencia de los iguales es menor (Maxwell, 2001). También parece que los iguales influyen en el consumo experimental, es decir, probar drogas legales por curiosidad o experimentación, pero luego no continuar en el consumo; y social, o lo que es lo mismo, consumir como parte de una actividad grupal. Estos consumos suelen implicar una ingesta ocasional y poco frecuente que, en general, no es problemática para la salud. Sin embargo, el consumo adictivo y el medicinal suponen un uso individual, y por tanto no social, de las drogas. En este caso las sustancias se utilizan para sentirse mejor,

para afrontar problemas, para evitar la ansiedad o simplemente por el placer en sí mismo del consumo. Este tipo de consumo sí supone un riesgo claro para la salud y el ajuste de las personas (Kimmel y Weiner, 1998). Por último, nos gustaría recordar que a ninguna edad la conformidad ante la presión del grupo es mayor que la familiar, aunque a los 14 años ambas se equiparan (Berndt, 1979).

9.2. LA CONFORMIDAD ANTE LA PRESIÓN DEL GRUPO Y EL AJUSTE ADOLESCENTE

Tal y como hemos expuesto unas líneas atrás, consideramos que los constructos de conformidad positiva y negativa están evaluando civismo/conducta antisocial, prosocialidad, es decir, hasta qué punto la conducta del chico o la chica se ajusta a lo que la sociedad considera que es un “buen chico” o un adolescente “bala perdida”. No es de extrañar desde este punto de vista, que la conformidad positiva correlacione negativamente con el consumo de drogas y los problemas externalizantes en T2 y T3, y la conformidad negativa lo haga con ambas variables de forma positiva. Es decir, aquellos chicos y chicas que dicen dejarse presionar para consumir son los mismos que consumen, los que se dejan convencer para **no** beber en “un botellón” porque están tomando medicamentos, son justo aquellos que no consumen drogas. Igualmente, los que contestan que se dejan presionar para quemar una papelera son aquellos que puntúan más elevado en conducta agresiva y delictiva (problemas externalizantes). Las correlaciones elevadas de estas variables, vienen a apoyar aún más la idea de que el conformismo positivo o negativo, es muy relativo o matizable.

Sin embargo, el sub-cuestionario de Conformidad neutra no está cargado de valores positivos ni negativos, sino que hace alusión a conductas neutras, como su propio nombre indica. En este caso, hemos encontrado que la conformidad neutra en T1 aparece relacionada con los problemas externos dos y

cuatro años después, en T2 y en T3, de tal forma que los chicos más conformistas son los que tienen más problemas, resultados similares a los encontrados por Reitz, *et al.*, (2002); Sim y Koh (2003); Wissink *et al.*, (2003). En cualquier caso, lo más llamativo de este resultado es que los datos de las mediciones de la adolescencia media y la tardía no están relacionados entre sí, sino que es la medición de conformidad neutra en T1 la que se relaciona con estos constructos en T2 y T3, lo que nos lleva a la idea de que el que el adolescente sea conformista precede a los problemas externalizantes. Podemos aportar la dirección de la relación gracias al diseño utilizado.

También hemos encontrado que la conformidad neutra medida en T1 está relacionada negativamente con la autoestima en T1, en T2 y en T3, incluso predice la disminución de autoestima entre la adolescencia media y la tardía. Es decir, aquellos que tienden a ceder ante cuestiones como el vestuario o el tipo de taller que se realiza en la adolescencia inicial, no sólo tienen menor autoestima en ese momento, sino que serán los que menos tengan a lo largo de la adolescencia. Una relación similar se da entre la adolescencia media y la tardía, los más conformistas en la adolescencia media tendrán peor autoestima en la tardía. Recordemos que los propios adolescentes apuntaban en este sentido en sus conversaciones, cuando ante las viñetas consideraban que no se puede estar fingiendo siempre, que al final, o se es quien se es (se dejan de conformar) o se puede acabar “mal”. Estos datos se complementan con la relación entre la conformidad neutra medida en T1 y la satisfacción vital evaluada en T3, de tal forma que el ser conformista en la adolescencia inicial predice la poca satisfacción vital en la adolescencia tardía e, incluso el decremento en satisfacción vital entre un momento y otro.

No encontramos respuesta o similitudes entre nuestros resultados y la literatura, ya que los trabajos que estudian la conformidad o la presión de los iguales, no profundizan en su vinculación con variables afectivas ni de ajuste interno, sino en el ajuste escolar, el consumo de drogas y problemas, en general, más visibles (Berndt y Keefe, 1995, Brown *et al.*, 1997, Fuligni, 2001, Mounts y Steinberg, 1995, Sander, 2003).

Una hipótesis explicativa ante el dato de que la conformidad neutra predice tanto la autoestima como la satisfacción vital, puede ser que la conformidad neutra está evaluando una pobre relación con los iguales, de forma que el chico o la chica adolescente busque la aceptación de estos cediendo ante conductas que no son negativas. Esta explicación pierde consistencia por la ausencia de relación significativa durante la adolescencia inicial (es decir, en T1) entre las variables de Conformidad neutra y Apego a los iguales. Por tanto, no parece que una relación afectiva pobre con los amigos le lleve a ser más conformista. Más bien, la relación que aparece es la contraria: el ser excesivamente conformista, lleva a una relación pobre con los iguales, al correlacionar la conformidad neutra durante toda la adolescencia con el apego a los iguales en la adolescencia tardía.

Quizás al lector se le esté ocurriendo otra hipótesis: por una parte, encontramos que los más conformistas en la adolescencia inicial son los que recuerdan historias de apego caracterizadas por poco afecto. Por otra parte, la autoestima y la satisfacción vital también están relacionadas con la historia de afecto percibido. Quizás la relación entre las variables autoestima y satisfacción vital con la conformidad neutra no es más que el efecto de la historia previa en las relaciones familiares, que llevan al adolescente tanto a ser conformista con el grupo como a tener pobre autoestima y poca satisfacción vital. Sin embargo, la relación entre conformidad neutra en T1 tanto con la autoestima como con la satisfacción vital continúa existiendo si se controla la historia de afecto con la madre, por lo que la hipótesis de que estamos hablando de una relación espúrea tampoco parece factible.

Según Bernd y Keefe (1995), los chicos y las chicas son más conformistas en la adolescencia temprana que en la preadolescencia. Y, la que en nuestra investigación, es la variable que mejor evalúa conformidad predice en esa adolescencia temprana una posterior autoestima baja, una menor satisfacción vital y pobres relaciones con los iguales. No encontramos una explicación parsimoniosa a esta relación, pero lo que sí parece claro es que sería interesante continuar profundizando en su estudio, puesto que se perfila como una variable que encierra en sí un contenido relevante para la salud psicológica y social de los chicos y las chicas adolescentes.

Capítulo **10**

Relaciones de Apego con la Familia

El apartado sobre las relaciones de apego familiares es amplio e incluye información muy diversa. Vamos a articularlo de la siguiente forma: en primer lugar, recorreremos los resultados más relevantes de la relación de apego del adolescente con su padre y madre, tanto en lo referente al recuerdo de la historia de apego como al apego actual con sus progenitores. En segundo lugar, pasaremos muy brevemente por los datos relativos a la relación de apego de la madre de los adolescentes con su propia madre (la abuela de los adolescentes) y con su pareja (generalmente el padre de los adolescentes). Finalmente, discutiremos acerca de la transmisión intergeneracional del apego.

10.1 LA RELACIÓN DE APEGO DEL ADOLESCENTE CON SUS PADRES

Los datos de la relación de apego entre los chicos y las chicas adolescentes, y sus padres y madres informan de que las chicas adolescentes recuerdan haber recibido más afecto durante la infancia que los chicos, tanto de sus padres como de sus madres. Probablemente, no sólo sea percepción de las chicas, sino una realidad el que los progenitores son más afectuosos con ellas que con ellos, bajo la creencia de que ellas son más cariñosas o más necesitadas de vínculos emocionales que los chicos. En cuanto al apego actual hacia los padres, no aparecieron diferencias de género ni en T2 ni en T3. Tampoco se observan cambios significativos con la edad entre T2 y T3 en lo que respecta a la relación de apego con los padres y las madres, aspecto que coincide con la teoría de que los MIT ya están formados, son relativamente estables y sólo habrá cambios si ha habido acontecimientos especialmente relevantes o significativos, o cambios de contextos (Bowlby, 1969; López, 2006; Hamm, 2000). Esto nos afirma en la determinación de T1 de evaluar recuerdo del vínculo de apego y no apego propiamente dicho. Sin embargo, hemos de reconocer que no sabemos hasta qué punto, al preguntar por la historia de relaciones del adolescente obtendremos respuestas sobre esa historia o sobre la relación actual del adolescente, ya que los datos autobiográficos sobre apego están fuertemente influenciados o interferidos por las circunstancias actuales y la

visión actual de sí mismos y del tipo de apego actual (Feeney y Noller, 2001; Henry, Moffitt, Caspi, Langley y Silva, 1994)

En resumen podemos quedarnos con dos ideas fundamentales: las chicas recuerdan haber recibido más afecto explícito que los varones, tanto de sus padres como de sus madres, y no hay cambios en el vínculo de apego formado entre los y las adolescentes y sus progenitores entre la adolescencia media y la tardía.

Quizás el dato más relevante encontrado en estos análisis es la constatación de que el vínculo de apego formado con el padre y el formado con la madre tiende a coincidir, aspecto ya mostrado por investigaciones precedentes en niños (Smeekens y Riksen-Walraven, 2004). Parte de la explicación a esta coincidencia viene de la mano del temperamento y de los estilos educativos de los padres (Fox *et al.*, 1991). Así, por ejemplo, aquellos hijos de temperamento fácil promoverán el que sus madres, y también sus padres, desplieguen un comportamiento que facilite el surgimiento del apego seguro. De la misma forma, estos autores argumentan que el estilo disciplinario del padre y de la madre tiende a coincidir, desarrollando ambos pautas de crianza similares que promoverán la coincidencia en el estilo de apego. Ya centrándonos en la etapa evolutiva de la adolescencia, encontramos más argumentos para comprender el solapamiento en los patrones de apego entre el padre y la madre. La adolescencia es el momento en el que la seguridad o inseguridad en el apego se convierte más en un estado mental interno de la persona que en una característica de la relación particular de apego (Allen y Land, 1999, Allen, McElhaney, Ladd, Kuperminc, Moore, O'Beirne-Kelly, Kilmer, 2003). Aún en el caso de que padre y madre hayan tenido relaciones muy diferenciadas con el hijo, o que el temperamento de este haya elicitado respuestas muy diferentes en un progenitor o en otro, este estado mental interno facilitaría en la adolescencia que el estilo de apego coincidiera en diferentes relaciones.

10.2 LAS RELACIONES DE APEGO DE LA MADRE DEL ADOLESCENTE

Los datos que tenemos sobre la relación de apego de los progenitores de los adolescentes con sus propios padres y madres (abuelos de los adolescentes) son coherentes con los que acabamos de describir, según los cuales las chicas recuerdan más afecto de sus madres que los chicos. También las madres de los adolescentes recuerdan haber recibido de sus propios progenitores (abuelos y abuelas de los adolescentes) más afecto que el que recuerdan haber recibido los padres de los adolescentes.

En cuanto a la relación de apego con la propia pareja, recordamos que sólo tenemos datos de las madres de los adolescentes y no de los padres, datos relativos a la **evitación** de la cercanía en la relación de pareja y a la **ansiedad** que tienen en la relación. Estos datos muestran estabilidad absoluta y relativa entre T2 y T3 en la dimensión evitación, con puntuaciones que denotan baja evitación. En cuanto a la dimensión ansiedad, se observan cambios, de tal forma que entre el momento de la adolescencia media del hijo y su adolescencia tardía, la ansiedad en la relación de pareja disminuye, habiendo también una estabilidad relativa baja. El hecho de que la evitación sea baja y se produzcan pocos cambios, no nos resulta extraño, ya que la mayor parte de las parejas de este estudio son estables, siendo los padres biológicos de los adolescentes, y por tanto, llevan muchos años de convivencia. Sin embargo, sí que nos resulta

llamativo el cambio en la dimensión de ansiedad, tanto el cambio en estabilidad absoluta como relativa. Probablemente, la adolescencia del hijo o la hija, esté alterando de alguna forma la relación de pareja de los padres, o bien coincida con algún momento de crisis de estos. La disminución de estabilidad absoluta, parece indicar que esta crisis puede coincidir con la adolescencia media de los hijos, o más bien, si tenemos en cuenta los datos aportados por Parra (2005), puede que nuestros datos estén reflejando una disminución de la ansiedad en la relación de pareja de los padres que refleja la disminución de los conflictos con los hijos que comenzó unos años antes (los conflictos padres-hijos parecen tener su punto álgido al inicio de la adolescencia).

En el cuestionario de Brennan, Clark y Shaver (1998), la ansiedad evalúa el temor al abandono; y la evitación ausencia de confortabilidad con la cercanía y la dependencia emocional de otra persona. Quizás la evitación es una dimensión más estable en sí misma, y el miedo al abandono o ansiedad, depende más de la situación concreta de la pareja, que se deje influenciar más por la denominada crisis de mitad de vida, o por las dudas y nuevas preguntas que pueden surgir en la persona cuando ve reflejada en su hijo o hija los propios momentos de toma de decisiones que marcaron el rumbo de su vida, y que ahora pueden cuestionar. Es un tema que nos resulta apasionante, pero que requeriría de investigación y de más datos longitudinales para el trabajo terapéutico con parejas adultas, que en estos momentos se salen de los objetivos y temas de este estudio con adolescentes.

10.3 LA TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DEL APEGO

Uno de los objetivos de este trabajo es responder a la pregunta de si existe transmisión intergeneracional del apego, bajo el supuesto de que la propia historia de apego de los padres y las madres de los adolescentes crea un *modelo mental* actual que influirá en el comportamiento que las personas tienen con su propia pareja y con sus hijos e hijas (Main y Goldwyn, cit en Berlin y Cassidy, 1999), lo que a su vez influirá en el estilo de apego que muestren sus hijos e hijas. Por este motivo, se introdujeron los datos descritos en los apartados 4.1 y 4.2. Los resultados a los que hemos llegado sobre esta temática indican que:

Las madres que recuerdan más sobreprotección de sus padres son las que tienen más ansiedad en la relación con su pareja. Otras investigaciones han encontrado relación entre la historia de apego de las madres y la relación actual con la pareja (Hazan y Shaver, 1987), y consideran que en la relación de apego con los padres se aprende una comunicación lúdica e íntima, algo necesario en las relaciones de pareja (López, 1993). Sin embargo no podemos olvidar que quien responde a los cuestionarios sobre ambos tipos de relaciones (con los padres y con la pareja) es la misma persona y en el mismo momento temporal, por lo que cabe preguntarse hasta qué punto el MIT formado en la relación de apego con los padres y las madres está influenciando la relación de apego con

la pareja. Esta es la hipótesis principal, basada en la idea de continuidad entre diferentes relaciones descrita en la introducción teórica, según la cual el modelo mental formado en la primera relación íntima con los padres se traspasará a otras relaciones íntimas o cercanas, como en este caso la relación con la pareja (Hazan y Shaver, 1987; Schneider, 2001). Sin embargo, el que estos datos sean transversales y no longitudinales no nos permite más que especular sobre esta hipótesis. También sería posible que la relación íntima con la pareja esté matizando o mediando el recuerdo que se mantiene de la relación que se tuvo con el padre durante la infancia. Además de provenir de datos transversales, hay que tener otras precauciones con estos datos, ya que surgen de una muestra de tan sólo 47 personas, y la relación que hemos comentado se da entre la sobreprotección paterna y la ansiedad, lo que significa que no hemos encontrado relaciones significativas entre el recuerdo del vínculo de apego con la madre y la pareja actual.

Las madres que recuerdan más sobreprotección de las abuelas, tienen hijos que también se han considerado sobreprotegidos por sus madres. El tamaño del efecto de la relación entre el afecto que las madres recuerdan haber percibido de las abuelas de los adolescentes y el afecto que estos (los y las adolescentes) recuerdan haber recibido de sus madres es medio. En contra de lo que ocurría con los datos descritos en el párrafo anterior, en este caso estamos evaluando dos tipos de relaciones similares, ya que ambas son asimétricas: la relación de las madres de los adolescentes con sus propios progenitores, y la de los chicos y las chicas adolescentes con sus madres y padres. Además, solventamos uno de los escollos metodológicos que encontramos en el anterior resultado al obtener los datos de dos informantes diferentes: las madres y los adolescentes. Por tanto, en este caso sí que podemos afirmar que nuestros datos vienen a sumarse a las investigaciones que apuntan a la existencia de transmisión intergeneracional del estilo de apego (Benoit y Parker, 1994, Fonagy, Steele y Steele, 1991, Main y Goldwyn, 1984). Los datos obtenidos con el cuestionario de historia de apego se refrendan con los que comparan el recuerdo de las madres de los y las adolescentes de su relación con sus propias madres y el vínculo de apego actual de los adolescentes con sus padres y madres, de tal forma que las madres que recuerdan más sobreprotección de los abuelos de los adolescentes tienen hijos que durante la adolescencia media las consideran más disponibles. Las madres que durante la adolescencia media de sus hijos recuerdan más afecto de los abuelos de los adolescentes tienen hijos

con consideración hacia ellas y que no se enfadan/preocupan por la relación que mantienen con ellas. *Además todas las relaciones entre el afecto recordado de la madre con la abuela y el vínculo de apego actual de los adolescentes hacia sus madres se tornan significativas cuando el adolescente transita por la adolescencia tardía.* De nuevo, un dato obtenido con metodología longitudinal viene a aportar mayor potencia al resultado. Así, el que la relación de apego de las madres con las abuelas esté medida en T2 y, sin embargo, sea más potente la relación con los datos de apego actual de sus hijos hacia ellas dos años después de haberse tomado la primera medida, apunta a la idea de que, sin descartar el hecho de que probablemente la relación actual esté matizando o coloreando el tipo de relación que se mantenía con los padres anteriormente, es más que probable que el tipo de conducta que los padres despliegan con sus hijos, dirigida por el MIT que estos padres formaron en su propia historia como hijos, esté influenciando en el tipo de apego que sus propios hijos desarrollan.

Finalmente, no existe relación entre el vínculo de apego de la madre con su pareja y el vínculo actual de los adolescentes con sus madres. Este dato viene a contradecir las investigaciones que apuntan a la idea contraria (Belsky e Isabella, 1988; Boyer y Strayer, 2003; Jacobson y Frye, 1991), idea que también especulábamos al inicio de este trabajo bajo la hipótesis de que el modelo de apego construido por las madres en su relación con sus propios padres (los abuelos), se generalice a la relación con la pareja y a la relación con sus hijos e hijas. Sin embargo, estos estudios previos se centran en la relación de pareja alrededor del nacimiento del hijo, evaluando el apego del infante en sus primeros años de vida. En estos momentos, quizás es más probable que la compañía y el amor de la pareja ayude emocionalmente a la madre, que podrá mantener una atmósfera armoniosa en la que criar y relacionarse con su bebé. Sin embargo, nuestra muestra está compuesta por adolescentes, y la relación de pareja de los padres no parece que ejerza influencia en el vínculo de apego de los hijos. No es descabellado pensar que el sistema ha cambiado, ahora el bebé no es un ser completamente desvalido que hay que cuidar, alimentar y proteger, sino casi un adulto. Las ayudas que la madre¹ necesita para atender a un ser completamente indefenso y dependiente son diferentes a las que necesita para educar a un adolescente, y quizás son estos cambios los que hacen que el vínculo de apego

¹ Hablamos de la madre y no del padre porque, como ya hemos comentado, son madres y no padres las que participaron en esta investigación.

madres-hijos e hijas dependa de otros factores diferentes al vínculo emocional de la madre con la pareja.

Además, el vínculo entre el adolescente y sus padres, aunque se haya evaluado ahora es muy probable que se haya formado en su infancia, por lo que tal vez la relación sería más significativa si el apego de la madre a su pareja se hubiese evaluado en aquél momento. En estos años la relación entre la pareja ha podido cambiar, como parece indicar la poca estabilidad absoluta y relativa (T2-T3) de la dimensión ansiedad. Como ya mostramos en páginas anteriores, el papel del padre es importante, y desgraciadamente poco estudiado, lo que ahora estamos especificando es que la relación de pareja entre padre y madre no influye en el vínculo que el chico o la chica adolescente establece con sus padres.

La conclusión principal que podemos obtener a la luz de estos resultados es que nuestros datos avalan la existencia de transmisión intergeneracional del vínculo de apego. En los resultados que acabamos de resumir aparecen relaciones significativas a pesar del reducido tamaño de la muestra, siempre menos de 50 participantes; aunque obtenemos el testimonio de dos informantes diferentes (madres de los adolescentes y los propios adolescentes) e, incluso, en momentos temporales distintos (existe relación entre las respuestas de los adolescentes en T1 al cuestionario de Historia de Apego y las respuestas de sus madres al mismo cuestionario dos años después, en T2). Por lo tanto, no creemos arriesgado afirmar que la potencia de estas relaciones es realmente elevada y que la teoría del apego es un buen instrumento para analizar la transmisión generacional de los afectos y comportamientos en las relaciones cercanas. Tal y como ya adelantamos, esta teoría establece que el mecanismo por el que se produce la transmisión intergeneracional tiene que ver con los Modelos Internos de Trabajo, de tal forma que el MIT de un progenitor guiará la forma de comportarse con su hijo o hija fomentando en ellos un MIT concreto. Muy probablemente, una vez formado el MIT, no sólo es que tal modelo permanezca estable, constante y se reproduzca de una forma pasiva, sino también los hijos e hijas buscarán activamente relaciones que se ajusten el estilo relacional o de apego aprendido, y formas de relacionarse coherentes con su estilo de apego (Berlin y Cassidy, 1999). Es decir a la hora de escoger amigos íntimos o una relación de pareja, el adolescente buscará de forma activa personas que se relacionen de una forma ajustada a como considera que deben

ser las relaciones íntimas. Así, un adolescente con un modelo seguro de sí mismo y de los demás, buscará quien le dé seguridad, confort, cercanía; o un adolescente con un modelo evitativo buscará activamente personas que no demanden cercanía emocional, escogerán en definitiva, aquellas personas que se ajusten a lo que cada uno ha aprendido que son las relaciones cercanas e íntimas.

Por último, volvemos a hacer hincapié sobre el papel del padre en la transmisión intergeneracional del apego. En esta investigación sólo obtuvimos datos de mujeres (madres), porque fueron realmente pocos los padres que quisieron participar en ella, de forma que el número de padres que participaron no permitió incluirlos en los análisis estadísticos. Sin embargo, consideramos necesario el estudio del rol paterno en la creación y mantenimiento de los vínculos emocionales, más teniendo en cuenta que los datos en los que sí hemos podido comparar a padres y madres, y analizar la influencia diferencial de unos y otros, arrojan resultados que indican que son figuras con distinta incidencia en el desarrollo de sus hijos.

Capítulo **11**

El ajuste adolescente

Continuando con la línea expositiva que venimos desarrollando en los apartados previos, el apartado de ajuste adolescente seguirá un guión similar al de resultados, de tal forma que discutiremos en primer lugar los resultados descriptivos arrojados por nuestros datos en cuanto al ajuste interno y externo de los adolescentes, y en segundo lugar, analizaremos qué variables de entre las referidas a apego a la familia y a relaciones con los iguales están vinculadas con el ajuste interno y externo de los chicos y las chicas adolescentes. Parte de los datos de esta segunda parte han sido ya descritas en apartados anteriores, por lo que procuraremos repetirnos lo menos posible, intentando en este apartado, aportar una visión de conjunto de qué variables del mundo relacional del adolescente están incidiendo en su ajuste.

11.1 EL AJUSTE EMOCIONAL O INTERNO DURANTE LA ADOLESCENCIA

Los datos de este trabajo muestran unas claras diferencias de género en lo referente a este epígrafe, de tal forma que las chicas tienen peor autoestima y más problemas de ajuste interno que los chicos. A estas diferencias hay que añadir que ellos mejoran su autoestima a lo largo de la adolescencia mientras que la de ellas permanece estable. Además, la estabilidad relativa en las chicas es elevada, mientras que la de los chicos es baja o nula, lo que nos indica que entre las adolescentes, tienden a ser las mismas las que peor/mejor autoestima tienen, y entre los chicos, hay cambios en el *ránking*. Sin embargo, los problemas internalizantes decrecen en el caso de las chicas permaneciendo estables entre los chicos, aunque en los dos tiempos de medida ellas tienen más problemas que ellos. En cuanto a la satisfacción vital, no se encuentran diferencias significativas de género, pero sí un descenso gradual de satisfacción vital según avanzan por los años adolescentes.

Las diferencias de género descritas, según las cuales las chicas tienen más problemas emocionales, peor autoestima y, en algunos casos, peor satisfacción vital vienen siendo documentadas en la literatura desde hace años (Block y Robins, 1993; Chubb, Fertman y Ross, 1997; Graber, 2004; Kling, Hyde, Showers, y Buswell, 1999). Explicar estas diferencias viene siendo también objeto de estudio desde hace tiempo (Graber, 2004). Kling *et al.* (1999) avanzan algunas hipótesis relacionadas con la socialización. Así, argumentan la importancia de los roles y estereotipos de género masculinos, que premian la confianza y seguridad en sí mismos; la incidencia del trato diferencial de los profesionales de la enseñanza a chicos y chicas, que atribuyen los fracasos masculinos a falta de motivación (y por tanto, es algo mejorable) y los femeninos

a falta de capacidad o competencia (en consecuencia, algo inmodificable); o la influencia de la maduración física en las chicas, que hace que su cuerpo se aleje de los estereotipos actuales de belleza femenina (Kling *et al.*, 1999). De hecho, a pesar de que en general las chicas tienen un peso más ajustado a la salubridad que los chicos, se perciben más gordas (Moreno *et al.*, 2005b), y numerosas investigaciones muestran la insatisfacción de las chicas con su apariencia física, junto a la importancia del físico en el ajuste emocional adolescente (Mendelson, White y Mendelson, 1996, Wood, Becker y Tompson, 1996). Sin embargo, aunque coincidamos con las ideas de la importancia de la socialización, no podemos obviar las influencias biológicas. La literatura describe cómo entre las chicas adolescentes y asociado a un problema emocional como es la depresión, los incrementos rápidos de hormonas como el estradiol se asocian con incrementos en la sintomatología depresiva (Brooks-Gunn y Warren, 1989) y que los niveles elevados tanto de estradiol como de testosterona, se asocian con el incremento en la tasa de desórdenes depresivos (Angold, Costello, Erkanli y Worthman, 1999). En cualquier caso, respecto a los problemas emocionales que nos ocupan, y a pesar de que los factores biológicos y genéticos en enfermedades como la depresión juegan un papel innegable, parece que los factores sociales y psicológicos ejercen una mayor influencia (Alsaker y Dick-Niederhauser, 2006), y en nuestra opinión, serán los que mejor expliquen las diferencias de género en los problemas internalizantes y de autoestima.

En cuanto a las tendencias evolutivas en las variables estudiadas: aumento de autoestima durante la adolescencia en los chicos, descenso de los problemas internalizantes entre las chicas y disminución de la satisfacción vital de unos y otras, no encontramos explicaciones del todo satisfactorias para tales cambios. Quizás, el aumento de autoestima en los chicos no sea más que la recuperación de la autoestima que poseían antes de entrar en la adolescencia (Rosenberg, 1986; Savin-Williams y Demo, 1984). Parece que los rápidos cambios físicos, cognitivos y sociales que se producen en la adolescencia producen una disminución de la autoestima en el inicio de este periodo de la vida, mientras los adolescentes se adaptan a ellos, pero que se irá recobrando según avancen los años adolescentes. La pregunta en este caso sería, ¿por qué no se da tal recuperación en las chicas?. Puede que la respuesta esté en la influencia de la apariencia física, tal y como hemos comentado antes, ya que el cambio producido en los cuerpos de las chicas las lleva a alejarse del estereotipo

que asocia la belleza a la delgadez, y sin embargo, el cambio en los chicos, con aumento de la musculatura, los acerca al ideal de belleza masculino, en un momento en el que la apariencia física se convierte en un factor esencial para la autoestima (Usmiani y Daniluk, 1997). Aunque también pueden explicarse por los procesos de socialización diferenciales para chicos y chicas, que a partir de la pubertad tienden a fomentar la autonomía y a ampliar el abanico de posibilidades que ofrecen al chico mientras que lo restringen a las chicas (Block y Robins, 1993).

En cuanto al descenso de los problemas internalizantes en el caso de las adolescentes, podemos estar de acuerdo de nuevo en que los cambios que se producen con la entrada en la adolescencia estén afectando de forma importante a las chicas y aumente el grado de problemas internalizantes, volviendo poco a poco a tasas anteriores o aumentando el ajuste según se adaptan a los cambios producidos. Pero, en este caso, aún manteniendo las diferencias entre ellos y ellas, ¿por qué no se produce tal descenso en los chicos?. Finalmente, la ausencia de diferencias de género y la disminución global en la satisfacción con la vida que hemos encontrado en nuestros datos coincide con otros estudios (Ash y Huebner, 2001). No nos resulta sorprendente que la satisfacción vital, entendida como la valoración cognitiva general que un individuo hace sobre su propia vida basada en criterios personales (Shin y Johnson, 1978), disminuya según la persona se va acercando al mundo adulto, con el consiguiente desarrollo cognitivo a nivel formal y narrativo, y con la asunción de responsabilidades y la necesidad de guiar la propia vida.

11.2 EL AJUSTE EXTERNO O COMPORTAMENTAL DURANTE LA ADOLESCENCIA

Los datos referentes al consumo de sustancias muestran que según avanzan por la adolescencia, chicos y chicas adolescentes consumen cada vez más tabaco, más cánnabis y más alcohol, emborrachándose con más frecuencia. Estos datos vienen a coincidir con los de otros informes sobre los consumos (Moreno *et al.*, 2005 a y b), algo que no nos debe extrañar, ya que desde la niñez el consumo, fundamentalmente de alcohol y tabaco, se asocia con el mundo adulto al que se encaminan los adolescentes (Merino, 2002).

Aunque las comparaciones de medias arrojan datos claros sobre el aumento del consumo durante la adolescencia, la metodología longitudinal empleada en este estudio nos ha permitido observar las diferentes trayectorias individuales que quedan maquilladas si sólo analizamos las medias. La trayectoria más frecuente, la que aún a un 60% aproximado de la muestra, es aquella que aún aumentando el consumo de sustancias durante la adolescencia, se mantiene por debajo de un discreto nivel 2 en un ranking entre 1 y 4.5, mostrando un aumento en el consumo entre T1 y T2 y estabilidad entre T2 y T3. Luego aparece otra trayectoria, sin duda la que hace que las diferencias de medias muestren el claro aumento en el consumo durante la adolescencia, porque esa es su tendencia: un aumento lineal y progresivo del consumo durante la adolescencia. Este grupo aún a aproximadamente a un 30% de los chicos y chicas. Finalmente, aparece un tercer grupo, de un 10% aproximado de la muestra, que son quienes comenzaron más precozmente a consumir, aumentaron claramente su consumo en la adolescencia media, llegando a niveles preocupantes para mantener una vida saludable (cerca de 4 puntos

sobre 4.5), pero que descienden posteriormente el consumo, estando tal consumo en la adolescencia tardía por debajo de quienes han ido aumentando la ingesta poco a poco. Este dato nos resulta interesante, ya que contradiciendo los resultados de Chambers, Taylor y Potenza (2003), quienes consumen más precozmente no son necesariamente quienes tendrán un consumo más elevado al final de la adolescencia. Además, estas tres trayectorias nos muestran cómo las comparaciones de medias nos dan ideas, a veces, equivocadas, o al menos parciales, al esconder grupos bien diferenciados bajo la puntuación media. Retomaremos estos tres grupos un poco más adelante.

También aparecen diferencias de género en cuanto al consumo, de tal forma que los chicos beben más alcohol y se emborrachan más que las chicas. Sin embargo, no hemos encontrado diferencias de género en el consumo de tabaco y cannabis. De nuevo, el mayor consumo de alcohol de chicos que de chicas ha sido encontrado en otros trabajos (Plan Nacional de Drogas, 2004). Durante décadas, el patrón de consumo más habitual incluía el mayor consumo de varones que de mujeres en todas las edades, patrón que coincide con nuestros datos sobre el alcohol. Sin embargo, en los últimos años, esa tendencia comienza a invertirse, de tal forma que en buena parte de los estudios epidemiológicos sobre consumo, las chicas fuman más que los chicos, al menos entre los países occidentales de Europa y EEUU (HBSC 2002, reporte internacional; SPAD 2003; Observatorio Español de Drogas, 2001) motivo este por el que no nos extraña la ausencia de diferencias de género en consumo de tabaco y el cánnabis.

Las diferencias de género que acabamos de exponer, unida a los cambios que están aconteciendo en este momento histórico, como por ejemplo la disminución del consumo de tabaco en los últimos años en toda Europa Occidental (ESPAD, 2003), o el aumento en el consumo de cannabis (Calafat *et al.*, 2006), son una muestra más de la importancia de la socialización en el consumo de sustancias perniciosas. Por tanto, una muestra más de la necesidad de intervenir para promover un consumo responsable, racional y no abusivo de las drogas, y de hecho, la constatación de que algunas intervenciones ya han sido útiles. En este sentido, posiblemente las intervenciones encaminadas a dar información sobre las consecuencias de los diferentes consumos, aunque

necesarias, se tornan insuficientes. Tampoco consideramos que la mejor intervención haga referencia a saber rechazar el consumo que ofrecen los iguales, porque como ya hemos analizado en la introducción teórica y en el apartado de conformidad, no parece que la presión de los iguales sea precisamente el predictor más potente del consumo. Más bien consideramos necesaria una intervención global, que vaya encaminada a toda la sociedad, incluyendo al mundo adulto en el que los consumos son mucho más frecuentes que durante la adolescencia: el consumo de alcohol más frecuente, tanto entre hombres como entre mujeres está en la franja de 40 a 65 años (Coloni, 2002), y son adultos con más frecuencia que adolescentes los que finalizan en el hospital un día de ocio con consumo (Alsaker y Dick-Niederhauser, 2006). Esta intervención, debería desgajar el consumo de sustancias del ocio, aportando alternativas de ocio realistas que no estén ligadas al consumo. Una intervención no sólo informativa, sino también experiencial y vivencial.

En cuanto al ajuste externo (conductas delictivas y agresivas) parece que entre T2 y T3 permanece estable, no sólo a nivel absoluto sino también relativo, siendo los mismos chicos y chicas los que más alto/bajo puntúan en T2 y en T3, y no habiéndose encontrado diferencias de género en estas conductas. No nos ha sorprendido tanto la ausencia de cambios entre la adolescencia media y la tardía, ya que son conductas que tienden a la estabilidad durante este periodo (Farrington, 2004), como la ausencia de diferencias significativas de género. Aunque en la gráfica podemos observar que la tendencia es que los chicos tengan más problemas externos que las chicas, estas diferencias no se tornan significativas. Este dato, nos preocupa, ya que coincide con otros que comienzan a aparecer en la literatura, que muestra que niños y niñas, chicos y chicas adolescentes se van equiparando a la hora de ejercer la violencia física (Ortega y del Rey, 2005). Chicos y las chicas comienzan a equipararse incluso a la hora de ejercer la denominada violencia de género (Pepler, Craig, Connoly, Yuile, McMaster y Yiang, 2006; Richardson, 2005). La tendencia en este caso no es a que los chicos cada vez sean menos agresivos o cometan menos actos delictivos, sino que cada vez más, las chicas realizan este tipo de conductas accediendo al dudoso privilegio de la igualdad en el terreno de la agresividad.

11.3 FACTORES RELACIONADOS CON EL AJUSTE EMOCIONAL O INTERNO DURANTE LA ADOLESCENCIA

De entre las variables estudiadas, las que se relacionan con los niveles más altos de **autoestima**, uno de los índices más potentes del grado de ajuste psicológico durante la adolescencia y la adultez (DuBois, Bull, Sherman, y Roberts, 1998), son el sexo: las chicas tienen peor autoestima que los chicos, datos ya comentados y que coinciden, entre otros, con los de Kling, et *al.*, 1999 y Wilgenbush y Merrell (1999); el apego al grupo de iguales, quienes tienen una relación afectiva positiva con su grupo de amigos, caracterizada por la comunicación, la confianza y la no alienación también poseen más autoestima (también en Romero, Otero, y Luengo, 1995); y la conformidad neutra, aquellos chicos y chicas con más autoestima son los que menos se conforman ante la presión del grupo en situaciones neutras. Además, dos variables familiares, el afecto percibido de la madre durante la infancia, medido en la adolescencia inicial y la consideración hacia los progenitores medida en la adolescencia media, también están relacionadas positivamente con la autoestima, cada una en su momento de medida.

Además de esta información, los análisis longitudinales efectuados con la autoestima aportan más información rica y valiosa. En primer lugar, recordemos que no es el apego al grupo de iguales el que predice el aumento de autoestima durante la adolescencia, como podríamos prever, sino que es el tener una buena autoestima lo que facilita o predice el mantener buenas relaciones afectivas con el grupo de amigos. También de la relación con los iguales, es llamativa la relación de predicción entre la conformidad neutra evaluada en T2 y la autoestima en T3, de tal forma que aquellos chicos y chicas menos conformistas (recordemos que la conformidad neutra es la variable que creemos mejor evalúa

los procesos de conformidad), son los que tendrán más autoestima en la adolescencia tardía, mostrando estos datos que el adaptarse a un grupo y a sus reglas no es precisamente garantía de bienestar emocional durante la adolescencia.²

Quizás uno de los datos más interesantes de este trabajo es la relación entre el consumo y la autoestima. Tal y como recordará el lector, aquellos chicos y chicas que consumieron hachís, tabaco y alcohol durante su adolescencia inicial son los que tienen mejor autoestima en la adolescencia tardía, de forma que el consumo predice el aumento de autoestima. Resultados similares, por sorprendentes que pudieran resultar a primera vista, ya han sido encontrados o hipotetizados en estudios previos (Maggs y Hurrelmann, 1998, Oliva, 2004, Shedler y Block, 1990). En un trabajo de profundización sobre estos mismos datos, Oliva, Sánchez-Queija y Parra (en prensa), muestran que este resultado se produce por el grupo de adolescentes que comienzan su consumo muy pronto, en la adolescencia inicial, aumentan tal consumo en la adolescencia media, y finalmente, lo disminuyen en la tardía, consumiendo menos alcohol, cannabis y tabaco a los diecisiete años que el grupo que aumenta poco a poco y paulativamente su consumo a lo largo de la adolescencia. Denominemos a este grupo de inicio temprano *experimentadores precoces*. Probablemente, estos experimentadores precoces tienen unas características muy particulares que les llevan a experimentar, a buscar activamente en la línea de lo que Erikson denominó la moratoria psicosocial, y que según este autor caracteriza a la adolescencia. La asunción de riesgos como el consumo puede ser considerada una oportunidad para el desarrollo personal (Lightfoot, 1997, Oliva, 2004). El momento mismo de la crisis de identidad que caracteriza la moratoria psicosocial, de criba, de búsqueda de sensaciones, de experimentación, apertura y exploración no está caracterizado por buenos niveles de autoestima (y tampoco por bajos), y puede que ese sea el motivo de que en T1 (adolescencia inicial) y en T2 (adolescencia media) la conducta de consumo y la autoestima no estén relacionadas. Sin embargo, el consumo en T1 (adolescencia inicial) sí está relacionado con la autoestima en T3 (adolescencia tardía), mostrando que probablemente, el explorar y buscar, aún asumiendo riesgos para la salud, acaba siendo beneficioso para el logro de un buen ajuste emocional. Este consumo experimental también puede suponer un rito de iniciación que marca el

² Datos comentados en los apartados 2.2 y 3.2

final de la niñez, y cuya superación incrementa la aceptación por parte del grupo y también la autoestima. Por último, las conductas exploratorias (y podemos considerar como tal el consumo), conllevan una serie de riesgos y beneficios. Los riesgos del consumo de sustancias son bien conocidos por todos. De entre los beneficios, destaca el que los chicos pueden resultar más atractivos a las chicas, lo que sin duda, redundará en una mejor autoestima.

La **Satisfacción vital** es considerada también como un indicador importante de bienestar psicológico (Seligman, 1998), en nuestro estudio aparece vinculada con variables que están relacionadas tanto con el contexto familiar como con el de los iguales. Así, en la adolescencia inicial, la satisfacción vital se relaciona con el afecto percibido de la madre y con el apego al grupo de iguales. Los datos muestran además que son los chicos y las chicas más satisfechos con su vida en la adolescencia inicial los que conseguirán tener mejores relaciones con el grupo de amigos en la adolescencia media y no viceversa. La importancia de buenas relaciones personales y la direccionalidad de la relación entre satisfacción vital y las relaciones personales ya han sido descritas por Diener y Seligman (2004), quienes argumentaban que, mientras en periodos de pobreza económica la satisfacción vital se vinculaba mucho al poder adquisitivo, en momentos de crecimiento o estabilidad económica como el actual en nuestro contexto, la satisfacción con la vida se relaciona con el poseer buenas relaciones personales. Estos autores también aclaran que, aunque las relaciones personales positivas son necesarias para estar satisfechos con la vida, y el ostracismo conlleva sufrimiento, es el bienestar quien lidera la construcción de buenas relaciones personales y no viceversa.

La satisfacción vital elevada en T3 vuelve a estar relacionada con variables del mundo relacional del adolescente: no considerar su grupo como antisocial o anticívico, tener una buena relación de intimidad con el mejor amigo o amiga, y no estar preocupado por la relación con los padres (y madres). Además, queremos resaltar dos de las variables evaluadas en tiempos anteriores, y que por tanto apuntan a ser causa de la satisfacción vital: el tener un elevado apego al grupo de iguales (medido en T2) y el no haber sido conformistas en la adolescencia inicial. El que aparezca el apego al grupo de iguales como antecedente de la satisfacción vital, vuelve a dirigir nuestra mirada a la necesidad de estar relacionados socialmente para estar satisfechos con nuestra vida, recordemos que el tener amigos es citado por los adolescentes

como uno de sus grandes objetivos vitales, tanto en esta misma investigación en los grupos de discusión como en los datos de Elzo (2006), pero también nos hace poner en cuarentena la idea de que es la satisfacción vital la que predice el apego al grupo de iguales y no viceversa, al menos en este momento de la adolescencia. Ambas cuestiones: satisfacción vital y apego al grupo de amigos, comparten significado y hacen referencia en parte a una misma cosa, y por tanto, ambas están influyendo la una en la otra, estableciéndose, al menos entre la adolescencia media y la tardía una relación bidireccional, de influencia mutua, más que de predicción de la una sobre la otra. De hecho, Diener y Seligman (2002, 2004), aunque apuntan a la idea de que la satisfacción vital o el bienestar conllevan la habilidad de establecer buenas relaciones personales, también hablan de la necesidad de tener buenas relaciones personales para conseguir el bienestar, satisfacción vital o felicidad. Aunque su trabajo está centrado en adultos, no queremos dejar pasar la ocasión de comentar algo que solemos pensar en nuestra vida cotidiana, pero que su investigación ratifica con datos. En este momento histórico, no es el dinero en el caso de los adultos, y podríamos extrapolar a los adolescentes el conseguir los bienes materiales que deseen, lo que genera satisfacción con la vida y bienestar, sino otro tipo de cuestiones como las relaciones personales y un trabajo gratificante, que en el caso de los adolescentes, quizás se traduzca en la posibilidad de estudiar aquello que les resulta más interesante. Este análisis lleva implícita una implicación práctica, si los autores hablan de la importancia de mantener a los empleados que han establecido buenas relaciones juntos (Diener y Seligman, 2004), nosotros podemos extrapolar a la importancia de mantener a los chicos junto a sus amigos, por ejemplo en los cambios de curso, y el ofertar tiempos de ocio y trabajo/estudios gratificantes para la persona, ya que también muestran que los chicos y chicas más felices son aquellos que tienen amigos cercanos, buenas relaciones familiares, relaciones de pareja, y pasan más tiempo con la familia, los amigos o la pareja (Diener y Seligman, 2002), siendo importante para el bienestar personal no sólo el que las personas reciban apoyo social o afecto, sino la posibilidad que da el tener buenas relaciones personales de dar (no sólo recibir) ese apoyo social y afecto (Diener y Seligman, 2004). En resumen, satisfacción vital y buenas relaciones interpersonales son dos aspectos de la vida de las personas que influyen mutuamente el uno en el otro, consiguiendo mejores relaciones personales (e incluso mejor poder adquisitivo) quienes están más satisfechos con su vida, y siendo necesarias estas relaciones personales para conseguir la satisfacción.

Finalmente, la conformidad neutra está relacionada negativamente con la Satisfacción vital en T3. Durante la adolescencia inicial y media no había relación con la satisfacción vital (no se encuentra relación entre C.Neutra y Satisfacción Vital en esos momentos), pero al llegar a la adolescencia tardía, los que han sido menos conformistas durante toda la adolescencia (T1, T2 y T3), son los que tienen más satisfacción vital y más autoestima, probablemente porque, en la línea de la teoría de Erikson, son quienes antes logren una identidad clara y no hipotecada ni difusa, quienes están experimentando por sí mismos sin dejarse llevar por el grupo de iguales.

Dos son las variables que aparecen relacionadas con los **problemas internalizantes** medidos con YSR en la adolescencia media: el sexo y el apego al grupo de iguales. Durante la adolescencia tardía los análisis efectuados nos muestran que los problemas internos van unidos a un bajo apego al grupo de iguales, dos fenómenos que van de la mano sin que parezca que uno es la causa del otro, lo mismo que ocurre con el enfado o preocupación en la relación con los padres. Sin embargo, sí podemos apuntar causalidad en otras dos relaciones: el que los chicos y chicas hayan sido consumidores precoces (en la adolescencia inicial) parece estar influyendo en que los problemas internos sean **menores** en la adolescencia tardía. Este fenómeno ya apareció en los datos relativos a la autoestima, y ya lo discutimos en aquel momento, por lo que ahora nos limitamos a recalcar el dato, que no es fruto de un curioso azar estadístico, sino que parece ser consistente con otra medida de ajuste emocional como es el ajuste interno, lo que sin duda aporta validez al resultado. Por otra parte, parece que son aquellos chicos y chicas con más problemas internos en la adolescencia media los que aumentan la intimidad en la relación de amistad y no viceversa. Ya desde las primeras formulaciones de la teoría del apego se consideraba que las conductas de cercanía características de la relación de apego se desataban en momentos de miedo, peligro, preocupación... No es por tanto de extrañar que aquellos adolescentes que estén pasando por momentos emocionalmente difíciles busquen una mayor cercanía con el amigo especial que hace que aumente la intimidad en la relación, como ya hemos tenido oportunidad de comentar en algún otro momento de este trabajo.

11.4 FACTORES RELACIONADOS CON EL AJUSTE CONDUCTUAL EXTERNO DURANTE LA ADOLESCENCIA

Cuando diseñamos este trabajo de investigación, incluimos los datos relativos al apego de los chicos a sus padres y madres con el objetivo de relacionarlo con las variables afectivas del grupo de iguales en lo que Schneider denomina teoría del apego de banda estrecha (Schneider, 2001). Sin embargo, al analizar los datos encontramos algunas relaciones que, no por aparecer sin ser buscadas como objetivo prioritario, dejan de resultar de lo más esclarecedoras. De esta forma, el consumo de los adolescentes en la adolescencia inicial sólo apareció relacionado con la historia afectiva de apego hacia el padre, de forma que aquellos chicos y chicas que más consumían en T1 son los que recuerdan una peor relación afectiva con el padre, o lo que es lo mismo, más cercana al rechazo paterno. La vinculación afectiva con el padre deja paso en la adolescencia media a la vinculación con la madre, de forma que en la adolescencia media, los chicos y chicas que más consumen son los que recuerdan una historia más cercana al rechazo de la madre y los que consideran a su grupo de amigos como antisocial. Aunque en el modelo autorregresivo el considerar al grupo de amigos como antisocial explica el aumento de consumo entre T1 y T2, damos más importancia a la relación entre el rechazo percibido de la madre y el consumo por dos motivos: en primer lugar, porque al haber medido el afecto de la madre en T1 y el consumo en T2, creemos que la relación entre ambas variables debe ser realmente potente para que se mantenga. En segundo lugar, porque tal y como describimos en la introducción teórica de este trabajo, el que los chicos digan que su grupo es “antisocial” está muy marcado por cómo ellos se ven a sí mismos, ya que exacerban las similitudes entre ellos y sus amigos, por tanto, aquellos adolescentes que son consumistas, dirán que sus amigos también lo son, aunque puede que no lo sean tanto como el propio

adolescente cree. Aunque el cuestionario de antisocialidad del grupo no es exactamente lo mismo que consumo, observamos en las correlaciones que consumo, grupo antisocial, y conformidad positiva y negativa son variables altamente correlacionadas y que, probablemente, comparten buena parte de la variabilidad.

Ya en la adolescencia tardía, se dibuja más claramente qué factores pueden estar afectando al consumo adolescente. Así, además del rechazo materno en el sentido arriba especificado, serán más consumistas los chicos que las chicas, aquellos que en la adolescencia media consideraban a su grupo como antisocial y los que durante la adolescencia media cedieron más a las presiones negativas o antisociales de su grupo. De nuevo, por tanto, aparecen relaciones familiares como cruciales para entender quienes están en riesgo de ser más consumistas, añadiendo dos variables del grupo de amigos como son el considerarlo antisocial y el ceder ante las presiones negativas. Ya hemos tenido oportunidad de comentar los problemas que vemos a la interpretación fácil de parte de estos resultados: son más consumistas los que tienen un grupo compuesto por *gamberros* y que ceden ante la presión de tal grupo. Además de los límites teóricos y metodológicos puestos a esta interpretación a lo largo de este trabajo, el propio modelo longitudinal vuelve a dejar patentes las limitaciones de esta conclusión: los chicos aumentan el consumo más que las chicas entre la adolescencia media y la tardía, y la percepción de afecto recibido de la madre durante la infancia explica el incremento de consumo entre los 15 y los 17 años.

Nos gustaría hacer algunas puntualizaciones más a los resultados arrojados en este apartado. Por una parte, es llamativo que de las dos dimensiones que componen el cuestionario de Historia de apego, no es la que hace referencia a aspectos más conductuales (Sobreprotección-Estimulación de la autonomía), sino la que hace referencia a factores emocionales (Afecto-Rechazo) la que ejerce influencia en el consumo de drogas, a pesar de ser este un comportamiento externo. Otras investigaciones muestran que es más fácil que los adolescentes sean consumistas si los progenitores no dan afecto o combinan el afecto con la ausencia de normas que si los adolescentes están educados en un ambiente que combina el afecto y la comunicación con la

explicación de las normas familiares y de conducta (Baumrind, 1991; Brook, Brook, Gordon y Whiteman, 1990). Desde estos estudios, que analizan los estilos educativos (democrático, autoritario, permisivo e indiferente), se ha considerado que la dimensión del Control influye más en las conductas externas que la dimensión Afecto/comunicación (Barber, Olsen y Shagle, 1994; Holmbeck, Paikoff, Brooks-Gunn, 1995), lo que vendría a contradecir nuestros resultados, ya que a pesar de provenir de un marco teórico diferente (la teoría del apego), no sería descabellado equiparar la dimensión afecto y estimulación de la autonomía de nuestra investigación con las de comunicación/afecto y control de los trabajos que analizan los estilos educativos. No obstante, Kerr y Stattin, analizando la bibliografía sobre el tema comprueban que la mayor parte de los estudios equiparan el conocimiento que los padres tienen de dónde están o qué hacen sus hijos e hijas con el control conductual, bajo la premisa, no demostrada empíricamente, de que ese conocimiento proviene de la monitorización y el establecimiento de límites, y por tanto, preguntando qué saben los padres y las madres sobre qué hacen sus hijos en el tiempo libre para conocer el control que ejercen los progenitores sobre los hijos. Sin embargo, en su trabajo encuentran que el conocimiento de dónde y qué hacen los hijos en el tiempo libre proviene de la información que éstos les dan a los padres de forma espontánea, no encontrando relación entre el control conductual o el esfuerzo activo por saber qué hacen sus hijos e hijas. Como consecuencia, cuestionan seriamente los trabajos que asocian el control con el ajuste, ya que parten de una premisa errónea (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000).

Algunos experimentos recientes con animales también apoyan la importancia del afecto. Por ejemplo, Champagne, Diorio, Sharma y Meaney (2001) llevan a cabo unos experimentos con ratones en los que la negligencia materna precoz (la falta de afecto manifestado a través de la ausencia de contacto físico estrecho) cambia la expresión de los genes que intervienen en el desarrollo del sistema dopaminérgico, lo que explica que estos animales con falta de contacto físico tengan más facilidad para desarrollar una adicción a ciertas drogas proporcionadas por los investigadores. El papel que desempeña el sistema dopaminérgico durante la adolescencia tanto en su vertiente positiva de adaptación a los roles adultos como en la negativa de vulnerabilidad hacia la adicción a las drogas ha sido mostrada por Chambers *et al.* (2003). La

implicación práctica de este dato es evidente y nos lleva a la necesidad humana de recibir y percibir afecto de nuestros seres más queridos.

Otra conclusión que arrojan estos resultados y relacionada con la anterior tiene que ver con la influencia relativa de la familia y los iguales en el consumo adolescente. Sigue siendo frecuente encontrar investigaciones que comparando estos dos contextos de desarrollo achacan mayor influencia al grupo de iguales que a la familia en el consumo adolescente (Dorius, Bahr, Hoffmann, y Lovelady, 2004). Y recordemos el congreso de la FAD mencionado más arriba, en el que los profesionales daban por sentado que el grupo de iguales es el causante principal de los problemas de drogadicción. Desde aquí no queremos negar el peso que ejercen los iguales en el consumo, de hecho, en nuestros propios datos el pertenecer a un grupo conflictivo y dejarse influir por él está relacionado con el consumo dos años después. Por mucho que el adolescente sobreestime los parecidos, y que el cuestionario de conformidad negativa pueda estar indicando más anticivismo del adolescente que conformidad en sí misma, esta relación se da con variables medidas dos años antes, por lo que tal relación, aunque probablemente más modesta de lo que dicen los datos brutos, creemos que existe. Sin embargo, sí queremos llamar la atención sobre la influencia familiar en este sentido, parece que –al menos en nuestro contexto y momento histórico- mayor que la de los iguales puesto que se da a lo largo de toda la adolescencia. Y no estamos hablando de la influencia familiar durante la adolescencia (las variables de apego actual a la familia: Enfado/preocupación, Disponibilidad y Consideración no aparecen relacionadas con el consumo), sino del afecto, probablemente del clima familiar, en el que el adolescente siente que se ha criado, dato que coincide con el experimento de Champagne *et al.* (2001) descrito unas líneas más arriba. Otras investigaciones Koutakis y Stattin (2004, 2006), que centran su objetivo en analizar cuál de los dos contextos de desarrollo ejerce mayor influencia en la conducta de consumo en el adolescente sin tratarlo de una forma periférica o residual, sino como objetivo central, y por tanto, con un diseño centrado en el estudio de esta relación, encuentran que es el en contexto familiar donde se aprende o no el uso responsable y moderado de ciertas sustancias (en nuestro caso, tabaco, alcohol y hachís). También estudiando la influencia familiar o de los iguales sobre el consumo, pero más cercano a la idea del peso de las relaciones de apego que a los aprendizajes de comportamientos, Brook, Brook, Gordon y Whiteman (1990) muestran cómo una

relación cálida y afectuosa con la familia es un factor inhibitor del consumo incluso cuando el adolescente está inserto en grupos desviados que, como hemos tenido ocasión de comentar, es el tipo de agrupación de jóvenes que puede ejercer presión hacia cuestiones negativas. Una detallada y actualizada exposición de la influencia de la familia en el consumo y en el resto de variables de ajuste aquí analizadas se encuentra en Parra (2005). En cualquier caso, coincidimos con Steinberg (en prensa) en que las interpretaciones simplistas han dejado de resultar interesantes, haciéndose plausibles e incluso imperiosamente necesarios puntos de vistas más complejos sobre las relaciones humanas y su influencia en la conducta. Unas relaciones interpersonales que no sólo desde la vertiente de aprendizaje comportamental y cognitivo, sino precisamente desde la posición de base afectiva, apoyo y ayuda son “la urdimbre que sostendrá toda búsqueda o desarrollo posterior” (Corral, 2003, pp 211).

Referente al **ajuste externo** medido a través del YSR o lo que es lo mismo, la conducta agresiva y la delictiva, los resultados los relacionan con variables tanto del sistema familiar como del sistema de los iguales. De esta forma, tendrán más problemas de ajuste externo durante la adolescencia media los chicos y chicas que recuerdan haber recibido menos afecto de sus padres (o lo que es lo mismo en este trabajo, más rechazo) y quienes eran más conformistas (conformidad neutra) en la adolescencia inicial. Ambas cuestiones: afecto y conformidad, al estar evaluadas dos años antes que el ajuste, parecen predecir el ajuste externo de los chicos y chicas. Los chicos y chicas con más problemas externos son también los que dicen tener un grupo de amigos más *gamberro*. Siguiendo la idea de Steinberg (en prensa) arriba especificada, buscamos relaciones algo más complejas que las simples relaciones directas. Así, encontramos que el afecto familiar percibido (en este caso del padre), no sólo afecta de forma directa la conducta problemática que define los problemas externalizantes, sino también de forma indirecta a través de la conformidad neutra. Tal y como avanzamos en el resumen y parece haberse mostrado por la relación entre conformidad (neutra), problemas de autoestima y baja satisfacción vital, esta conformidad neutra puede ser interpretada como una carencia. Así, se acercan y aceptan los dictados del grupo, es decir son más conformistas los que según nuestros chicos y chicas de los grupos de discusión “no tienen personalidad”. De esta forma, el haberse sentido rechazado por los padres

durante la infancia hará que se sea más conformista, lo que a su vez, redundará en mayores problemas externalizantes.

Durante la adolescencia tardía (T3), los problemas externos vuelven a estar influidos por las relaciones familiares, de tal forma que la disponibilidad que el adolescente percibe de sus padres no sólo está relacionada con menores problemas externos, sino que predice la disminución de tales problemas entre la adolescencia media y la tardía. Aunque estemos hablando de constructos diferentes y desarrollados bajo postulados teóricos también distintos, este dato coincide con la literatura que describe mayores problemas de conducta en hijos de familias indiferentes, es decir, que combinan la baja comunicación y el poco afecto con pocas demandas (Steinberg, 1990). También la conformidad positiva (probablemente civismo adolescente) parece relacionada con el ajuste externo en T3, pero sin embargo, no predice el aumento o disminución de problemas externos. De nuevo los datos, vuelven a apuntar al sistema familiar como clave en el desarrollo del adolescente, incluso durante la adolescencia tardía.

Capítulo **12**

Resumen y comentarios finales

12.1. **RESUMEN DE LOS DATOS, ORIGINALIDADES Y RAREZAS ENCONTRADAS.**

A lo largo de las páginas que preceden hemos intentado resumir y comentar los resultados encontrados en este trabajo, y hemos intentado dar cuenta de los objetivos que nos planteábamos al principio del mismo. De forma muy somera, daremos un repaso a algunos de los datos más relacionados con los objetivos descritos en el apartado correspondiente.

Hemos discutido sobre las diferencias de género en cuanto a las relaciones afectivas con los pares, que llevan a que las chicas sean más afectuosas con su mejor amiga y con el grupo de iguales, pero observando cómo los chicos van adquiriendo esa capacidad a lo largo de la adolescencia. Hemos comprobado gracias a los análisis de trayectorias evolutivas y estabilidad relativa, cuánto cambio queda oculto tras los análisis de comparaciones de

medias. Al mismo tiempo hemos constatado que las chicas también sienten haber recibido más afecto de sus padres y madres que los chicos. Hemos encontrado continuidad entre ambos contextos, en el sentido de que quienes recibieron más afecto de sus progenitores también tienen mejores relaciones afectivas con los iguales (grupo y mejor amigo o amiga). Además, hemos constatado que es suficiente con tener un apego seguro con alguno de los dos progenitores para desarrollar buenas amistades y que, en general, ambos: el padre y la madre suelen tener un mismo patrón de apego con su hijo. Continuando con las relaciones afectivas, hemos apuntado a la existencia de transmisión intergeneracional del apego, al tiempo que no hemos encontrado asociación entre el Modelo Representacional o MIT de la madre en cuanto a la relación de pareja y la relación madre-adolescente, al menos durante la adolescencia.

En lo referente a la conformidad ante la presión grupal, hemos puesto en tela de juicio el concepto mismo de conformidad, aportando nuevos datos empíricos que apoyan a los autores que matizan la influencia del grupo de iguales sobre el adolescente, dejando ver de forma teórica y empírica que tal influencia no es tan potente como en general se piensa en la sociedad. En aquellas cuestiones en las que creemos que la conformidad sí parece existir, lo que hemos denominado conformidad neutra, hemos comprobado que no existen diferencias de género, tendiendo la conformidad a disminuir según avanza la adolescencia, aunque con mucha variabilidad interindividual tal y como muestra el análisis de trayectorias individuales. Tal conformidad se presenta como algo negativo para el adolescente, como una carencia, al estar relacionada tanto con falta de afecto familiar, como con poca autoestima, poco apego al grupo de amigos, etc, y llegar a ser un antecedente de los problemas externalizantes. En este sentido, creemos importante destacar que ser conformista es especialmente negativo cuando ocurre al principio de la adolescencia, al ser la conformidad negativa evaluada en T1 la que se relaciona tanto con mayores problemas externos en T3 como con falta de autoestima y satisfacción vital, o peores relaciones con los iguales.

En nuestro trabajo han vuelto a aparecer las tradicionales diferencias de género según las cuales las chicas tienen más problemas internalizantes y

menos autoestima que los chicos, sin embargo, apenas han aparecido estas diferencias en los problemas externos, sólo en la adolescencia tardía los chicos consumen más drogas que las chicas, siendo llamativa la equiparación de ambos géneros en cuanto a consumo en la adolescencia inicial y media. Tampoco aparecen diferencias de género en problemas externalizantes medidos con YSR.

Hemos constatado que la calidad en las relaciones con los iguales parece estar más relacionada con el ajuste emocional que con el conductual, siendo las relaciones afectivas con la familia un factor clave para el ajuste comportamental de los adolescentes, refiriéndonos tanto al consumo como a los problemas externalizantes. En este sentido, nuestros datos nos han aportado alguna sorpresa o visión diferente a la que esperábamos. Así, hemos encontrado que es la alta autoestima la que lleva a unas buenas relaciones con los iguales, o que el tener problemas internalizantes provoca un acercamiento al mejor amigo y más intimidad. También que experimentar con ciertas sustancias (alcohol, cannabis y tabaco), puede tener algunas consecuencias positivas a nivel psicológico y que, en consecuencia, debemos volver a pensar, quizás con esquemas teóricos y presupuestos diferentes, qué significa el consumo de ciertas sustancias en nuestra sociedad. O quizás simplemente desde un enfoque más centrado en el sujeto que en las variables, qué consecuencias tiene el consumo o ante qué situaciones consumen qué tipo de personas.

12.2 **Fortalezas y limitaciones metodológicas**

El resumen que acabamos de exponer deja detrás la mayor parte de los matices y la riqueza a la que hemos podido optar merced a haber escogido una metodología longitudinal. Por ejemplo, hemos observado cuánto cambio y cuánta diversidad se esconde detrás de una puntuación media, y hemos podido apuntar causalidad, en ocasiones contraria a la hipótesis de partida, volviendo explícitas algunas hipótesis que no lo eran, como por ejemplo, el que los adolescentes con más problemas internalizantes aumenten la intimidad con el mejor amigo, cuando a nivel implícito, nuestra creencia era que la intimidad con el mejor amigo sería un factor protector ante tales problemas.

Sin embargo, la metodología longitudinal ha supuesto no pocos escollos. El primero, sin duda, la dificultad de acceso a la muestra. Cuando comenzamos a recoger datos en el año 1999 no teníamos claro que pudiéramos continuar con el seguimiento longitudinal. Aún así, nos encargamos de poder localizar a los chicos y chicas menores algún año después. Finalmente pudimos realizar el tiempo 2. En aquel momento, la mayor parte de nuestros participantes seguían escolarizados, y pudimos acceder de nuevo a los colegios. Sin embargo, el trabajo de investigación, de las formas más originales que quien lee se pueda imaginar, para encontrar a los que ya no estaban escolarizados, fue laborioso. Cada adolescente fue buscado y *perseguido* como si de un estudio de caso único se tratara. En la tercera oleada de datos teníamos más experiencia, pero también pocos adolescentes escolarizados en el mismo centro, por lo que esta labor supuso la dedicación de horas y horas de trabajo. No menos laborioso fue el acceso a las familias. Todas nuestras dotes de persuasión, simpatía, empatía

y disponibilidad para acudir a los hogares los días y a las horas más imprevistas, fueron recompensados con muestra suficiente como para hacer algunos análisis estadísticos, pero que como el lector ha podido comprobar, quedan muy limitados. Quizás, mirando hacia atrás, es una de las decisiones en las que el balance costes-beneficios hace dudar de si se repetiría la experiencia.

Si acabamos de describir las dificultades desde el punto de vista de los investigadores, no menos tedioso debió ser para los adolescentes y las adolescentes el cumplimentar no una, sino tres veces, los mismos cuestionarios. O para los padres, que apenas recordarían que sus hijos participaron dos años antes en un estudio de la universidad, abrimos las puertas de sus casas y de sus vidas. Como es habitual en nuestro contexto (aunque no en otros), los participantes en el estudio lo hacían de forma totalmente gratuita y altruista.

Otro escollo que encontramos por el diseño metodológico del trabajo fueron los análisis estadísticos. Quienes llevábamos a cabo este estudio sabíamos qué buscábamos, pero no siempre cómo, debido a la mayor tradición de los estudios transversales. Sin embargo, esta dificultad nos ha hecho aprender a partir no sólo de la búsqueda, el estudio, el enseñarnos unos a otros lo que aprendíamos, sino también de las consultas a profesionales cualificados en la temática, de forma que finalmente, el manejo de nuevas herramientas estadísticas es uno de los principales aprendizajes instrumentales obtenidos con la realización de este trabajo.

Otra decisión metodológica tuvo que ver con la elección de cuestionarios en lugar de otro tipo de técnica de recogida de datos. Sin duda, con los autoinformes se pierde parte de la objetividad. De hecho, a la hora de interpretar los datos sobre el cuestionario de Grupo antisocial, nos hemos topado una y otra vez con este problema. Sin embargo, aunque estamos de acuerdo en que parte de información se pierde, y sobre todo que se pierde objetividad, y a pesar de las muchas críticas que reciben los autoinformes, consideramos que el adolescente es el único que nos puede decir su sensación interna, el único que se conoce en los diferentes contextos relacionales en los que actúa, en definitiva quien más sabe de sí mismo. Es el único que puede darnos su impresión y evaluación de sus experiencias relacionales (Furman y Buhrmester, 1992). Al fin y al cabo, el

impacto en el ajuste del individuo es debido a la percepción subjetiva que se tiene de las relaciones, a cómo se evalúan subjetivamente, no a la relación objetiva en sí misma. Por ejemplo, no sabemos si los padres y madres, de verdad, dan más afecto a sus hijas que a sus hijos, pero sabemos que ellas así lo perciben y probablemente, es esa percepción la que influye en las adolescentes y los adolescentes.

12.2.1. Análisis de casos perdidos

Otra limitación inherente al tipo de diseño escogido es, sin duda, los casos perdidos, que no siempre son producto del azar. En este sentido, encontramos que los chicos abandonan nuestro estudio más que las chicas; unos y otras dejan de colaborar con mayor probabilidad si sus familias son de un nivel socioeducativo bajo que si son de nivel medio o alto y, finalmente, si puntúan bajo en la variable de Apego al grupo de iguales. Desgraciadamente, no podemos conocer cuáles son las implicaciones exactas de estas diferencias en los resultados obtenidos en el estudio, pero sí que podemos hacer una reflexión sobre ellas.

Sin duda, el hecho de que sólo 38 chicos frente a 63 chicas hayan continuado participando en el estudio ha limitado los análisis que buscaban diferencias de género, puesto que en multitud de ocasiones la muestra de varones resultaba claramente insuficiente para realizar algunos análisis estadísticos. Al mismo tiempo, este desajuste entre chicos y chicas hace que, como hemos comentado en algún momento de la discusión, tengamos que poner entre comillas o en cuarentena algunos de los resultados. Esto es así porque en los análisis de muestra completa, aquellos aspectos que son más importantes para las chicas, pueden estar pesando más que aquellos otros que cobran más valor en el caso de los chicos. Por ejemplo, el acercamiento al mejor amigo ante los problemas internalizantes, ¿es una estrategia de chicos y chicas o sólo de ellas?.

Con respecto a los chicos y chicas de nivel socioeconómico bajo, muy probablemente el abandono se deba a que en la segunda oleada de datos, continuábamos contactando a través del centro educativo, y es más fácil que abandonen la escolaridad los hijos e hijas de padres con nivel de estudios bajos

que con niveles de estudios medio o alto. Además, probablemente también se le otorgue menos importancia a la investigación en niveles culturales más bajos, lo que puede haber repercutido en el abandono de estos chicos y chicas. Por tanto, la muestra de adolescentes que provienen de entornos culturales más favorecidos es mayor, por lo que parece claro que los resultados a los que hemos llegado son más probables en entornos culturales medios que en los bajos, donde quizás se obtendrían otro tipo de resultados.

En lo referente al Apego a los iguales, aquellos chicos y chicas con peor apego al grupo son los que abandonan con más facilidad el estudio. Una de las conclusiones del trabajo que aquí presentamos es que hay continuidad entre el contexto familiar y el de los iguales, por lo que los chicos y chicas que abandonan el estudio, posiblemente sean los que más incómodos se sintieron cuando se les preguntó por cuestiones de relaciones personales al no considerarlas positivas. Debemos tener en cuenta que la contestación de todos los cuestionarios (que incluían no sólo los que hacen referencia a los temas expuestos en esta tesis, sino también los que hacían alusión a temas más relacionados con el contexto familiar o escolar) podía alargarse hasta una hora y media de duración, lo que implica hasta 90 minutos de escribir, reflexionar y hacer consciente aquellos aspectos de su vida de los que quizás menos orgullosos se sienten.

Sin duda, el que el análisis de casos perdidos informe de diferencias entre la muestra que continúa el estudio y la que lo abandona, disminuye la generalización de los datos. Sin embargo, nos gustaría recordar que, como avanzamos en la introducción al trabajo, la muestra inicial no era totalmente aleatoria ni representativa en términos estadísticos antes de que se perdieran algunos participantes, puesto que tampoco es nuestro objetivo generalizar los datos a toda la población. Lo que pretendíamos y pretendemos es ahondar en el conocimiento de algunos constructos con una metodología longitudinal. La muestra, pequeña como para ser representativa, ha permitido, sin embargo, el seguimiento durante toda su adolescencia de los 101 chicos y chicas que trabajaron en el estudio, el tomar muchas, variadas y elaboradas medidas, que incluyen desde instrumentos desarrollados *ad hoc* para esta investigación (p. ej. el cuestionario de conformidad) hasta otros que han sido utilizados en multitud de investigaciones y contextos (p. ej. el YSR), y lo que quizás fue uno de los

retos que nos planteamos desde el primer momento de la investigación, el poder incluir la opinión de las madres de los adolescentes y las adolescentes que participaron en el estudio. Por tanto, consideramos que aunque hayamos perdido en representatividad, hemos ganado en capacidad para responder a preguntas a las que la metodología transversal tradicional no puede dar respuesta, lo que nos lleva a realizar un balance positivo de la metodología utilizada.

12.3 Implicaciones prácticas y futuras líneas de investigación

El primer comentario que queremos resaltar entronca directamente con el último del apartado anterior. Todos hemos estudiado en los manuales de la licenciatura que la metodología longitudinal es la mejor para responder a las preguntas sobre el desarrollo humano, sin embargo las investigaciones que la utilizan siguen siendo escasas. Creemos imprescindible que esta metodología se generalice lo máximo posible, al menos en temas que ya tienen cierta tradición con los estudios transversales, ya que hemos comprobado que parte de la literatura científica en la que nos basamos da por supuesta direccionalidad entre algunos constructos que realmente no se ha constatado con datos, sino que son interpretaciones a resultados transversales a la luz de la teoría. Pensar que en una disciplina como la psicología los datos van a dar respuestas fehacientes es, en nuestra opinión, ingenuo: cualquier constructo está definido y acotado de forma artificial, además en general, en psicología no encontramos definiciones en las que todos los investigadores coincidan, sino que cada quien matiza su visión del constructo. Las mediciones que hacemos, se utilice el instrumento que se utilice, aportan otra parte de error, puesto que nunca serán exactas. En general, buena parte de los análisis que se hacen son estadísticos, lo que implica por definición probabilidad de aproximación a la realidad, pero nunca exactitud. Así podríamos continuar una lista larga de fuentes de variabilidad y error. Sin embargo, estas palabras no deben resultar descorazonadoras, puesto que a pesar de todo, poco a poco vamos subsanando algunos errores, se van desarrollando nuevas técnicas estadísticas, nuevos instrumentos de medida, se van estableciendo acuerdos sobre la terminología y el concepto asociado que van haciendo que nuestra disciplina avance, y entre otras cosas, van

apareciendo cada vez más estudios longitudinales que aportan una visión algo más acercada a algunos constructos.

Tanto los chicos como las chicas decían en los grupos de discusión que los amigos son necesarios, en los trabajos de Elzo los consideran una de las cuestiones más importantes para sentirse felices, a nivel teórico hemos argumentado también el papel que ejercen durante la adolescencia. Sin embargo, en los datos hemos visto que las chicas tienen relaciones más cálidas tanto con el grupo como con la mejor amiga. Los chicos adolescentes van a ir aprendiendo la cercanía emocional durante la adolescencia, momento en el que reconocen que para hablar de sus cosas, prefieren hacerlo con las chicas que con los chicos, porque ellas no tienen la necesidad de “hacerse las chulitas”. Este es un dato recurrente en la literatura, por lo que consideramos necesario que desde pequeños se trabaje con los varones en la expresión y la importancia de los afectos. Claramente nuestra sociedad está avanzando en igualdad, pero desgraciadamente en algunas cuestiones el modelo a seguir parece ser exclusivamente el masculino, con resultados como la equiparación de las chicas a los chicos en violencia, problemas externos o en algunos consumos de sustancias, siendo ambas cosas el resultado de que ellas aumentan la violencia y el consumo, en lugar de ser resultado de que ellos disminuyen en ambas cuestiones. Como opinión personal creo necesario el trabajo de la sociedad (familias, escuelas, medios de comunicación, etc) en educar en valores que tradicionalmente se han considerado femeninos. Si durante años las mujeres han reivindicado y seguimos haciéndolo nuestro papel en la sociedad, es el momento que lo hagan ellos.

A la misma reflexión pero en la dirección opuesta nos llevan los datos, también coincidentes con la literatura, de que las chicas tengan más problemas internos y menos autoestima. Recordemos que ellos, además de tener más autoestima en la adolescencia inicial, la aumentan durante la adolescencia. Como comentamos en su momento, algunos factores biológicos pueden estar afectando a estas diferencias, pero no creemos que sean ni la única explicación, ni tan siquiera la más potente. ¿A qué son debidas estas diferencias entre chicos y chicas?. ¿Por qué aumentan ellos la autoestima mientras que en ellas permanece estable y baja?. Nuestros datos no pueden responder a estas

preguntas por algunos de los problemas metodológicos arriba descritos, por lo que más investigación centrada en este área se torna necesaria, así como por supuesto, intervención que haga que la transición de la adolescencia de las chicas y su vida en el futuro sea más feliz. No es trabajar sobre el vacío, hay un modelo claro que seguir: el masculino.

Continuando con las diferencias de género, creemos que hemos dejado constancia a lo largo de estas páginas de que los padres y las madres ejercen influencias diferentes en sus hijos e hijas. Quizás más adelante, en el camino de la igualdad, estas distinciones desaparezcan, pero de momento parece que son roles distintos con influencias diferentes y, desde luego y es lo que ahora queremos traer a colación, con un nivel de profundización en el estudio que lleva a que se conozcan muchas cuestiones de la relación madre-hijo/hija pero pocas de la relación del padre con sus hijas e hijos. Las investigaciones futuras que incluyan la visión paterna se tornarán valiosas para la intervención familiar o el desarrollo de programas.

Nuestros datos han mostrado la coincidencia en patrones de apego entre el padre y la madre, la importancia de haber desarrollado un apego seguro con alguno de los dos progenitores para desarrollar amistades íntimas y tener una relación afectiva con el grupo positiva, o la transmisión intergeneracional del apego. Todo ello con datos longitudinales y provenientes de diferentes informantes, por lo que creemos que nuestros datos son un aval más a la adecuación de la teoría del apego como marco teórico con el que interpretar y analizar las relaciones afectivas de los seres humanos. Y nos parece especialmente relevante desde el punto y hora que durante años nuestra disciplina ha relegado a segundo término, o simplemente ha obviado las relaciones afectivas, centrándose en cuestiones más observables o cognitivas. La teoría del apego está siendo utilizada también en intervención clínica directa, ya que las personas que acuden a terapia lo hacen por sufrimiento, y creemos que éste se da por las relaciones personales y afectivas, más que por las cognitivas o puramente comportamentales, por lo que la profundización y el acopio de nuevos datos bajo esta teoría cobra una relevancia especial. Sin embargo, queda mucho por aprender e investigar, quizás con metodología más cualitativa (observacional, entrevistas abiertas), sobre el cómo se transmite un

tipo de apego de una generación a la siguiente. Ya sabemos qué ocurre cuando sólo se da un apego seguro en uno de los dos progenitores, pero ¿por qué tienden a coincidir en patrones de apego padre y madre? ¿es selección o socialización? ¿Bajo qué condiciones se cambia de un tipo de apego a otro? ¿Es siempre un apego seguro el mejor para la persona? Estas y otras muchas preguntas tienen respuestas teóricas, pero que hay que constatar con investigación empírica y longitudinal.

Nuestros datos también han mostrado que los chicos y las chicas no son tan conformistas como se cree en general y que tienden más a ceder a cuestiones positivas que a negativas. Si algo ha quedado claro a raíz de las páginas que hemos escrito sobre este tema es que creemos necesaria una reconceptualización de qué es la conformidad, siendo también necesarios nuevos y diferentes instrumentos de medida. Y esto es así porque el ser conformista (conformidad neutra) durante la adolescencia inicial (T1) se ha tornado como un potente predictor de problemas de autoestima, de poca satisfacción vital, de problemas externos y de poco apego al grupo de iguales. No sólo los predice, sino que predice el aumento de los problemas entre un tiempo y el siguiente. ¿Qué está midiendo exactamente el cuestionario de conformidad neutra? El término conformidad, ¿a qué significados está asociado?. Son respuestas imprescindibles para el trabajo con los chicos y chicas que durante la adolescencia inicial son más conformistas. Quisiera detenerme un poco más en esta idea. Al estudiar conformidad, la literatura la asocia con consumos, con problemas de conducta, con bajo ajuste escolar. Sin embargo, la conformidad es antecedente no sólo de problemas externos, sino también de autoestima, de la satisfacción vital, y apego al grupo de iguales, como vemos *outcomes* muy diferenciados. Además hablamos de conformidad neutra, aquella que no está cargada de valores positivos ni negativos. A la hora de trabajar con los adolescentes con esta temática, los profesionales no deberían insistir tanto en entrenar habilidades para rechazar una sustancia u otra (que es el trabajo que actualmente se hace en este sentido), sino que deberían, y creo que debemos también los investigadores preguntarnos, quiénes son esos chicos conformistas, por qué lo son y, como he dicho antes, qué significa exactamente ser conformista. Para ello, futuras investigaciones deberían comenzar a recoger datos en la preadolescencia, probablemente en la infancia tardía.

Sí que tenemos algunos datos de qué provoca el ser conformista (C. neutra): la baja autoestima y el afecto recordado en la historia de apego. No son más conformistas los que tienen una mala relación con el grupo y se conforman para adaptarse a él, de hecho el ser conformista predice una mala relación con el grupo, no lo contrario. Son conformistas los que **no** recuerdan haber recibido afecto en su familia, o lo que es lo mismo, quienes recuerdan una historia de rechazo. Y con este dato, queremos llamar la atención sobre el valor de crecer en una familia en la que se siente el afecto explícito. El afecto recordado, unas veces con el padre y otras con la madre, ha sido sin duda, la variable que más veces ha sido incluida en ecuaciones de regresión en este trabajo como predictora. Y lo ha sido a pesar de haberse recogido en T1, cuando los chicos y chicas tenían 13 años, siendo predictora de variables medidas en T2 y T3. En otras ocasiones, aunque muchas menos, ha sido la sobreprotección-estimulación de la autonomía la dimensión que ha entrado a formar parte de las variables que explicaban la VD. Dos cuestiones a resaltar: en primer lugar, ambas variables provienen de un cuestionario desarrollado bajo el marco teórico de la teoría del apego, por lo que de nuevo insistimos en la utilidad de esta teoría. En segundo lugar, la importancia de las relaciones familiares en el desarrollo de las personas. Los padres y las madres se preocupan cuando sus hijos llegan a la adolescencia por cómo van a educar a sus hijos en esta etapa tan importante de sus vidas. Quizás, deberíamos dedicar esfuerzos a hacer llegar a los padres y las madres que la educación de sus hijos en la adolescencia va a depender de la educación y el trato recibido en la infancia. No creemos que haya que temer la adolescencia, no hay que prepararse especialmente para esta etapa como si fuera la “etapa ogra” de la vida de las personas, no hay que mirar a los amigos de los adolescentes como si fueran el enemigo a combatir. Si la persona que llega a la adolescencia se ha criado en un hogar donde se ha estimulado su autonomía, y sobre todo, se le ha explicitado el afecto, nuestros datos indican que va a tener buenas relaciones con sus amigos, no va a ser conformista en la adolescencia inicial, no se va a relacionar con un grupo antisocial, va a tener buena autoestima, buena satisfacción vital, y no va a tener problemas externos. Sin duda, este último párrafo es una simplificación, pero las dimensiones del cuestionario de apego están relacionadas con todas las variables mencionadas en uno o varios tiempos de medida. Quizás esta sea una de las implicaciones más importantes del trabajo, a pesar de ser un dato también recurrente en la

literatura: a pesar de hipótesis contrarias como la de Harris, la familia es un pilar fundamental en el desarrollo de las personas, y los aprendizajes ocurridos en la familia durante la infancia van a acompañar al chico o la chica a lo largo de toda su adolescencia.

En relación a los datos, sólo queremos resaltar una idea más: la importancia de continuar investigando sobre diferentes trayectorias individuales en el consumo de sustancias. Si bien en numerosas investigaciones se muestra que las personas policonsumistas y los adictos comenzaron a ser consumidores a una edad temprana, según nuestros datos no parece que todos los que comienzan a consumir a una edad temprana vayan a ser adictos ni policonsumistas. ¿Qué características y qué circunstancias se tienen que dar para que unos consumidores precoces se vuelvan adictos y otros no?. Sin duda la respuesta a esta pregunta será fructífera en cuanto a intervención se refiere.

La última reflexión con clara implicación práctica no tiene que ver con los datos concretos de esta investigación, aunque sí ha surgido a partir de ella. Se trata de la necesidad de que la literatura científica salga de sus circuitos cerrados y llegue a la población que trabaja con los jóvenes. De nada sirve poner en tela de juicio algunas ideas extendidas en la sociedad, aportar datos que contradigan o muestre inservible alguna intervención, o mostrar otros resultados que apunten a una forma de intervenir eficazmente si todo ello no llega a las personas que realmente trabajan día a día con los adolescentes. Sin duda, el contexto legislativo actual no favorece este traspaso de conocimientos y trabajos como tampoco favorece la realización de estudios longitudinales (más bien los penaliza, por ser demasiado largos en el tiempo)³. Así, ni quienes trabajamos en la Universidad conocemos las inquietudes y los saberes de las personas que trabajan a pié de calle, ni ellos conocen las nuestras, pero sí que entre todos deberíamos hacer un esfuerzo por aunar intereses y conocimientos, por establecer reuniones o congresos en los que se escuchen diferentes voces y formas de tratar un mismo tema, por trabajar todos juntos. De esta forma, la investigación servirá, no sólo como investigación básica para conocer mejor el funcionamiento humano, algo sin duda alguna interesante; sino también para

³ Para qué “malgastar” datos en una publicación que llega a los profesionales pudiendo escribir un artículo “de impacto”. ¿Cómo hacer un estudio longitudinal antes de que se cumpla tu contrato improrrogable de 4 años y además pasar la acreditación?.

poder aplicar los resultados en programas de intervención educativos y sociales, y en la intervención clínica.

gráficas

Referencias

Anexos

1. centros educativos
2. cuestionarios
3. Dendrogramas

Rreferencias

- Abad, J., Forns, M., Amador, A., y Martorell, B. (2000). Fiabilidad y validez del youth self report en una muestra de adolescentes. *Psicothema*, 12(1), 49-54.
- Ainsworth, M. (1989). Attachment beyond infancy. *American Psychologist*, 44, 709-716
- Ainsworth, M., Blehar, M., Waters, E., y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the Strange Situation*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Allen, J. P., y Land, D. J. (1999). Attachment in Adolescence. In J. Cassidy y P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment: Theory, Research and Clinical Applications* (pp. 319-335). Nueva York: Guilford Press.
- Allen, J. P., McElhaney, K. B., Land, D. J., Kuperminc, G., Moore, C., O'Beirne-Kelly, H. (2003). A Secure Base in Adolescence: Markers of Attachment Security in the Mother-Adolescent Relationship. *Child Development*, 2003 (74), 292-307.
- Allen, J. P., Moore, C., Kuperminc, G., y Bell, K. (1998). Attachment and Adolescent Psychosocial Functioning. *Child Development*, 69(5), 1406-1419.
- Alvarez-Gayou, J. L. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa*. Madrid: Paidós Educador.
- Alsaker, F.D. y Dick-Niederhauser, A. (2006). Depression and suicide. En S. Jackson y L. Goossens (Eds). *Handbook of Adolescent Development* (pp. 308 -336). Psychology Press: Nueva York.
- Angold, A., Costello, E.J., Erkanli, A., y Worthman, C.M. (1999). Puberal changes in hormone levels and depression in girls. *Psychological Medicine*, 29, 1043-1053.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, edic. 1970)
- Armsden, G. C., y Greenberg, M. T. (1987). The Inventory of Parent and Peer Attachment: Individual Differences and their Relationship to Psychological

- Well-being in Adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16(5), 427-453.
- Arnett, J. J. (2000). Emerging Adulthood. A theory of Development From the Late Teens Through the Twenties. *American Psychologist*, 55(5), 469-480.
- Ash, C. y Huebner, E.S. (2001). Environmental Events and Life Satisfaction Reports of Adolescents. *School Psychology International*, 22(3), 320-336.
- Barber, B., Olsen, J., y Shagle, S. (1994). Associations between Parental Psychological and Behavioral Control and Youth Internalized and Externalized Behaviors. *Child Development*, 65(4), 1120-1136.
- Baron, R. M., y Kenny, D. A. (1986). The Moderator-Mediator Variable Distinction in Social Psychological Research: Conceptual, Strategic, and Statistical Consideration. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51(6), 1173 - 1182.
- Bartholomew, K. (1990). Avoidance of intimacy: An attachment perspective. *Journal of Social and Personal Relationships*, 7, 147-178.
- Bartholomew, K., y Horowitz, L. M. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 226-244.
- Baumrind, D. (1991). The Influence Of Parenting Style On Adolescent Competence And Substance Use. *Journal of Early Adolescence*, 11, 56-95.
- Bednar, D. E., y Fisher, T. D. (2003). Peer Referencing in Adolescent Decision Making as a Function of Perceived Parenting Style. *Adolescence*, 38(152), 607-621.
- Belsky, J. e Isabella, R.A. (1988). Maternal, Infant, And Social-Contextual Determinants Of Attachment Security. En J. Belsky y T. Netzworski (Eds.). *Clinical implications of attachment* (pp. 41-94). Nueva Jersey: Erlbaum.
- Ben-Shaul, T., Sharabany, R., y Durman, J. (2004). *Intimate Relationships as a Function of Autonomy Types y Culture: Arab and Jewish Women*. Paper presented at the 18th Biennial Meeting of ISSBD, Gante, Bélgica.
- Bender, D., y Losel, F. (1997). Protective and Risk Effects of Peer Relations and Social Support on Antisocial Behaviour in Adolescents from Multi-problem Milieus. *Journal of Adolescence*, 20, 661-678.
- Benoit, D., y Parker, K. C. H. (1994). Stability and Transmission of Attachment across Three Generations. *Child Development*, 65, 1444-1456.
- Berlin, L.J. y Cassidy, J. (1999). Relations among Relationships. Contributions from Attachment Theory and Research. En J. Cassidy y P.R. Shaver

- (Eds). *Handbook of Attachment: theory, research, and clinical applications*. Nueva York: Guilford Press
- Berndt, T. J. (1996). Transitions in Friendship and Friends' Influence. In J. A. Graber, J. Brook-Gunn y A. C. Petersen (Eds.), *Transition through adolescence: Interpersonal Domains and Context* (pp. 57-84). Mahwah, N.J.: L. Erlbaum.
- Berndt, T. J. (2002). Friendship Quality and Social Development. *Current Directions in Psychological Science*, 11 (1), 7 - 10.
- Berndt, T. J., y Keefe, K. (1995). Friends' Influence on Adolescents' Adjustment to School. *Child Development*, 66, 1312-1329.
- Bjorkvist, K., Lagerpetz, K.M.J. y Kaukiainen, A. (1992). Do girls manipulate and boys fight? Developmental trends in regard to direct and indirect aggression. *Aggressive Behavior*, 18, 117-127.
- Black, K. A. (2000). Gender differences in adolescents' Behavior during conflict resolution task with best friends. *Adolescence*, 35(139), 499-512.
- Block, J. y Robins, R. W. (1993). A longitudinal study of consistency and change in self-esteem from early adolescence to early adulthood. *Child Development*, 64, 909-923.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Vol 1: Attachment*. Londres: The Hogarth Press and the institute of psycho-analysis (Edición de 1978, Penguin Books).
- Bowlby, J (1973). *Attachment and Loss, Vol 2: Separation*. Londres: The Hogarth Press and the institute of psycho-analysis (Edición de 1978, Penguin Books).
- Boyer, F., y Strayer, F. (2003). *Conjugal Satisfaction and Security of Primary Attachment*. Paper presented at the European Conference of Developmental Psychology. Milan
- Brenan, K. A., Clark, C. L., y Shaver, P. R. (1998). Self-Report Measurement of Adult Attachment. In J. A. Simpson y S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships* (pp. 46-76). Nueva York: Guilford Press.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The Ecology of Human Development*. Cambridge, MA: Harvard University Press
- Brook, J.S., Brook, D.W., Gordon, A. S. y Whiteman, M. (1990). The Psychosocial Etiology Of Adolescent Drug Use: A Family Interactional Approach. *Genetic, Social and General Psychology Monographs*, 116, 111-267.

- Brooks-Gunn, J. y Warren, M.P.(1989). Biological Contributions to Affective Expression in Young Adolescent Girls. *Child Development*, 60, 372-385.
- Brown, B. B. (2004). Adolescents' Relationships With Peers. In R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology* (pp. 363-394). New Jersey: Wiley.
- Brown, B. B., Dolcini, M. M., y Leventhal, A. (1997). Transformations in Peer Relationships at Adolescence: Implications for Health-Related Behavior. In J. Schulenberg, J. L. Maggs y K. Hurrelmann (Eds.), *Health Risks and Developmental Transitions during Adolescence*. Reino Unido: Cambridge University Press.
- Brown, B. B., y Huang, B. H. (1995). Examining Parenting Practices in Different Peer Contexts: Implications for Adolescent Trajectories. En C. L. Crockett y A. Crouter (Eds.), *Pathways Through Adolescence: Individual Development in Relation to Social Contexts* (pp. 151-174). Nueva Jersey: Erlbaum Associates.
- Brown, B. B., y Klute, C. (2003). Friendships, Cliques, and Crowds. En G. R. Adams y M. D. Berzonsky (Eds.), *Handbook of Adolescence* (pp. 330-348). Oxford: Blackwell Publishing.
- Brown, B. B. y Theobald, W (1999). How Peers Matter: A Research Synthesis of Peer Influences on Adolescent Pregnancy. En Bearman, P., Brückner, H., Brown, B.B., Theobald, W., & Philliber, S (Eds): *Peer Potential: Making the Most of How Teens Influence Each Other: Washington: National Campaign to Prevent Teen Pregnancy*.
- Browne, M.W. & Cudeck, R. (1993). Alternative ways of assessing model fit. In Bollen, K.A. & Long, J.S. [Eds.] *Testing structural equation models*. Newbury Park, CA: Sage, 136–162.
- Buchholz, E., y Catton, R. (1999). Adolescents' perceptions of aloneness and loneliness. *Adolescence*, 34(133), 203-213.
- Buhrmester, D. (1996). Need Fulfillment, Interpersonal Competence, and the Developmental Contexts of Early Adolescent Friendship. In W. M. Bukowsky, A. Newcomb y W. Hartup (Eds.), *The Company they Keep: Friendship and Childhood and Adolescence* (pp. 158-185). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Buhrmester, D., y Furman, W. (1987). The Development of Companionship and Intimacy. *Child Development*, 58, 1101-1113.
- Bukowski, W.M., Hoza, B. y Boivin, M. (1994). Measuring Friendship Quality During Pre And Early Adolescence: The Development And Psychometric

- Properties Of The Friendship Qualities Scale. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 471-484.
- Calafat, A. *Cannabis*. Consultado el 02/04/2006, de la página web http://www.msc.es/pnd/publica/pdf/folleto_cannabis.pdf
- Calafat, A., Juan, A., Becoña, E., Fernández, C., Gil, E., Palmer, A., et al. *Salir de marcha y consumo de drogas*. Consultado el 14/07/2006, de la página web <http://www.irefrea.org/pdf/pnsd.pdf>
- Capaldi, D.M. y Shortt, J. W. (2003). Understanding Conduct Problems in Adolescence from a Lifespan Perspective. En G.R. Adams y M. D. Berzonsky (Eds). *Blackwell Handbook of Adolescence* (2ª Ed, pp 470-493). Nueva Jersey: John Wiley y Sons.
- Carpintero, E., Martínez, J.L. Soriano, S., Hernández, A., y Fuertes, A. (1998). Relaciones de intimidad en la adolescencia: el papel de la expresividad y la instrumentalidad. *Estudios de Psicología*, 59, 55 a 64.
- Casco, F. (2003). *Ideas y Representaciones Sociales sobre la adolescencia*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla.
- Casco, F. y Oliva, A. (2005). Valores y expectativas sobre la adolescencia: discrepancias entre padres, mayores, profesores y adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*, 28(2), 209-220.
- Chubb, N. H., Fertman, C. I. y Ross, J. L. (1997). Adolescent Self-Esteem And Locus Of Control: A Longitudinal Study Of Gender And Age Differences. *Adolescence*, 32, 113-129
- Ciairano, S., Bo, G., Jackson, S., y Van Mameren, A. (2002). *The mediator role of friends in psychological well-being and the use of psychoactive substances during adolescence: a comparative research in two european countries*. Paper presented at the 8th EARA, Oxford.
- Claes, M., y Poirier, L. (1993). Caractéristiques et fonctions des relations d'amitié a l'adolescence. *La psychiatrie de l'Enfant*, 36(1), 289-308.
- Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences* (2ª ed.). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Cohn, D., Cowan, C., Cowan, P. y Pearson, J (1992) Working Models of Childhood Attachment and Couple Relationships. *Journal of Family Issues*, 13 (4), 432-449
- Coleman, J.C. (1994). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata
- Coleman, J. C., y Hendry, L. B. (1999). *The nature of Adolescence*. Londres y Nueva York: Routledge.

- Collins, W. A., y Steinberg, L. (en prensa). Adolescent Development in Interpersonal Context, Vol 3: Social, Emotional and Personality Development. In W. Damon, J. V. Lerner y N. Eisenberg (Eds.), *Handbook of Child Psychology* (Vol. 3). Nueva York: Wiley.
- Coloni, J.F. (2002). Las drogas como problema de Salud Pública. En FAD (2002). *Sociedad y Drogas. Una perspectiva de 15 años* (pp. 229-246). Madrid: FAD.
- Corral, A. (2003). El mundo intelectual del adolescente. En A. Perinat, A. Corral, I. Crespo, E. Domènech, S. Font, J.L. Lalueza, I. Larraburu, G. Martínez, A. Moncada, M. Raguz y H. Rodríguez (Eds). *Los Adolescentes en el Siglo XXI*. (pp. 203-223). UOC: Barcelona
- Cotterell. (1996). *Social Networks and Social Influences in Adolescence*. Nueva York: Routledge.
- Cowen, E.L., Pederson, A., Babigan, H., Izzo, L.H. y Trost, M. (1973). Long-term follow-up of early detected vulnerable children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 41, 438-446.
- Cox, M. J., Tresch Owen, M., Lewis, J. M., y Henderson, V. K. (1989). Marriage, Adult Adjustment, and Early Parenting. *Child Development*, 60, 1015-1024.
- Crawford, T.N., Cohen, P., Midlarsky, E., y Brooks, J.S. (2001). Internalizing symptoms in adolescents: Gender differences in vulnerability to parental distress and discord. *Journal of Research on adolescence*, 11, 95-118
- Chan, A., y Poulin, F. (2004). *Monthly assessment of stability and change in adolescents' friendship network: Is friendship stability linked to psychosocial adjustment?* Paper presented at the 18th Biennial Meeting of ISSBD, Gante, Bélgica
- Chambers, R., Taylor, J., y Potenza, M. (2003). Developmental Neurocircuitry of Motivation in Adolescence. A Critical Period of Adiction Vulnerability. *American Journal of Psychiatry*, 160, 1041-1052
- Champagne, F., Diorio, J., Sharma, S., y Meaney, M. (2001). Naturally occurring variations in maternal behavior in the rat are associated with differences in estrogen-inducible central oxytocin receptors. *PNAS*, 98 (22), 12736-12741.
- Chou, K. L. (2000). Intimacy and Psychosocial Adjustment in Hong Kong Chinese Adolescents. *Journal of Genetic Psychology*, 161(2), 141-152.

- Chubb, N., Fertman, C. y Ross, J. (1997). Adolescent Self-Esteem and Locus of Control: A Longitudinal Study of Gender and Age Differences. *Adolescence*, Vol. 32, 113-129.
- Danis, I., Lakatos, K., Ney, K., Toth, I., y Gerval, J. (2004, 11-15 julio). *Effects of Stressfull Life Events, Parental Distress and Social Support on Mother-Infant Attachment*. Paper presented at the 18th Biennial Meeting of ISSBD, Gante, Bélgica.
- Dekovic, M., y Meeus, W. (1997). Peer Relations in Adolescence: Effects of Parenting and Adolescents' Self-Concept. *Journal of Adolescence*, 20, 163-176.
- Diener, E. y Seligman, E. P. (2002). Very Happy People. *Psychological Science*, 13(1), 81-84.
- Diener, E. y Seligman, E.P. (2004). Beyond money. Toward an Economy of Well being. *Psychological Science in de Public Interest*, 5(1), 1-31
- Dorius, C. J., Bahr, S. J., Hoffmann, J. P., y Lovelady, E. H. (2004). Parenting Practices as Moderators of the Relationship Between Peers and Adolescent Marijuana Use. *Journal of Marriage and Family*, 66, 163-168.
- Doyle, A. B., y Moretti, M. M. (2000). *Attachment aux parents et adaptation pendant l'adolescence: analyses bibliographique et incidences politiques*. Ottawa (Canada): Division de la enfance et de la jeneusse. Sante Canada.
- DuBois, D. L. Bull, C. A., Sherman, M. D. y Roberts, M. (1998). Self-Esteem and Adjustment in Early Adolescence: A Social-Contextual Perspective: *Journal of Youth and Adolescence*, 27, 557-584.
- Elzo, J. (2005). *El grito de los adolescentes*. Congreso Ser Adolescente Hoy, libro de ponencias(pp 83-95). Madrid, 22 a 24 de noviembre.
- Eshel, Y., Sharabany, R., y Friedman, U. (1998). Friends, Lovers and Spouses: Intimacy in Young Adults. *British Journal of Social Psychology*, 37, 41-57.
- Farrington, D. P. (2004). Conduct Disorder, Aggression, and Delinquency. In R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (2 ed., pp. 627-664). Nueva Jersey: Wiley y Son.
- Feeney, J., y Noller, P. (2001). *Apego Adulto* (Y. G. Ramírez y A. Quiñones, Trans.). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Field, T., y Lang, C. (1995). Adolescents' Intimacy with Parents and Friends. *Adolescence*, 30(117), 133-141.

- Fonagy, P., Steele, H., y Steele, M. (1991). Maternal Representations of Attachment during Pregnancy Predict the Organization of Infant-Mother Attachment at One Year of Age. *Child Development*, 62, 891-905.
- Fox, N. A., Kimmerly, N. L., y Schafer, W. (1991). Attachment to Mother/Attachment to Father: a Meta-Analysis. *Child Development*, 62, 210-225.
- Fraley, R. C., y Shaver, P. R. (2000). Adult Romantic Attachment: Theoretical Developments, Emerging Controversies, and Unanswered Questions. *Review of General Psychology*, 4(2), 132-154.
- Freeman, H., y Brown, B. B. (2001). Primary Attachment to Parents and Peers During Adolescence: Differences by Attachment Style. *Journal of Youth and Adolescence*, 30(6), 653-674.
- Freitag, M. Belsky, J., Grossmann, K., Grossmann, K.E. y Scheuerer-Englisch, H (1996). Continuity in Parent-Child Relationships From Infancy to Middle Childhood and Relations with Friendship Competence. *Child Development*, 67, 1437-1454.
- Fuentes, M. J. (1999). Los grupos, las interacciones entre compañeros y las relaciones de amistad en la infancia y adolescencia. En F. López, I. Etxebarria, M.J. Fuentes y M.H. Ortiz (Coods). *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- Fuertes, A., Martínez, J. L., y Hernández, A. (2001). Relaciones de amistad y competencia en las relaciones con los iguales en la adolescencia. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54(3), 531-546.
- Fulgini, A. J., Eccles, J. S., Barber, B. L., y Clements, P. (2001). Early Adolescent Peer Orientation and Adjustment During High School. *Developmental Psychology*, 37(1), 28-36.
- Furman, W., y Buhrmester, D. (1992). Age and Sex Differences in Perceptions of Networks of Personal Relationships. *Child Development*, 63, 103 - 115.
- Furman, W., Simon, V. A., Shaffer, L., y Bouchey, H. A. (2002). Adolescent's Working Models and Styles for Relationships with Parents, Friends and Romantic Partners. *Child Development*, 73, 241-255.
- Furman, W., y Wehner, E. A. (1994). Romantics Views: Toward a Theory of Adolescent Romantic Relationships. In R. Montemayor, G. R. Adams y G. P. Gullota (Eds.), *Advances in adolescent development: Vol 6. Relationships during adolescence* (pp. 168-195). Thousand Oaks: CA.
- Gauze, C., Bukowsky, W. M., Aquan-Assee, J., y Sippola, L. K. (1996). Interactions between Family Environment and Friendship and

- Associations with Self-Perceived Well-Being during Early Adolescence. *Child Development*, 67, 2201-2216.
- Genuis, M., y Violato, C. (2000). Attachment Security to Mother, Father, and the Parental Unit. In C. Violato, E. OdDone-Paolucci y M. Genius (Eds.), *The Changing Family and Child Development*. Sydney: Ashgate.
- Goldberg, S. (2000). *Attachement and development*. Londres: Arnold.
- González, P., Elzo, J., González Anleo, J.M., López, J.A., Valls, M. (2006). *Jóvenes Españoles 2005*. Madrid: Fundación Santa María y SM.
- Graber, J. A. (2004). Internalizing Problems During Adolescence. In R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (2ª Edición ed., pp. 587-626). New Jersey: John Wiley y Sons.
- Hamilton, C. E. (2000). Continuity and Discontinuity of Attachment from Infancy through Adolescence. *Child Development*, 71(3), 690-694.
- Hamm, J. (2000). Do birds of a feather flock together? The variable bases for African American, Asian American, and European American adolescents' selection of similar friends. *Developmental Psychology*, 36(2), 209-219.
- Harris, J. R. (1999). *El mito de la Educación*. Barcelona: Grijalbo.
- Hartup, W. (2002). Having Friends, Making Friends, and Keeping Friends: Relationships as Educational Context. Consultado el 07-11, 2003, de las páginas <http://npin.org/ivpaguide/appendix/hartup-friends.pdf> y <http://ericeece.org/pubs/digests/1992/hartup92.html>
- Hartup, W. W. (1996). The Company They Keep: Friendship and Their Developmental Significance. *Child Development*, 67, 1-13.
- Hazan, C., y Shaver, P. R. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Hazan, C., y Zeifman, D. (1999). Pair Bonds as Attachments. Evaluating the Evidence. In J. Cassidy y P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment: Theory, Research and Clinical Applications*. Nueva York: Guilford.
- Heaven, P. (2001). Friendships and Peer Groups. In P. Heaven (Ed.), *The Social Psychology of Adolescence* (pp. 78-99). Nueva York: Palgrave.
- Hibell, B., Andersson, B., Bjarnason, T., Ahlström, S., Balakireva, O., Kokkevi, A., y Morgan, A (2004). The SPAD Report 2003. Alcohol And Other Drug Use Among Students In 35 European Countries. Estocolmo, Suecia: The Swedish Council for Information on Alcohol and Other Drugs (CAN) and the Pompidou Group at the Council of Europe

- Holmbeck, G. N. (1997). Toward Terminological, Conceptual, and Statistical Clarity in the Study of Mediators and Moderators: Examples From the Child-Clinical and Pediatric Psychology Literatures. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 65*(4), 599-610.
- Holmbeck, G.N., Paikoff, R. L., Brooks-Gunn, J. 1(995). Parenting adolescents. En M.H. Bornstein (Ed.). *Handbook of Parenting, 1.* (91-178). NJ: Laurence Erlbaum Associates.
- INJUVE. (2001). *Juventud en cifras*. Madrid: INJUVE.
- Jacobson, J.L. y Frye, K.F. (1991). Effect of maternal social support on attachment: experimental evidence. *Child Development, 62*, 572-582.
- Jenkins, J. E., y Zunguze, S. T. (1998). The relationship of family structure to adolescent drug use, peer affiliation, and perception of peer acceptance of drug use. *Adolescence, 33*(132).
- Jessor, R. L., y Jessor, S. (1977). *Problem Behaviour and Psychosocial Development: A Longitudinal Study of Youth*. Nueva York: Academic Press.
- Jones, G. P., y Dembo, M. H. (1989). Age and Sex Role Differences in Intimate Friendships During Childhood and Adolescence. *Merrill-Palmer Quarterly, 35*(4), 445-462.
- Kandel, D. B. (1978). Homophily, Selection, and Socialization in Adolescent Friendships. *American Journal of Sociology, 84*(2), 427-436.
- Kaplan, C. P., Nápoles-Springer, A., Stewart, S. L., y Pérez-Stable, E. J. (2001). Smoking acquisition Among Adolescent and Young Latinas. The Role of Socioenvironmental and Personal Factors. *Addictive Behaviors, 26*(4), 531-550.
- Kerr, M., Stattin, H., Biesecker, G., y Ferrer-Wreder, L. (2003). Relationships With Parents and Peers in Adolescence. In R. Lerner, M. A. Easterbrooks y J. Mistry (Eds.), *Developmental Psychology* (Vol. 6, pp. 395-419). Nueva York: Wiley.
- Kerr, M. y Stattin, H. (2000). What Parents Know, How they Know it, and Several Forms of Adolescent Adjustment: Further Support for a Reinterpretation of Monitoring. *Developmental Psychology, 36*, 366-380.
- Kimmel, D.C. y Weiner, I.B. (1998). *La adolescencia: una transición del desarrollo*. Barcelona: Ariel (trad. al castellano de Adolescence, a Developmental transition).

- Kling, K. C.; Hyde, H. S.; Showers, C.J. y Buswell B.N. (1999). Gender differences in self-esteem: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 125, 470-500.
- Kobak, R.R., y Sceery, A. (1988). Attachment In Late Adolescence: Working Models, Affect Regulation, and Representations Of Self And Others. *Child Development*, 59, 135-146.
- Koon, J. O. (1997). Attachment to parents and peers in late adolescence and their relationship with self-image. *Adolescence*, 32(126), 471-483.
- Koutakis, N. y Stattin, H. (2004). Reducing Adolescent Drinking By Working Through Parents: Is it Possible to Reduce Problems Behaviour Among Adolescents by Focusing on Their Parents and Leisure? EARA, 9th Biennial Conference. Oporto (Portugal).
- Krueger, R. A. (1991). *El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid: Pirámide.
- Ladd, G. W. y Pettit, G. S. (2002). Parenting and the Development of Children's Peer Relationships. En Bornstein (Ed.). *Handbok of Parenting, Vol 5: Practical Issues in Parenting*. 269-310. Mahwah, N.J: Erlbaum.
- Lafuente, M. J. (1994). El desplazamiento gradual de los componentes del apego desde las figuras parentales a los iguales a lo largo de la vida. *Revista de Psicología de la Educación*, 15, 5-21.
- Larson, R., y Richards, M. H. (1991). Daily Companionship in Late Childhood and Early Adolescence: Changing Developmental Contexts. *Child Development*, 62, 284-300.
- Lashbrook, J. I. (2000). Fitting in: exploring the emotional dimension of adolescent peer pressure. *Adolescence*, 35 (140).
- Laurenceau, J. P., Barret, L. F., y Poietromonaco, P. R. (2004). Intimacy as an Interpersonal Process: The Importance of Self-Disclosure, Partner Disclosure, and Perceived Partner Responsiveness in Interpersonal Exchanges. In H. T. Reis y C. E. Rusbult (Eds.), *Close Relationships* (pp. 199-211). Nueva York: Psychology Press.
- Levitt, M. J., Guacci-Franco, N., y Levitt, J. L. (1993). Convoys of Social Support in Childhood and Early Adolescence: Structure and Function. *Developmental Psychology*, 29(5), 811-818.
- Lewis, M., Feiring, C., y Rosenthal, S. (2000). Attachment over Time. *Child Development*, 71(3), 707-720.

- Lévy-Mangin, J. P. (2004). *Seminario de Modelización y Programación con Ecuaciones Estructurales*. Madrid: Doctorado Interuniversitario de Metodología de las Ciencias del Comportamiento, UNED, UAM, UCM
- Lévy-Mangin, J. P. (2005). *Seminario de Modelización y Programación con Ecuaciones Estructurales II*. Madrid: Doctorado Interuniversitario de Metodología de las Ciencias del Comportamiento, UNED, UAM, UCM
- Lieberman, M., Gauvin, L., Bukowsky, W. M., y White, D. R. (2001). Interpersonal Influence and Disordered Eating Behaviors in Adolescent Girls. The Role of Peer Modeling, Social Reinforcement, and Body-Related Teasing. *Eating behaviors*, 2(3), 215-236.
- Lightfoot, C. (1997). *The culture of adolescent risk-taking*. Nueva York: The Guilford Press.
- López, F. (1993). El apego a lo largo del ciclo vital. En M.J. Ortiz y S. Yarnoz (Eds.) *Teoría del apego y relaciones afectivas*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- López, F. (1999). Evolución del apego desde la adolescencia hasta la muerte. En F. López, I. Etxebarria, M.J. Fuentes y M.H. Ortiz (Coords). *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- Lopez, F. (2006). Apego: estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital. *Infancia y Aprendizaje*, 29(1), 9-23.
- Lundy, B., Field, T., McBride, C., Field, T., y Largie, S. (1998). Same-Sex and Opposite-Sex Best Friend Interactions Among High School Juniors and Seniors. *Adolescence*, 33(130), 279-289.
- Lynn Martin, C., y Fabes, R. A. (2001). The Stability and Consequences of Young Children's Same-Sex Peer Interactions. *Developmental Psychology*, 37(3), 431-446.
- Madden-Derdich, D., Estrada, A. V., Sales, L. J., Leonards, S. A., y Updegraff, K. A. (2002). Young Adolescents' Experiences with Parents and Friends: Exploring the Connections. *Family Relations*, 51(1), 72-81.
- Maggs, J. L., y Hurrelmann, K. (1998). Do Substance Use and Delinquency have Differential Associations with Adolescents' Peer Relations? *International Journal of Behavioral Development*, 22(2), 367-368.
- Main, M. y Goldwyn, R (1984). Predicting rejection of her infant from mothers' representations of her own experience: Implications for the abused-abusing intergenerational cycle. *Child Abuse and Neglect*, 8, 203-207
- Markiewicz, D., Doyle, A. B., y Brendgen, M. (2001). The quality of adolescents' friendships: associations with mothers' interpersonal relationships,

- attachments to parents and friends, and prosocial behaviors. *Journal of Adolescence*, 2001(24), 429-445.
- Martín Serrano, M., y Velarde Hermida, O. (2001). *Informe de la Juventud en España*. Madrid: Ministerio Trabajo y Asuntos Sociales.
- Martínez, G. (2003). Entre adolescentes: la importancia del grupo en esta etapa de la vida. En A. Perinat, A. Corral, I. Crespo, E. Domènech, S. Font, J.L. Lalueza, I. Larraburu, G. Martínez, A. Moncada, M. Raguz y H. Rodríguez (Eds). *Los Adolescentes en el Siglo XXI*. (pp. 159-181). UOC: Barcelona
- Martínez, J. L., y Fuertes, A. (1999). Importancia del clima familiar y la experiencia de pareja en las relaciones de amistad adolescentes. *Revista de Psicología Social*, 14(2-3), 235-250.
- Matsuoka, Y. (2002, 2-6 agosto). *Attachment, Curiosity, and Learning Goal in Early Adolescence: The Role of Adolescent-Parent Attachment Security in Academic Exploration*. Paper presented at the ISSBD, Ottawa, Canada.
- Maxwell, K. A. (2001). Friends: The Role of Peer Influence Across Adolescent Risk Behaviors. *Journal of Youth and Adolescence*, 31(4), 267-277.
- Maysseless, O., Sharabany, R., y Sagi, A. (1997). Attachment concerns of mothers as manifested in parental, spousal, and friendship relationships. *Personal Relationships*, 4, 255-269.
- Maysseless, O., Wiseman, H., y Hai, I. (1998). Adolescents' Relationships With Father, Mother, and Same-Gender Friend. *Journal of Adolescent Research*, 13(1), 101-123.
- Mendelson, B.K., White, D.R. y Mendelson, M.J. (1996). Self-esteem and Body Esteem: Effects of Gender, Age and Weight. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 17, 321-346.
- Miller, M. A., Alberts, J. K., Hecht, M. L., Trost, M. D., y Krizek, R. L. (2001). Adolescent Relationships and Drug Use: Family and Peer Influences. In M. A. Miller, J. K. Alberts, M. L. Hecht, M. D. Trost y R. L. Krizek (Eds.), *Adolescent Relationships and Drug Use* (pp. 20 - 41). Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Ministerio de Sanidad y Consumo (2004). Consultado el 15/08/2004, 2004, de la página web <http://www.mir.es/pnd/prevenci/html/juegos.htm>
- Ministerio del Interior (2006). *Anuario estadístico del ministerio del interior 2005*. Madrid.
- Moreno, M.C. (1999). Desarrollo y conducta social de los 2 a los 6 años. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll, *Desarrollo psicológico y educación. Psicología Evolutiva*. Madrid: Alianza.

- Moreno, M. C. (2006). Las relaciones de apego: polémica en torno a su trascendencia, continuidad y posibilidades de cambio a lo largo del ciclo vital. *Infancia y aprendizaje*, 29(1), 3-7
- Moreno, M.C., Muñoz Tinoco, M.V., Pérez, P.J. y Sánchez-Queija, I (2003). *Conductas Relacionadas con la Salud de los Adolescentes Españoles*. Informe Nacional de Resultados I. Ministerio de Sanidad y Consumo. Informe sin publicar.
- Moreno, M. C., Muñoz Tinoco, M. V., Pérez, P. J., y Sánchez-Queija, I. (2004). *Family and Friendship in Adolescence*. Paper presented at the IX Conference of the European Association for Research on Adolescence, Mayo 2004. Oporto.
- Moreno, M.C., Muñoz Tinoco, M.V., Pérez, P.J. y Sánchez-Queija, I (2005a). *Los adolescentes españoles y su salud*. Estudio HBSC. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Moreno, M.C., Muñoz Tinoco, M.V., Pérez, P.J. y Sánchez-Queija, I (2005b). *Los adolescentes españoles y su salud. Resumen del estudio Health Behaviour in School Aged Children (HBSC-2002)*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Mucchielli, R. (1978). *La entrevista en grupo*. Bilbao: Mensajero
- Navarro, J. (2002). El Consumo de Drogas. En FAD (Ed.), *Sociedad y drogas: una perspectiva de 15 años* (pp. 15-29). Madrid: FAD.
- Observatorio Español sobre Drogas (2001). *Informe nº 4*. Madrid: Delegación del Gobierno para el Plan Nacional contra las Drogas.
- Oliva, A. (1995). Estado actual de la teoría del apego. *Apuntes de Psicología*, 45, 21-40.
- Oliva, A. (2004). La adolescencia como riesgo y oportunidad. *Infancia y Aprendizaje*, 27(1), 115-122.
- Oliva, A. y Parra, A. (2001). Autonomía Emocional durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 24(2), 181-196.
- Oliva, A., Parra, A., y Sánchez-Queija, I. (2002). Relaciones con padres e iguales durante la adolescencia como predictoras del ajuste emocional y conductural. *Apuntes de Psicología*, 20(2), 225-242.
- Oliva, A., Parra, A. y Sánchez-Queija, I. (aceptado). Consumo de sustancias durante la adolescencia: trayectorias evolutivas y consecuencias para el ajuste psicológico. *International Journal of Clinical and Health Psychology*.

- Olweus, D. (2003). A Profile of School Bullying. *Educational Leadership*, 60, 12-18.
- Otero, M.A. y Luengo, J.M. (1995) La relación entre autoestima y consumo de drogas en los adolescentes: un análisis longitudinal. *Revista de Psicología Social*, 10(2), 149-159.
- Ortega, R. y del Rey, R (2005). Violencia Interpersonal y Bullying en la Escuela. Congreso Ser Adolescente Hoy, libro de ponencias. Madrid, 22 a 24 de noviembre, 231-240.
- Parra, A (2005). Comunicación y Conflicto familiar. Un análisis longitudinal sobre trayectorias evolutivas. U.S. Sevilla. Sin publicar.
- Parra, A., Sánchez Queija, I y Oliva, A. (2001). *Risk and protective factors from the family and peer context for psychological adjustment among adolescents*. Xth ECDP. Uppsala, 22-26 agosto.
- Parker, G., Tupling, H. y Brown, L. B. (1979). A Parental Bonding Instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- Plan Nacional de Drogas (2004). Memoria 2004. MSC, Madrid. Obtenido de <http://www.pnsd.msc.es/Categoria2/publica/pdf/memo2004.pdf> en enero 2007.
- Recio, P. (2005). Comunicación personal. Madrid.
- Reis, H. T., y Rusbult, C. E. (2004). *Close Relationships*. Nueva York: Psychology Press.
- Reitz, E., Dekovic, M., y Meijer, A. M. (2002, 3-7 septiembre). *The role of peers and peer relations in the development of different types of problem behaviour in early adolescence*. Paper presented at the 8th EARA Conference, Oxford.
- Reitz, E., Dekovic, M., Meijer, A. M., y Engels, R. (2004, 11-15 julio). *Reciprocal relations between parenting and best friends deviance and adolescent problem behavior*. Paper presented at the 18th Biennial Meeting of the ISSBD., Gent, Belgica.
- Rice, K. G., y Mulkeen, P. (1995). Relationships with Parents and Peers: a Longitudinal Study of Adolescent Intimacy. *Journal of Adolescent Research*, 10(3), 332-356.
- Rigby, K (1997). Attitudes and beliefs of Australian Schoolchildren regarding buying in Schools. *Irish Journal of Psychology*, 18, 202-220
- Romero, E., Otero López, J. M., y Luengo, M. A. (1995). Los predictores de la autoestima en la adolescencia: un análisis empírico. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 5(3), 47-70.

- Rosenberg, M. (1965). *Society and the adolescent self-image*. Princeton, N J: Princeton University press
- Rosenberg, M. (1986). Self-concept from middle childhood through adolescence. En J. Suls y A. G. Greenwald (eds.). *Psychological Perspective on the Self*. vol. 3 (pp. 107-135). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Sánchez Queija, I. (2001). *Relaciones afectivas con los iguales y conformidad ante la presión del grupo durante la adolescencia*. Trabajo de investigación para la obtención de la suficiencia investigadora. Universidad de Sevilla. Sin publicar.
- Sánchez Queija, I. y Oliva, A (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 18, 71-86.
- Sánchez Queija, I., Oliva, A. y Parra, A. (2006). Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 21 (3), 259-271
- Sánchez Queija, Parra, A. y Oliva, A. (2000). *Parenting Style and Conformity*. Póster presentado en 7th EARA. Jena (Alemania)
- Sandmeier, A. (2004, 11-15 julio). *Self-Esteem: gender differences in Stability and Antecedents*. Paper presented at the 18th Biennial Meeting of ISSBD, Gante, Bélgica.
- Savin-Williams, R. C., y Berndt, T. J. (1990). Friendship and peer relations. In *At the threshold: The developing adolescent*. M.A. Harvard University Press.
- Savin-Williams, R. C. y Demo, D. H. (1984). Developmental change and stability in adolescent self-concept. *Developmental Psychology*, 20, 1100-1110.
- Seligman, M. (1998). *Learned optimism: How to change your mind and your life*. Nueva York: Pocket Books
- Shneider, B.H., Atkinson, L. y Tardif, C. (2001). Child-Parent Attachment and Children's Peer RELations: A Quantitative Review. *Developmental Psychology*, 37 (1), 86-100.
- Schneider, B.H. (2006). ¿Cuánta estabilidad en los estilos de apego está implícita en la teoría de Bowlby?. Comentario al artículo de Félix López. *Infancia y Aprendizaje*, 29 (1), 25-30.
- Scholte, R.H.J. y Van Aken, M.A.G (2006). Peer relations in adolescence. En S. Jackson y L. Goosens, *Handbook of Adolescent Development*. Hove y Nueva York: Psychology Press.
- Sharabany, R. (1994). Intimate friendship scale: conceptual underpinnings, psychometric properties and construct validity. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 449-469.

- Sharabany, R., Gershoni, R., y Hofman, J. (1981). Girlfriend, Boyfriend: Age and Sex Differences in Intimate Friendships. *Developmental Psychology*, 17(6), 800 - 808.
- Shaver, P. R. (2006, marzo 2005). Adult Attachment Lab. Obtenido en marzo 2006, de <http://psychology.ucdavis.edu/labs/Shaver/measures.htm>
- Shedler, J., y Block, J. (1990). Adolescent drug use and psychological health: A longitudinal study. *American Psychologist*, 45, 612-630.
- Shulman, S., y Knafo, D. (1997). Balancing Closeness and Individuality in Adolescent Close Relationships. *International Journal of Behavioral Development*, 21(4), 687-702.
- Shulman, S., Laursen, B., Kalman, Z., y Karpovsky, S. (1997). Adolescent Intimacy Revisited. *Journal of Youth and Adolescence*, 26(5), 597-617.
- Silbereisen, R. K. (1995). How Parenting Styles and Crowd Contexts interact in Actualizing Potentials for Development: Commentary. In C. L. Crockett y A. Crouter (Eds.), *Pathways Through Adolescence: Individual Development in Relation to Social Contexts*. (pp. 197-207). Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Mahwah.
- Sim, T. N. (2000). Adolescent Psychosocial Competence: The Importance and Role of Regard for Parents. *Journal of Research on Adolescence*, 10(1), 49-64.
- Sim, T. N., y Koh, F. S. (2003). A Domain Conceptualization of Adolescent Susceptibility to Peer Pressure. *Journal of Research on Adolescence*, 13(1), 57-80.
- Smeekens, S., y Riksen-Walraven, M. (2004, 11-15 julio). *Father-Child Attachment and Socioemotional Development in Preschoolers*. Paper presented at the 18th Biennial Meeting of ISSBD, Gante, Bélgica.
- Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: A Reinterpretation. *Child Development*, 71, 1070-1083.
- Steinberg, L. (1990). Interdependence in the family: Autonomy, conflict, and harmony in the parent-adolescent relationships. En S.S. Feldman y G.L. Elliot (Eds). *At the threshold: The developing adolescent* (pp. 255-276): Cambridge: Harvard University Press.
- Steinberg, L., y Morris, S. A. (2001). Adolescent Development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110.
- Steinberg, L. y Silk, J.S. (2002). Parenting adolescents. En I. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting (Vol. I. Children and Parenting)*. Mahwah, N.J: Lawrence Erlbaum Associates.

- Steinberg, L., y Silverberg, S. B. (1986). The vicissitudes of Autonomy in Early Adolescence. *Child Development*, 57, 841-851.
- Stoolmiller, M., y Bank, L. (1995). Autoregressive effects in structural equation models: We see some problems. En J. M. Gottman (Ed.), *The Analysis of Change* (pp. 261-278). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Suárez Ortega, M. (2005). *El Grupo de Discusión. Una herramienta para la investigación cualitativa*. Barcelona: Laertes.
- Theriault, J. (1998). Assessing Intimacy With the Best Friend and The sexual Partner during Adolescence: The Pair-M Inventory. *Journal of Psychology*, 132(5), 493-508.
- Thomas, J.J. y Daubman, K.A. (2004). The Relationship Between Friendship Quality and Self-Esteem in Adolescent Girls and Boys. *Sex Roles*, 45 (1-2), 53-65.
- Turner, G. (1999). Peer Support and Young People's Health. *Journal of Adolescence*, 22, 567-572.
- Ungar, M. (2000). The myth of Peer Pressure. *Adolescence*, 35(137).
- Updegraff, K. A., Madden-Derdich, D. A., Estrada, A. V., Sales, L. J., y Leonards, S. A. (2002). Young Adolescents' Experiences with Parents and Friends: Exploring the Connections. *Family Relations*, 51, 72-80.
- Urberg, K. A., Degirmencioglu, S. M., y Pilgrim, C. (1997). Close friend and Group Influence on Adolescent Cigarette Smoking and Alcohol Use. *Developmental Psychology*, 33(5), 834-844.
- Usmiani, S. y Daniluk, J. (1997). Mothers and their Adolescent Daughters: relationship between Self-esteem, Gender, Role Identity and Body Image. *Journal of Youth and Adolescence*, 26, 45-62.
- Van Beest, M., y Baerveldt, C. (1999). The Relationship Between Adolescents' Social Support from Parents and from Peers. *Adolescence*, 34(133), 193-201.
- Voydanoff, P., y Donnely, B. W. (1999). Risk and Protective Factors for Psychological Adjustment and Grades Among Adolescents. *Journal of Family Issues*, 20(3), 328-350.
- Waters, E., Merrick, D. T., Crowell, J., y Albersheim, L. (2000). Attachment Security in Infancy and Early Adulthood: A Twenty-Year Longitudinal Study. *Child Development*, 71(3), 684-689.
- Waters, E., Wippman, J., y Sroufe, L.A. (1979). Attachment, positive affect, and competence in the peer group: Two studies in construct validation. *Child Development*, 50, 821-829.

- Weinfield, N. S., Sroufe, L. A., y Egeland, B. (2000). Attachment from Infancy to Early Adulthood in a High-Risk Sample: Continuity, Discontinuity, and Their Correlates. *Child Development*, 71(3), 695-702.
- West, M., Rose, M. S., Spreng, S., Sheldon-Keller, A., y Adam, K. (1998). Adolescent Attachment Questionnaire: a Brief Assessment of Attachment in Adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 27(5), 661 - 673
- Wilgenbush, T. y Merrel, K. W. (1999). Gender Differences in self-concept among Children and Adolescents: a meta-analysis of Multidimensional Studies. *School Psychology Quarterly*, 14, 101-120
- Wilkinson, R. B., y Walford, W. A. (2001). Attachment and Personality in the Psychological Health of Adolescents. *Personality and Individual Differences*, 473-484.
- Wissink, I. B., Dekovic, M., y Meijer, A. M. (2003, 27- 31 agosto). *Peer relations and Adolescent Externalizing Problem Behavior*. Paper presented at the XIth European Conference on Developmental Psychology, Milan.
- Wood, K.C., Becker, J.A., y Thompson, J.K. (1996). Body image dissatisfaction in preadolescent children. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 17, 85-100.
- Youngblade, L.M., y Belsky, J (1992). Parent-child antecedents of 5 years-olds' close friendships: A longitudinal analysis. *Developmental Psychology*, 28, 700-713.
- Zimmerman, P. (2004). Attachment representations and characteristics of friendships relations during adolescence. *Journal of Experimental Child Psychology*, 88(1), 83-101.
- Zocodillo, M. (1993). Gender and the development of conduct disorder. *Development and Psychopathology*, 5, 65-78.